



FLOR M. URDANETA

*Preferdamos*

**Flying With Love II**

Pretendamos  
**Flying With Love II**

FLOR M. URDANETA

© 2016 Pretendamos © Flor M. Urdaneta

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser reproducido o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico sin tener permiso escrito por el propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es simple coincidencia.

Diseño de portada: Flor Urdaneta

Página oficial: <https://www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts>

ISBN-13: 978-1535341882 ISBN-10: 1535341882

*“Cuando amas a alguien, le entregas una parte de tu propia vida  
y, cuando la pierdes, esa parte se va con ella”  
Lilian White*

*Por tu apoyo y amor,  
esto es para ti, Mimi.*

## *Índice*

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Capítulo 31.](#)

[Capítulo 32.](#)

[Capítulo 33.](#)

[Capítulo 34.](#)

[Capítulo 35.](#)

[Capítulo 36.](#)

[Capítulo 37.](#)

[Capítulo 38.](#)

[Capítulo 39.](#)

[Capítulo 40.](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo extra](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

[Libros de la Autora](#)

## Capítulo 1

### Invierno en Manhattan

#### RICHARD

Cinco minutos, ¿para qué alcanza ese tiempo? El día que la conocí me bastó para desearla en mi cama. Y, con ese mismo margen de tiempo, arruiné lo que pudo ser lo mejor de mi vida.

¿Quieres conocer nuestra historia? Todo inició así...

Esa mañana me levanté con el pie derecho. Al fin me habían ascendido a capitán y mi vida era perfecta. Leyeron bien: era. ¿Qué cambió? La conocí a ella, a la sexy castaña de piernas kilométricas, cuerpo esbelto, trasero ardiente y dos poderosas razones. ¿Qué tiene eso de malo?, se estarán preguntando. Mejor se los cuento desde el inicio.

Llegué al club *Seven* sobre las diez de la noche. Era un día especial —como ya dije—, porque celebraría mi ascenso como capitán en *Royal Airlines*. Pedí mi mesa habitual, la que me daba una completa vista de la entrada. Estaba preparado, con una cerveza en mi mano izquierda y mi *Smartphone* en la otra. Uno tiene sus técnicas: mirar la pantalla y —disimuladamente— espiar a las sexys chicas que llegan al lugar. No quieres elegir la incorrecta, te lo aseguro. Entonces, la vi entrar, con su andar exótico y sensual. Los ojos se me fueron a sus piernas bronceadas y, de ahí, subí en cámara lenta por todo su cuerpo. Aquella blusa negra con transparencias me dejó ver el sexy brasier que cubría sus formidables pechos.

Seguí mi viaje al norte, hasta encontrarme con sus ojos vigorosos, marrones y encendidos, que, sumados a sus labios rosados, asimétricos y juguetones —al ser mordidos por sus dientes de forma sensual—, le daban a su rostro un aspecto angelical y malvado a la vez. Esa castaña me estaba provocando sin ser consciente. El miembro se me había endurecido desde que la vi entrar y necesitaba solucionarlo... rápido. Pero no con cualquiera, sino con ella.

No le quité los ojos de encima. La seguí con la mirada hasta que se sentó delante la barra, sobre un taburete. Me levanté de la silla y caminé hasta la mujer que me había puesto como un cohete.

—Hola, Alessandra. ¿Cómo estás? —pronuncié con un susurro. Ella rechistó con los dientes, sin siquiera molestarse en verme.

—Estás confundido, amigo —espetó con una voz tan sensual como su cuerpo. Aquel sonido encendió más mi deseo. La necesitaba, no tenía dudas.

—¿No eres Alessandra Ambrosio? —pregunté, como si en verdad pensara que fuera ella. Sabía que no lo era, pero, fue la única idea de que se me cruzó. Tienen que entender, la tenía tan dura que me dolía y no me dejaba pensar.

La chica soltó una carcajada y, por unos segundos, me miró por encima de su hombro. Luego, volvió a su *Martini*, llevándose un palillo con una aceituna a la boca de forma sensual y provocativa. Esa mujer sabía lo que hacía... Me estaba matando lentamente.

—Pues tú no eres castaño, ni empresario. No puedes ser el Jamie de Alessandra —bromeó. Me gustaba su humor, eso la hacía más candente. Sexy y divertida. ¿Qué más podía pedir?

—Pues no, soy Richard Hernández. Pero tú me puedes llamar Rich —Me senté a su lado y le pedí una cerveza a Joshua, el *barman* de turno.

—Bueno, yo soy Alessandra Ambrosio pero me puedes llamar Lilian —dijo con picardía. Me gustó su nombre porque solo tenía seis letras, era fácil de recordar y muy sensual al pronunciarlo.

Lilian jugaba conmigo, tratando de ignorar la química desmedida que flotaba entre los dos. Juro que podía ver chispas entre nosotros. ¿Qué pasaría cuando lográramos juntar nuestros cuerpos? Esa era una respuesta que estaba determinado a obtener esa misma noche.

Luego de tres Martinis, accedí a ir a mi apartamento. Pagué la cuenta y la guí a la salida, posicionando mi mano en su espalda baja. Aquel pequeño contacto aceleró involuntariamente mis latidos. Todos mis latidos. ¿Entienden de qué hablo? No, no les haré una noticia.

—No estoy tan borracha como para subirme a ese ataúd andante —se quejó, cuando vio mi *Ducati* negra en el estacionamiento.

—No sabía que eras una gallina, Alessandra —repliqué, para provocarla. No la conocía mucho, pero sabía leer muy bien a las mujeres. Ella sin duda era de las que se arriesgaban y no se dejaba apabullar por nadie.

—¿Gallina? ¡Ja! No es nada de eso. Solo que aprecio mi vida y tú estuviste bebiendo. No quiero terminar en la morgue. Soy muy joven y hermosa para acabar en una bolsa negra.

—Muy hermosa para eso, es cierto. Mira, caminaré por la línea de la acera, si no me tambaleo, te subes —Una sonrisa maliciosa se asomó en sus labios. En mi mente ya tenía una larga lista de lo que me gustaba de Lilian y esa sonrisa sin duda estaba en ella.

Luego de probarle a la *joven hermosa* que estaba apto para conducir, me subí a mi *Ducati*, le pasé el casco y esperé que me hiciera compañía.

—Si quieres me puedes abrazar. Sería más seguro.

—Creo que esto será suficiente —aseguró, sosteniéndose de mis hombros.

Mientras recorríamos las calles de *Manhattan*, rumbo a *Midtown West*, no dejaba de pensar en lo mucho que estaban disfrutando los jodidos hombres, que conducían o caminaban por las aceras, de aquellas piernas hermosas y tonificadas. Debí pedir un taxi para llevarla a mi apartamento. Era mezquino y territorial cuando se trataba de una mujer que me gustaba tanto como ella. Aunque habían pasado años desde la última vez que me sentí de esa forma con alguien.

Mi cuerpo ardía en llamas, pese al frío que envolvía la ciudad. El mes de febrero estaba por terminar, pero al invierno aún le quedaban semanas. Por suerte, las calles estaban despejadas y sin nieve. Razón por la que me atreví a sacar mi *Ducati*.

Quince minutos más tarde, estábamos delante del ascensor que nos llevaría a nuestro destino final: el piso diez. Lugar en el que esperaba pasar toda la noche, demostrándole a la castaña de piernas sexys y pechos prominentes lo que era el buen sexo. La tendría suplicando por más en pocos minutos. Mejor dicho, en segundos. Porque cometí el error de mirarla mientras viajábamos en el ascensor.

Esa mujer hacía estragos con mi fuerza de voluntad y mi capacidad de raciocinio. Sin darle más vueltas, detuve el ascensor, la tomé por la cintura y la presioné contra el espejo del aparato. Un pequeño gemido se escapó de su boca, convirtiendo —mi ya endurecido miembro— en un trozo de fierro caliente, encendido al rojo vivo.

—¿Quién eres tú y qué estás haciendo conmigo? —murmuré, antes de apoderarme de la boca que había deseado besar desde lo que parecieron horas. Imaginarla no era lo mismo que tocarla. Ni jodidamente cerca.

Lilian no solo era sexy y ardiente, también podía arrebatarme el aliento con un beso. Lo hacía con tanta lujuria y pasión que por un momento pensé que era Medusa, esa que convertía a la gente en piedra si la miras a los ojos. Pero, en cambio, ella me retenía solo con su boca.

Tomé sus muslos entre mis manos, para envolverlos a mi alrededor. Su pelvis friccionaba contra mi sexo de manera arbitraria, logrando con ella que mi ansía se convirtiera en desesperación. Pero, a pesar de necesitar hundirme en su piel, dejé que disfrutara de su arrebató, que sintiera mi hombría punzar su centro de placer.

—Me estás volviendo loco, *Alessandra* —musité, jadeando como una bestia en celo.

Mis manos viajaron a su falda corta y la deslizaron hacia arriba, por encima de su cintura. No quería apartarla de mí, pero necesitaba hacerlo para desabrochar mis vaqueros. No quité mi vista de sus ojos ni un segundo, temía que el momento se perdiera por aquella pausa necesaria.

La lujuria ardía en sus ojos, en sus mejillas ruborizadas, en sus respiraciones temblorosas... No lo resistí más. Me puse un preservativo y volví a subirla a mi regazo.

No hubo espera, ni pausa, me introduje en ella en un solo movimiento. Su sexo estrecho me recibió entero, haciendo flaquear mis piernas por una milésima de segundo. Me recompuse y comencé a empujar dentro y fuera de su centro de placer. Sus uñas se clavaban cada vez más profundo en mi espalda, a través de mi jersey, a medida que mis acometidas se hacían más profundas.

La tenía como quería: jadeando, suplicando que no me detuviese, ardiendo como el fuego que había encendido en mí. Aunque, ella me tenía peor. ¿Por qué? Una

palabra: rendición. Y Richard Hernández nunca se rendía ante una mujer. Yo era libre, un jodido Playboy que nunca, nunca repetía con la misma mujer. Entonces, volví a preguntarme: ¿Qué me está haciendo esta mujer?

Escucharla llegar al clímax fue como recibir una medalla de honor, luego de un largo maratón. Ella gemía mi nombre, lo trataba de ocultar mordiendo mi hombro, pero sonaba tan claro como la voz de mi conciencia.

Luego de recomponer nuestra ropa, puse en marcha de nuevo el ascensor. Nuestras respiraciones seguían reverberando agitadas en aquel espacio que había sido testigo del sexo más ardiente y desesperado que había tenido jamás.

Al entrar a mi apartamento, esperé la reacción de Lilian. A todas las que traía las dejaba boquiabiertas. Era un típico apartamento de soltero, pero con todos los artilugios para entretener: pantalla gigante, barra de bebidas, mesa de pool y una hermosa y amplia cocina. La comida siempre fue mi fuerte. De no ser piloto, sería un excelente chef.

—Nada mal, Rich —pronunció, restándole importancia

—Nada mal, ¿eh!? —repliqué, un tanto decepcionado. Quizás era la típica chica consentida y millonaria a la que no le falta nada. Fue la única explicación que encontré.

—¿Me puedes prestar el baño?

—Claro. Puedes usar el de mi habitación, estoy remodelando el de visitas —Lilian caminó hacia la puerta que le indiqué, cosa que me permitió darle un buen vistazo a aquel trasero ardiente. Ya mi amigo se estaba preparando para una segunda vuelta, una que la dejaría viendo pajaritos voladores sobre su cabeza.

Mientras la esperaba, decidí preparar una bebida, con mi toque especial. La vi tomando *Martini* en el *Seven*, por lo que esa fue mi opción obvia. Aunque no cualquiera, sino el *Martini Sucio*, al estilo *James Bond*. Es una bebida fácil de preparar, si tienes los ingredientes correctos.

Me senté delante de la encimera, observando las dos copas de Martini que había servido. Las miré por quince largos minutos y entonces decidí que había pasado tiempo suficiente y fui a verificar a Lilian. Imaginé que la encontraría tumbada en la cama, usando solo sus botas de cuero. Sí, fue una fantasía muy excitante. Pero ella no estaba cerca de la cama, sino arrodillada frente a la tapa del inodoro.

—¿Estás bien? —Mientras le hacía la pregunta, rogaba en silencio que dijera sí. Pero aquella petición fue en vano al ver sus ojos brillosos y su rostro pálido.

—Me siento muy mal. Quizás fueron los Martinis...

—¿No acostumbras a tomar? —inquirí, extrañado. Por la forma como bebía sabía que no era su primera vez. Había algo más que me estaba ocultando.

—Puede, que tal vez, esas bebidas fueran lo único en mi estómago desde esta mañana.

Quitando el *puede* y el *tal vez* de aquella oración, su estado de salud era congruente con su estupidez. Fruncí el ceño y apreté los puños mientras me dije ¡Esto no puede ser cierto! De todas las sexys mujeres del club, tuve que elegir a la que se intoxicó con alcohol por tener el estómago vacío.

Pude gritarle y reclamarle, pero no tenía derecho y tampoco era mi problema. Se suponía que el sexo era lo único de lo que debía ocuparme. Pero, en cambio, estaba esperando que vomitara de nuevo. Porque, por el olor en el baño, lo había hecho al menos tres veces antes de que yo entrara.

Me apoyé contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, esperando que sucediera. La imagen de la sexy Lilian se había desdibujado en segundos delante de mis ojos. Su aspecto era desprolijo y demacrado. De nuevo pensé: ¡Esto no puede ser cierto!

Cuando su cuerpo se sacudió hacia adelante con una arcada, me apresuré a sostener su cabello para que no lo llenara de, lean bien, vómito. ¿Cómo podía vomitar tanto alguien que no tenía nada en el estómago? Pensar en esa pregunta me llevó a una conclusión: se desmayaría en cualquier momento. No es que fuera médico o un erudito en el tema *vómito*, pero cualquiera, con tres dedos de frente, lo habría precisado.

—¡Mierda, Lil! —grité, cuando se desplomó en el suelo. La cargué en mis brazos y corrí con ella hasta el ascensor. El viaje hacia abajo no fue nada épico ni sensual. Ni remotamente cercano a eso.

Una vez en el estacionamiento, la metí en el puesto trasero de mi auto deportivo. Ella se veía muy mal, casi como un fantasma. Fue entonces cuando sentí pánico. No podía permitir que Lilian se muriera en un frío asiento de cuero de un *Camaro*.

Conduje lo más rápido que podía. El jodido clima había confabulado contra mí.

—¿Más nieve para New York? ¡Perfecto! —refunfuñé.

Mi mirada alternaba entre la carretera y el retrovisor, para comprobar que seguía respirando. ¿Recuerdan lo que dije al inicio? ¿Ahora entienden por qué dejó de ser perfecto?

—¿Cómo se llama la paciente? —me preguntó la enfermera, mientras la ingresaban en urgencias. Seguía inconsciente y no había manera de que pudiera responder.

—Lilian —susurré, apenas. Estaba tan avergonzado de no saber su apellido. Aunque, nunca llegaba a recordar ni el nombre de la chica. Así que, al menos, sabía su nombre.

—¿Lilian qué? —Negué con la cabeza, mientras me encogía de hombros.

La enfermera frunció los labios, en desaprobación. ¿Qué podía hacer, inventar un apellido?

Y así fue como terminé mi día “perfecto”: en la sala de urgencias de un hospital, esperando noticias de la mujer que pensaba follarme toda la noche hasta caer agotado. Mi pie derecho era más izquierdo de lo que pensaba.



## Capítulo 2 Amistad

LILIAN

¡Es increíble! —Pensé—. Estaba vomitando en el inodoro de Richard “Playboy” Hernández. Y, para colmo, él estaba ahí, sosteniéndome el cabello. Quería que lo nuestro fuera un encuentro casual, con mucho sexo y luego adiós —como acostumbraba ser para él—. Pero no, tuve que ser tan estúpida al beber sin haber comido. Debí aceptar el sándwich que me ofreció mi amiga Lissy antes de salir del apartamento.

Y, no conforme con la escena del exorcista que hice en su lujoso baño de miles de dólares, me desmayé en el suelo. Tuvo que ser así porque, al abrir los ojos, estaba en un jodido hospital, usando una estúpida bata de hospital, con una vía de suero en mi vena, con el cabello apelmazado y el aliento a vómito. Pero esperen, que no termina ahí, el sexy y ardiente Richard Hernández estaba mirándome. Quería que me tragara la tierra y me escupiera en Groenlandia. Llorar apenada era la segunda opción y la tercera, disculparme. ¿Cuál creen que elegí?

—Lo siento tanto, Richard. Esto ha sido un desastre —Dije desastre en lugar de “una jodida mierda”, solo para que no sonara tan grotesco. Él me miró, con aquellos ojos grises, de una forma tan cálida y comprensiva que me calentó el corazón. Sí, el corazón. Era tan patética. Debí repetirme muchas veces la premisa: «A él solo le importa el sexo». Un pensamiento lógico y racional, en contraposición con aquel desesperado que insistía en alojarse en mi cabeza: «Se quedó aquí, por mí. Eso debe significar algo ¿verdad?» Lo ven, patética.

—Tranquila. ¿Te sientes bien? —No lo preguntó desde la silla, donde estaba sentado cuando abrí los ojos, lo hizo sosteniendo mi mano.

Pensamientos lujuriosos ¡Aléjense de mí! —grité en mi interior.

—Sí, ya mejor. Gracias por traerme —No quería hablar mucho, tenía miedo de que mi aliento a animal muerto llegara a su olfato. De nuevo, patética. Pero aquello dejó de importarme en el mismo instante que sus dedos acariciaron el dorso de mi mano. Los recuerdos de aquel sexo ardiente y placentero, que tuvimos en el ascensor, me removieron todas las terminaciones nerviosas de forma visceral e indecorosa... Al menos para una habitación de hospital.

—¿Hay alguien a quién quieras llamar? —pronunció con aquella voz varonil y fuerte.

Richard no sabía lo mucho que me gustaba. Habíamos trabajado juntos en al menos cinco vuelos, pero, para el capitán Hernández yo había pasado desapercibida... hasta esa noche.

Esperé algún reconocimiento de su parte, cuando se acercó a la barra, pero no tenía ni idea de que era azafata de *Royal Airlines*.

Luego de aquel espectáculo de vómito, desmayo y hospital, rogué para que nunca más coincidiéramos en un vuelo. De ser posible, renunciaría a la aerolínea para evitarlo. Eso pensé entonces, pero no podía hacerlo, mi carrera de azafata apenas despegabá, por decirlo de una forma, y una renuncia sería una gran mancha en mi currículum.

—Puedes irte. Ya llamé a mi amiga, llegará en unos minutos. —Estaba mintiéndole descaradamente. No había llamado a Lissy y no pensaba hacerlo, un regaño de su parte era lo último que deseaba escuchar.

Él asintió, apartó su mano y caminó hasta la puerta de la habitación. Un desasosiego se instaló en mi pecho, como si quien se estuviera marchando de mi vida fuese alguien que me importara. Era un sentimiento estúpido, ilógico e inexplicable.

—Adiós, Alessandra. —murmuró antes de salir. Contuve un suspiro lo más que pude, estaba por ponerme morada por aguantar la respiración. Y, como no podía hablar, sacudí mi mano para decirle adiós. Lo digo de nuevo, patética.

Pude respirar cuando la puerta se cerró. Alivio y desdicha a la vez, eso sentí. ¿Por qué tenía que martirizarme? Yo lo sabía de antemano, lo nuestro solo sería una noche de sexo candente y fogoso. Bueno, el menos, era mi plan. Pero por bruta me intoxicqué y terminé en el hospital.

El corazón me dio un salto en el pecho cuando escuché que abrían la puerta. Pensé que era él, que había regresado quien sabe para qué, pero no lo era.

—Señorita, White. Usted presenta un fuerte cuadro de anemia y desnutrición. Me veo en la obligación de referirla a un psicólogo para que le hable de su condición.

—Bajé la mirada, apenada por escuchar aquello. No era la primera vez que me encontraba en esa situación. Pero, a pesar de haberlo intentado, siempre terminaba igual: en una cama de un hospital.

Cuando el doctor salió de la habitación, me levanté y caminé hasta el baño. Traté de mejorar un poco mi aspecto antes de hablar con la psicóloga, no quería terminar internada en el ala psiquiátrica. Aseé mi boca como pude y luego me vestí con mi ropa, que estaba doblada en un cajón de la habitación.

Marissa Capellini —mi psicóloga— no tardó en llegar. No era la primera vez que me atendía y se conocía mi historial de cabo a rabo.

—Necesitas un sistema de apoyo, Lilian. ¿Ya le avisaste a Elizabeth? —Negué con la cabeza. Su gesto se endureció, en señal de desaprobación.

»Tienes que avisarle o de lo contrario te dejaré ingresada. Te lo dije la última vez. ¿Por qué no estás intentándolo?

—Es que no me da hambre. No es que no quiera, simplemente no pasa. Y bueno, no quise llamar a Lissy porque me da vergüenza. Ella ha sido tan linda conmigo todo este tiempo, me ha ayudado. ¿Y cómo le pago yo? Haciendo que me busque en hospital tras hospital. No es justo.

—Ella dijo en la reunión que tuvimos que te apoyaría y que te quiere. ¿Recuerdas? Ella dijo que eras su hermana. Tienes que aceptar su amor y su apoyo. Porque, de lo contrario, no podrás superarlo.

Asentí mientras me secaba las lágrimas. Sabía que ella tenía razón y que no lo lograría sin Lissy. Llamé a mi amiga desde el teléfono de la doctora, el mío se había quedado en mi bolso, en el apartamento de Richard. Lo que quería decir que tendría que verlo de nuevo.

### DOS AÑOS ANTES

—Hoy inician sus estudios para formarse como azafatas. Muchos piensan que es algo fácil, no lo crean más... —Miré a todas las chicas a mi alrededor, haciéndome una pregunta: ¿Había sido difícil para alguna de ellas llegar hasta ahí? Quizás sí, pero no me atrevería a preguntar. Saber su historia significaba hablar de la mía y era algo que no quería compartir.

La puerta del auditorio se abrió en pleno discurso de Diana Lorentz, una de nuestras entrenadoras. Todas miraron hacia la entrada, donde estaba una mujer de cuerpo esbelto y cabello dorado, que brillaba como el sol. Las murmuraciones no se hicieron esperar, se escuchaban tanto que Lorentz tuvo que intervenir.

El lugar estaba atestado y había pocos asientos disponibles. Pero a mi lado había uno libre, así que levanté la mano, para llamar la atención de la *Barbie* —como la apodé en mi cabeza—. Ella sonrió con tristeza, como si fuera lo más difícil que había hecho jamás, y se sentó a mi lado.

—Gracias. Soy Elizabeth McColl —Se presentó, ofreciéndome su mano como saludo; se la estreché y le dije mi nombre. Elizabeth olía a jazmín, tenía aretes de oro y una perfecta manicura francesa. Su maquillaje apenas se notaba, pero era hermoso. Estaba imponente y perfecta. No juzgaba a la gente por su apariencia, pero sin duda ella tenía dinero. A pesar de aquella impresión, pude notar la dulzura y calidez en su mirada. Supe que tenía una historia para contar, igual que yo.

Sentí empatía por ella en aquel entonces y con el tiempo nos hicimos amigas. Era la primera amiga que tenía en mi vida y no sabía muy bien cómo hacerlo. Pero no era la única inexperta en el tema amistad. Elizabeth era una mujer solitaria y desdichada.

Ella vivía en el *Upper East Side*, en un piso impresionante y lujoso. Tenía un armario repleto de conjuntos y zapatos de diseñador, autos costosos, una gran tina en su baño... Y, aún así, eran pocas las veces que la veía sonreír. Eso de que el dinero no compra la felicidad es un hecho.

Pasaron tres meses antes de que me atreviera a contarle mi secreto. No quería seguir mintiéndole a Elizabeth, a la única amiga que tenía y a mi único punto de apoyo. Esa mañana, mientras tomábamos un café en la sala de su apartamento, le dije la verdad. Tuve miedo de hacerlo, pero a la vez, sentí alivio.

—Mi familia no está de viaje, y mucho menos vivo en *Soho*. Yo soy huérfana y pobre —Sus ojos se llenaron de duda y no de compasión. Ella no sentía lástima por mí, como pasaba con el resto de las personas.

—¿Por qué no lo dijiste antes? Sabes muy bien que no me importa de dónde seas. No soy ese tipo de personas.

—Es que me daba mucha vergüenza, Lissy. Siempre que lo digo la gente cambia conmigo. Creen que les pediré dinero, hasta inclusive que los voy a robar.

—Pues conmigo no tienes de qué avergonzarte. Hay muchas personas que tienen mucho dinero pero nada de dignidad. Así que no me importa dónde vivas, iré a tu casa como tu vienes a la mía. No existe eso de “el mundo de los ricos y de los pobres”. El mundo es uno y vivimos en el mismo —me dijo, mientras sostenía mi mano.

Tragué grueso, antes de decirle lo siguiente. Ella no tenía idea de mi realidad y confesarle aquello fue lo más difícil de todo.

—Yo... no tengo casa —pronuncié, vacilante.

—¿¡Qué quieres decir con eso!? —La mujer más pacífica y silenciosa que había conocido estaba gritando. Ella no lo entendía, tenía que decirse de una vez por todas, arrancar la curita de un tirón y dejar que la herida quedara expuesta. Cerré los ojos y entonces lo dije:

—Duermo en un refugio —Sus ojos se entornaron y su rostro palideció. Su reacción era lógica, pero saber eso no alejaba el dolor y la vergüenza.

—No puedo creer que no lo mencionaras, que no confiaras en mí —Se lamentó, mientras negaba con la cabeza. Elizabeth siempre fue una mujer sensible y emocional y mi confesión había dejado aflorar ese aspecto de su vida.

—Confío en ti, Lissy. Fue más miedo que desconfianza. No es fácil hablar de esto.

—Lo sé, pero mira a tu alrededor, este apartamento es enorme, Lil. Puedes vivir conmigo.

—No. Si te lo estoy diciendo no es para que me ofrezcas un techo.

—No es una pregunta. Te exijo que vivas conmigo —Mantuve la compostura por diez largos segundos y, luego, rompí en llanto, en sollozos fuertes y lastimeros. Sentí, por primera vez en años, que le importaba a alguien, que vivir valía la pena y que nunca más estaría sola. Era una carga pesada la que llevaba a cuestas y Lissy me ofrecía su espalda para llevarla conmigo.

Desde ese día, dejé de correr por un refugio, al que muchas veces no lograba entrar y terminaba durmiendo en la calle. Y eso no era nada bonito, porque en Manhattan hacía un frío de muerte en las noches. Vivir con Lissy significaba dejar de asearme en el baño de los aeropuertos, de contar monedas para comer algo, de ponerme la ropa hasta tres veces, porque no tenía como pagar lavandería. Pero, lo que más valoraba de aquel ofrecimiento, era su cariño sincero.

Decidida a corresponder su enorme ayuda, le dije que lavaría la ropa, que limpiaría la casa y hasta cocinaría. Ella dijo un no rotundo, pero tuvo que aceptar o no habría trato.

Y así fue como pasé de ser una sin techo a vivir en el *Upper East Side* de New York. Tenía una habitación propia, con baño privado, un armario repleto de ropa nueva, zapatos y bolsos —cosas que pagaría a medida que los cheques de la aerolínea comenzaran a llegar—.

Pero la señorita McColl tenía más planes conmigo. Estaba como una cabra, comprándome artilugios tecnológicos: un *iPod*, un *Smartphone*, una *laptop*... y no solo eso ¡Un auto nuevo! Yo flipaba, le gritaba que ¡No! y ella respondía que ¡Sí! Esa mujer iba a lograr que me prostituyera. Y nunca, ni siquiera cuando pasaba hambre, me atreví a vender mi cuerpo.

Yo hiperventilaba cada vez que me traía algo nuevo. Entonces la detuve, tracé un plan de financiamiento, hice los números y establecimos cuotas. Le pagaría hasta que se me cayeran los dientes y el pelo lo tuviese blanco, pero, al menos, era un gran plan.

## PRESENTE

—No lo digas —le advertí. Ya había tenido suficiente humillación con Richard, como para sumarle a ello la fuerte reprimenda que brillaba en los ojos grises de Lissy.

—No he dicho nada, loquita. ¿Estás lista? —asentí. Tuve la tentación de contarle de mis candentes siete minutos en el cielo, pero sabía que ella no aprobaba mi lujuriosa vida y no quería discutir por lo mismo.

—Permiso, señorita White. Dejaron su bolso en recepción —dijo una enfermera. El corazón se revolvió en mi pecho como un huracán. Saber que él había vuelto al hospital, para traerme mi bolso, me ilusionó. Nunca había experimentado algo así, no me atrevía a permitirme ningún sentimiento por un hombre, ni por nadie. Elizabeth fue la excepción a la regla. A ella la quieres porque sí.

—No lo digas —insistí, cuando vi la sonrisa pícaro en los labios carnosos de Elizabeth McColl. Me conocía sus gestos como el mapa de New York. Y yo conozco cada calle de esa ciudad, no miento. Mi amiga puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza.

Llegamos al apartamento a eso de las tres de la tarde. Necesitaba una buena ducha y acurrucarme debajo de una cobija gruesa. Estaba exhausta. Pero no contaba con los planes de Lissy, que incluían mucha comida. Me fiscalizó cada cucharada, una a una. Y hasta me obligó a terminar un vaso grande de merengada de mora. Comí cuanto pude y, finalmente, cumplí con los dos pasos de mi plan: ducha y cama.

Al día siguiente tenía un vuelo a Madrid y necesitaba recargar pilas. Llevaba cuatro meses trabajando en *Royal Airlines*. Me había cambiado de *Concorde Airlines* —donde iniciamos Lissy y yo— porque en la nueva aerolínea la paga era mucho mejor. Por suerte mi amiga encontró una vacante en *Royal* y comenzaría en unos días.

## Capítulo 3

### Ninguna era ella

RICHARD

—¡Impresionante! —dijo eufórica, la rubia que llevé a mi apartamento. ¿Su nombre? Ni idea.

Necesitaba sacarme a Lilian de la cabeza. Porque, a pesar de lo desastrosa que fue la noche anterior, no dejaba de escuchar sus gemidos, de recordar cómo se sentía su piel, de aquel exuberante deseo que encendía en mí solo con mirarme. Entonces fui al *Seven*, me senté en mi mesa y esperé... Ninguna de las que entró al club esa noche me hizo sentir como ella. Ninguna era ella.

Me da vergüenza admitirlo, pero elegí a la rubia haciendo *De Tin Marín*. Era sexy, muy sexy. Llevaba un vestido negro, ceñido al cuerpo, que le marcaba un trasero perfecto y enormes pechos. Era una delicia a la vista y una más intensa al tacto.

La desnudé en la sala y la follé sobre el sofá al menos dos veces. La primera no fue suficiente para alejar los fantasmas de la castaña de piernas kilométricas. Y la segunda, tampoco funcionó mucho, pero no iba a despreciar un buen revolcón.

Despedí a Cindy —Supe su nombre porque lo anotó junto a su número en un post-it, que luego boté. Porque yo no repetía con ninguna. Era una regla que me mantenía protegido del famoso y renombrado amor— y luego me di una ducha larga, muy larga.

¿Qué hacía Lilian metida en mis pensamientos? ¿Por qué me acompañaba en la ducha, en la cama... y en cada jodido lugar? No tenía intenciones de responder a aquellas preguntas. Pero, de igual forma, me hice la paja más ardiente de mi vida pensando en ella y en su sexo estrecho.

—¿Cómo está la princesa más bella del mundo entero?

—Hola, tito. Te extraño mucho. ¿Cuándo vas a venir a verme?

—Pronto, Rebeca. Yo también te extraño muchísimo. ¿Está tu mami por ahí? —La pequeña Rebeca es mi sobrina consentida, tenía cinco años para ese momento y era la única que iluminaba mi vida.

—¡Richard! ¿Recordaste que tienes hermana? —Reclamó Raiza.

—Lo siento, he tenido algunos líos. ¿Cómo está todo por casa?

—En otras palabras, ¿cómo está mamá? Sigue disgustada contigo, Rich. Tienes que arreglarlo antes del cumpleaños de Rebeca —Su voz sonaba cansada y triste. Había jodido mi relación con mi madre y no encontraba la forma de arreglarlo sin hacerle más daño. Ese era el precio que pagaba por mis errores. Extrañaba mucho a mi familia y la exquisita sazón puertorriqueña de mi madre.

—Tengo que irme. Nos vemos pronto, piojosa —dije, con intención. Sabía lo mucho que odiaba mi hermana el apodo que se ganó en la escuela por tener aquellos animalitos en la cabeza.

—Richard Tercero Hernández. Si vuelves a llamar así, publicaré en *Instagram* la foto más vergonzosa que encuentre de ti.

—Tienes un humor de perros. ¿Será que necesitas sexo?

—¡Oh mi Dios! Madura Richard, tienes treinta y cinco años y canas en la cabeza.

—Al menos no tengo piojos.

—¡Te odio! —gritó, antes de colgar la llamada. Hablar con mi hermana era muy divertido. Disfrutaba haciéndola enojar.

Salí de mi habitación, usando mi uniforme de piloto. Al cerrar la puerta de mi apartamento, no hubo nadie que me despidiera o me sirviera una taza de café. Dormía solo, amanecía solo. Pero me gustaba mi independencia y no tener que lidiar con sentimientos ni responsabilidades, más allá de las mías. No valía la pena intentarlo de nuevo si ya había fracasado y de una forma humillante.

Traté de ocupar mis pensamientos en otra cosa que no fuese aquella historia patética y terminé pensando en quien no debía, sí en ella. Fue inevitable, subirme a ese ascensor desencadenaba una tormenta en mi cuerpo. De seguir así, no tendría más opción que tomar las escaleras. Aunque no quería hacerlo, eran diez pisos. ¡Diez!

Subí a mi deportivo y conduje hasta el aeropuerto J.F. Kennedy, escuchando *Vivir mi Vida* de *Marc Antony*. Había canciones de él que no podía escuchar, por su alto contenido romántico, pero esa me gustaba.

—Arriba las manos —Apunté mi dedo sobre la espalda ancha de un moreno—. Charles Jones, está detenido. Sus cargos son: aburrimento y falta de sexo.

Charles se giró, empuñó su mano derecha, la acercó mi cabeza y le dio dos golpecitos.

—Como lo pensé, esta cabeza está hueca —bromeó.

—¿Estás bromeando? ¡No lo puedo creer! Creo que finalmente te estoy influenciando un poco. Falta subir como diez peldaños, pero está bien. Uno a la vez.

—No estaba bromeando —replicó el muy bastardo. Aquel idiota era mi amigo desde hacía unos diez años y no había encontrado la forma de hacer que se divirtiera. Solo le faltaba la sotana para legalizar su celibato. Algunas veces pensé que era gay, pero tampoco se trataba de eso.

Caminamos juntos hasta el terminal cuatro, la parada de Charles. Me despedí del *clérigo* con una palmada en la espalda y seguí mi camino hasta el terminal seis.

Subí al avión y entré enseguida a la cabina, no acostumbraba a saludar a la tripulación como lo hacía Charles. Por eso me gané la fama de petulante y no me importaba, no estaba ahí para hacer amigos.

—Buenos días, Saravia —saludé al copiloto, debía hacerlo. Aunque odiaba al tipo. Era egocéntrico, irritante y su perfume olía a pachulí mezclado con mierda. La combinación perfecta para un desastre.

—Capitán —respondió, con sarcasmo.

Iniciamos la preparación en cabina antes del despegue, que incluía: acomodar la cabina para el vuelo, desbloquear los controles y dispositivos de mando y comprobar que los indicadores, marcadores, fusibles, funcionan correctamente y están en servicio. Autoricé el abordaje, cuando todo estuvo verificado.

—Cabina asegurada —indicó la azafata. Reconocí esa voz enseguida. Cómo no iba a hacerlo, la escuchaba hasta en mis sueños.

Miré por encima de mi hombro en un movimiento rápido, lo suficiente para comprobar que no estaba alucinando. Y luego seguí el protocolo, como si me importara muy poco que ella estuviera ahí. Aunque era todo lo contrario. No podía creer que Lilian trabajara en *Royal* y nunca la había visto. Quizás era nueva —me quise convencer—. Pero no podía ser nueva si se había encargado de dar el aviso. Fui un jodido estúpido.

Siete horas más tarde estábamos aterrizando en Madrid. Jamás había tenido prisa por llegar a un aeropuerto como esa tarde. Había trazado un plan por si me volvía a cruzar a Lilian en mi camino: huir por la derecha. Pero, ahí estuve yo, buscando lo que no se me había perdido... Y lo encontré.

—Lilian —La llamé. Estaba sola en el pasillo de primera clase, terminando de hacer su trabajo.

—¿Dígame, capitán? —preguntó con frialdad.

—No finjas que no me conoces, Lilian —Le pedí, dando un paso al frente. Su aroma lo llenaba todo, olía a chocolate y flores. Me quería bañar en su olor y hundirme en su sexo húmedo.

—Pensé que era usted el que fingía. He trabajado en más de cinco vuelos con usted y nunca me había notado —Odiaba que me hablara de usted. Y lamenté también no haberla reconocido antes. Ella supo desde el principio quien era yo... Fui un idiota.

—Disculpa, tú sabes que no soy el piloto más cordial de *Royal Airlines* —bromeé, tratando de quitarle hierro a la conversación. Su gesto no había cambiado, ni se inmutó. Era una buena actriz o no tenía corazón. Me incliné más por la primera opción.

—He escuchado muchas cosas de usted y su famosa regla de una sola noche, sin repeticiones —masculló con rencor, dejando a un lado su papel de mujer de hielo sin sentimientos.

—Pero tú puedes ser la excepción —Sugerí. Sus ojos apenas hicieron contacto conmigo, y no me gustó lo que dijeron. ¿Qué iba mal con ella?

—No me quedaron ganas de repetir —Estaba mintiendo en mi jodida cara. Se le notaba en los poros que quería repetir y muchas veces. Estaba enojado, yo no

debería tener que rogarle, ella fue quien arruinó una alfombra de mil dólares.

—Te haces la dura, Alessandra, y eso me pone tanto —dije con la voz ronca y la polla latiéndome en los pantalones.

—Espero que tengas suerte esta noche o te tocará recurrir a una de tus dos palmas.

—No se trata de suerte, muñeca. No la necesito —Y con eso concluí. Me bajé del avión y pedí un taxi al hotel, nos quedaríamos en Madrid por esa noche.

Estaba enojado, muy enojado. Ninguna mujer me había dicho no, y mucho menos después de haber follado conmigo. *¿Qué carajos le pasaba a esa mujer?*, me pregunté, cabreadísimo.

Mientras esperaba las llaves de mi habitación, en la recepción del hotel, percibí el aroma de la mujer que me había hecho empalmar en pleno pasillo del avión. Justamente tenía que ir a ese hotel. No me lo podía creer.

—¿Me estás persiguiendo? —murmuré. Estaba parada a mi lado para cuando abrí la boca. Decir algo antes solo me habría puesto en evidencia.

—Sí. Monté una persecución y te seguí —soltó con ironía.

La recepcionista me entregó las llaves, las tomé y me largué de ahí. Si ella quería jugar, jugaríamos, pero con mis reglas.

Me detuve frente al ascensor y esperé. Llevaba mi chaqueta colgada de un brazo y sostenía un bolso en la otra. Las puertas se abrieron y entré de inmediato. Entonces escuché una voz que dijo: «Deténgalo, por favor». Interpuse las manos y logré detener las puertas. Lilian entró, sin hacer contacto visual conmigo.

—Gracias —musitó.

—No fue nada.

—No por esto. Por lo de la otra noche.

—¿Te refieres al sexo, al vómito en mi baño, al hospital o por llevarte el bolso?

—¿Eres un idiota! —No lo resistí. Detuve el jodido aparato y la acorralé contra la pared. Su aliento trepidaba sobre el mío, su cuerpo temblaba y sus ojos ardían de deseo.

—Quieres que te bese y te folle en el ascensor. Quieres que baje al sur y te saboreé con mi lengua hasta volverte loca. Me deseas, Lilian. Y tienes tantas ganas de repetir conmigo que te aterra. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque es lo que yo quiero.

—Suéltame —jadeó. Mi miembro, macizo como una roca y caliente como el fuego, presionaba su pelvis.

—¿Por qué me pediste que detuviese el ascensor si no? —Calló, claro que lo hizo. Había dado en el blanco.

La solté, presioné el botón de *stop* y el ascensor se puso en marcha de nuevo. Podía escuchar su respiración acelerada detrás de mí. Sonreí con suficiencia. Había anotado, pero me faltaban otros tantos para ganar el partido.

El ascensor se detuvo en el piso cinco, su piso. A mí me faltaban dos más hacia arriba.

—Buenas noches, Alessandra —Ella me miró por encima del hombro, con los labios fruncidos.

—Lamentaré esto. Lo haré —murmuró entre dientes. En un momento estaba dentro del ascensor y al otro tiraba de mi mano, llevándome a su habitación.

Al entrar, dejé caer el bolso en el suelo y me quité el uniforme. Ella hacía lo mismo. Debajo de su uniforme azul, escondía un conjunto negro de encaje muy sexy. Sus tetas se alzaban tupidas delante de mí y su abdomen plano no podía ser más perfecto.

Cerré el espacio que nos separaba y la besé, tórridamente. La había deseado durante dos noches con sus días y la tenía en mis brazos. Su piel se sentía suave en mis manos ásperas. Aquella noche en el ascensor había demasiada tela de por medio y mucha improvisación. Pero ahora tenía largas horas por delante con ella.

La tumbé en la cama, deslizé sus medias a lo largo de sus muslos y luego ascendí, besando sus tobillos, sus piernas, sus muslos... Llegué al *lugar sagrado*, a aquel que quería corromper con mi boca, mis dedos y mi polla. Le quité la ropa interior y luego inicié con la dulce tortura. Su centro estaba húmedo y caliente, muy caliente. Me hice cargo, la devoré hasta que un espasmo agitado sacudió su cuerpo.

—Sabes a gloria —pronuncié.

Estaba muy alentado y deseoso como para esperar más. Me puse un preservativo y me hundí en su sexo. Mi polla extrañaba aquel lugar caliente, lo anhelaba. Nuestros gemidos alternaban entre embestidas, mias y suyas. Nos movíamos como expertos, como si fuera habitual para nosotros entregarnos al deseo. Jamás había sentido tanta conexión con ninguna mujer. Y tenía una larga lista en mi haber. *¿Dónde estuvo toda mi vida?* —me pregunté.

—¿Santa mierda! —dije con una exhalación, mientras me tumbaba a su lado.

—Sí —musitó ella.

Me quedé un rato en silencio, cavilando en mis pensamientos. Tenía dos voces en mi cabeza: una diciendo que necesitaba a esa mujer y otra gritando «¡Corre!». Sabía que si dos folladas con ella me habían calado tanto, la cosa se pondría fea.

—¿Cómo quedó tu baño? —preguntó, con la voz agitada.

—No tienes una idea. Mandé a derribarlo desde sus cimientos —Su risa se apoderó del silencio, llenó todos los espacios vacíos y pensé *hasta su risa es maravillosa*.

—¿Entonces? —Comencé a decir, cuando su risa se fue apagando.

—Entonces, ya te vas —espetó, construyendo flancos a nuestro alrededor. Me sentía un marginado, confinando detrás del muro. ¡Joder! *¿Qué me estaba pasando? No quería nada serio, no buscaba nada más que sexo... ¿Por qué me iba a importar que me despachara? Yo lo hacía cada noche con las mujeres*. Claro, el ego masculino es muy arrecho.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté, dejando en sus manos la decisión.

—¿Tú quieres quedarte? —contraatacó. De ninguna manera iba a admitir en voz alta que quería quedarme. Solo una vez entregué mi corazón y no estaba dispuesto a que me volvieran a lastimar.

—Debo irme, mañana salimos temprano —No pensaba hacer una retirada luego de tener sexo, una sola vez. Quería repetir, al menos dos veces más. Pero, a juzgar por su *ya te vas*, había sido suficiente para ella. ¡Bendita mujer! Me estaba enloqueciendo.

—No tienes que darme explicaciones, Richard —Me vestí, recogí el bolso y salí pitando de su habitación. Mi fuerza de voluntad estaba menguando y si se me hubiera ocurrido mirar atrás de seguro le habría rogado que me dejara follarla una vez más. Así de jodido me tenía.

Me metí en mi habitación, me di una ducha y luego me puse unos vaqueros, zapatos casuales y una camiseta negra. Necesitaba cenar algo antes de dormir. Bajé al restaurant y ordené una pizza de jamón, maíz y tocino. Luego de comer, subí al ascensor y cometí el estúpido error de bajarme en el piso cinco.

Hombre ¡Concéntrate! Tu regla te mantiene a salvo. ¡Aléjate! —gritaba una voz en mi cabeza, pero mis pies seguían andando, rumbo a su habitación.

Me detuve en seco cuando vi a un sujeto entrar a su habitación. *¿Qué mierda? Por eso estaba tan apurada porque me largara de ahí, tenía un segundo asalto planeado, pero no conmigo*.

A pesar de lo idiota y patético que me veía, me quedé en el pasillo por espacio de media hora, esperando que el tipo saliera con las tablas en la cabeza... Pero las tablas me las llevé yo.

—Eres un idiota Richard. Sabes que no debes repetir, nunca —me cuestioné, disgustado. Caminé de regreso al ascensor y bajé al bar. Necesitaba alcohol en mi sistema o un jodido choque eléctrico que me borrara los últimos días de la cabeza.

Llevaba mi tercer vaso de whisky cuando escuché una voz que atravesó mis oídos como un trueno.

—Oye, hazlo con calma que mañana debes volar —No respondí a eso, ni siquiera la miré. Temía que si lo hacía la partiría en dos. No estaba celoso, estaba furioso. *¿Por qué razón? Quizás lo sabía, pero entonces no estaba dispuesto a admitirlo*.

»¿Crees que es justo que me den una habitación con el baño averiado? —Añadió, mientras tomaba asiento a mi lado— Se supone que tomaría solo veinte minutos, pero llevo más de una hora esperando que el tipo de mantenimiento repare el daño.

¡Mierda! Ella no estaba en la habitación y yo pensando que estaba... Que idiota soy —me lamenté.

—Puedes quedarte en la mía —propuse.

—Sé lo que estás tramando, Richard Hernández —insinúo.

—No tramo nada, Lilian. Solo me solidarizo contigo.

—¡Oh! ¡Qué galante! —ironizó —Agradezco que quieras rescatarme de mi desgracia, pero no necesito a un caballero de armadura reluciente que lo haga, solo pediré otra habitación.

—Tú te lo pierdes —respondí, antes de tomarme el resto del licor que quedaba en el vaso.

—Como digas —dijo y luego se fue. Había hecho planes en mi cabeza, al imaginar que la mujer que me traía loco pasara la noche en mi habitación, en mi cama, respirando el mismo aire.

—¡Joder! Estoy en problemas —mencioné.

—¿Cómo dijo? —me preguntó el *barman*.

—Nada, solo pensaba en voz alta.

## Capítulo 4

### Reglas

RICHARD

Insatisfecho y decepcionado, subí a la habitación, donde me esperaba una cama fría y solitaria. En ese punto de mi vida ya me estaba hartando la soledad. Aunque días antes de ese me había ensalzado por tener una vida libertina y sin responsabilidades, pero ya no estaba tan seguro.

Me quité la ropa y me acosté en la cama, mirando al techo. Sueño no tenía ni un poco, lo que me sobraban eran pensamientos... Y todos la incluían a ella.

Estaba cansado de que esa mujer estuviera en mi cabeza. Tanto que deseé no haber ido al *Seven* aquella noche. Mi vida era perfecta antes de ella. ¿Qué se suponía que haría ahora? Encendí el televisor, pero no lo estaba viendo realmente.

Un sonido en la puerta me sacó de mis pensamientos. Y hasta di gracias por eso, necesitaba una distracción urgentemente. Me asomé por la mirilla de la puerta antes de abrir. ¡No me lo podía creer! Aunque sí, había pensado en esa posibilidad. Después de todo, yo era un semental y tarde o temprano ella se rendiría. Fue una suerte que sucediera esa misma noche.

Le abrí la puerta, medidesnudo, usando solo el bóxer. Sus ojos se dispararon a mi pecho y descendieron con lentitud hasta mi entrepierna. Me sentía triunfante y alentado. No había sido fácil aceptar la derrota en aquel bar.

—Veo que mis encantos vencieron tu orgullo —fanfarroneé. Mi chiste no le hizo gracia. Gruñó y se giró enojada.

»Estaba bromeando. Lilian, no te vayas —Se detuvo y volvió la mirada hacia mí.

—Sabes que yo soy más tentación para ti de la que tú eres para mí —Lo dijo cerca de mi rostro, tan cerca que podía sentir su aliento acariciando mi piel—. Y sí, me tragué mi orgullo viniendo aquí. Porque, para mi suerte, o la tuya, no hay otra bendita habitación disponible en todo el hotel. ¿Y sabes la razón? Porque a un equipo de fútbol se le ocurrió la idea de ocupar todo el jodido hotel. Pero no hay caso, iré a dormir en el lobby.

—Claro que no. Aquí hay espacio de más. Puedes quedarte —Se lo decía en serio. No iba a dejar que pasara la noche en un sofá.

—Me voy a quedar con dos condiciones —dijo, gesticulando un dos con sus dedos.

—¿Cómo dijiste? Yo te estoy permitiendo pasar la noche en mi cómoda y amplia cama, ¿y tú pondrás condiciones?

—Sí —enfaticó, descaradamente. Solo estaba jugando un poco. Era capaz de cederle la habitación para ella sola si así lo quería.

—A ver, ¿cuáles son?

—La primera, ponte un pantalón, y la segunda, nada de sexo —Me descolocó por completo. ¿Qué estaba pasando en su cabeza? ¿Por qué en la vida no quería sexo conmigo? Esa mujer estaba amedrentado mi orgullo varonil con sus desplantes.

—El pantalón está descartado, yo duermo en bóxer. Y con la segunda opción no tengo problemas, siempre y cuando tú no resistas y te abalances sobre mí.

—¡Arg! —Gruñó, enojada—. Eres insoportable, Richard Hernández.

—Olvidaste e irresistible.

—Creo que me parece una idea genial ir a dormir en el lobby —espetó. Ya estaba alejándose para cuando le dije:

—Está bien, me rindo. Me pondré pantalones para que no caigas en tentación y no trataré de tener sexo contigo esta noche.

—¿Caer en tentación? ¡Ja! No me conoces ni un poco —impuso, antes de meterse a mi habitación. *No fue tan difícil.*

Saqué unos pantalones de chándal de mi maleta, mientras ella se daba una ducha en el baño y se cambiaba de ropa. Pensamientos morbosos se cruzaban por mi mente mientras escuchaba el agua correr. Ver aquel cuerpo esbelto húmedo y jabonoso influyó fervientemente en mi polla. Me tumbé en la cama y me cubrí con la sábana, para que ella no lo notara al salir.

Cuando la puerta se abrió, mi mirada se precipitó hacia ella. Traía el cabello mojado y usaba un pijama de seda que dejaba muy poco a la imaginación. Sus pezones se apuntaban duros a través de la tela blanca y entonces se me puso más dura.

—Eso es trampa. Yo tengo que dormir en pantalones ¿y tú sales así? —La respiración apenas existía en mis pulmones, mientras que el pecho se me hinchaba con cada latido de mi corazón.

—¿Así cómo? —dijo, mirándose de arriba abajo. ¿Estaba bromeando? —Fue mi primer pensamiento—. Luego lo supe, estaba jugando conmigo. Me quería seducir para que rompiera las reglas, pero no iba a caer en su trampa. Si ella quería guerra, guerra tendría.

—Olvidalo —Lilian caminó hasta el costado de la cama y se metió debajo de las sábanas blancas. El calor y la excitación flotaban en el aire. Estar cerca de ella subyugaba mi voluntad. La quería en todas las posiciones del *Kamasutra* y en otras más que comenzaba a inventar en mi cabeza.

—¿Tienes sueño? —indagué, cuando vi que tenía los ojos cerrados. Su olor característico danzaba delante de mi nariz, haciéndome una clara invitación que no quería rechazar. Pero tenía que hacerlo. La tenía en mi habitación y en mi cama, no podía exigir más en ese momento.

—Estoy cansada —siseó, sin abrir los ojos. Me acomodé de costado, apoyando mi codo en el colchón y mi rostro en mi puño.

—Si ese es el problema no tienes que hacer nada, yo haré todo el trabajo pesado —sugerí, dándole inicio al juego.

—Richard, las condiciones —replicó.

—No las he roto.

—¿Quién es irresistible ahora? —se burló, mientras me daba la espalda —Era una vergüenza para el sexo masculino. ¿Por qué necesitaba convencerla? Esa pregunta me estaba volviendo loco. Así que insistí.

—La pasamos muy bien hace unas horas. Y podría hacerlo más intenso. ¿Te digo cómo? —susurré, cerca de su oído.

—Te lo dije, Richard. ¡No quiero sexo esta noche! ¿Lo entiendes? —gritó, poniéndose en pie.

—Dime por qué y lo entenderé —Necesitaba saberlo. No encontraba una razón razonable para que se negara.

—Porque no quiero que las cosas se compliquen, Richard. Ya hemos estado juntos dos veces y tú no eres ese tipo de persona y yo tampoco lo soy. No veo el motivo para seguir con esto si el día de mañana seremos de nuevo dos extraños.

—¿Lo dices por lo de antes, porque no me quedé?

—No lo digo por nada en específico. Somos adultos y sabemos que entre nosotros no habrá nada más que sexo.

—No tiene que ser así —Mi boca habló sola, lo juro. No había nada en mi cabeza en ese momento.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, poniendo las manos en jarra. Quería concentrarme en una buena idea, pero lo único que podía ver eran sus pechos. Tardé un par de minutos en decirlo. Y, cuando la idea se cruzó en mi cabeza, me aterroricé.

—¿Vas a hablar o no?

—Podemos ser eso que llaman amigos con beneficios —Esa fue mi gran idea.

—¿¡Qué!? ¡No!

—Piénsalo. Muchas veces nos vamos a encontrar en el trabajo, podemos pasarla bien y luego cada uno toma su camino. Te ahorras el conocer a extraños en el bar para follar una sola noche.

—¿Qué clase de mujer crees que soy yo? —¡Mierda! En pocas palabras le dije ramera. La situación se me estaba escapando de las manos. Tenía que arreglarlo.

—No pienso que eres ningún tipo de mujer. No te estoy tomando por una cualquiera, si a eso te refieres.

—No, eso fue exactamente lo que quisiste decir. ¿Quieres tener sexo conmigo? ¿Quieres hacer todo el trabajo? ¡Pues hazlo! —dijo, mientras se desvestía—. Cuando acabes, me das unos billetes y entonces seré tu puta.

—¡Joder, Lil! No quise decir eso —Me levanté de la cama y la cubrí con la sábana. Apenas me acerqué, noté que estaba llorando. Me sentí un completo imbécil.

»Lo siento, Lilian. Te juro que no pienso eso de ti —La abracé a mi pecho y pude sentir como su cuerpo temblaba por el llanto. Había un motivo detrás de su tristeza, pero no sabía porqué y no quería preguntarle qué había pasado.

Cuando su llanto se apaciguó, se apartó un poco y me miró con aquellos ojos dorados, destellantes por las lágrimas.

—¿Amigos con beneficios? —balbuceó.

—Si estás de acuerdo, sí.

—Lo estoy, pero esta noche solo quiero dormir.

—Eso está bien —Le di un beso en la mejilla y me regresé a la cama.

Poco después sentí el peso de Lilian hundir el colchón. Le había dado la espalda para que se vistiera de nuevo. Aquella imagen de ella desnudándose y diciendo que tuviera sexo con ella me hacía doler el pecho. Era una sensación extraña e intimidante a la vez.

El deseo de seguir abrazándola me apresaba, como si con ello pudiera calmar la tristeza que cargaba a cuestas. No podía entender qué había cambiado desde que se alejó en el bar, pero sin duda algo pasó.

—Abrazame, por favor —susurró a mis espaldas. Me giré y la hundi en mi pecho. Estaba fría y temblorosa, pero poco a poco mi calor comenzó a abrirla.

Besé su cabello y le dije que descansara, que yo la cuidaría. Tenerla en mi cobijo provocó en mi cuerpo un efecto paralizante, como si su piel, su olor y su respiración se apoderaran de mi sistema nervioso y lo detuvieran. Mi excitación seguía latente, pero no era mi prioridad, era ella. Y, por muy extraño que suene, fue la mejor noche que pasé con una mujer.

## Capítulo 5 Abrázame

LILIAN

En la vida hay días buenos, días malos y días catastróficos. Ese día fue uno muy catastrófico. Del uno al diez, le di un ocho, para no ser tan pesimista.

Mientras Richard me abrazaba en la cama, el episodio de histeria se repetía en mi cabeza. Tan desesperada como estaba por un poco de afecto, me desnudé y le grité que tuviera sexo conmigo. Algo simbólico como deshacerme de la ropa cuando en verdad quería mostrarle mis heridas internas.

*¡Estoy loca!*, eso me gritaba mientras me desvestía. No podía creer que fuera capaz de hacer algo así. Su reacción me impactó mucho más, porque de todos los hombres que habían pasado por mi vida, no pensé que Richard Hernández fuera del tipo que te abrazaba hasta que dejes de llorar. Quizás no era un maldito como lo pintaban mis compañeras. Al menos, eso concluí en la penumbra, antes de que saliera el sol y el sueño terminara.

Me desperté muy temprano, rodeada por los musculosos brazos de Richard. Él seguía durmiendo y aproveché para darme una ducha y arreglarme un poco. Sin duda estaría horrible por haber estado llorando en silencio hasta quedarme dormida. ¿Quién en su sano juicio lloraría en brazos de aquel sexy y escultural hombre? Yo, por supuesto. La patética Lilian White.

Caminé de puntillas hasta al baño para no hacer ruido. Me miré al espejo con espanto al ver la sombra debajo de mis ojos. Tenía ojeras de mapache y los ojos enrojecidos. Saqué mi estuche de maquillaje para cubrir la mala noche y no espantar a nadie con mi aspecto. La noche de brujas estaba aún muy lejos en el calendario.

Miré la hora en mi móvil y apenas eran las seis treinta. Tenía tres horas antes de volver al aeropuerto. Me puse pantalones de tubo lila y una blusa blanca de algodón, de cuello redondo. Mi idea era escabullirme para ir a desayunar, le había fallado a Lissy con la cena y no me pasaría por alto el desayuno.

—Hiciste trampa —habló Richard cuando salí del baño. Me sorprendió encontrarlo sentado en la cama. Esperaba no tener que darle la cara tan temprano. ¿El motivo? Tenía mucha vergüenza por todo mi espectáculo y el llanto.

—¿Trampa? —repliqué.

—Quería ver como lucías temprano en la mañana.

Sonreí, tímidamente. Me sentía vulnerable y desnuda ante sus ojos. Dormir abrazada con él había sido lo más cercano a cariño que había experimentado con un hombre.

—Bajaré a desayunar. Nos vemos al rato —Me apresuré a la salida, pero su petición me detuvo. Me dijo que lo esperase y eso hice, se lo debía por todo el asunto: vómito-hospital-bolso-histeria y llanto.

Estaba de pie cerca de la puerta, con los brazos cruzados en mi pecho, cuando el cuerpo cincelado y varonil de Richard emergió de debajo de las sábanas. Lo miré de refilón, mientras caminaba hasta el baño. Me humedecí los labios al menos dos veces al ver aquel trasero tensarse debajo del chándal gris que se había puesto para dormir. Cuando la puerta se cerró, me abaniqué con la mano para deshacerme del calor de mis mejillas. Con el de mis partes bajas no tuve más opción que aguantarme.

Salimos de la habitación —en la que, milagrosamente, no tuvimos sexo— y bajamos en el ascensor hasta la planta baja. El viaje en aquel aparato fue perturbador. Siempre venía a mí el recuerdo de *mis siete minutos en el cielo* con Richard “Playboy” Hernández.

Llegamos al restaurant del hotel y nos sentamos en una mesa con dos puestos. La mesonera trajo el menú entre risas, seduciéndole descaradamente a Richard, a pesar de mi presencia. No la culpaba, él era demasiado atractivo para ignorarlo.

—Un jugo de naranja, por favor —le pedí a la pelirroja que solo tenía ojos para él. Pero, extrañamente, él solo me miraba a mí.

—¿Solo jugo, Lilian? —replicó con un tono un tanto autoritario que no me gustó nada.

—Es que no tengo hambre —Él negó con la cabeza y entonces tomó el menú que estaba en la mesa, para pedir.

—Nos trae dos jugos de naranja, dos servicios de panecillo, acompañado con huevos y tocineta.

Él ordenó doble de todo. Lo que significaba que me había incluido, arbitrariamente, en su pedido. No me disgustaba, pero sí me aterraba. No había forma de que yo terminara un plato completo de desayuno.

No mucho después de eso, la peliteñida de piernas larguiruchas y huesudas, volvió con la bandeja y nuestros desayunos. Su mirada estaba clavada en él y temí que por andar obnubilada me tirara la comida encima. Eso no pasó, de milagrito. Pero lo que sí sucedió fue la forma descarada como pegó su cuerpo al de Richard cuando lo entregó su plato.

No podía hacer nada. Por muy celosa que estuviera, no tenía derecho a hincarle los dientes a la mesonera.

—Gracias, puedes retirarte —le dijo Richard.

La chica no se movía de su lugar y sorda no era, para pensar que no había escuchado. ¿Qué estaba esperando, qué él le diera su número delante de mis narices?

Richard se aclaró la garganta y desvió su mirada hacia mí. Ella tardó un par de minutos más en reaccionar y luego se fue con el rabo entre las piernas.

—Con un jugo estaba bien —comenté.

—Tengo un plan para que comas el plato entero —dijo, con orgullo. Sus ojos grises brillaban de forma especial esa mañana y me preguntaba si era por mí.

—A ver. ¿Cuál es tu plan para que yo me coma todo esto? —pregunté, señalando el plato repleto de carbohidratos.

—Es muy sencillo. Yo te haré algunas preguntas y, por cada una que no quieras responder, te comes un bocado.

Muy inteligente de su parte, pero no sabía si estaba dispuesta a someterme a su interrogatorio.

—¿Qué gano yo?

—También me harás preguntas.

—Pero, como no tienes problemas para comer, por cada respuesta que evadas pasará mi turno.

—Bien. ¿Lista para limpiar tu plato? —preguntó, creído.

Asentí y me preparé para lo que sería un desayuno entretenido o quizás incómodo. Me incliné por la segunda opción.

—¿Por qué llorabas anoche? —Por poco salí corriendo del restaurant. Pero, en su lugar, me llevé un panecillo a la boca. Mi turno.

—¿Alguna vez te has enamorado? —Richard entornó los ojos, pero no respondió. *El que calla otorga.*

—¿Te rompió el corazón? —insistí. Si no respondía esa vez, quedará atrapado en su propio juego.

—Sí —murmuró. No pensé que se atrevería a responder y su respuesta me hizo querer saber más. Mi cabeza comenzó a sacar conclusiones. Richard se enamoró y le rompieron el corazón ¿Por eso se convirtió en un mujeriego?

—¿Qué pensaste anoche cuando te abrí la puerta? No puedes mentir. —Remarcó. Tragó grueso al recordarlo. Cuando lo vi semidesnudo el corazón se me detuvo de golpe y la única palabra que flotaba en mi cabeza era sexo. Pero ni por todo el oro del mundo le diría eso. Corté un trozo de huevo y me lo llevé a la boca. Tomé además un sorbo de jugo, que sabía delicioso.

—No necesitas responder. Querías follarme —¡Idiota, sabelotodo! —pensé.

—¿Cómo es ella? —Quería saber todo sobre la despiadada mujer que le rompió el corazón y lo convirtió en uno más del montón.

—Eso no tiene importancia —desdeñó. ¿Y si todavía la quería? Porque si le resultaba doloroso hablar de ella, tenía que tener sentimientos por ella.

—Esa no fue la pregunta —reclamé.

Él entrecerró los ojos y frunció los labios. No respondería.

—¿Cómo es tu familia? —El rostro se le iluminó, gesto que aceleró mi corazón sorprendentemente. Él tenía algo que me encantaba como el sonido de la flauta a una cobra. Sus ojos eran la música y yo la serpiente.

—Es la típica familia puertorriqueña. Mi mamá se llama Raquel y mi papá Miguel. Raiza es mi hermana menor, tiene una hija de cinco años llamada Rebeca.



Reinaldo y Ramón son los menores. Como verás, somos los “R”. Mi turno —Su sonrisa era genuina y natural. Estaba pasando algo extraño entre nosotros y la sola idea me aterraba—. ¿Cuál es tu número?

—¿Cuál número? —repliqué. Por un momento entré en pánico. Él no podía ser tan estúpido como para preguntarme con cuántos tipos me había acostado.

—Tu número telefónico. ¿Qué otro te podría pedir?

—¿Por qué perdiste tu turno en una pregunta como esa?

—Porque quiero saber tu número. No quiero arriesgarme a que desaparezcas y no encuentre manera de contactarte —Deslizó su *Smartphone* en la mesa y sonrió mientras yo guardaba mi número.

»Es de nuevo mi turno —dijo.

—Oye, eso es trampa. No era una pregunta formal —reclamé, sacando mi labio inferior en un puchero.

—Me provoca morderte esos labios aquí y ahora —gruñó, con los ojos encendidos en deseo.

Su comentario me halagó y enardeció en las mismas proporciones. Saber que despertaba en él deseos carnales, en pleno desayuno, me gustaba más de lo que debía. Lo miré por encima de mis pestañas, estaba sonriendo mientras me miraba. Cuando se dio cuenta que lo había notado, sacudió el gesto y propuso:

—Te cambio la pregunta por dos bocados de comida —asentí mientras me llevaba una porción de huevo a la boca. El plato de Richard ya estaba vacío, pero el mío tenía de sobra para varias rondas de preguntas más.

—Ya cumplí mi parte. Ahora voy con mi pregunta. ¿Qué es lo más alocado que has hecho en tu vida?

Richard presionó los codos en la mesa y apoyó su rostro sobre los puños. Su silencio momentáneo me dio tiempo de comer un poco de tocino y beber todo el jugo de naranja. Levanté la mirada y noté su risa maliciosa, ya tenía la respuesta.

—Pasar la noche contigo sin tocarte entera, aunque me moría por hacerlo.

Su respuesta vibró en mi cuerpo. Yo también deseaba tocarlo y que él me tocara, pero la noche anterior estaba muy deprimida. Pensar en mi hermana siempre me perturbaba. Pero chocar con alguien muy parecida a ella, de camino a la habitación de Richard, me descolocó por completo. No sabía cuánto añoraba a Natasha hasta esa noche.

Levanté la mirada y me encontré con los ojos grises de Richard. Algo cambió en su mirada, pero no sabía qué. Su manzana de Adán trazaba un trayecto de arriba abajo. Me mordí los labios para retener mis palabras. Tenía miedo de abrir la boca y decirle que podíamos solucionar ese problema subiendo a la habitación.

—Creo que debemos subir. El vuelo sale en dos horas y se nos puede hacer tarde —Su gesto estoico no me decía mucho. ¿Estaba molesto? ¿Esperaba alguna respuesta de mi parte?

—Tienes razón —consentí.

Richard pagó la cuenta, a pesar de mi reticencia. Ese hombre era testarudo hasta los poros.

Subimos al ascensor, de regreso a la habitación. Estaba atestado de personas, por suerte. No tenía miedo de Richard sino de lo débil que era cuando estaba a solas con él.

Bajamos del fulano aparato y cruzamos el pasillo, Richard por delante de mí, caminado rápido, como si alguien lo persiguiera. Abrió la puerta y la sostuvo para que entrase primero. Aquel gesto me resultó romántico y tierno. Una vez que entró y cerró la puerta, su mirada saltó hacia mí. Su gesto cambió, al igual que el color de sus ojos. Me sentí desnuda y expuesta ante su mirada.

—¿Qué? —pregunté.

—Te deseo tanto y no sé cuánto pueda esperar.

—No esperes —murmuré. Sus pasos se precipitaron hacia mí. Tomó mi rostro entre sus manos y me plantó un beso en los labios. Su lengua calentó mi boca, deslizándose dentro con codicia y deseo. Entrelacé mis piernas en torno a él y me llevó a la cama.

La lujuria ardía en su mirada, mientras se ocupada de quitarme las zapatillas y los pantalones. Me relamí los labios, al ver como la camiseta negra que se había puesto desaparecía de su pecho. Sus músculos pectorales y abdominales gritaban por mi atención. Me incorporé de la cama y deslicé mi lengua por su pecho. Ansiaba saborear cada parte de aquel cuerpo duro y varonil.

Richard me quitó la blusa y desabrochó mi brasier con habilidad. Sus dedos rondaban mis pezones, mientras sus palmas sostenían mis pechos. Tiré la cabeza hacia atrás, cuando sentí el calor de su boca en mis senos. Jadeaba y me retorció cuando aquella sensación de placer se esparcía hasta mi entrepierna, esa que palpataba como un corazón a punto de estallar.

Él dejó de besarme súbitamente y buscó mis ojos. Veía en su mirada algo y predije que estaba por hablar. Cuando sus labios intentaron moverse, silenció lo que fuera a decir, besándolo. No necesitaba palabras, solo hechos.

Su boca se deslizó por mi garganta y descendió hasta el lugar donde mi excitación lo anhelaba. Ahogué un grito al sentir sus dedos mecerse y presionar a la vez el punto más erógeno de mi sexo.

Cuando logró que llegara a la cima de mi excitación, deslizó su mano fuera de mí y rebuscó en el bolsillo de sus pantalones por un preservativo.

—¡Maldición! —gritó, enojado—. No tengo más. Lo siento.

Miré atónita como se iba al baño, sin siquiera voltear a mirarme. Me levanté de la cama y recogí la ropa del suelo con rapidez. La vergüenza y la rabia me inundaron y se desahogaron por mis ojos. Me vestí, tomé mi maleta y me largué de la habitación. Era obvio lo que había pasado: él no se arriesgaría a tener sexo con una *cualquiera* sin usar un jodido preservativo.

—¡Estúpida! —sollocé, mientras corría por los pasillos del piso siete.

## Capítulo 6

### Viejos amigos

RICHARD

Estaba furioso. Muy furioso. ¿Cómo me había quedado si un jodido condón? Y justo con ella, con la mujer que encendía en mí una pasión desconocida.

Me metí al baño para analizar mis opciones. No era que tenía miedo de estar con ella sin protección, pero corría el riesgo de dejarme llevar por el momento y que lo lamentáramos más tarde. Mi prioridad era ella y no mi polla erecta.

—¡Mierda! ¡Jodido imbécil! —Me quejé al ver que se había marchado. Ella seguro ya estaba llenando su cabeza de mierda y no quería que lo hiciera. Busqué su número en el directorio de mi teléfono y la llamé, no respondió.

Me apresuré a ponerme mi uniforme y a recoger alguna ropa que estaba en el suelo. No tenía mucho tiempo, debía estar en el aeropuerto en menos de una hora. Salí de la habitación para buscarla. Mi primera opción fue su antigua habitación, pero no estaba. Bajé al lobby del hotel y pregunté por ella en recepción, pero no la habían visto. ¿Dónde estás metida, Lilian?—me pregunté, mientras giraba en el lobby, mirando a todas partes.

—¡Joder! —Tenía que tomar un taxi y llegar a la aerolínea. Lo más seguro era que se las había arreglado para cambiarse y estaba de camino allá. No podía perder el vuelo.

Subí al avión cuarenta minutos después, luego de haber hecho la revisión y entregar el plan de vuelo. No tuve tiempo de buscar a Lilian y no corrí con la suerte de encontrármela en el aeropuerto. Saludé a mi copiloto y me senté en mi lugar.

Mientras esperaba el anuncio de cabina asegurada, le escribí un mensaje a Lilian, era mi última opción.

**Yo:** Te lo recompensaré más tarde.

**Lilian:** No tienes que hacerlo.

**Yo:** Quiero hacerlo.

**Lilian:** Yo no. Es tarde para eso

**Yo:** Lo siento.

**Lilian:** Eso no cambia nada

**Yo:** ¿Qué querías que hiciera?

**Lilian:** Cualquier cosa menos huir. No estabas corriendo riesgo.

**Yo:** No quería ponerte en riesgo a ti.

**Lilian:** Solo debías decirlo. Estoy ocupada.

**Yo:** Lo sé. Nos vemos en New York.

**Lilian:** No quiero volver a verte.

Ese último mensaje me removió las vísceras. Habíamos hablado de ser amigos con beneficios y ahora todo se había ido a la mierda. Fue mi culpa, lo sé. Pero nunca había estado en un tipo de relación tan complicada y no sabía mucho cómo debía reaccionar.

Al pisar suelo neoyorkino, y terminar con mi trabajo, salí de la cabina y la busqué. No estaba. Lo más seguro era que se había ido y quizás era lo mejor. Ella estaba enojada y tenía razón.

Karen, una de las azafatas con la que follé meses atrás, se acercó, batiendo sus pestañas.

—¿Tienes planes?

—De hecho, sí —Respondí, cortante. Ella sabía muy bien que eso no iba a pasar. Preguntarlo fue una estupidez de su parte.

\*\*\*

Mis pies estaban apoyados sobre la mesita de madera que me regaló mi madre; fue lo primero que traje a mi apartamento cuando lo compré. Intenté ver alguna película, pero nada me animaba. Y la única persona que cambiaría mi estado de humor no me quería ver. Estaba jodido.

Media hora antes, Charles me había enviado un mensaje diciendo que necesitaba hablar conmigo de algo urgente. Era raro que la palabra *hablar* y *urgente* estuviera en un mismo mensaje de él. A Charles jamás le pasaba nada. Su vida era aburrida como la de una almeja.

Charles era el yin de mi yang. Tan opuesto a mí que nadie podía entender porqué éramos amigos. Pero, la verdad es que, más que mi amigo, era mi hermano. Era el único que conocía toda mi mierda, la aguantaba y, a veces, me sacaba de ella.

La idea de contarle a Charles sobre Lilian quedó descartada. Escuchar su sermón de respetar a las mujeres, el amor y las rosas, era lo último que quería escuchar de él.

El timbre en la puerta anunció su llegada. Me levanté del sofá y le abrí; él no se molestó en saludarme, entró como un rayo y no dejaba de caminar de un lado al otro. Sostuve mi teléfono en las manos, preparado para llamar a urgencias. Sin duda él sufriría un infarto en cualquier momento.

—Me estás asustando. ¿Qué te pasa?

—Le pedí matrimonio —balbuceó, mientras seguía moviéndose de un lado al otro con inquietud.

—¿A quién? —pregunté, casi gritando. Charles no tenía novia, él nunca había tenido una jodida novia. ¿A quién carajos se lo propuso?

—Al amor de mi vida. Te hablé de la rubia. Esa que vengo observando desde hace meses desde *Marcus*. Estuvo a punto de caerse, el piso estaba mojado, corrí y la sostuve en mis brazos. Fue... una revelación. No tienes idea de todo lo que removió en mi cuerpo. Me arrebató la vida con esos ojos grises. Entonces se lo pedí, le dije que se casara conmigo.

—¡Imbécil! —escupí.

—Eso mismo dijo ella.

—Y con toda razón, Charles. Nadie, en sus cabales, le pide matrimonio a una desconocida.

—No necesito conocerla. Sé que la quiero como mi esposa.

Sabía que él hablaba en serio, pero, aun así, estallé en sonaras carcajadas.

—No te burles.

—No puedo evitarlo, Charles.

—¡Idiota!

—¿Sabes al menos cómo se llama la futura señora Jones? —Traté de decirlo serio, pero no se me daba.

—Sí, se llama Elizabeth. Resulta que es azafata en *Royal* y conseguí sus datos con Cristy, la secretaria de la aerolínea. Le envié un mensaje y un ramo de flores, pero no me responde.

—Eso es acoso. No puedes hacer eso. ¡Te meterán preso!

—Ella lo vale.

Mi amigo estaba perdiendo la cabeza y no iba a dejar que terminara preso por hacer idioteces. Entonces le propuse que fuera conmigo al club y que intentara salir con alguna mujer, que seguro eso aclararía su mente. Él no quería aceptar, pero al final lo hizo solo para que lo dejara tranquilo.

Unas noches más tarde fuimos al club *Seven*, al mismo donde conocí al huracán Lilian, a aquella mujer que me estaba arrebatando la cordura. Mi plan era escoger a alguna mujer y llevarla a mi apartamento, necesitaba sacarme a aquella castaña de la cabeza. Pero esa noche mi prioridad era Charles. Le busqué una morena muy

sensual y los presenté. En pocos minutos, Marissa y Charles se estaban susurrando cosas frente a la barra. No mucho después de eso los vi perderse entre la multitud hacia un lugar más privado. Mi trabajo estaba hecho, me tocaba a mí conseguir compañía. Me senté en la barra y pedí una cerveza. Esa noche no quise ocupar mi mesa habitual.

—Richard Hernández —Habló una voz masculina detrás de mí. Fred, un compañero de la secundaria, me sonreía como si verme le alegrara. A mí no me entusiasmba mucho, era un imbécil sin cerebro y un adulator.

—Eh, ¿qué haces en New York? —Lo saludé.  
—Vine a supervisar la sucursal en la ciudad. Me ha ido muy bien. Ten, esta es mi tarjeta —Deslizó un papel rectangular en la barra, la tomé y la guardé en el bolsillo de mi camisa.

»Nos vemos. Necesito conseguir a alguien para follar.  
—Pásala bien, idiota.

Estaba de pie, mirando como Fred se perdía entre la gente, cuando sentí una pequeña mano tocar mi espalda. Me giré y me encontré con una sexy rubia de ojos grises, quien se abalanzó sobre mí para besarme. No tenía una jodida idea de quién era, pero no me detuve a preguntarle. Rodeé su cintura con las manos y la empujé hacia mí. Su boca era una delicia, igual que su cuerpo. Alguien tiró de mí, apartándome de ella, y golpeando mi mandíbula poco después. Preparé mis puños, para arremeter contra el maldito que me había golpeado, pero me detuve al ver que era Charles. Estaba confundido. No entendía por qué carajos me había pegado en el rostro. Ella discutió con él y le gritó que volviera con su morena. Me tomó un par de minutos comprender que aquella mujer era Elizabeth.

## Capítulo 7

### Sexo es sexo

LILIAN

Estaba feliz de volver a casa. Toda la situación con Richard me había afectado más de lo que debía. Se suponía que lo nuestro no trascendería a más que aquella noche de sexo en su apartamento. Dormir abrazada con él, aquel desayuno, lo de ser amigos con beneficios... todo eso fue un error. Él no era el tipo que se comprometía y yo tampoco necesitaba complicarme más la vida.

Al entrar al apartamento, me encontré a Lizzy sentada en el sofá con las piernas cruzadas y con un enorme tarro de helado en sus manos.

No me podía creer todo lo que me decía. Que Charles Jones le propusiera matrimonio era lo más romántico que había escuchado en la vida. Lissy estaba aterrorizada. Pensaba que él era una clase de acosador. Ya hubiera querido yo que me acosara a mí. Mi amiga era un hueso duro de roer. Entendía su miedo, su vida no había sido color de rosa, pero estaba segura que aquel piloto era lo que ella necesitaba para ser feliz.

Cuando me encerré en la habitación, el recuerdo de Richard volvió a perturbarme. Necesitaba olvidarlo, borrar los rastros de sus caricias de mi piel. Sabía que no sería fácil, pero tenía que intentarlo.

Invité a Lissy a ir al club unos días después y, para mi sorpresa, accedió sin mucha insistencia. Hice una fanfarria en mi cabeza por aquella pequeña victoria. Me metí a mi habitación y me comencé a vestir. Elegí una falda corta en tono dorado, una blusa blanca y un par botas negras, que me llegaban hasta los muslos. Dejé mi cabello suelto, para descansar del recogido obligatorio de mi trabajo. El maquillaje no me tomó mucho tiempo, lo hacía con los ojos cerrados. Un labial rosa, ojos ahumados, colorete y rímel para alargar mis pestañas.

Lissy se veía hermosa, usando un vestido negro, ceñido al cuerpo. Mi amiga lucía increíble con lo que se pusiera, sin hacer mucho esfuerzo. Y por donde pasaba rompía corazones. Algo de lo que ella no era consciente o quizás sí, pero no le importaba.

Llegamos al club *Seven*. Y, aunque estaba atestado, y la fila era inmensa, no tuvimos problemas en entrar sin esperar. Javier, el musculoso custodio de la puerta, me conocía desde hacía mucho tiempo y nunca me dejaba esperando.

Nos sentamos en la barra y ordené dos Martinis. Lissy se resistió un poco, pero al final aceptó la bebida.

—Me vas a matar, pero necesito ir al baño —dije.

Lissy giró los ojos, mientras negaba con la cabeza. Le guiñé un ojo y me bajé del taburete para ir. La fila era larga y no tenía a nadie que me salvara de tener que esperar para entrar.

Cuando volví a la barra, no encontré a Lissy ahí. Saqué el móvil de mi bota, con la intención de llamarla, pero tenía un mensaje suyo diciendo que se había ido y que lo sentía. Chasqué mis dientes, enojada por haber tenido que hacer pis, dejando sola a mi amiga. Se suponía que esa noche le conseguiría a alguien para que la pasara bien.

—Disculpa, ¿puedo invitarte una copa? —Me preguntó un tipo que cumplía con mis estándares: alto, musculoso y bien vestido.

Iba a decirle que no porque, a pesar de necesitar una distracción para olvidarme de Richard, no estaba preparada todavía. Si aceptaba una copa, eso llevaría a otra, luego una invitación y quedaría atrapada en una cita que no quería. Entonces lo vi a él, estaba tomando una cerveza al otro lado de la barra, coqueteando con una mujer. Ira y desilusión se mezclaron en mi pecho, construyendo una bomba peligrosa que estalló con un: «sí, por supuesto», dirigida al castaño de ojos celestes que me había ofrecido una copa.

—Fred Konrad —Se presentó, mientras se sentaba a mi lado en la barra.

—Lilian White —respondí. Pedí un Martini y él una cerveza. Mi mirada alternaba entre la copa y el idiota de Richard.

Fred no dejaba de parlotear. Ese hombre no se detenía ni para respirar. Si no lo había mandado a la mierda era porque estaba esperando que Richard nos viera. Aunque él estaba muy ocupado mirándole las tetas a la rubia platinada que tenía al lado.

Las seis cervezas que llevaba Fred lo obligaron a ir al baño. Fue como una bocanada de aire fresco para mí descansar de él. Si volvía a mencionar *Wall Street* o apretarse las bolas una vez más, le lanzaría el Martini en la cara.

Cuando levanté la mirada, hacia donde vi a Richard por última vez, maldije por lo bajo. Se había largado con la rubia y ni cuenta me había dado.

—Hola, Alessandra —susurró su voz detrás de mí, erizando los vellos de mi nuca. Escondí mi sonrisa, sorbiendo un poco de Martini. Saber que seguía ahí fue un enorme alivio.

—Tengo compañía, por si no lo notaste —murmuré, inexpresiva. No le iba a demostrar ningún signo de debilidad. Sería dura, fría y malvada.

—¿Crees que me intimida el tonto de Fred? —Que él supiera su nombre me alarmó. ¿Lo conocía? Aun así no me giré a verlo, no le daría mi atención por imbécil.

»Él es insufrible, Lil. Seguro ya te contó de sus hazañas en los negocios en *Wall Street* y qué sé yo. Patrañas, solo es un fracasado que sigue viviendo con sus padres. Es aburrido y soso.

—¿Terminaste? —bramé—. No me importa a qué se dedica o si es un mentiroso compulsivo. No tengo planes de casarme con Fred. Solo será sexo, Richard.

*Toma tu tomate*, me burlé en mi mente. Sabía que decirle eso heriría su orgullo de macho alfa.

—No te irás con él —impuso. No tenía que mirarlo para saber que estaba cabreadísimo. Su voz me lo dijo todo.

Dejé mi copa en la barra y me giré para enfrentarlo: ¿Y quién me lo va a impedir?

—¿Por qué lo haces, Lil? No tienes que probar nada —Su tono se suavizó. Había una calidez en su mirada que por poco me doblegó.

—Así se comportan las zorras, Richard —Escupí. Su gesto cambió de forma abrupta. Veía furia en sus ojos.

—No pienso eso de ti, Lil. Ya te dije que lo sentía.

—Y yo te dije que no quería verte. Ahora lárgate que Freud está por llegar —Me llevé la copa a la boca y me lo tomé en su solo trago.

—Ya es suficiente, Lilian. Estás borracha, le dijiste Freud a Fred.

—No estoy borracha —tararé.

—Si lo estás y no te dejaré que te vayas con él —Me tomó por el codo e intentó hacerme bajar del taburete, pero no lo dejé. Tiré de mi brazo y me volví a la barra para pedir otra bebida.

—Oye, amigo. Ella está conmigo —reclamó Fred.

—Ya no más —gruñó Richard—. Ella se va conmigo.

La mirada de Fred se disparó hacia mí y luego a Richard. El pobre imbécil no sabía qué mierda pasaba. Comencé a reírme como una demente al ver su rostro conmocionado y la mirada ardida de Richard.

»Nos vamos, Lilian —ordenó, dominante. Enojo y excitación competían dentro de mí. Aquella actitud controladora de Richard me encantaba y me hacía hervir en proporciones iguales. Me levanté de la silla, obediente, pero con un plan perverso en la cabeza.

—Fue lindo conocerte, Freud —balbuceé.

—Es Fred —corrigió, frunciendo los labios.

Rodeé el cuello de Richard con los brazos mientras caminábamos fuera del club. No estaba tan borracha como para necesitar sostenerme, pero era parte de la actuación.

—Para odiarme tanto me abrazas fuerte —se mofó.

—No te odio. Sería demasiado sentimiento para ti.

Serpenteamos entre los cuerpos que pululaban en el club hasta llegar a la salida. Seguí prendida de él como una langosta, sin intenciones de soltarlo. Su cuerpo

caliente y fortachón, unido a aquel perfume varonil, hizo volar mi imaginación. La película que filmaba en mi cabeza incluía mucho sexo, sudor y gemidos.

La voz de Richard fue como una claqueta que anunciaba el inicio de una segunda escena, esta vez no en mi cabeza, sino dentro de su deportivo negro. ¿En qué momento llegué ahí? —me pregunté. Sin duda estaba más borracha de lo que suponía.

—¿Te pregunté que dónde vives?

—*Very irresistible* —Articulé, entre risas.

—¿Qué clase de dirección es esa, Lil? —replicó.

—De la familia olfativa oriental amaderada. Las notas de salida son toronja y menta; las de corazón son sésamo y café; las de fondo son cedro de virginia y avellana.

—¿¡Que mierda!? Te llevaré directo a un hospital —gruñó.

—No, no, no. Nada de hospital. No estoy desvariando. Usas *Givenchi*. A eso huele tu perfume.

Me partí de risa al ver su gesto descompuesto. El pobre hombre estaba cagado de miedo. Me reí tanto que el estómago me dolía. Cuando sostuve las manos contra mi abdomen, Richard palideció.

—Dime que no vas a vomitar.

—No te preocupes por eso, Rich. No estropearé tu coche. ¿Sabes cómo lo sé?

—¿Qué cosa? —resopló.

—Antes de ser azafata, y una puta, fui vendedora en una tienda de perfumes.

—¿Joder, Lil! ¡Yo no he dicho que seas puta! —gritó al tiempo que golpeó el volante con las palmas abiertas.

—¿Por qué carajos te importa? ¿¡Qué tiene de malo ser una!? —Su silencio aturdió más que los gritos. Tiré de la manija de la puerta, la abrí y me bajé. Me tambaleé un poco, al intentar sostenerme en mis tacones altos, pero luego me recompuse. La puerta de Richard se abrió y se cerró de golpe.

—¿A dónde vas?

—Iré adentro. Conseguiré a alguien que quiera follarme y luego vomitaré en su baño.

—¡Maldita sea, Lil! ¿Estás jodida de la cabeza? ¿Crees que dejaré que lo hagas?

—Pues si quieres lo ves —Caminé cuatro pasos adelante, hasta que las manos fuertes de Richard me tomaron por la cintura y me llevaron a su hombro como un cavernícola.

—¡Bájame, idiota! —le grité, mientras golpeaba la pared de su espalda con mis puños cerrados.

—Teníamos un trato, Lil. Si necesitabas un trago y sexo me hubieras llamado. Ese es el punto de ser amigos con beneficios.

—¿De verdad crees que te llamaré cada vez que quiera ir por un trago? —resoplé. Estaba de nuevo dentro de su auto, atrapada, pues le puso seguro.

—No, pero tú me viste en el club y seguías aceptando tragos de Fred.

—¿Qué carajos querías que hiciera? Tú tenías a la *Barbie Pechugas* jugueteando con su cabello.

—¿Celosa?

—¿Yo? El único celoso, controlador, macho alfa y demente en esta historia eres tú.

—Solo protegía a mi amiga —La palabra *amiga* sonó en su voz como una montaña de estiércol.

—¿Tengo que darte las gracias? —me burlé.

—No lo necesito. Solo quiero saber si sigue en pie nuestro acuerdo.

—Tomaré mi decisión cuando esté completamente sobria —El motor de su auto rugió y lo condujo fuera del club.

—¿A dónde te llevo?

—Al *Upper East Side* —murmuré—. Debí quedarme con Freud, al menos estaría teniendo sexo en lugar de discutir contigo.

Richard frenó el auto de golpe. Por poco me golpeo la cabeza con el vidrio frontal. Había preparado una bomba, la activé y explotó, justo en su jodida cara. Lo tenía planeado.

—¿Crees que no quiero follarte? Es en la única jodida cosa en que pienso desde que te fuiste del hotel.

—¡Entonces hazlo!

La tensión sexual flotaba en el aire como el humo, ahogando nuestras respiraciones. Me quedé quieta, mientras el avanzaba hacia mí. Sus dedos caminaron desde mi rodilla hasta debajo del dobladillo de mi falda. Separé las piernas, dispuesta a recibirlos en mi centro húmedo. No llevaba bragas, no las usaba cuando salía de fiesta. Gemí al sentir las yemas de sus dedos barrer mis labios.

—¿Te gustaría que fuera Fred quien te tocara? —preguntó. Los latidos de mi corazón eran desproporcionados y dolorosos. Él estaba jugando conmigo y yo estaba cediendo. ¿Por qué?

—Richard... —jadeé.

—¿Lo deseas a él tocándote o a mí?

—Sexo es sexo, Richard. Él o tú, me da igual —Mentí. Lo hice, a pesar del dolor que me apretaba el pecho. No quería que él jugara conmigo y ganara. No quería perder el control y él no sería quien me lo arrebatara.

## Capítulo 8

### ¿Celos?

RICHARD

Mi plan era sacarla de ahí, apartarla del idiota de Fred para que dejara de ver sus tetas apretadas en aquella blusa transparente. Mi plan era disculparme y volver a lo de amigos con beneficios, pero su plan era hundirme en un jodido hoyo oscuro.

Sus palabras explotaron en mi cara como una bomba nuclear. «El o tú, me da igual». Que ella me comparara con un imbécil fracasado lame culo fue la enorme gota que rebasó el vaso. Eso fue todo. No lo intentaría más.

*Jódete, Lilian;* estuve a segundos de gritarle, pero no lo daría esa satisfacción.

—Te llevaré a casa —dije, deslizándome mi mano fuera de su entrepierna. Su excitación se había escurrido en mis dedos. Los sequé con mis vaqueros y puse en marcha mi auto. Lilian balbuceó la dirección de su edificio y me detuve frente a él diez minutos después.

—Adiós, *Alessandra* —Aquellas palabras me supieron amargas. Estaba más enojado conmigo que con ella. Tenía una jodida regla por una razón y romperla me llevó a esa penosa situación.

—¿Amigos? —tartamudeó. Asentí dos veces sin mirarla. Si lo hacía, estaba seguro que perdería la cabeza y la tumbaría en el asiento trasero para follarla con toda la ira que hervía en mi sangre.

Derrapé en la carretera y conduje como loco hasta mi edificio. Seguía cabreado y decepcionado por haber sucumbido al juego perverso de Lilian. Yo era el cazador. Yo devoraba al animal indefenso... ¿Qué me estaba pasando?

Me bebí media botella de *Jack Daniels*, tumbado en mi sofá. Mi cabeza daba vueltas, intentando trazar un plan seguro que me mantuviera en el ruedo.

*Una mujer no me haría mierda. No de nuevo.*

\*\*\*

En la mañana tenía una resaca de la mierda. Me dolían hasta las pestañas. Golpecé la pantalla del móvil y contesté la llamada, que me había despertado.

—Sí.

—¿Richard? Te he enviado al menos diez mensajes. ¿Estás bien?

—Resaca —resumí.

—Oye, quería disculparme por golpearte. Es que... Ya sabes.

—Sí, lo sé. Ella era Elizabeth. ¿Cómo resultó para ti?

—La besé —Su risa silbó en mi oído.

—Uh, ella me besó a mí y luego a ti. Es como si me hubieras besado —bromeé.

—No me lo recuerdes. El problema es que luego salió corriendo y no sé qué hacer.

—Lo solucionaremos.

—No. Yo lo solucionaré. Tú solo eres excelente en llevarte a las mujeres a la cama y yo busco el *felices por siempre*.

—Te equivocas. Si quisiera llevar una mujer al altar no tendría que hacer mucho esfuerzo. Aunque sabes que esquivaré esa bala hasta que muera.

¿A quién engañaba? Yo también fui ese tipo, el que quería la casita, los hijos y hasta el perro.

—No todas las mujeres son como ella, Richard. Busca a una Elizabeth. Inténtalo de nuevo —Solo dos veces habíamos hablado de ese tema y nunca me había dado un consejo.

—Suerte con tu rubia, hermano. Si crees que es la indicada, hazlo.

—No lo creo, lo sé.

Me despedí de Charles y me metí al baño para darme una ducha. Las palabras de mi amigo retumbaban en mi cabeza. ¿Estaba dispuesto a enamorarme de nuevo? ¿Podría soportar otro corazón roto?

Me puse unos pantalones de chándal y salí a la cocina para preparar algo de comer, eran más de las doce y ni siquiera había desayunado. Me terminé el pollo que cociné y me tumbé en el sofá para ver alguna película que me distrajera un poco.

Mi teléfono volvió a sonar, esa vez con el tono que elegí para la pijoosa. Lo respondí sin mucho ánimo, pero sonreí al escuchar aquella voz.

—¡Tito! —gritó mi hermosa sobrina, con voz de camionero—. Faltan siete días con dos horas y tres minutos para mi cumpleaños número seis. ¿Vas a venir verdad?

—Tengo que... Eh... Quiero ir, cariño, pero no sé si pueda.

—Por fi, tito. Ven a mi cumpleaños —balbuceó. Estar lejos de ella era lo que más me dolía, pero no podía aparecerme sin que mamá lo aprobara.

—Rebeca, ¿qué haces con mi teléfono? Te he dicho que no lo tomes... —Los gritos de Raiza atravesaban mis oídos como flechas. Aún tenía un poco de resaca.

—Rich, ¿sigues ahí?

—Así parece.

—Te iba a llamar más tarde, pero sabes como es tu sobrina. Hablé con mamá y aceptó que vinieras

—¿De verdad? ¿Cómo fue eso posible?

—Le dije que tenías novia.

—¿Qué? ¿iPor qué le dijiste eso!?

—Richard, todos en casa te extrañamos. Ni tú, ni mamá dan su brazo a torcer y Rebeca quiere a su *tito* en la fiesta. Resuélvelo ya.

—¿Tengo opción?

—Negativo. Te veo en siete días.

—Como sea —mascullé.

¿Qué se suponía que iba a hacer? ¿De dónde sacaría una novia en siete días?

El jodido aparato volvió a pitar, ahora con un mensaje. Temía leerlo y descubrir que había estallado la tercera guerra mundial o algo parecido.

**Lilian:** Te escribo en son de paz. Siento mucho lo de anoche. ¿Podemos vernos?

Mi orgullo seguía herido, pero no me detuve a pensar, solo respondí sí.

**Lilian:** Dime lugar y hora y estaré ahí.

**Yo:** A las ocho en mi apartamento.

**Lilian:** Bien. Envíame la dirección.

\*\*\*

Puse todos los ingredientes en el mesón y esperé a Lilian, sentado en el sofá, frente al televisor. Miraba un partido de los *Lakers* contra los *Bull*. No era un fanático de los deportes, pero me gustaba verlos de vez en cuando.

Caminé a paso lento hacia la puerta cuando escuché el timbre. Mis pies estaban descalzos, usaba vaqueros gastados y una camiseta gris plomo. No sabía qué esperar de su visita, pero no tenía intención de vestirme como si quisiera impresionarla.

Me tardé un poco en abrir, no quería parecer ansioso ni esperanzado. Cuando finalmente tiré de la manilla y deslicé la puerta hacia mi cuerpo, vi a Lil en el umbral, acompañada por un tipo alto, de cabello oscuro y de músculos marcados. Él sostenía a Lil por la cintura, como si fuera normal en ellos.

*¿¿Qué carajos!?*, grité en mi cabeza. Ella en verdad me quería joder la vida. Creí que era su propósito en la vida. Porque, aunque no tenía expectativas para esa noche, no esperaba que trajera un acompañante colgando de su cintura.

## Capítulo 9

### Receta para un desastre

LILIAN

Me dolía lo que se llamaba todo. Desde la punta de la cabeza hasta los pies. Mi dulce y comprensiva amiga me preparó un baño de sales y espumas en su tina. No sin antes darme una regañina de padre y señor nuestro. Minutos antes me había empujado a la boca dos analgésicos, junto a un vaso enorme de zumo de naranja y dos trozos de pan tostado... por exigencia de ella.

Escuché con atención la historia de Lissy y su beso épico frente al club *Seven*. Lamenté por segunda vez haber ido al baño y perderme de conocer al famoso Charles Jones. Necesitaba ver el rostro detrás del romance. Mi amiga estaba conmocionada y abatida por aquel acontecimiento. Le dije que no le diera tantas vueltas y se lanzara al vacío. ¿Qué perdía con intentarlo?

Lissy sonrió, tímidamente, y luego salió del baño. Sabía que no sería fácil para ella abrirse a ningún hombre, pero para eso me tenía a mí, dándole empujoncitos que la acercaran al abismo.

Estuve tentada a decirle lo de Richard pero con qué fin. Mi historia no era romántica ni rosa. Además, ella no lo entendería. Ni yo misma entendía qué cuernos había pasado entre los dos.

Sumergida en la calidez del agua, recordé sus dedos ásperos rozando mi sexo. Deseé que estuviera ahí y murmuré la respuesta que zumbó en mi cabeza cuándo preguntó si él o Fred, una consonante y una sílaba «tú», esa era la respuesta correcta. Pero estaba tan disgustada con él por lo del hotel que lo usé como una venganza.

Sali de la tina y rodeé mi cuerpo con una toalla tipo alborno. Salí de la habitación de Lissy y me metí en la mía. La idea de escribirle a Richard se materializó en un mensaje de texto. Su respuesta no tardó en llegar y su propuesta me calentó como una sartén sobre la hornilla.

Pinté mis uñas, me hice una mascarilla de aguacate, me depilé las piernas, me alisé el cabello... todo eso y solo habían pasado tres horas. Faltaban tres más para nuestra “cita” en su apartamento.

Rebusqué en mi armario hasta dar con uno vaqueros ajustados que destacaban mi trasero y los acompañé con una blusa púrpura que dejaba al descubierto uno de mis hombros. El escote no era tan pronunciado, pero sí lo suficiente para provocar unas cuantas miradas curiosas. Metí mis pies en unas zapatillas negras, me maquillé y me dejé el cabello suelto.

—¡Lissy, vuelvo más tarde! —grité desde la puerta del apartamento.

Subí a mi auto y encendí el reproductor. La voz de Ariana Grande resonó en el pequeño auto. Esa chica tiene la voz.

*Love me, love me, love me*

*Harder, harder, harder*

Canté por encima de la música. Debo decir que no soy la persona más entonada del mundo, sueño como un gallo mañanero. Luego de dos rolas de Ariana, llegué al edificio de Richard. Estacioné el auto en el sótano, metí mis llaves en mi bandolera y caminé rumbo al ascensor, tarareando *Love Me Harder*.

—No se mueva y entrégueme las llaves del auto —pronunció una voz masculina detrás de mí. El corazón me dio un salto en el pecho, pero no demostré miedo. Me giré, dispuesta a enfrentarme al imbécil que quería llevarse mi auto. Él no sabía con quién se estaba metiendo.

—¡Oh mi Dios! ¿Neal? —Chillé y corrí hasta sus brazos extendidos. Él me abrazó con fuerza, como siempre lo hacía—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Es un milagro que nos volvámos a encontrar.

—Sí, es un verdadero milagro, Liliboo. Pensé que habías muerto. Después de esa noche en el refugio, no supimos nada de ti —Su mirada se precipitó al suelo, ocultando la nostalgia que crecía en sus ojos.

—¿Dime que alcanzaste tu sueño? —Sus ojos miel se iluminaron cuando hice la pregunta.

—No fue fácil, pero sí, logré ser arquitecto después de todo.

Neal fue dulce conmigo durante mucho tiempo. Creo que estaba un poco enamorado de mí, pero éramos unos críos.

—Me alegro mucho. ¿Qué haces por acá? —curioseé.

—Vivo aquí.

—Wow. ¡Increíble! Vine a cenar con un amigo y descubro que vives aquí. Es genial. Ven, te lo voy a presentar.

Cinco minutos más tarde, estábamos en el piso de Richard. El viaje en el ascensor fue un poco extraño. Silencios incómodos, preguntas sin hacerse. Había una historia que ninguno de los dos quería recordar, pero que era inevitable.

—La vi hace un tiempo —mencionó. Toda mi piel se erizó, el corazón me dio tumbos y la respiración pesaba en mis pulmones—. Ella te extraña. Me dijo que...

—No puedo hablar de ella ahora, Neal. Volveré otro día y hablaremos. Apunta mi número y nos pondremos al tanto.

—Pero...

—Por favor —rogué.

—Bien.

Toqué el timbre del apartamento de Richard y entonces Neal me sujetó por la cintura. Me incomodé un poco, pero no lo alejé. Quizás me venía bien ese tipo de acercamiento.

La pequeña sonrisa que asomó Richard al abrir la puerta se desvaneció al ver a mi acompañante. Me sentí culpable, solo un poco. Mi idea al ir ahí era arreglar la mierda que le había arrojado y presentarme con un tipo a su apartamento no mejoraba las cosas.

—Hola. Te presento a mi amigo Neal Morgansen. Vive en este mismo edificio. ¿No es increíble? —dijo, con una sonrisa, tratando de aminorar el daño.

—Richard Hernández, mucho gusto —Se presentó, estrechándole la mano a Neal—. ¿Eres nuevo acá? No te había visto —le preguntó Rich, entrecerrando los ojos.

—Un par de meses. Piso cuatro, apartamento “C” —No me gustó el tono que usó Neal con Richard. Parecía que quería demostrar algún punto. Le faltó poco para orinarme encima como un perro.

—Nos vemos luego, Neal —Me despedí de él con un abrazo y me metí al apartamento de Richard. Mis ojos rebotaron alrededor del lugar; me daba vergüenza hacer contacto con sus ojos y no tenía idea de porqué.

—Ven, tenemos trabajo por hacer —Sus dedos se entrelazaron con los míos y me arrastró hasta la cocina. La sensación de sus dedos, acalambrando mi mano, se seguía sintiendo a pesar de haberme soltado hacía ya unos minutos.

Ahuequé mi rostro con mis manos sobre la barra de la cocina, mientras lo veía moverse sacando tazas, cuchillos, tablas y otros utensilios. Mis ojos no paraban, se deslizaban a través de todo su cuerpo, de aquellos músculos flexionados en sus brazos, de su trasero, llenando los vaqueros gastados, y hasta me atreví a espiarle los pies. Eran unos pies muy sexys.

—¿Preparada?

—¡P-para qué? —tartamudeé, embobada. En mi mente habían muchas imágenes de nosotros sobre la superficie de la encimera, sobre los sofás... hasta nos vi en su baño.

—¿Crees que haré todo el trabajo? Cocinarás conmigo.

—Lamento desilusionarte, pero no sé ni pelar una papa —admití. Soy la peor cocinera del mundo, hasta el agua se me quema.

—La mayoría del trabajo está hecho, solo troza las verduras con este cuchillo de un tamaño aproximado a este —Encerró su dedo índice y pulgar en un círculo. Asentí divertida.

—¿Tienes un botiquín de primeros auxilios? —vaticiné.



—No dejaré que te hagas daño —Su boca acariciaba las palabras de forma sensual, al tiempo que sus ojos encendían mi rostro, como si lo estuviera tocando.

—Cocinas, ¿eh? Me has sorprendido, Richard Hernández.

—No tanto como tú —siseó, haciendo mención a Neal.

Ignoré su comentario, agarré el cuchillo, la tabla y las verduras. Rich me dio la espalda y sacó un aceite de oliva de la alacena.

Permanecí inmóvil, con el cuchillo en la mano, como si me hubiera entregado una bomba que podía explotar en cuestión de segundos. Richard se giró, con el aceite de oliva en la mano, y esbozó una sonrisa. Dejó el frasco de vidrio sobre el mármol, rodeó la encimera y se detuvo detrás de mí. Su cuerpo irradiaba calor, al sostener mis manos, al tiempo que su respiración jugueteaba en mi oído. Su cercanía caló en todo mi cuerpo, tensando algunas partes y debilitando otras más.

—Tomas la zanahoria con tu mano izquierda así —Su mano fuerte sujetó la mía. Miré las venas hinchadas en sus brazos, en lugar de la zanahoria. Asentí débilmente y sujeté la hortaliza en mi mano.

»Con la otra mano, agarras el cuchillo y la rebanas de esta forma y con este grosor —Él hizo el primer corte y luego otro más.

—¡Lo tengo! —dije con un grito. No soportaba sentirlo tan cerca. Mis emociones estaban trasladándose muy al sur y su perfume me estaba desesperando tan mal que por poco le gritaba ¡Fóllame sobre la mesa!

Richard se volvió a su lugar, encendió la hornilla, colocó un sartén y vertió el aceite. Alterné la mirada entre la tabla y él, cosa que podría terminar por arrancarme un dedo.

—¿Qué estamos preparando, exactamente? —Llevaba dos zanahorias para cuando hice la pregunta. Temía que si hablaba antes mi voz sonara nasal y agitada.

—*Fricasé de pollo*, con la sazón boricua. ¡Te vas a chupar los dedos!

*O me los podría chupar tú*, quise decir, pero eso arruinaría por completo mi plan de solo amigos. Lo había decidido de camino a su apartamento. El sexo solo nos haría una cosa: dependientes, un par de adictos que no podrían rehabilitarse. Solo amigos, sí, ese era el plan.

La preparación y cocción se llevó más de una hora. Durante ese tiempo, él me contó cientos de historias de su familia y en especial de la pequeña Rebeca. Sostuve mi rostro entre mis puños durante todos esos minutos, encantada con mirar sus labios moverse, sonreír, morderse a veces. Era una deliciosa tortura, porque los imaginaba haciendo esas cosas y más en mi piel.

—Si sabe como huele, me tendrás muy seguido en tu cocina —Lo alabé. En verdad ese pollo olía de maravilla.

—¿Me das tu palabra?

—Presuntuoso.

—Odiosa.

—Engreído

—Pedante.

—Pomposo.

—Podríamos pasar toda la noche en esto.

—¡Sí! Gané —grité.

—Te dejé ganar —Fanfarroneó él.

—¿Quieres la revancha?

—Después de comer, Lilian White.

—Oye, ¿cómo sabes mi apellido?

—Soy un brujo —bromeó.

—¡Ah, sí! ¿En qué estoy pensando?

—En comerte el magnífico pollo que te preparé —Sonreí. Esa fue fácil.

Richard sirvió la comida en dos platos y luego me pidió que los llevara a la mesa. Poco después se me unió, trayendo consigo una botella de vino tinto. Mi estómago gruñó al llenarme del aroma delicioso del *fricasé*. No era una fanática de la comida, pero aquel platillo me hizo agua la boca.

Tomé el tenedor y el cuchillo y corté un trozo de pollo. Lo llevé a mi boca y saboreé la delicia que se movía dentro. Estaba ansiosa por más y corté otro trozo. Mientras masticaba, pequeños gemidos brotaban de mi garganta. Estaba viviendo mi primer *orgasmo al paladar*. Y lo peor era que lo había preparado el *orgasmo andante* de Richard Hernández. Nada en mi jodida vida iba a superarlo. Ni a él ni a su *sazón boricua*.

—Si no te hubiera visto preparándolo no lo creería. Eres excelente —Tenía que decirlo. No me importó que su orgullo subiera como la espuma, el hombre se merecía aquel halago. Su boca se torció hacia a un lado, con aquella sonrisa pícaro y fanfarrona que me calentaba entera.

—Puedo cocinarte a diario. Llámale beneficios contractuales.

—No he firmado ningún contrato.

—Dicen que los contratos verbales tienen validez —bromeó. ¿Estaba bromeando, verdad? Tomé un sorbo de vino tinto para apaciguar los nervios que corrían por mis venas como agua helada. El calor del alcohol era lo que necesitaba para controlar el temblor, o quizás su cuerpo abrazando el mío.

Mi plato quedó casi limpio cuando terminé de comer. Nunca había llenado tanto mi estómago.

—No quiero complicar las cosas con sexo, Richard. Si tú aceptas, me gustaría quedarme con la parte de amigos.

Él asintió sin dejar de mirarme de una forma inquietante, casi insoportable, haciendo que los latidos de mi corazón rasgaran mi pecho, abriendo viejas heridas que creí haber curado. Aparté mi vista y me levanté de la mesa con la excusa de ir al baño.

—No te preocupes, no vomitaré esta vez —bromeé, forzando una sonrisa. Me apresuré al baño, cerré la puerta y me deslicé contra la pared hasta el suelo. Cuando solté aquello de solo amigos, esperé que él dijera algo como: «No quiero que seas solo mi amiga». Pero esas palabras estaban muy lejos de aparecer en su boca.

—Él no podría amarte. Estúpida —Me sequé las lágrimas que se escurrieron por mis ojos, me levanté del suelo y refresqué mi rostro con agua fría. Arruiné por completo el maquillaje que me llevó media hora perfeccionar.

—¿Estás bien, Lil? —preguntó detrás de la puerta. Desconocía el tiempo que llevaba escondida en el baño.

—Sí, enseñuida voy —respondí. Salí del baño y lo encontré apoyado contra una pared, con los brazos cruzados sobre su pecho, haciendo más grandes sus bíceps. Lo que él despertaba en mí no era normal. Ir ahí fue una mala idea.

—¿Quieres ver una película? Estaba pensando en algo de zombis o acción —Giré los ojos y negué con la cabeza.

—No. Jugaremos pool.

—¿Sabes jugar? —Su pregunta iba acompañada de aquella sonrisa que elevaba mi temperatura.

—Te sorprendería todo lo que sé hacer —Le guiñé un ojo y pasé por su lado, rumbo a la mesa de pool. Escuché sus pasos detrás y, por un momento, jugué con la idea de detenerme y que su cuerpo chocara con el mío. Tan desesperada estaba por su contacto.

—¿Qué te parece una apuesta? —sugirió, mientras me hacía de un taco.

—¿Cuál sería el premio? —Richard sonrió de una forma tan pícaro y sensual que la recompensa en sí ya no me importaba. Esa sonrisa lo valía todo.

—Si yo gano, me acompañas a una fiesta —*¿Eso era todo? ¿Una fiesta? Algo se tramaba él y yo no me quedaría atrás.*

—¿Entonces qué gano yo? —contesté.

—Tú elige —Me sentía poderosa, la dueña del mundo y usaría ese poder a mis anchas.

—Un mes de abstinencia. Nada de sexo para ti —Su rostro palideció tan mal que hice una fanfarria interna.

—Bien. Igual ganaré, *Alessandra* —Un cosquilleo me rebasó al escuchar aquel apodo. Traía tantos recuerdos gratos a mi memoria. Recuerdos que debía hundir en lo profundo de mi mente.

—Sip, lo que digas.

Le concedí el primer turno. Acordamos que ganaría quien metiera más bolas. Cuando Rich falló el primer tiro, llegó mi turno.

Rodeé la mesa, busqué un buen ángulo y me incliné sobre la mesa. Richard estaba frente a mí y desde ahí tenía un gran vistazo de mis tetas. Sonreí de forma maliciosa, antes de mover el taco entre mis dedos. La bola, obedientemente, se deslizó por la mesa y golpeó justo donde quería que lo hiciera. Cuando entró en el agujero, lo celebré como si no me lo pudiera creer.

—Suertuda —farfulló.

Dos bolas más cayeron en la *buchaca*. El pobre de Rich se veía inquieto. Perder sería un duro golpe para su hombría. Me solidaricé con el pobre hombre asustado y fallé en el siguiente movimiento.

—Tu turno, grandulón —le dije, dándole un azote en el trasero. Tenía tiempo con ganas de hacer eso.

Rich observó la mesa y se ubicó en una de las esquinas, meditando su mejor opción. Deslizó el taco entre sus dedos y le pegó a una de las bolas, que rodó directo hasta el agujero. Luego de dos tiros y un acierto, llegó mi turno de nuevo. Metí tres bolas y luego le concedí un turno. Él llevaba dos y yo seis, dos más y ganaba.

Él se lo tomó muy en serio. No cedió ante mis provocaciones y vítores. Gritaba “*Un mes, Rich*”, pero él logró atinarle a tres bolas, subiendo el marcador a cinco.

Grandes gotas de sudor se agruparon en su frente mientras me preparaba para pegarle a la bola. Él tenía mucho más que perder que yo. Aunque, su abstinencia me afectaba de forma directa. Sin sexo me incluía a mí, por supuesto.

¿*Qué pasó con el solo amigos?*, me recriminé. Era verdad. Su abstinencia no haría diferencia para mí.

—¡Sí! —celebró, cuando fallé en mi turno. No fue deliberado, sino estúpido. Fallé por estar pensando en sexo.

Richard cambió de taco y ahora era yo la que estaba nerviosa. Mordisqueé mi uña pulgar mientras él deslizaba la madera entre sus largos dedos. Él también falló.

—¿Estás preparado para perder? —le pregunté con ironía.

—No perderé —siseó.

Respiré profundo y analicé mi jugada, tenía una buena oportunidad sobre la mesa. Deslicé la madera pulida por mis dedos varias veces antes de dar la estocada final a la bola blanca. Las bolas de marfil se golpearon con fuerza, una roja viajaba a la derecha y una amarilla a la izquierda. No quería ver, me daba miedo. Cerré los ojos y me concentré en el sonido de las bolas rodando y luego caer dentro de la *buchaca*.

—¡Gané! —grité, dando saltos en mi lugar. Richard se veía confundido y conmocionado. No lo había visto venir.

—¡Uh! ¿Debí mencionar que fui campeona de pool?

—¡Mierda! Me jodiste en serio, Lilian White —No podía descifrar si lo que veía en su rostro era decepción o miedo.

—Como soy buena chica, iré de igual forma a tu fiestecita. Pero tú —dije, presionando mi dedo índice sobre su pecho—. Tendrás un mes de abstinencia.

—Eres perversa. Mereces un severo castigo —gruñó. Un gran nudo se formó en mi garganta, en consecuencia. Lo tenía delante de mí, a escasos centímetros. Podía dar un paso, rodar su cuello con mis manos y presionar mis labios con los suyos. Mi lengua se movía inquieta dentro de mi boca, como si hubiera iniciado el beso—. Pero rompería con mi promesa y soy un hombre de palabra.

—¿Quién dijo que estaba disponible? —Giré sobre mis talones y caminé la sala, donde estaba mi bolso—. Fue una linda velada, Rich. Envíame un texto con fecha y hora de la fiestecita.

Me acerqué al escultural rubio y le di un pequeño beso en la mejilla. Caminé hasta la puerta, controlando mis impulsos, ese ardiente deseo de enrollar mis piernas en su cuerpo y perderme entre sus caricias.

—Espera, Lil...

—Adiós, Richard —Cerré la puerta y corrí al ascensor. La adrenalina viajaba por mi cuerpo peligrosamente. Si él hubiera intentado algo, cualquier cosa, habría caído rendida a sus pies. Pero no lo hizo, no intentó nada, no replicó ante mi propuesta de solo amigos y ahora estaba atado a una abstinencia que yo misma había forzado. ¿Por qué lo hice? Por un simple motivo: celos. No quería que se acostara con nadie más que no fuera yo. Me convertí en una patética en su máxima expresión.

## Capítulo 10

### Friend Zone

RICHARD

—Idiota. ¡Eres un completo idiota!

Estaba atascado en la jodida *friend zone* por no querer ceder, por no doblegar mi estúpido orgullo. Yo no era el tipo que iba a rogar por sexo. No lo era. Y ella, esa castaña de ojos miel, estaba tumbando todas las bases que sostenían mi estructurada vida.

Me desvestí de camino al baño y resolví por mi propia mano lo empalmado que me había dejado Lilian White. Aquel juego de pool fue el más ardiente de toda mi vida. Ver su jugoso trasero contonearse detrás de mí me volvía a loco. Hubiera sido más fácil si no supiera lo suave que se sentía su piel en mis manos, si no recordara con detalle cada sonido, cada punto erógeno de su perfecto cuerpo. Mi cabeza gritaba sexo, mi polla latía por sexo... quería sexo. ¿Por qué carajos no estaba teniendo sexo? Claro, era su jodido amigo... sin beneficios.

\*\*\*

Cuatro días enteros habían pasado desde nuestra cita de amigos y no sabía nada de ella. Nada, como un lienzo en blanco esperando ser pintado de colores. Estuve a punto de renunciar a la fiesta de Rebeca y olvidar la promesa de Lilian de acompañarme. Pero mi pequeña sobrina me había llamado a diario, asegurándose de que su tito fuera a su fiesta. ¿Cómo le rompía el corazón a la luz de mi vida?

Tamborileaba mis dedos sobre la pantalla de mi *Smartphone*, alargando lo inevitable. Me detuve y busqué su número en los contactos. Dos tonos después, la voz sensual y melosa de Lilian acarició mis oídos. Estaba tan necesitado de sexo que por poco me corrí solo con escucharla.

—Alessandra. Mis pobres pelotas van a estallar. Eres el diablo —bromeé, pero hablaba en serio. Una sonora carcajada resonó en el auricular. La muy malvada lo estaba disfrutando.

—Imagínate con un conjunto rojo. Una diablita sexy —dijo para provocarme. Esa imagen se formó en mi cabeza en un parpadear. Me llevé la mano a la entrepierna y me tensé. La quería justo sobre mí, trazando círculos sobre mi sexo.

—Lil, compórtate. Los amigos sin beneficios no hablan de ropa sexy —tanteé.

—Cierto. ¿Me llamaste para darme un reporte de tu abstinencia?

—No. Por el asunto de la fiesta. Necesito que estés lista mañana a las siete de la mañana. Pasaré a recogerte a esa hora.

—¿Qué tipo de fiesta comienza a las siete de la mañana?

*Me va a matar.*

—¡Eh!, es una sorpresa. Puedes ponerte ropa casual y lleva contigo algunos cambios de ropa. Volaremos a Texas y volveremos en tres días — *Preparado en cinco, cuatro, tres...*

—¡Richard Hernández! ¿Cómo te atreves a invitarme a una fiesta al otro lado del país y, además, por tres días!? — *Ahí está.*

—¿No te dije que era en Texas? —«Ojo por ojo, Lilian White».

—Lo lamentarás, Richard Hernández —dijo, antes de colgar la llamada. Serían tres días muy interesantes... y dolorosos. Eso era seguro.

Casi no dormí esa noche por la ansiedad. La primera parte había pasado, le dije que iríamos a Texas, pero lo que no me atreví a decir fue el resto de la historia. No lo haría hasta ir sobre las nubes. No podía arriesgarme a que se arrepintiera.

*Rubén Blades* sonaba en los altavoces de mi auto mientras esperaba a Lilian, frente al edificio donde vivía. El reloj en mi muñeca marcaba las siete y diez y no había rastros de ella. En su último mensaje me pidió cinco minutos, pero habían pasado diez más.

Sonreí como un idiota al verla salir por la entrada principal. Vestía vaqueros, botas de cuero y una camiseta blanca holgada. Se vería hermosa hasta con un costal de papas.

Abrió la puerta, tiró una pequeña maleta en el asiento trasero y luego azotó la puerta con fuerza.

—Cero sarcasmos y bromas. Llevo días viajando y ahora subiré a otro avión para pasar mis tres únicos días libres sudando como puerca en Texas —bufó, se puso un par de audífonos en los oídos y se cruzó de brazos.

¡Bendita mujer! Hasta enojada me excitaba.

Durante todo el trayecto hasta el aeropuerto, su mirada estuvo perdida hacia la ventanilla del auto. Estaba muy enojada y ni siquiera sabía toda la verdad.

—¿Escogiste al menos otra aerolínea? No quiero que me vean contigo en el aeropuerto —espetó.

—Me lastimas con tu desprecio —ironicé.

—No es broma. En serio, Richard. No quiero que nos involucren.

—No te preocupes, Lil. Lo tengo controlado —dije, para tranquilizarla. Aunque sus palabras fueron como un par de bofetadas en mi rostro. ¿Por qué carajos no quería que nos relacionaran? La pregunta giró en mi cabeza como los anillos de Saturno.

\*\*\*

Abordamos el avión sobre las nueve de la mañana. Lil se sentó junto a la ventanilla, sin abandonar los audífonos. Estuvo escuchando música todo el tiempo en la sala de espera y se sentó dos puestos lejos de mí. Habló en serio cuando dijo que no quería que me vieran con ella. Podía soportar las bromas y los juegos, el desprecio no tanto.

Cuando las ruedas del avión abandonaron el suelo firme, me preparé para darle la noticia. La música de *Beyonce* sobresalía de sus audífonos y no me escucharía si le hablaba. Le di dos golpecitos en el muslo para llamar su atención. Puso la canción en pausa y gruñó «¿Qué quieres?».

—Me faltó mencionar un pequeño detalle.

—No más sorpresas, por favor —En el momento que se lo diga me va a matar. Lo sé.

—Necesito que finjas ser mi novia —Su gesto se mantuvo estoico. Ni siquiera parpadeaba—. Solo será por tres días, lo prometo.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro. La almohada que antes estaba detrás de su cabeza pasó a mi regazo. Quizás estaba pensando ahogarme con ella o algo parecido. Esperé un grito o quizás una bofetada, pero entonces su mano se deslizó debajo de la almohada y se detuvo justo sobre mi polla.

—Dilo todo —murmuró. Tragó el nudo que se había enredado en mi garganta. Me gustaba sentir su mano ahí, mucho. Pero estaba asustado. Sus ojos ardían como el fuego y su sonrisa se ampliaba más.

—Vamos a casa de mis padres —Hice una pausa larga para que mi voz sonara lo más normal posible—, al cumpleaños de Rebeca. Mi madre no me aceptará si no vienes conmigo.

Nada cambió en su gesto, pero su mano comenzó a ejercer presión en mis bolas. No supe cómo logró bajarme la cremallera con una sola mano, pero me tenía literalmente inmovilizado.

—¿Eso es todo? —Asentí, sin poder hablar. Me dolía como el infierno —. Bien, no quiero más sorpresas.

Su mano se deslizó fuera de mis vaqueros y lo lamenté. Me estaba causando daño con su castigo, y no solo por el dolor en mis pelotas.

\*\*\*

—Bienvenida a Texas —dije con orgullo en cuanto llegamos a mi ciudad natal. De nuevo solo obtuve silencio.

—¿Algo que deba saber de tu familia? —preguntó, arqueando una ceja. Fueron las primeras palabras que pronunció en horas.

—Son muy habladores, bromistas y les encanta cocinar. Mamá es la más seria de todos, pero es muy cariñosa. Demasiado diría yo. Rebeca es muy curiosa, pero nada de qué preocuparse —Lilian suspiró y se colocó sus lentes oscuros.

Salimos del aeropuerto y nos encontramos con uno de mis hermanos. Estaba esperándonos en la vieja camioneta *Ford* de papá.

—¡Oye, viejo! ¿De dónde sacaste a esta preciosa? —curioseó Reinaldo. Y, sin esperar que le presentara a Lil, le estampó un beso en la mejilla.

—También me alegro de verte, Rey —murmuré.

—Tranquilo, viejo. Ya te daré tu beso —La risa de Lil se coló en mi pecho. Fue un alivio que terminara con su mal humor.

»¿Cuánto te pagó? —le preguntó a Lil.

¡*Jodido, estúpido! Cierra la boca*, quería gritarle.

—No sé de que hablas —respondió confundida. El alivio que sentí antes duró escasos cinco segundos. Ella pensaba que él pensaba que era una puta asalariada.

—Solo sígueme la corriente, por favor —susurré, mientras Rey subía las maletas en el cajón de la camioneta. Ella asintió, con los labios fruncidos.

—¿A qué te dedicas, preciosa? —Siguió con el interrogatorio el pesado de mi hermano, justo con subir en la cabina.

—Lo sabrás en casa, Rey. Todos harán las mismas preguntas y Lil tendrá que repetirlo —gruñí.

No entendí porqué lo enviaron a él a buscarnos, sabiendo que es un pesado. Ramón habría sido una mejor opción. Callado, reservado y nada entrometido.

El viento movía el cabello de Lil sobre mi rostro durante el trayecto a casa. Me encantaba como cosquilleaba mi piel y sentir su aroma a vainilla, mezclándose con el de pasto. Mi familia vivía en una zona lejana de la ciudad, en una granja con todas las letras.

Extrañaba mucho cruzar el camino de tierra, que precedía la entrada de la casa donde crecí, y ver aquellas tejas rojas del techo, que contrastaban con el color marrón de paredes de madera.

Tenía mucho tiempo sin venir y, a medida que nos acercábamos, el peso que cargaba en mi espalda se fue cayendo, quedando detrás de mí.

Abandoné la vista al frente y miré a Lil. Estaba mordisqueando su dedo pulgar, cortando trocitos de piel con sus dientes. Acerqué mi mano a su rostro y la aparté de su boca. Apreté mis dedos entre los suyos, diciéndole con ello que todo estaría bien. Fue hasta entonces que fui consciente de mi error, no debí arrastrarla a ese teatro.

—¡Tito! —gritó Rebeca, abalanzándose a mis brazos. No podía creer lo mucho que había crecido.

—Feliz cumpleaños, princesa.

—Gracias, tito. ¿Y mi regalo? —Saqué el paquete de mi maleta y se lo entregué. El papel de regalo terminó roto en muchos pedacitos en cosa de segundos. Su rostro se iluminó al ver lo que contenía: una tablet con protector rosa de princesa, justo lo que me había pedido.

—Princesa, te presento a Lilian, mi novia —Decir esa palabra, de cinco letras, no me asustó tanto como había pensando. Me asustó más que no me asustara.

—Feliz cumpleaños, Rebeca. Tu tío me ha hablado mucho de ti —le dijo, bajando a la altura de mi sobrina. Vi las miradas que le lanzaba mi hermana a su hija. Le decía con los ojos: «No seas curiosa». Mi sobrina era un interrogatorio andante. Por suerte, entendió el mensaje.

—Gracias por venir a mi fiesta. Será muy divertida. Mamá alquiló un enorme castillo. ¿Quieres verlo? —Lilian asintió y la siguió hasta la puerta trasera.

—¿De dónde la sacaste? —murmuró Raiza detrás de mí.

—Cállate —resoplé.

Mamá apareció en el umbral con los brazos extendidos. Nos encontramos a medio camino y nos abrazamos. Extrañaba a mi viejita.

—Mi amor, me hiciste tanta falta —sollozó en mi pecho. La añoranza de su abrazo me cristalizó los ojos. Momento que duró menos de diez segundos, porque luego dijo:

»Hasta que sentaste cabeza. Espero que no lo arruines esta vez.

—¡Mamá! —La regañó Raiza.

—¿Dónde está el viejo?

—Fue con Ramón por algunas cosas que faltaban para la fiesta. No debe tardar mucho.

—¿Pensé que la fiesta no era hasta mañana?

—Es mañana, pero Rebeca quería el castillo desde hoy. Va por tu cuenta, *bodoquito* —Me decía así porque de pequeño era gordo.

—No hay problema, piojosa.

—Sígueme, te prepararé un nidito de amor —ironizó. Seguí a la piojosa al piso superior, cargando mi maleta y la de Lil. Que dormiríamos en la misma habitación fue otro detalle que no le dije, pero entiendan, mis pelotas estaban en juego y no quería terminar castrado.

\*\*\*

—¿Disfrutando de la fiesta por adelantado? —Lilian chilló cuando la pillé dando saltos dentro del castillo hinchable. Tenía rato mirando cómo se reía con Rebeca. Se veía muy feliz y no quería estropear aquel momento.

—Yo... Ella... Me lo pidió y no pude negarme —tartamudeó. La lista de las cosas que me gustaban de Lil se hacía más larga cada día. Era hermosa enojada, cuando reía y también cuando se apenaba.

—No tienes que convencerme de ello. Conozco a mi ganado.

—Me dijo que era mucho más bonita que tus otras novias —dijo, susurrando. No parecía molesta por el comentario de Rebeca. Al contrario, se veía feliz. No comprendía su cambio de ánimo. O quizás era una muy buena actriz.

—En eso tiene razón. Eres la más hermosa —respondí, usando el mismo tono de voz suave—. Ven, necesito que conozcas a mi madre.

Entramos a casa y caminamos hasta la cocina, donde estaba mi madre. Lilian había extendido la mano cuando las presenté, pero terminó atrapada entre los brazos de mamá.

—¡Oh, querida! Gracias por venir con tan poco tiempo de anticipación. Espero que Richi se esté portando bien contigo. Si no lo hace, yo misma lo molere a palos.

—Mamá, no la asustes que yo no le haré daño —aseguré, mientras la sujetaba por las caderas con mi brazo. Había deseado tocarla desde que se marchó de mi apartamento cinco noches atrás. El dolor en mis pelotas valió la pena solo por tenerla a mi lado.

—Claro que no lo harás, Richi. Te estaré vigilando.

Por eso no quería ir. Mi madre no estaba dispuesta olvidar lo que pasó y me lanzaba dardos delante de Lil.

—Si quieres subir a la habitación a refrescarte puedes hacerlo, cariño —sugerí. Ella asintió, con una sonrisa forzada que solo yo noté. La felicidad que irradiaba en el patio se desvaneció delante de mis ojos. Me maldije por lo bajo por eso. Debí pensarlo mejor antes de llevarla.

—¿Me acompañas, cariño? —Su capacidad de actuación era escalofriante. Me preguntaba qué tanto era verdad o mentira.

Subimos las escaleras hasta la habitación. Lil cerró con pestillo al entrar y me empujó contra la pared. Sus labios casi tocaban los míos, mientras sus palmas abiertas empujaban mi pecho hacia atrás. Cinco segundos pasaron para que mi virilidad se manifestara. Sujeté sus caderas con mis manos y deslicé mis dedos sobre su piel sedosa.

—Rich... —pronunció—. Eres un idiota.

En un momento estaba acorralado y al otro arrodillado en el suelo, ahogado de dolor. Lil me pateó directo en la ingle con la rodilla. No lo vi venir.

—Por meterme en este lío —gruñó—. Ahora voy a ducharme. Cuando salga hablaremos de los detalles. Quiero saberlo todo. ¿Escuchaste? —Asentí.

—Bien —murmuró—. Recuerda esta palabra Rich: abstinencia.

Patearme las bolas no fue suficiente, sino que se desnudó justo delante de mí, mientras estaba en el suelo sujetándome las bolas adoloridas. No tardó en alejarse completamente desnuda hacia el baño. Hubiera querido más tiempo para observarla, para grabar cada poro de su piel en mi mente.

—Esta noche moriré —dije, cuando la puerta del baño se cerró.



## Capítulo 11

### Texas

LILIAN

Mis manos temblaban cuando cerré la puerta del baño. No solo fui atrevida, sino cruel. No había planeado nada de lo que pasó; solo lo hice. Pero no había marcha atrás, lo hecho, hecho estaba.

Deslicé la puerta de acrílico azul que separaba el sanitario de la ducha. El baño era pequeño, pero tenía lo único que necesitaba: agua caliente. Abrí el grifo y dejé que el agua corriera en mi piel sudada. Tomé un jabón y lo deslicé por mi cuerpo, formando una suave capa de espuma. No sabía que necesitaba una ducha larga hasta que estuve ahí. Había acumulado horas de tensión en mis hombros, desde el momento que me subí al auto de Richard.

Todavía conservaba la esperanza de que intentara disuadirme para que aceptara ser más que su amiga. Pero se desvaneció cuando dijo en el avión que fingiera ser su novia. ¿Por qué quería que fingiera? ¿No era más fácil pedirme que en verdad lo fuera? Era estúpido y prematuro, pero sin duda habíamos cruzado la línea de amigos al tener sexo.

Mientras más tiempo pasaba encerrada en aquel baño, más preguntas se arremolinaban en mi cabeza. ¿Por qué me trajo a mí? ¿Por qué su madre le advirtió que no me hiciera daño? Lo lógico era, que por ser su hijo, debería ladrarme a mí en lugar de a él. Algo ocultaban y me moría saber qué era.

La puerta del baño chilló, anunciando que alguien estaba entrando. Enseguida me descompuse, escalofríos subían y bajaban por mi espina dorsal, al tiempo que latigazos de excitación se intensificaban en mi sexo.

—Siento haberte arrastrado a esto. Me merezco todo lo que me has hecho y más, pero quiero que lo resolvamos. Necesito que lo hagamos. ¿Podemos comenzar de nuevo?

Me dolió escuchar que lamentara haberme llevado, quería que dijera que le alegraba haberlo hecho y que no debíamos pretender delante de todos porque sí había algo entre los dos.

—¿Por qué estoy aquí, Rich? ¿Qué me estás ocultando?

—Te lo diré, lo prometo. Aquí tienes una toalla limpia, estaré fuera de la habitación. Cuando estés lista, solo abre la puerta y entraré.

Al salir de la ducha, me puse pantalones cortos y un top rosa. Deslicé los pies dentro de unas bailarinas negras y me dejé el cabello suelto porque seguía mojado. No quise demorarme con mi rutina de hidratación luego del baño, solo rocié un splash de vainilla y almendras en mi cuello, manos y antebrazos.

Titubeé un poco antes de abrir la puerta. Sabía que no sería fácil enfrentarme a los ojos grises de Richard y luchar por esconder los sentimientos que desbordaban mi pecho cada vez que lo tenía cerca.

Él estaba recostado contra la pared del pasillo, sin saber lo mucho que me gustaba como la camiseta blanca que llevaba le marcaba los músculos de su pecho. Sin saber que aquellos vaqueros gastados parecían hechos exclusivamente para él. Richard no tenía que hacer ningún esfuerzo para llamar la atención, él llenaba cualquier espacio, no importaba lo grande que fuera.

Mientras veía lo apacible de su postura, me pregunté si él también combatía contra algún impulso o sentimiento. Me pregunté si, detrás de su metro ochenta de perfección, habría un espacio para mí.

—Lo siento —murmuré. Asentí y regresé a la habitación. Él me siguió, cerró la puerta y se sentó en la cama. Yo preferí quedarme de pie, recostada contra la pared en la que lo había acorralado minutos antes. El tiempo parecía alargarse o estaba demasiado desesperada por escuchar una explicación.

Miré con atención la postura de Richard, había tensión en sus hombros, mandíbula y mirada. Sus puños cerrados sobre sus rodillas eran otro indicio de lo duro que se le hacía hablar del tema. Estaba comenzando a desesperarme, a desesperarme de verdad, a punto de arañar las paredes con las uñas.

—Mi madre no aprueba mi estilo de vida, por así decirlo. Ella es chapada a la antigua. Ha estado casada con el mismo hombre por cuarenta años y bueno, la he decepcionado.

—Entonces no lo hagas más —repliqué. Semanas antes no habría estado de acuerdo, yo era la versión femenina de Richard, pero no tenía a nadie a quien decepcionar, él sí. Tenía una gran familia que lo quería y podía intentarlo, al menos por ellos.

—Lilian, yo no fui siempre así. Pero pasan cosas que cambian a las personas, cosas que no vale la pena recordar. Entonces, simplemente, dejé de complacer a los demás y viví mi vida como quería.

—¿Y dónde entro yo? ¿Qué hago aquí? —pregunté, mientras fingía quitar la inexistente cutícula de mis uñas.

—Rebeca me quería aquí y yo también quería venir. Y traer una novia le daría a mi mamá tranquilidad. Ella puede pensar que... ¿Cómo se dice? —Hizo una pausa —Estoy estableciéndome. La última vez que discutimos le dije que yo no jugaba con las mujeres, que ellas comprendían mi forma de ser y estaban de acuerdo. Pero no logro que lo entienda.

Empujé las lágrimas que se comenzaban a formar, con una inhalación. Fijé la mirada a un pequeño cuadro, que estaba colgado en la pared detrás de Richard, para que pensara que lo miraba a él, pero la verdad estaba muy abatida. Él en verdad no había considerado la opción de establecerse, como mencionó, solo quería que su mamá pensara que lo hacía. No debía tomármelo a pecho, apenas nos habíamos visto tres veces y era muy pronto para que lo nuestro se convirtiera en algo formal, pero él ni siquiera lo estaba considerando.

La máscara que pretendía ocultar mis sentimientos se comenzó a quebrar. Lo supe cuando Richard se incorporó de la cama, se acercó a mí y sostuvo mis manos entre las suyas.

—Soy un jodido imbécil, Lil. Ahora mismo bajaré y le diré la verdad —susurró. Él ignoró que, cuando sus dedos me tocaron, la maquinaria de mi pecho se puso en acción, que la piel se me erizó y la respiración escaseaba en mis pulmones.

—No, no lo harás. Rebeca tendrá su fiesta y luego volveremos a New York. Puedo hacerlo —aseguré, con una bestial convicción que no supe de dónde carajos salió.

Todo su cuerpo liberó la tensión. Estaba sonriendo, como si le hubiera revelado el secreto de la eterna juventud. La conmoción luchaba por escapar de mí, pero me contuve.

De lo que no estaba segura era de poder soportar tenerlo tan cerca, respirando mi mismo aire, con aquella intimidad que solo debería existir en una pareja real, no en nuestra farsa. Su boca parecía estar más cerca cada vez y yo, instintivamente, eché la cabeza atrás. No podía dejar que me besara y menos sabiendo que no podría detenerme.

—Si vamos a pretender, no puedes apartarte cuando intente besarte —aseguró.

—Nadie nos está viendo aquí, Richard. Lo haré bien. Puedo hacerlo —Me aparté de él y salí de la habitación. Era buena fingiendo, pero no era tan fuerte como para hacerlo cuando estaba sola con él.

Si había aceptado era por Rebeca y por su madre, no merecía que el follador sin sentimientos de su hijo les rompiera el corazón. Ya había suficiente con el mío para añadir dos más a la lista.

Richard no tardó mucho en salir y bajamos juntos las escaleras. Cruzamos a la derecha y llegamos a la sala. De espaldas a nosotros, había un hombre más alto que Richard, quien dio un giro rápido al notar que llegamos. Sus ojos eran de un verde oliva que jamás había visto. Los años le habían tintado el cabello de gris, al igual que a los vellos de su barba.

Su saludo fue igual de efusivo que el de la madre de Richard, con un abrazo. Le sonreí, haciendo muy bien mi papel. Miguel me llenó de halagos y se veía muy emocionado por mi presencia. Me agradaban todos, eran amables y atentos... No se merecían nuestra mentira.

—Tito, Lili, abuelito. Vengan a comer —anunció Rebeca, mientras tiraba de nuestras manos para que la siguiéramos.

—Se llama Lilian —La corrigió Richard.

—Déjala, cariño. Puede decirme Lili si quiere —consentí, con mimo. Decirle *cariño* haría el teatro más creíble. Aunque no tenía experiencia en eso de ser una novia, nunca había sido una.

Llegamos al comedor, que parecía más un mercado popular por la alharaca. Richard no exageró cuando dijo que eran habladores. Finalmente conocí a Ramón, el hermano menor y más callado de todos. Me saludó desde su puesto con un gesto, correspondí a su saludo y luego me apoyé al espaldar de la silla de madera.

La casa de los padres de Richard gritaba hogar por todas partes. Aunque era rústica, por la decoración, se sentía cálida y acogedora. Las paredes de madera conservaban el color original, marrón. Pequeños marcos llenaban las paredes, en todas había fotografías de ellos. Había rostros que no estaban presentes en la mesa, asumí que eran primos, tíos o abuelos. No quise preguntar.

La mesa era un enorme tablon de cedro pulido, con ocho puestos. Añadieron una silla más para que entráramos todos. El grupo familiar lo componía Rebeca, Raiza, su esposo, Ramón, Reinaldo y Richard. Además de sus padres, por supuesto. Comer en familia era otra cosa que nunca había experimentado. Texas estaba resultado todo un acontecimiento para mí.

—Te damos gracias, señor, por estos alimentos. Provéele a los más necesitados y bendícenos cada día. Amén —oró la matriarca antes de servir la comida.

Los platos parecían volar por encima de nosotros mientras se llenaban con papa, arroz y pollo. En cuestión de minutos tenía una montaña de comida sobre un plato. Oía delicioso, lo admito, pero no había forma de que terminara todo eso en una sentada.

Pateé a Richard por debajo de la mesa y él me miró, atolondrado.

—¿Qué pasa, cielito? —Hice lo posible por no poner los ojos en blanco y gritarle: *¡Cielito! ¿Es en serio?*

—No puedo comer todo eso, Rich —susurré.

—Mamá, Lil no come tanto como nosotros —vociferó el muy idiota. *¿No escuchó que estaba susurrando?* Lo mataría más tarde.

—¡Oh, Cariño! Perdona. A veces olvido que mis hijos son como bestias. Come la cantidad que quieras, no hay problema —sonreí cortésmente, disimulando el deseo de estrangular a Richard.

—Tito, ¿Lili y tú se van a casar? —preguntó Rebeca. El trozo de pollo que estaba tragando se atravesó en mi garganta, bloqueando mi respiración. Me removí en la silla y luché por tragarlo, pero no podía.

—¡Lilian! —gritó Rich. Su silla raspó la madera cuando la arrastró hacia atrás, para incorporarse. Me sujetó por el estómago y ejecutó una perfecta *Maniobra de Heimlich*, liberando mi tráquea. Inhalé por oxígeno varias veces hasta que mi respiración se normalizó.

—¿Estás bien? —me preguntó, abrazándome a su pecho.

—Sí. Tranquilo, cariño —Ese fue el *trágame tierra* que se ubicó en el primer lugar de mi larga lista.

—Entonces, ¿se van a casar o no? —insistió la niña. Todos estallaron en sonoras carcajadas... menos Rebeca.

—Cariño, aún no hemos hablado de eso —le dijo Richard.

—Bueno, es que mi mami y mi papi duermen juntos y ellos se casaron —Las risas se detuvieron de golpe. No era el tema que hablarías en medio de un almuerzo con una niña de seis años.

—Richard, ¿sabes quien volvió a Texas? —inquirió Raiza, desviando el tema.

—No tengo idea.

—Kate. Creo que la invitaré a la fiesta de Rebeca —Richard dejó caer su tenedor en el plato. *¿Quién carajos es Kate?*

—¡Raiza! —La regañó su madre. Ella giró los ojos y siguió comiendo como si no hubiera alborotado el avispero.

—Arruinaste mi apetito —gruñó Richard y abandonó la mesa.

—Tranquila, cariño. Él volverá enseguida —aseguró Raquel.

—Disculpen, pero quiero ver si está bien.

Salí del comedor y busqué en la sala, no estaba. Caminé de regreso y lo encontré en la cocina. Tenía las palmas apoyadas sobre el espaldar de una vieja silla de madera. Respiraba con dificultad, hasta parecía que estaba por hiperventilar.

—¿Estás bien, Richard? —pregunté.

—No debí traerte —resopló. Esas tres palabras azotaron mi pecho como un *Manga*<sup>[1]</sup> que al retraerse te desgarró la piel.

—Yo... No quería arruinarlo —murmuré con una exhalación. Richard se giró hacia mí y alcanzó mi mejilla con su mano. Aquel gesto de cariño me sorprendió. Pensé que estaba molesto conmigo y no apenado.

—Tú eres perfecta, Lil. Lo que quiero decir es que lamento que tengas que pasar por esto. Lo siento —pronunció, sin apartar su mano de mi rostro.

Quería decirle que no me importaba, que podía soportarlo, que estaba ahí para él, pero había algo que me lo impedía. Ya no se trataba solo de nuestro estúpido juego de solo amigos, sino de la mujer de la que habló Raiza.

—¿Quién es Kate? —Tenía que saberlo. Me lo había preguntado desde que su hermana la mencionó.

Él apartó su mano de mi rostro y la dejó caer en el costado de su cuerpo. No se me hizo difícil saber que la tal Kate fue o era alguien importante en su vida. Asumí que se trataba de la misma que le rompió el corazón. Pero no entendía por qué Raiza mencionaría a la mujer que lastimó a su hermano.

—No quiero hablar de ella —Asentí y me quedé muda, pero inquieta, cambiando el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra sin saber qué hacer.

—Ven conmigo, tengo que mostrarte algo —me pidió, extendiendo una mano hacia mí para que la tomara. Sus ojos se iluminaron como dos focos, dejando atrás la actitud hostil que demostró cuando pregunté por Kate.

Un pequeño haz de ilusión serpenteó hasta colarse en mi corazón cuando nuestras manos se unieron. Estaba siendo descuidada y estúpida al permitir que un simple toque me calara tanto. Lo dejé pasar, solo porque quería disfrutar de ese momento, que terminaría dos días más tarde al pisar suelo neoyorquino.

Salimos por la puerta trasera y seguimos un camino de piedra, a manera de sendero. Las piedras terminaron en algún punto y comenzamos a caminar sobre arena. Parpadeé dos veces al pensar que el lago en el que nadaban algunos patos era un espejismo, que aquellos árboles que lo rodeaban no eran reales. Avanzamos un poco más para acercarnos al lago. Fue entonces cuando vi una pintoresca cabaña de madera a un costado. El lugar era como un pequeño oasis en el desierto. Era hermoso.

—Es mi lugar favorito en Texas. ¿Te gusta? —Cabeceé dos veces para responder, seguía mirando incrédula aquel hermoso paraje.

No nos detuvimos, seguimos andando hasta el muelle que estaba sobre el lago, haciendo crujir las tablas con cada paso. Richard se quitó los zapatos deportivos y dobló tres veces el ruedo de sus vaqueros para meter los pies en el agua. Me senté a su lado, dejando mis bailarinas junto a sus zapatos.

Tuve la tentación de zambullirme en el agua para refrescarme. Austin-Texas era un infierno comparado con New York. El sol picaba en mi piel, haciendo que sudara como marrana. No había nada sexy en una mujer sudada con el cabello pegado a la espalda.

—La estoy protegiendo —habló, después de diez minutos de silencio.

—¿A quién? —le pregunté, mientras movía los pies dentro del agua.

—A mamá. Ella no sabe lo que pasó realmente y no quiero que lo sepa. Hay verdades que es mejor ocultar.

—¿A qué precio? —repliqué.

—¿Cómo es tu familia? —Evadió mi pregunta con otra, una que no estaba preparada para responder.

—No creo que eso ayude.

—¿Qué no ayudaría?

—Desviar el problema de tu familia preguntando por la mía —contesté. Lo miré por encima de mi hombro un minuto, su mandíbula estaba tensa, al igual que sus hombros. Volví la mirada al lago, donde un trío de patos nadaban y graznaban, sonorizando el silencio que se instaló en medio de los dos.

—Lilian... Necesito hacer algo.

—¿Qué?

—Esto —En cuestión de segundos, se había girado, acunado mi rostro y presionado sus labios contra los míos. El calor de su arrebato me rebasó entera, y no

precisamente por el clima de Texas. Tiré de su cabello mientras nuestras lenguas se consumían en aquel beso voraz. Lo deseaba, con cada fibra sensible de mi piel, con cada latido de mi corazón lastimado. Ese beso era lo que necesitaba para emancipar la desdicha y mandarla a comer espárragos.

Mis manos se escurrieron por el dobladillo de su camiseta y la deslicé hacia arriba para quitársela. Su torso estaba brillante por el sudor, lo que me hizo cambiar de opinión. Sí, se puede ser sexy sudado, al menos Richard si podía.

Terminé recostada en la madera con él sobre mí, deslizándolo su lengua por mi cuello, clavícula, escote... bajando hasta mi vientre, dibujando círculos en mi ombligo.

Los latidos del corazón se me trasladaron a la garganta cuando comenzó a desabrochar el botón de mis pantalones. En mi vida había tenido sexo sobre un muelle, pero estaba dispuesta. Muy dispuesta.

—Alessandra —murmuró con voz ronca al tiempo que clavaba sus ojos grises en mí—. Si no estuviera en abstinencia...

—Eres un... idiota —grité y lo empujé a un lado, haciendo que se cayera en el agua. Lo vi hundirse y emerger varias veces, como si no pudiera mantenerse a flote.

—No sé nadar —dijo la última vez que salió. Me lancé al agua y lo alcancé en el fondo del lago. Lo ayudé a salir afuera y lo sostuve, para que flotara conmigo.

—¿Estás bien? ¿Puedes respirar? ¡Mierda, Rich! ¡Dime algo! —Él se comenzó a reír, a reír fuerte, como si le hubiera contado un chiste.

—Tienes que verte la cara...

—Te voy a matar, Richard Hernández. Lo haré —grité, mientras golpeaba su pecho con los puños.



## Capítulo 12

### Familia

#### RICHARD

Mientras ella me gritaba que me iba a matar yo pensaba, *ya me estás matando*. Lo hacía al desnudarse delante de mí, lo hacía cada vez que me miraba, lo hacía incluso cuando no estaba a mi lado.

Dejar de besarla sobre el muelle me costó Dios y su ayuda. Quería follarla duro sobre el muelle, luego en el agua y después en la cabaña del lago. Pero quería que probara un poco de su propia medicina. Y también convencerme de que seguía teniendo el control.

—¡Richard Tercero Hernández! —gritó mi madre al vernos empapados en la cocina.

La risita de Lilian hizo eco en la cocina. Se estaba burlando de mi segundo nombre. Todo el mundo lo hacía cuando lo escuchaba y ella no iba a perder la oportunidad.

—Fue ella —repliqué, señalando a Lilian.

—Seguro tú la provocaste, Richi.

—¿De qué lado estás, mamá? Soy tu hijo.

—¡Catorce horas en trabajo de parto, Richard! No tienes que recordarme que eres mi hijo. Aquí hay toallas limpias —Nos entregó un par de toallas blancas y nos secamos un poco antes de subir.

—¿A dónde vas? —demandó mamá—. Seca el desastre primero. Aquí está el trapeador.

—Espera, Richard —dijo Lil, solidarizándose conmigo. Escuché sus pasos perderse escaleras arriba y luego regresar.

—Ahora sí, limpia el piso —Sostenía su *Smartphone* en la mano—. Comienza ya.

—Eres perversa.

—Sería perfecto si te colocaras un delantal —bromeó—. A tus compañeros pilotos les gustaría más, lo sé.

—*Touché*.

—Piénsalo antes de gastarme otra bromita, Rich. Me iré a duchar, de nuevo. Seca bien ese piso.

\*\*\*

—Tito, mañana es mi fiesta. Mamá dijo que vas a traer a las princesas *Disney* para mí, ¿es verdad? —preguntó, sentada en mi regazo.

—Si tu mamá dijo que vendrían, entonces sí.

—¿Quieres ver mi vestido, Lili?

—Me encantaría verlo.

Salí de la sala, después que las dos subieran a la habitación para ver el vestido. Entré a la cocina y me encontré a Raiza decorando *cupcakes*.

—¿Por qué sugeriste invitar a esa mujer?

—Richi, lo siento. Pero creo que cometes un error. Kate me dijo que aún te quiere y me pidió que la invitara a la fiesta

—¿Todavía me quiere? —pregunté irritado, con los puños cerrados—. ¿Me quería también cuando la encontré follando con su jefe en mi jodida casa?

—¿Qué? ¿Fue ella la que...? —preguntó, conmocionada.

Ella solo sabía que nos habíamos separado en malos términos. No tenía por qué explicarle nada a nadie y todos asumieron que era el malo de la película.

—Sí, Raiza. Así que nunca vuelvas a nombrarla. Y si la invitaste, dile que no venga porque si la veo en esta casa, será la última vez que me veas a mí.

Raiza soltó la manga de decoración y me abrazó con fuerza, mojando mi franela con sus lágrimas. Ella lo entendía más que nadie, el papá de Rebeca la abandonó cuando mi sobrina cumplió dos meses de nacida por una mujer más joven que ella. Raiza los descubrió en la oficina de él. Luego, conoció a su actual esposo quien adoptó a Rebeca como suya.

—Lo siento, Richard. Te prometo que nunca volveré a hablar con esa arpía. Perdóname —dijo entre hipoes.

—No quería gritártelo a la cara, pero necesitabas saberlo. No le digas a mamá, ella quiere mucho a Kate y prefiero no herirla más.

—No lo entiendo. Tú simplemente dejaste que todos pensáramos que...

—No, todos lo asumieron y yo no me defendí. Se suponía que mi familia no iba a dudar de mí y ponerse de su lado. Pero ya ves, lo hicieron.

—Mami, ¿por qué lloras? ¿Te pinchaste con un cuchillo? —habló Rebeca detrás de nosotros. Me giré y vi a Lilian a su lado.

Raiza se puso de rodillas, abrazó a su pequeña y le dio un beso.

—No, cielito. Hablaba con tu tito del día que naciste y sabes que soy muy sentimental.

Mi sobrina se creyó el cuento, pero Lil no se veía convencida. Ella no era tonta y seguro ya sabía que hablábamos de Kate.

Subimos a la habitación una hora después para intentar dormir. No habíamos parado ni un momento en todo el día y el cansancio comenzaba a pasarnos factura.

Me cambié en el baño, los vaqueros y la camiseta por un pantalón negro de chándal, mientras Lilian se vestía en la habitación. Esperé, recostado en la puerta del baño, hasta que ella me avisó que podía salir. Pensé que la vería en un conjunto sexy de seda, pero me sorprendió con un pijama enterizo de algodón; era rosa y tenía las orejitas de *Mickey Mouse* dibujado por todas partes. La única piel expuesta era la de su rostro, manos y pies.

—¿En serio. *Mickey Mouse*? —dije, en tono burlón.

—Cállate, Richard Tercero —ironizó.

—Empatamos, muñeca —añadió.

Lilian se acostó en el lado derecho de la cama; era mi puesto, pero la dejé. Después de todo ella me estaba apoyando con toda aquella mentira. Recordé la noche en el hotel cuando la abracé, absorbiendo su olor, calentándome con su cuerpo, esforzándome para no besar la piel desnuda de su hombro.

—Tu familia es muy hermosa, Richard —La nostalgia en su voz me alertó. Ya lo había notado en el muelle, cuando esquivé el tema, por eso insistí en preguntarle.

—¿Por qué nunca nombras a la tuya?

—Porque no tengo una.

—Todos tienen una familia, Lil —repliqué, incorporándome de la cama. Su respuesta me había descolocado por completo. No podía creer que no tuviera a nadie más. No imaginaba una vida sin una familia.

—Todos menos yo.

—¿Me quieres contar?

Se sentó en la cama, recostó la espalda contra la pared y cruzó las piernas. Sus ojos evitaban los míos, estaban fijos en sus dedos inquietos; se movían como si cosieran una tela invisible. Me dolía verla así, tan nerviosa y confundida. Quería buscar la forma de calmar su ansiedad, pero no sabía cómo.

—No quiero, pero lo haré. No es justo que yo sepa tanto de ti y tú nada de mí.

—Si no quieres hacerlo, no lo hagas, Lil. Te entiendo —le dije, sosteniendo sus manos entre las mías. Eso la calmó.

—Tenía nueve años cuando Nancy nos abandonó en un parque. Mi hermana Natasha tenía solo seis años. Mi padre murió dos meses antes de eso. Nancy nunca había trabajado, era una mujer mantenida y solo le preocupada que su manicure francesa estuviera perfecta.

»Natasha y yo rodamos por las calles varios días. No quería ir a un albergue pero tuvimos que hacerlo, la ciudad era muy fría y el invierno estaba comenzando. Ahí conocí a Neal, el amigo que te presenté la otra noche.

»Cuando cumplí quince años, comencé a trabajar, quería sacar a mi hermana de ahí. No era un mal lugar, nos brindaron cobijo y estudios, pero no era suficiente.

»Un día Natasha se despidió de mí, me dijo que se iba con un tipo que le ofrecía un mejor estilo de vida. Le rogué que no lo hiciera, pero no me hizo caso. Incluso, traté de detenerla, pero el hombre me golpeó, haciendo que perdiera la conciencia. Fue la última vez que la vi.

—Lo siento tanto, Lil —murmuré, acariciando su mano. No podía imaginar cómo alguien era capaz de abandonar a sus hijas de esa manera.

—Eso fue hace mucho. No importa ya —aseguró.

Sabía que mentía. Lo veía en la forma que luchaba por contener las lágrimas.

—Si importa, Lil. Sé que te importa. Tengo un hombro donde puedes llorar, ¿lo sabes? —Ella asintió, pero se contuvo. No rompió a llorar como necesitaba hacerlo, seguía escondiéndose detrás de una armadura blindada.

»Ven aquí —le pedí, con los brazos extendidos. Ella sonrió y luego se acercó a mi pecho. La sostuve entre mis brazos y me prometí que no le haría daño, que no la usaría para follar, que la cuidaría como si fuera mi propia hermana. Solo amigos ya no sería un problema, porque eso sería, su amigo. Sería lo más difícil que haría en mi puta vida, pero ella lo valía.

## Capítulo 13

### Fiesta

LILIAN

La línea divisoria entre nuestro falso noviazgo y la amistad se desdibujaba cada vez más. Habíamos pasado del sexo casual, a amigos con beneficios y luego a solo amigos en un parpadear.

No sabía si el hecho de que me abrazara a su pecho significaba lo mismo para él que para mí. Con él me sentía protegida y hasta llegué a creer que me quería realmente. Y no de la forma de amigos, sino como una novia de verdad. Entonces le pregunté:

—¿Qué haces, Richard?

—Estoy abrazando a mi amiga —Su confirmación me descompuso en miles de piezas. Eso era para él: la amiga que le contó su patético pasado. Maldije en silencio por haber dejado que entrara en mi vida, que invadiera espacios de mi corazón que había clausurado muchos años atrás.

Me aparté de él y me levanté de la cama. No podía seguir permitiendo que “nuestra amistad” se profundizara. Me dolía, me lastimaba como espinas clavadas en el pecho.

—Tengo una amiga, una verdadera amiga. No necesito que me consueles o sientas lástima por mí.

—Lil...

—Necesito dormir. Por favor, déjame dormir —Me tumbé en la cama, junto a la pared. Le di la espalda y cerré los ojos. Lágrimas de tristeza y rabia mezcladas corrían por mis mejillas. ¿Qué tenía que hacer para que supiera que no quería su jodida amistad? Me tenía en su cama, bajo su techo y no intentaba nada.

—¿Qué hice? —preguntó. Sentí su peso hundirse a mi lado y luego su brazo rodeando mi cintura. Me sostuvo contra su pecho, como lo hizo en el hotel. Ya no sabía ni qué pensar y la verdad estaba muy cansada para intentar comprenderlo.

\*\*\*

La fiesta de Rebeca era todo un éxito. La pequeña no dejaba de sonreír mirando el espectáculo de las princesas, sentada en el regazo de Richard. Me quedé embobada mirándolos, como si aquella escena fuera lo más hermoso que había presenciado jamás.

—No son novios, ¿verdad? —preguntó Raiza detrás de mí. El corazón me dio un vuelco. No quería arruinar el plan de Richard.

—No sé de que hablas.

—No tienes que fingir conmigo, Lilian. Sé que no lo son.

—¿Por qué dices eso?

—No lo tomes a mal, eres muy linda y veo lo bien que lo tratas, pero si en verdad quieren hacer mejor su papel, deben dejar de comportarse como si tuvieran miedo de tocarse.

—¿Lo hacemos?

—Sí. ¿Cómo te metió en todo esto? —preguntó, inquisitiva.

—Le prometí venir si él ganaba un partido de pool.

—¿Perdiste?

—No.

—Pero estás aquí.

—Sí. No fui sincera en cuanto a mis capacidades, el pobre pensó que era inexperta. Cuando gané me dio pena y entonces vine.

Raiza comenzó a reírse fuerte, a costa de su hermano. Me regañé por haber hablado más de la cuenta. ¿Y si ella delataba a su hermano? Tenía que aprender a controlar mi estúpida boca.

»Él en verdad adora a Rebeca —dije, para dejar fuera el tema anterior.

—Sí. Tenías que verlo cuando nació, todo su rostro brillaba como una estrella. La sostuvo en sus brazos y hasta le cantó una canción de cuna.

Sonreí mientras lo miraba. Richard era nocivo para la salud. Sexy, con una mirada matadora, un dios en la cama y un caramelo de azúcar con su sobrina. El prototipo del hombre perfecto. Obviando, por supuesto, lo mujeriego que era.

—Veo cómo lo miras. Y sé que sonará duro, pero si no él no te ha dado alguna señal, es mejor que te apartes. No querrás salir herida.

Quería darle un puñetazo en la cara por decirlo, pero sabía que tenía razón. Inclusive lo había pensando. Al llegar a New York me alejaría de él.

—¡Hey!, ahí estás. Te estaba buscando —dijo feliz. Rodeó mi cintura con sus manos y me plantó un beso en los labios. Era la primera vez que me besaba delante de mi familia. Y, como era una tonta, ese gesto me emocionó.

»Ven, quiero que conozcas a alguien —No bien lo dijo, estaba arrastrándome hacia ese “alguien”—. Te presento al mejor piloto que existe en todo Texas, que digo Texas, en todo el mundo: Harry Maxwell.

—Richard, deja las adulaciones que ya no hacen falta.

—Lilian White, un gusto conocerlo —Lo saludé, estrechando su mano.

Los ojos verdes de Harry se fijaron en mí y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Las canas que se asomaban en su cabello negro, y los pequeños surcos marcaban su frente, me daban un margen de su edad. Calculé unos sesenta.

—El gusto es mío.

—Este hombre fue mi inspiración. Aunque le rompí el corazón a mi madre cuando elegí ser piloto, tenía planes para mí en el área gastronómica.

—No exageres, Richi. No soy una leyenda ni nada de eso.

—Si lo eres. Y no discutas conmigo.

Escuché en silencio su plática. Estaba familiarizada con el tema de la aviación, pero se veían muy a gusto hablando entre ellos y no los interrumpí.

Dos horas después, con la clásica canción del cumpleaños feliz, Rebeca sopló sus seis velitas. Luego abrazó a sus padres con una hermosa sonrisa en los labios. Fue conmovedor ver esa escena. Deseé entonces que su vida fuera siempre así: luminosa y feliz.

—¿Te he dicho lo hermosa que eres? —susurró Richard detrás de mí, erizando los vellos de mi nuca. Su voz provocaba eso y más. Sacudí la cabeza a los lados, porque no, no me lo había dicho. Tampoco era la gran cosa; usaba vaqueros, una blusa blanca sin mangas, cuello en “V”, y las mismas botas que me puse para viajar a la ciudad. El cabello me lo había recogido, porque el calor seguía siendo insoportable, aun de noche.

Me giré hacia él, lo abracé y susurré en su oído—: Raiza notó nuestra farsa, dijo que parecía que nos daba miedo tocarnos.

—¿Ah sí? —respondió en voz baja—. Lo resolveremos.

La pequeña Rebeca interrumpió, lo que para mí fue el momento más excitante que había tenido en las últimas horas junto a Richard, para darnos nuestros platos con pastel.

El postre estaba delicioso. Tanto que dejé el plato limpio.

—Tienes un poco de glaseado aquí —El dedo de Richard se deslizó por la comisura de mis labios, retiró el glaseado y se llevó el dedo a la boca. Envidié a su dedo y al glaseado. Quería besarlo, tanto—. Aún te queda algo.

Se acercó lentamente, haciendo que nuestros labios estuvieran a escasos centímetros. Mis piernas amenazaron con dejar de sostenerme, el corazón con dejar de latir y la sangre con hervir en mis venas. Deseaba ese beso más que cualquier cosa en el mundo... y se cumplió. Su lengua se deslizó por mi boca, limpiando lo que “había quedado” y luego se hizo espacio de entre mis labios para besarme. No fue solo un beso, también una cura para el dolor que se alojaba en mi pecho.

Lentamente, se separó de mí, dejándome con una enorme sensación de inestabilidad. Sentía que flotaba en el aire como una hoja hasta que dijo: «Así no quedarán dudas». La sangre se heló en mis venas. De estúpida creí que él deseaba ese beso tanto o más que yo, pero Richard solo estaba fingiendo. Él solo... actuaba.

Me aparté de él y salí corriendo. No me detuve hasta llegar a la habitación. Me encerré en el baño y devolví en el inodoro la porción de torta que acababa de comer.

Cuando escuché dos toques en la puerta, entré en pánico. ¿Qué le iba a decir? *Richard, pensé que querías besarme y se me rompió el corazón al saber que estabas fingiendo.* No, no diría eso. ¿Qué tan estúpida sería si lo hiciera?

—Lilian, ¿estás bien? —Fue un alivio escuchar la voz de Raiza. Al menos no tenía que enfrentar a Richard en ese momento.

—Sí, ya salgo —Enjuagué mi boca y me lavé las manos antes de salir. Ante el espejo me veía igual, como si nada hubiera pasado. Contrario a lo devastada que me sentía por dentro. Salí del baño y la encontré sentada en el borde de la cama.

—No puedes huir cada vez que Richard te bese.

—Yo... No... No fue por el beso —mentí.

—Sí, seguro —dijo sarcástica—. Ven, Richard te necesita allá abajo. Cuando huiste, corrí detrás de ti y el muy torpe se tropezó con algo y se cayó. Tiene una pequeña abertura en la frente.

—¡Oh Dios! —grité—. ¿Está bien?

—Sí, no fue mucho.

Bajé las escaleras en largas zancadas y ahugué un grito cuando vi su rostro ensangrentado. Odiaba ver sangre.

—¡Oh por Dios! —Comencé a temblar y un sudor frío recorrió mi cuerpo—. No puedo —Me giré, para dejar de verlo antes de desmayarme.

—Es solo sangre, Lil —dijo riendo—. Estoy bien.

*No te desmayes Lilian, no lo hagas,* recité en mi mente. Ya mi lista de humillación era muy larga para una vida.

—Escuché eso —se burló Rich.

*¡Mierda! dije eso en voz alta.*

—Le tengo pánico a la sangre. No puedo mirarte. Lo siento, cariño.

—Tranquila, mi cuñado es paramédico. Él lo arreglará.

Apretaba el dobladillo de mi blusa en un puño cuando Richard gemía de dolor con cada sutura. Me sentí culpable. Si no hubiera corrido nada de eso habría pasado.

Di un salto cuando él gritó, pero su risa estalló segundos después y caí en cuenta de que el muy imbécil me estaba gastando una broma.

—No pude evitarlo —dijo el infeliz—. Ya puedes mirar —Giré en mis talones y vi que era cierto, ya Darío—el esposo de Raiza— le había puesto un apósito en la frente.

—Richard, no seas cruel. La pobre estaba a punto de desmayarse —le reclamó Raiza.

—Lo siento, muñeca. Ven conmigo —me pidió, extendiendo los brazos. Me acerqué a él y me sentó en su regazo. Ahora si estaba segura de que perdería la conciencia.

»Estoy bien. ¿Lo ves? —Besó mi frente y suavizó mi espalda con la palma abierta. Me permití por unos segundos ser feliz, olvidar que todo era parte de la actuación.

—¡Eh, Richi! Llévala a tu habitación —soltó Rey.

—¡Cállate, idiota! —espetó Richard.

—Hermano, en la repartición de cerebros Reinaldo se salió de la fila —se burló Ramón.

Rey comenzó a perseguir a su hermano y salieron de la cocina. Raiza y Darío salieron poco después. Ya no había más nadie para presenciar el teatro y aun así seguía sentada en el regazo de Richard. Tuve la intención de levantarme y él me detuvo, provocando que mi corazón dejara de latir por un segundo o dos.

—Lo siento. Mañana volveremos a New York y ya no fingiremos más —Me hubiera gustado que no dijera nada. Él no sabía lo mucho que me lastimaron sus palabras.

Quería gritarle: *¿Eso es lo que crees? Yo no quiero que termine, quiero que sea verdad.* Pero en lugar de eso dije:

—Sí, gracias a Dios —suspiré, como si en verdad estuviera aliviada—. Voy a darme una ducha.

—Está bien. Subiré más tarde, necesito hablar algo con mis padres.

Me alejé del calor de su cuerpo y me escabullí a la soledad de su habitación. Estaba aterrada por tener que pasar otra noche a su lado, luchando a la vez con los estúpidos sentimientos que había dejado que se alimentaran en mi corazón.

*¿Cómo pude enamorarme de él? ¿Por qué permití que sucediera?*

\*\*\*

—Buenos días, bella durmiente. ¿Sabías que roncas un poquito?

—No lo hago.

—Sí que lo haces. Levántate, tenemos que bajar a desayunar.

Froté mis ojos con las manos cuando Richard deslizó la cortina de la ventana a un lado, dejando entrar la luz del sol. No supe a qué hora me dormí y tampoco sentí a qué hora llegó él.

Cuando me adapté a la luz, pude ver su cabello mojado y pequeñas gotitas de agua esparcidas a lo largo de su marcado y caliente torso. En mi mente, mi lengua se había encargado de secar los restos de agua. Esa mañana era fresca, pero mi cuerpo estaba caliente... humeaba de excitación.

—¿Te vas a levantar o te tengo que llevar yo mismo a la ducha?

—No, no. Ya voy yo —balbuceé.

Corrí al baño y me di una ducha rápida. Continué la película que había iniciado en la habitación. En cada escena estábamos los dos y todas eran no aptas para menores de edad. Casi lloré al saber que la ficción no superó a la realidad.

Cuando estuve vestida, peinada y perfumada, salí al pasillo, donde me esperaba Richard. *Very Irresistible* invadió mis fosas nasales y ese olor, unido al espectáculo masculino que tenía delante, me desestabilizó el corazón. Ese hombre me mantenía al borde de una taquicardia, siempre.

—¿Cómo dormiste anoche? —le pregunté. Tenía la sospecha de que no había pasado la noche conmigo.

—Dormí en la cabaña.

—¿Por qué?

—Porque no sabes el esfuerzo que tengo que hacer para dormir a tu lado sin poder disfrutarte como deseo —Parpadeé dos veces, para asegurarme de que no seguía filmando esa película en mi cabeza. Inclusive, me pellizqué el dorso de la mano para estar segura.

—Claro, por todo el asunto de la abstinencia —dije, como quien no quiera la cosa.

—No, Lil. Es por ti —Boquéé como un pez fuera del agua.

*¿Qué está queriendo decir?.*

—¡Tito! —gritó Rebeca al llegar al pasillo—. Los estamos esperando y tengo mucha hambre.

—¡Uh! Eso no se puede permitir —contestó su tío.

Bajamos al comedor y nos unimos a la mesa. Me costó esta vida y la otra terminarme un bizcocho entero. Hubo dos razones: mi problema con la comida y las palabras de Richard zumbando en mi cabeza. No quería ilusionarme con falsas expectativas, trabajé muy duro para evitarlo... y fracasé.

No pude evitar sentir una profunda tristeza cuando vi a Richard bajar con nuestras maletas. Sabía que cuando cruzáramos la puerta, todo se habría acabado. Perder a alguien que nunca fue mío dolía igual.

—Lili, te extrañaré mucho —dijo Rebeca mientras me daba un abrazo.

—Yo también, princesa —contesté, acariciando su lindo cabello rubio con mis dedos.

Después de separarme de la niña, recibí más abrazos. Me sentía pletórica de la felicidad. Nunca había experimentado ese sentimiento de pertenencia. La familia de Richard era hermosa y era muy afortunado de tenerla.

Es un eufemismo decir que el viaje de regreso fue incómodo. No sabía cómo comportarme con Richard. Él estaba diciendo algo importante cuando Rebeca nos interrumpió, pero no lo había retomado. Y no sería yo la que sacara el tema. Aunque, lo único que mencionó fue lo mucho que me deseaba, no mencionó nada de sentimientos. Así que, solo se trataba de Richard siendo Richard.

—Lil. No sé cómo pagarte lo que hiciste por mí. Tenía mucho tiempo sin ir a casa y tú lo hiciste posible.

—No te preocupes, cariño. Ya buscaré la forma de cobrarme el favor —Batí mis pestañas y sonreí, ocultando mi miseria mostrando los dientes. Tres días pretendiendo y ya era una experta en el arte.

Compartimos un taxi hasta la ciudad; un amigo se había llevado el auto de Richard hacia un par de días del estacionamiento del aeropuerto.

—¡Llegamos! —grité al ver mi edificio—. Tu familia es estupenda, Richard. No dejes pasar tanto tiempo antes de volver, pero no me involucres esa vez —Añadí, a son de broma, aunque lo decía muy en serio; no soportaría hacerlo de nuevo.

Ya tenía la mano en la manija de la puerta cuando Richard pronunció con voz ronca y sensual—: Te extrañaré en mi cama esta noche.

*¡Dios mío ¿Por qué?!*, quise gritar. No sabía si lo hacía adrede o si, simplemente, no se daba cuenta de lo mucho que me revolucionaban sus palabras.

—Te acostumbras muy rápido, Rich —dije, esquivando el mortero que me había lanzado. Y sin más, me bajé del taxi, entré al edificio y dejé de pretender.

—¿Está bien, señorita Lilian? —me preguntó Michael, el portero del edificio.

—Sí. Solo estoy agotada —contesté y seguí mi camino al ascensor. El pobre había presenciado mi espectáculo de hiperventilación.

Llegué al apartamento de Elizabeth y estaba vacío. Caminé hasta el refrigerador y vi un pos-it rosa que decía: «Tenemos planes para la cena, salimos a las siete». Incluía la fecha, para que no tuviera dudas, y era esa noche.

Una distracción, perfecto —pensé—. Necesitaba sacar el recuerdo persistente de Richard de mi cabeza.

Tiré mi maleta sobre la cama y dejé un camino de ropa en el suelo mientras iba a la ducha. Giré los ojos cuando el teléfono sonó. Respondí con un seco *hola*.

—Hola, cariño. ¿Me extrañas? —La voz de Richard repartió escalofríos por todo mi cuerpo. Y, para colmo, estaba desnuda. La película comenzó a rodar de nuevo en mi cabeza.

«¡Basta ya!»». Le grité al director, que en ese caso era mi imaginación.

—La verdad, no. Iba a ducharme en este momento.

—Suena tentador. ¿Te puedo acompañar?

—Ya quisieras tú. Adiós, Richard —Corté la llamada, apagué el teléfono y me fui al baño. Sería una ducha muy interesante. Ya tenía el incentivo necesario: él.

## Capítulo 14 Pretendamos

### RICHARD

En el mismo momento que el taxi se alejó de su edificio, la comencé a extrañar. Después de lo de Kate, juré nunca enamorarme y estaba luchando con uñas y dientes para no hacerlo de la enigmática Lilian White. Esa mujer me volvía loco. Unas veces era tierna y vulnerable y otras una fiera vengativa. Y lo peor era que me gustaban sus dos versiones.

Llegué a mi apartamento y me tumbé en la cama. Esos fueron los tres días más tensos que había vivido alguna vez y estaba agotado. No tanto por el falso noviazgo, sino por la jodida abstinencia y el juego de solo amigos. Sé que dije aquella noche que sería solo su amigo, pero eso no era lo que quería y, la verdad, me daba miedo analizar qué era lo que en verdad quería con esa mujer.

Me maldije varias veces por haber permitido que la situación se me escapara de las manos y la única solución que encontré fue alejarme. Necesitaba que todo fuera como antes: sexo sin complicaciones y eso no iba a pasar con Lil a mi alrededor.

Entonces, como bajada del cielo, me llegó una invitación de Charles para conocer a su novia. La parte interesante de la invitación era que incluía a la amiga de su novia. Una distracción, eso era lo que necesitaba. Esperaba al menos que fuera tan sexy como Elizabeth.

\*\*\*

—¡Oye, Charles! ¿Qué tan caliente es la amiga de Elizabeth? —le pregunté, de camino a la casa de su novia. Él sacudió su cabeza y frunció el ceño.

—Ella está prohibida, Richard. ¿Escuchaste? No vas a seducir a la amiga de Elizabeth. No tendrás sexo con ella. Prométele.

—¿Es fea?

—No.

—Entonces no hay promesas, amigo.

—Richard... —comenzó.

—Bien, hermano. No intentaré nada. A menos que sea ella la que me seduzca.

—¡Dios! Ya me estoy arrepintiendo de traerte —Me reí. Él siempre decía cosas como esas, pero no podía vivir sin mí el muy desgraciado.

Charles detuvo el auto frente a un edificio que ya conocía. Era el mismo donde Lil vivía. Pensé que sería demasiada coincidencia que la amiga de Elizabeth fuera Lilian. Y, si así era, entonces estaba jodido.

Seguí a Charles dentro del lujoso condominio. No estaba en el *Upper East Side* por nada. El piso deslumbraba y las puertas de los ascensores eran doradas, como de oro. El aparato nos llevó al piso quince. En ese piso solo había dos apartamentos, lo que significaba que la novia de Charles tenía dinero, mucho.

—¿En verdad estás enamorado o eres un caza fortunas? —bromeé. La mirada asesina que me lanzó Charles respondió a mi pregunta. El pobre no tenía sentido del humor.

—Compórtate —gruñó.

La escultural rubia abrió la puerta del apartamento y de inmediato sonrió.

—Mi amor, él es Richard Hernández —me presentó Charles.

—Bueno, ya nos conocíamos, aunque no formalmente —dijo, haciendo referencia al beso que nos dimos en el *Seven*—. Soy Elizabeth McColl— Se presentó, extendiendo la mano.

—Ven aquí, dulzura —dije, con los brazos extendidos. Le di un beso en la mejilla y un abrazo. No estaba conociendo a una abogada, era la novia de Charles y eso significaba un saludo de verdad.

—Salamero —murmuró Charles con humor. Él me conocía y sabía que no haría nada raro.

—Pasen. Solo falta que salga mi amiga y nos vamos. ¿Quieren beber algo?

—No, estoy bien —dije yo. Charles tampoco pidió nada.

El sonido de un taconeo acercándose capturó toda mi atención. En cuestión de segundos podría validar el dicho: «*el mundo es un pañuelo*»... y así fue. Lilian White apareció en la sala, arrojando llamas ardientes a su alrededor. No podía decidir dónde fijar la mirada, si en sus jugosos pechos o en sus piernas estilizadas.

—Richard, te presento a Lilian, mi mejor amiga.

Estaba preparado para decir que ya la conocía, pero entonces ella me saludó primero, como si no supiera quién era. No hubo abrazo ni beso, solo un amago con la mano.

—Ya puedes cerrar la boca, Richard —se mofó.

Debo decir que me decepcionó que pasara de mí, que mandara a la mierda los días que habíamos compartido juntos.

—¡Qué carácter! —contraataqué.

Lilian giró los ojos y caminó delante de nosotros, como si mi presencia le causara repulsión. No estaba seguro si su comportamiento era un juego o una venganza. Con ella nunca se sabía.

Salimos del apartamento y entramos al ascensor. Lil y yo quedamos al fondo. La miré por encima del hombro y noté que se mordía los labios, nerviosa. Me provocó empujarla contra el ascensor y ser yo quien pellizcara esa boca, pero no podía.

Los quince pisos a la planta baja no tomaron minutos, sino horas. Así me parecieron. Inhalé fuerte, absorbiendo el olor dulce y sensual de su perfume para tener aunque sea una porción de ella en mi interior.

Lil y yo ocupamos los puestos de atrás del auto de Charles. Ella se sentó a un extremo, lejos de mí, como si marcara una línea divisoria entre los dos. ¿*Qué carajos le pasaba?* Saqué mi *Smartphone* de mi bolsillo y le envié un mensaje. Si seguía sin saber me iba a volver loco.

**Yo:** ¿A qué jugamos?

Su teléfono no tardó en sonar, anunciando la entrada de mi mensaje. Lil se removió en el asiento, sacó su teléfono, de una cartera negra tipo sobre, y leyó el mensaje. Luego, comenzó a teclear muchas palabras. Una respuesta corta sería una buena noticia, una larga no mucho.

**Lil:** Ellos no pueden saber lo que pasó entre nosotros. Lissy no entendería nuestro “arreglo” y no quiero escuchar sermones. Delante de ellos pretendamos odiarnos. No quiero preguntas, solo hazlo. Me lo debes.

Ese mensaje pateó mi ego y lo mandó a la cima de la *Estatua de la Libertad*. Lil se avergonzaba de mí y saberlo jodió de verdad. Pero no se lo haría saber. Entonces hice lo que mejor sabía: flirtear.

**Yo:** ¿Llevas bragas?

**Lil:** ¿A ti qué te importa?

**Yo:** Podría aprovecharme de ti y nadie lo notaría.

**Lil:** No te atrevas, Richard Tercero.

**Yo:** ¿Sí o no?

**Lil:** No.

**Yo:** Cuidado con mojar el asiento del auto. No es de cuero.

**Lil:** Idiota.

Dejé de escribirle cuando vi que apagaba su *Smartphone*. En ese momento quería matar a Charles por tener que enamorarse de la amiga de Lilian. Pensaba que esa

noche sería una vía de escape, que le daría un descanso a mi jodida mente de ella. Pero no, resultó que el destino, o qué sé yo, me empujaba hacia ella, cuando lo que había planeado era correr al lado opuesto.

Como no podía huir físicamente de ella en ese momento, me concentré en mirar por la ventanilla y, por unos minutos, me hice a la idea de que ella no estaba al lado, sin bragas, con una mini falda roja y una blusa negra que le apretaba los pechos. Sí, no pensé en ella en absoluto.

Charles detuvo el auto frente a *Bemelmans Bar*, un lujoso restaurant ubicado en el corazón del *Upper East Side*. Había ido varias veces a ese lugar, y no a una reunión de “amigos”, precisamente.

El lugar tenía su historia, como Lil y yo teníamos la nuestra. Pero, a diferencia del famoso *Bemelmans* —un bar atemporal, estilo Art Deco, adornado con murales originales de *Ludwig Bemelmans*—nuestra historia no podía ser contada.

Los cuatro nos sentamos al fondo, en la mesa que había reservado Charles para la ocasión. Mantuve la mirada clavada en el menú de bebidas, necesitaba algo fuerte para amansar a la bestia. Estaba muy enojado y ni siquiera estaba seguro de por qué.

—¿Y a que se dedica tu amiga, Elizabeth? —Dirigí la mirada a la rubia con toda la intención.

—Azafata —respondió Lilian con desdén—. Y también soy cinturón negro en *Karate*.

—¿En serio? Imagino que es muy útil para una mujer como tú —dije para provocarla. Ella puso la música y yo los pasos del baile.

—¿Qué significa eso? —gruñó.

—Pues, una mujer que debe luchar a diario por manos inquietas que la quieren tocar —contesté.

—¿Siempre es así de pesado? —preguntó, mirando a Charles.

—Usualmente cuando duerme no lo es —dijo Charles. Resultó que esa noche quería hacerse el gracioso el muy cretino.

Pedí una botella de vino *Cabernet Sauvignon*, un delicioso abreboca mientras pedíamos la cena. Lilian se removió en su silla, estaba nerviosa. Pensé que era por mí, pero no tardé en saber la razón de su inquietud.

—Harry, llegas justo a tiempo —celebró Lilian, levantándose de su silla para abrazar al pelinegro que tenía al frente.

¿Quién coño es Harry?

La respuesta no tardó en llegar, Lilian lo presentó como una celebridad, solo le faltó hacerle una reverencia. Según ella, Harry era la bondad personificada. Por poco vomito sobre la mesa.

Resultó que el tipo era un cliente de *Royal Airlines* que había conocido hacía unos meses y estaba de paso por New York, para algún negocio, y a Lil se le ocurrió la genial idea —léase el sarcasmo— de invitarlo a la cena.

Charles se encogió de brazos como diciendo: «no tenía idea». Aunqé no podía reprocharle a él. No se suponía que eso sería una cita doble sino una cena para conocer a su novia, y parece que también a los amigos de su amiga.

¡Jodida mierda!

Al menos pudo advertirme, escribir en un puto mensaje que tenía una cita con ese remilgado.

El muy idiota estaba usando un jodido traje de tres piezas. Ni que estuviéramos en el teatro.

Me bebí tres copas de vino mientras escuchaba hablar a Harry de su fundación internacional que ayudaba a los niños de la calle. Tenía a todos encantados como serpientes. Y la primera en la lista por supuesto era Lilian.

—Creo que deberíamos ordenar la cena —dije. Tenía que interrumpir de alguna manera al idiota de Harry Benet.

Mis ojos saltaban del menú a la pareja de tórtolos —y no hablo de Elizabeth y Charles, precisamente—. Harry y Lil hablaban entre susurros y se toqueteaban las manos como un par de críos enamorados. Estaba que lo mataba a golpes.

Yo elegí el salmón ahumado, Elizabeth y Charles la especialidad del Chef: pato confitado crujiente. Y Lil no pidió nada, el remilgado pidió por ella. Nada más y nada menos que *Caviar*. No le fue suficiente con alardear de su generosa fundación, también tenía que gastar miles de dólares en ella. Lo odiaba como nunca había odiado a nadie en la vida.

Mi plato quedó casi limpio y estuvo cerca de terminar abierto en dos, al imaginar que era el rostro de Harry. Necesitaba alejarme por un momento, calmarme antes de hacer algo estúpido. Me levanté de la silla y caminé hasta el baño. Mientras me miraba en el espejo intenté convencerme de que los celos que hervían en mi sangre no significaban nada, de que no había sentimientos involucrados para mí.

Tardé varios minutos en normalizar los latidos de mi corazón. Tenía mucho tiempo sin tener que luchar contra algo así y estaba aterrado de fracasar en el intento.

Salí del baño y me encontré con una vista de ensueño. Lilian y sus bronceadas y piernas kilométricas estaban justo frente a mí. Deslicé mis ojos por su cuerpo esbelto y me detuve en sus ojos almíbar. Tragué nada en absoluto a través de mi garganta.

—¿Estás molesto, Richard? —me preguntó, inquieta.

—No. ¿Por qué debería?

—Casi rompes tu plato con el cuchillo y no has hablado alrededor de toda la noche. Tú no eres así.

Quería gritarle que ella no sabía cómo era yo en absoluto. Que hubiéramos pasado tres días en Texas no la hacía una experta en mí. Ni siquiera tenía una jodida idea y tampoco le iba a dar tiempo de averiguarlo.

—Solo estoy cansado, Lil.

—¿Así que no tiene que ver con el hecho de que invité a Harry? —indagó, avanzando hacia mí.

Estuve a segundos de empujarla contra la pared y comérmela entera a besos, de deslizar su falda hacia arriba y hundir mis dedos entre sus muslos, de meterla en el baño y darle el mejor sexo de toda su existencia. Pero, ¿ella me dejaría hacerlo? Esa era mi duda y no quería que me sacara la tarjeta de la amistad. O quizás una peor: que se iba con el idiota trajeado del *Caviar*.

—¿Qué? No —bufé. No iba a admitir que estaba ardiendo de celos, no tenía sentido. Ella era libre de estar con quien quisiera, igual que yo.

—¿Estamos bien entonces?

—Bien —respondí y salí del pasillo antes de caer bajo.

En lugar de volver a la mesa, caminé hasta la barra para tomar algo más fuerte que el vino. Me senté a un lado de una sexy morena, usaba un vestido negro ceñido al cuerpo que destacaba su cuerpo voluptuoso y sus enormes tetas. A los pocos minutos Gabrielle tenía una *Margarita* en las manos por invitación mía mientras yo bebía un *Jack Daniels* en las rocas.

La morena cumplía con todos mis requisitos: sexy, divertida y atrevida. Sí, era perfecta. Pero mis ojos no podían quedarse quietos. Se turnaban entre ella y la mesa donde estaban “mis amigos”. Se estaban riendo, entretenidos, como si no extrañaran mi presencia.

Aparté la vista de la mesa de la tortura y me dediqué a seducir a Gabrielle. Nos bebimos varios tragos más, con la música de Jazz en vivo ambientando el lugar.

—Fue una linda velada, pero Gabrielle y yo acabamos de hacer planes. Fue un gusto conocerlos a todos —Rodeé la cintura de la morena y caminamos fuera del restaurant.

Pude haberme ido sin avisar, pero la idea de darle a Lil una cucharada de su propia medicina me ganó. Aunque, no se sintió tan bien como había imaginado.

—¿Tu casa o la mía? —preguntó Gabrielle, haciendo un mohín.

—¿Qué tal tu auto? —propuse, sin deseos de pasar mucho tiempo con ella.

—Como sea —balbuceó, por los efectos del alcohol.

No me tomó mucho tiempo hacerla gemir en el asiento trasero de su *Mustang*. La morena tenía talento, sabía lo que hacía, pero no se comparaba ni un poco con Lil.

¿Qué mierda me estaba pasando? —me pregunté—. Acababa de tener sexo ardiente con una sexy morena y la estaba comparando con Lil. No lo podía creer.

Abroché mi pantalón y salí de su auto, con la respiración agitada. Me sentía conmocionado y, de alguna forma, enojado. La sola idea de que Lil significara más que *solo una mujer con la que follé dos veces* me ponía enfermo.

Cuando creí que la noche no podía ser peor, me encontré con la mirada dolida de Lilian. Estaba de pie en el estacionamiento, sola. ¿Vino por mí? —Fue mi primera

pregunta—. Luego vinieron dos más: ¿Sabe lo que hice? ¿Qué carajos hice?

—Eres un idiota —murmuró. Las lágrimas brillaban alrededor de sus ojos.

*No entiendo. ¿Por qué llora? No se suponía que deba llorar. Ella pasó la noche con Harry, ella me metió en la jodida Friend Zone.* Entonces recordé la apuesta, la jodida abstinencia. Fui un imbécil.

—Lil, lo siento —hablé, mientras me apresuraba a alcanzarla.

—¡No me sigas! —gritó. Me detuve a mitad de camino y le concedí su petición.

\*\*\*

La escena de Lilian huyendo de mí, en el estacionamiento del restaurant, se repetía en mi cabeza como una película. El sentimiento también seguía latente: culpa. Porque, aunque técnicamente no teníamos una relación, sin duda había algo entre nosotros. Y yo, de idiota, saboté lo que fuera que estaba pasando.

Estaba ahogando mi mierda en una botella de whisky, tumbado en el frío sofá de cuero de mi apartamento, cuando por fin me decidí a llamarla. Necesitaba escucharla, saber que estaba bien. La sola idea de pensar que estuviera llorando me hacía doler el pecho.

—Richard, ¿qué sucede? —preguntó, con su hermosa voz.

—Lil, lo siento. Yo no sé... Tienes razón, soy un idiota.

—Estás borracho, Rich. Duerme, mañana hablaremos.

—¿Me lo prometes? —balbuceé.

—Sí. Hasta mañana.

¿Qué creen que pasó? No hubo ninguna llamada. Esperé un día entero y nada. La llamé, le dejé muchos mensajes, pero ninguno tuvo respuesta alguna.

Los siguientes treinta días pasaron lentos. Casi parecía que había vuelto a la normalidad. Sí, casi, porque mi vida no era la misma desde que la conocí a ella.

Las primeras semanas la odié por no responder mis mensajes, pero, al pasar los días, lo único que hacía era extrañarla. Tanta era mi desesperación que hasta fui a su edificio a buscarla, aprovechando que Elizabeth estaba de viaje, pero tampoco la encontré. La buscaba en cada vuelo que piloteaba, esperaba verla al menos por los pasillos del aeropuerto... Todo era inútil.

Una tarde, volvía a mi edificio en mi motocicleta, cuando vi el caliente trasero de Lil, apretado en unos vaqueros gastados. El corazón se me encendió como un motor, rugía en mi pecho como un león. No podía creer que estaba ahí.

Estaba por bajarme de la moto cuando vi a Neal alcanzando a Lilian en un abrazo. Fue terriblemente doloroso estar ahí, parecían un par de enamorados que no se habían visto en semanas. Pensé en acercarme y saludarlos, ocultando mis celos detrás de una sonrisa falsa. En lugar de eso, me quedé ahí como idiota, siendo testigo de cómo iniciaban un beso y de las manos de Neal apretando la espalda de Lilian hacia su cuerpo.

No lo podía soportar más, tenía que largarme antes de convertirme en asesino. Aceleré la moto y derrapé en la calle con intención. Quería que supiera que lo sabía, que ya podía darse por servida en su venganza. Eso quise pensar, que se estaba vengando y no que tuviera algo con ese idiota.

\*\*\*

Los aplausos y vítores del público, cuando anunciaron mi nombre en el círculo, fue evidencia de que aún me recordaban. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que fui ahí. Era eso o matar a Neal.

Levanté mis puños delante de mi rostro y enfoqué la vista más allá de mis guantes azules. Mi oponente parecía bastante fuerte, pero no tendría oportunidad. Estaba preparado para descargar toda la ira en él. No quedaría nada de ese tipo cuando terminara.

Dejé que me diera un par de golpes en el rostro. Necesitaba cubrir el dolor con más dolor. Pero luego remonté, lo golpeé hasta debajo de la lengua, hasta que cayó noqueado en el suelo.

Algo que no faltaba en las peleas eran las chicas. Muchas de ellas dispuestas a hacer cualquier cosa por mi atención. Pasé de todas y subí de nuevo a mi motocicleta. Necesitaba salir de ese lugar.

—Richard, ¿volviste a pelear? —preguntó Charles, ceñudo. Ir a mi edificio era lo que menos quería y eso nunca había pasado. Mi apartamento era mi lugar seguro... hasta ese día.

—¿Tú qué crees?

—¿Por qué?

Me encogí de hombros y pasé por su lado. No quería mentirle, pero tampoco podía decirle la verdad. Charles tampoco me hizo más preguntas que me empujaran a tener que abrir la boca.

Mi amigo encendió la *Xbox* y me entregó un control. Me senté a su lado en el sofá y comenzamos a jugar *Call of Duty*. Era una distracción, pero ni eso me animaba. Seguí jugando a pesar de mi desgano.

—¿Qué tal tu rubia?

—Bien. Está trabajando —la pregunta escondida detrás de eso era: ¿*Lilian es novia de Neal?*, pero no era su jodido problema saber de la vida de ella, así que no lo pregunté.

—¿Si te digo algo no se lo dirás a ella? —tanteé.

—Depende.

—¿De qué?

—De si me traerá problemas.

—No creo que sea un problema para ti, pero si ella te lo pregunta debes mentirle.

—No quiero mentirle.

—Entonces no puedo decírtelo.

No hablé después de eso.

Salí de su edificio pasada las diez de la noche, luego de terminar el juego. Estacioné mi moto junto a mi auto, subí al ascensor y presioné el botón que me llevaba a mi solitario piso. Lamenté no haber usado las escaleras, lamenté tener que lamentarlo. Lilian me jodió la vida de distintas maneras. Antes de ella, disfrutaba de mi independencia y de que ninguna mujer controlara mis pensamientos.

Arrastré mis pies hasta el pasillo y vi a Lil sentada frente a mi puerta, con las rodillas envueltas en sus brazos. Levantó la vista y dio un salto para ponerse en pie. Mi corazón se batía en mi pecho, causando un dolor agudo. Ella estaba ahí. Estaba esperándome.

Su mirada registró mi rostro e hizo una mueca que desató en mí el deseo incontenible de querer besarla hasta morir.



## Capítulo 15

### Un beso

LILIAN

Mi corazón quedó devastado cuando vi a Richard salir de ese auto. No podía creer que había roto su promesa de abstinencia con ella y no conmigo en Texas. Porque tuvimos oportunidades, varias, y él ni parecía interesado. ¿Qué podía esperar? Su reputación lo antecedía.

Me sentí herida, traicionada. Sentimientos que había experimentado muchos años atrás. Lloré todo el trayecto del bar al apartamento. Estaba enojada más conmigo que con él por haber sido tan idiota de ilusionarme con algo que nunca podría existir. Simplemente él y yo no éramos compatibles.

Decidí entonces cortar por lo sano, echarle veneno a las raíces que se habían sembrado en mi pecho para que se secaran. Richard Hernández no tenía permiso de habitar en mi corazón, ni en mi piel... ni en ninguna parte.

Lapidé mis sentimientos con mucho trabajo y descubrí la forma de evadir a Richard en la aerolínea. Mi corazón estaba demasiado lastimado como para soportar verlo.

—Sé cuánto te dolió perderla, Liliboo. Ella escogió su camino y tú no has podido perdonarla, pero sé que te quiere —me dijo Neal, una tarde que nos reunimos en un café.

—¿Recuerdas la primera vez que me llamó Liliboo? —Sonrei.

—Sí. Estabas escondida detrás de un árbol y tu hermanita hizo un papel magistral al fingir un terrible llanto. Estabas envuelta en una sábana blanca que habías sacado del refugio. Cuando todos estaban consolando a Natasha, saliste y gritaste boo. El anciano que asustaste casi se muere.

—Sabes, yo hice lo imposible por mantenerla a salvo y ella simplemente lo eligió a él. Nunca pude entenderlo.

—Lo sé, Lilian. Pero era una niña, no sabía lo que estaba haciendo.

—Pero sigue con él, Neal. Ya no es una niña y sigue con él.

Lágrimas saladas se desbordaron en mis mejillas. La quería con toda el alma, pero odiaba lo que hizo con su vida. Fue codiciosa y egoísta. Las dos sufrimos igual, las dos perdimos todo, y nunca elegí el mal camino.

—Quiere verte.

—¡No! La única forma de que eso pase es si se entrega a la policía. Debe pagar sus culpas.

—Eso no va a pasar, Lilian. No puede.

—Entonces no quiero verla.

\*\*\*

Neal me había invitado muchas veces a conocer su apartamento y siempre le decía que no. Inventaba excusas, me escudaba con el trabajo, pero la verdad era que no quería tropezarme con Richard.

La última vez que me invitó, acepté. Decidí que Richard no regiría mi vida, ya le había concedido demasiado.

Mi amigo me abrazó efusivamente cuando nos encontramos en la entrada de su edificio. Al principio no me molestó, pero después comencé a incomodarme. Sentía que invadía mi espacio personal, que el tiempo límite de un saludo cordial se había agotado.

Me removí un poco, tratando de zafarme de su abrazo de oso. Entonces Neal juntó sus labios con los míos, aquel beso me tomó por sorpresa. No sabía que él seguía teniendo sentimientos por mí. Sin duda él había mal interpretado las cosas y me sentí culpable.

El sonido de una motocicleta derrapando en la calle me hizo reaccionar. Empujé a Neal y tuve tiempo de ver de quién se trataba. Era Richard.

—¿Por qué me apartas? Todas esas salidas, los mensajes en las noches. Tú viniendo aquí. Pensé que...

—Lo siento, Neal. Yo... No siento eso por ti.

—¡Que estúpido soy! ¡Idiota!

—Neal...

—Olvidalo, Lilian —me interrumpió—. Tengo que... No puedo estar aquí.

Me cubrí el rostro con las manos y grité enojada. Nuestra amistad se había arruinado y eso me dolía. Neal era un puente a mi pasado, me recordaba los momentos de mi infancia junto a Natasha, antes de que se alejara de mí.

Respiré hondo y me dije que le daría tiempo, que buscaría la forma de arreglar las cosas con él. Cuando Neal dejó de ocupar mi mente, recordé a Richard y lo que había visto.

Luché con la idea de entrar al edificio y esperarlo para explicarle lo que pasó. No tenía motivos para hacerlo, pero sentía que sí. Entendí entonces lo que él sintió cuando lo vi con la tal Gabrielle y porque se disculpó. Los dos estábamos igual de confundidos con respecto a lo nuestro. Ni siquiera estaba segura de que existía un "nuestro". Y no había forma de entenderlo por mí misma, lo necesitaba a él.

Eché a andar y subí a su piso. Me dije, en intervalos de media hora, un rato más y eso se fue acumulando hasta sumar tres horas. Maquiné varias opciones, todas incluían a alguna mujer. Hasta estaba esperando que saliera del ascensor besuqueándose con alguna. Contrario a eso, apareció con un moretón en el rostro. Salté del suelo, como una cabra loca, y avancé hacia él casi corriendo. Quería abrazarlo, asegurarme que estuviera bien, pero sus palabras me detuvieron:

—¿Ya te aburriste de tu noviecito? —arrojó, con desdén.

—Él... no es mi novio —balbuceé, manteniendo mis dedos entrelazados para no tocarlo.

—¿Qué haces aquí, Lilian? —preguntó fríamente.

—Él me besó. Neal me besó y yo...

—Te dejaste —gruñó—. ¿Te gustó?

—¡No!

—¿Qué haces aquí? Te escribí, te llamé y tú simplemente desapareciste. No puedes aparecerte ahora como si nada. No quiero que estés aquí —dijo, sin hacer contacto visual conmigo. Sabía que mentía, que detrás de esa muralla de autoprotección, ocultaba sus sentimientos por mí.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí.

—Lo siento, Richard. Debí decirle a Lissy que te conocía. Es que...

—No querías que la perfecta Elizabeth supiera que su amiga es... —se contuvo. Lágrimas centellaban en mis ojos. Sabía lo que estaba sugiriendo y eso me dolía más que su follada con Gabrielle.

—¿Soy qué? Dilo.

—Olvidalo.

—¡No! Dímelo. ¿Qué piensas de mí?

—Mejor vete, Lil. No quiero lastimarte.

—Es demasiado tarde, idiota. Te esperé por horas para disculparme, a pesar de haber roto tu promesa de abstinencia, a pesar de haber follado con esa chica en el auto y a pesar de que... te odio.

\*\*\*

Después de gritarle que lo odiaba, corrí por el pasillo y bajé las escaleras. No quería que me alcanzara esperando el ascensor. Él dejó de insistir un mes atrás,

cuando le dije que lo seguiría odiando hasta morirme. Un mes más, ya el rastro de Richard comenzaba a doler menos. Hasta me lo había cruzado en algunos vuelos.

Una noche decidí dar un paso al frente, me puse un sexy vestido blanco, era largo, ceñido y de corte imperio. Cintia, una azafata de la aerolínea, me había organizado una cita con un tal Sam, un amigo suyo que según ella era guapo y divertido. En mi vida había tenido una cita a ciegas y me dije por qué no, así que acepté.

Subí a mi auto y programé el GPS con la dirección del restaurant, que era bastante lujoso, debo decir. Mientras iba de camino, comencé a dudar. ¿Quién gastaría tanto dinero por una mujer que desconoce? Bueno, al menos no me había invitado a un hotel o a un cuchitril; era un sitio seguro con cámaras de vigilancia y bastante exclusivo.

Le entregué las llaves al *valet* y entré al restaurant. El *maître* me atendió como si fuera una gran celebridad y me llevó a mi mesa. No había señales del fulano Sam por ninguna parte. Miré la hora en mi *Smartphone* tres veces en menos de quince minutos.

El *maître* se acercó a mi mesa y me sirvió una copa de champagne. Dijo que el señor Bawel se disculpaba, que llegaría en un par de minutos. Me tomé la copa con gusto, la bebida sabía divina y me sirvió de placebo para alejar los nervios.

Una segunda copa fue servida, junto con una nota. Desdoblé el papel y me encontré con un mensaje perturbador. «La mala costumbre de tomar sin haber comido antes».

## Capítulo 16

### Demasiado tarde

#### RICHARD

Tardé demasiado tiempo en despegar los pies del suelo, en darme cuenta de lo estúpido que fui. Fallé en mis palabras y en la ausencia de ellas. Me sentía tan herido que quise herirla a ella también. Hacía todo mal. Siempre arruinaba todo con Lil.

Necesitaba arreglar las cosas con ella, pero no sabía cómo. Tenía que hablarlo con alguien y, con Charles fuera de las opciones, solo me quedaba una persona.

Empujé mi orgullo hacia mis pies y llamé a Raiza. Le dije lo que pasó, todo, con pelos y señales. Ella gritó tan fuerte que por una milésima casi destruye mi tímpano. «*Debes arreglarlo, como sea*». Lo dijo más como una amenaza que como un consejo, pero yo no sabía arreglar nada, solo sabía empeorar todo.

Pensando que ya no había solución, volví a lo mismo, a follar con reglas y restricciones de una noche... pero fue inútil. En cada una de ellas busqué sus besos, su aroma, hasta su carácter. Esa personalidad avasallante que me volvía loco.

Eso de usar a las mujeres como vasos desechables ya me estaba cansando. Nunca tenía con quien hablar, a nadie a quien abrazar en las noches, o saludar en las mañanas, y mucho menos a quien hacerle de comer. Todo eso se resumía a una premisa: tener sexo no era todo en la vida. Tardé dos meses en darme cuenta y me dejé de idioteces. Yo era Richard Hernández. Yo sabía lo que tenía que hacer para recuperar a Lil.

\*\*\*

Llegué al restaurant media hora antes, solo para disfrutar de su entrada. No tenía un gran plan, y mucho menos un discurso, solo sabía que la necesitaba conmigo.

Me ahogué con el trago cuando Lil caminó hasta la mesa. Su cabello castaño caía en sus hombros en ondas gruesas, sus hermosas curvas se amoldaban a un vestido blanco, que dejaba al descubierto uno de sus hombros bronceados. Quería cruzar el espacio que nos separaba y poseerla hasta saciar el hambre que hacía vibrar mi cuerpo. Esa mujer no tenía idea del daño que me hacía.

Saboreé el momento, mientras leía la nota que le envié. Sus ojos comenzaron a buscarme desesperadamente y esa fue mi señal. Caminé desde mi escondite y me paré delante de ella. La duda destellaba en sus ojos y sus intentos de articular palabra se trabaron en su lengua.

—Richard, ¿qué haces aquí? Estoy esperando a alguien —Logró decir luego de varios balbuceos.

—Lo sé. Yo soy Sam.

—¿Por qué?

—No vi otra manera —Se levantó de la mesa de un salto. Estaba preparada para huir, como siempre hacía, pero no la iba a dejar, no de nuevo. Tiré de su mano y la realización burbujeó en mis dedos como la espuma del champagne. Algo en mí se sintió completo, aunque no había notado que algo me faltaba hasta que se unió a mí.

—¡Por favor!, déjame ir —me pidió. Sus ojos amenazaban con diluviar, sus manos temblaban, la voz le fallaba... Yo provocaba eso y no sabía qué significaba.

—No puedo —murmuré.

—¿Qué quieres de mí, Richard?

—Te extraño como un loco, Lil. Sé que te lastimé, que no he hecho otra cosa, pero necesito que me des una oportunidad —le rogué, sin soltar su mano.

—Es verdad, me heriste y te he querido culpar, pero no puedo. Yo sabía quién eras tú desde que te presentaste en la barra, siempre supe lo que buscabas en una mujer, y no es que pida más, solo que pisoteaste mi dignidad al pensar que yo...

—Tenía miedo —me apresuré a decir.

—¿Miedo de qué?

—De lo que estoy sintiendo, de entenderlo de... aceptarlo.

—¿Qué es eso que sientes, Richard? —Enmudecí, no tenía una respuesta clara, no estaba seguro, necesitaba descubrirlo, pero con ella a mi lado. Solo no podía.

Su mano se deslizó fuera de la mía y corrió, huyó como lo hacía siempre. Y la seguí, no iba a dejar que la duda danzara en su cabeza y que el paso al frente que había dado se diluyera como la sal en el agua.

La encontré dos cuadras adelante recostada contra un árbol, expulsando vaho de su boca. Estaba helando afuera y no tenía ningún abrigo. La cobijé en el calor de mi cuerpo, hasta que sus temblores se fueron disminuyendo. Abrazarla era como un regalo, el premio mayor de la lotería.

—Los dos tenemos miedo, lo sé. Y no puedo darle un nombre a esto, no puedo saber que pasará mañana, pero lo único de lo que soy consciente es que te necesito, Lil, de más de una forma. Por favor, no huyas más.

—No soy nadie, Rich. No puedes necesitarme, no tengo nada para dar. Yo corro. Yo no me quedo. No...

No dejé que terminara la frase, sellé sus labios con los míos. Me aferré a su boca, a su aroma, a sentir su cuerpo tan frágil en mis manos y tan fuerte en mi piel. Nuestra pasión era como un fuego ardiente que quemaba bosques, se alimentaba del oxígeno, crecía sin control y no tenía intenciones de extinguirla, quería avivarla más.

—Tengo hambre —dijo cuando le di tregua a su boca.

—Podemos volver al restaurant —propuse.

—No, ese sitio es demasiado, prefiero que mi chef personal me cocine algo —Asentí y le di un beso suave en los labios.

Caminamos de vuelta al restaurant, retiramos su abrigo y esperamos en la puerta por nuestros autos. No resistí la tentación de besarla de nuevo. Esa necesidad de tenerla para mí no se había calmado con el primer beso.

El *valet* se aclaró la garganta ya que, por un momento, olvidamos que seguíamos en la vía pública. Lilian se ruborizó y bajó la mirada.

\*\*\*

—*My lady*. Póngase cómoda que enseguida le preparo un exquisito sándwich de pavo —le dije, mientras apartaba una silla del comedor para ella.

—¿Esta noche el chef no tiene ninguna sorpresa para mí?

—Esta noche tengo muchas sorpresas para ti, pero ninguna tiene que ver con comida —Lil atacó su dedo pulgar con los dientes. Hacía eso siempre que estaba nerviosa.

Preparé dos deliciosos sándwiches, los mejores de todo New York. Ella dejó su plato limpio, al igual que yo. Lilian tenía una mirada apacible y a la vez analítica. «¿Se estará arrepintiendo de haber venido?», me pregunté. Esperaba que no.

Nunca había sido un tipo ansioso y mucho menos me contenía, pero esa noche, delante de ella, me convertí en el tonto más grande del mundo. No me atrevía a hablar, ni siquiera me estaba moviendo. Solo la miraba, observaba como sus labios se movían, aquella pequeña sonrisa que se le escapaba entre susurros, la posición de sus manos sobre la mesa, el simple ritmo de sus pestañas al parpadear. Comencé a soñar que la estaba tocando con las manos... y la boca, que la hacía arder en la hoguera de mi deseo.

—Rich, ¿escuchaste lo que te dije?

—Sí.

—¿Está bien entonces?

—¿Qué está bien?

—No has escuchado nada de lo que dije, mentiroso.

—Yo solo me perdí en esa boca tuya.

—¿Qué tiene mi boca?

—Es tan jodidamente perfecta y la quiero solo para mí.

—¡Oh! ¿Estás siendo territorial ahora? —bromeó.

No respondí a eso, se lo demostré. Rodeé la mesa, la levanté de la silla y me apropié de su boca. Esa boca con la que soñé tantas noches. Esa boca peligrosa que me llevaba al límite. La empujé contra la pared, sosteniendo sus manos por encima de su cabeza. Mi lengua se encargó de dejar rastros por su cuello, clavícula, hombro, escote... Sus gemidos aparecieron, retumbando como un eco en mi cabeza y vibrando hasta mi virilidad. La ansiaba más que al aire. La necesitaba con desesperación.

Liberé sus manos y bajé el cierre de su vestido. La tela se deslizó por su cuerpo hasta caer a sus pies. Me detuve a mirarla de arriba abajo, admirando su belleza, alimentándome de aquel momento. Acaricié sus pechos por encima de la tela de encaje de su brasier color piel, seguí el camino de la tela hasta llegar al broche, se lo quité, exponiendo sus turgentes pechos; rodeé un pezón con mi boca, dibujando círculos con mi lengua... pellizcaba el otro con mis dedos, haciendo que jadeara mi nombre con devoción.

Me volví a su boca, nos besamos con desesperación y arrebató, moviéndonos en el espacio como si bailáramos el ritmo de una canción inédita. Di un traspie y caí de espaldas en el sofá. No fue accidental, Lilian me llevó porque ahí me quería.

Me desanudó la corbata y tiró de mi camisa, los botones salieron disparados en distintas direcciones, no me importó. Su boca comenzó a trabajar en mi pecho, siguiendo las líneas que formaban los surcos de mis músculos. Su cabello cosquilleaba mi piel mientras viajaba al sur. Mis pulmones dejaron de funcionar cuando sentí sus dedos en el borde de mis pantalones. Liberó el botón, bajó la cremallera y se detuvo. Casi lloré, en serio.

—¡Oh mi Dios! Lissy —gritó, se levantó del sofá y corrió hasta alcanzar su bolso. Fue hasta entonces que escuché el sonido de un teléfono.

—¿Lissy? —murmuré.

—Perdón, perdón, perdón —decía—. Estoy bien. Sí, lo sé. Perdóname otra vez. Te quiero.

—¿De qué iba eso? —pregunté, cuando volvía con una sonrisa.

—Te puedo explicar ahora y perder el momento o te lo explico luego y sigo besándote.

—Al carajo con eso. Bésame.

—¿Cara qué?

—Cállate y bésame.

\*\*\*

El sol se coló por la ventana cuando desperté esa mañana. Sonreí como idiota al recordar porqué mis sábanas terminaron arrugadas. Pasamos horas aprovechando el tiempo perdido mientras jugábamos a ser solo amigos y los meses de malos entendidos.

Me incorporé de la cama y seguí la voz que estaba tarareando alguna melodía en la ducha, mientras el agua corría.

—¡Buenos días, muñeca! —murmuré desde la puerta. El cuerpo de Lil brillaba con el agua y la espuma del jabón. Verla ahí fue como despertar de un sueño a otro sueño.

—Hola, guapo. ¿Se te pegaron las sábanas esta mañana?

—Sabes, aún no me cobro la que me hiciste en Texas. Me dolió más ver cómo te desnudabas y te ibas, que el golpe que me diste.

—Te lo merecías. Y sabes, siempre tuviste la opción de acompañarme —reveló.

—¿¡Ah, sí!? Llegó la hora de pagar —sugerí, mientras avanzaba a la ducha.

—No. No me daría tiempo de ir por mi uniforme a lo de Lissy.

—¿Cuánto tiempo viajarás?

—Cuatro días.

—¡Cuatro insostenibles días!

—Pobre bebé llorón —se burló.

Nos despedimos en la puerta de mi apartamento con un pequeño beso en los labios. Protesté por más, pero ella dijo: «Se llama gratificación aplazada, Rich. Resiste a la tentación y te prometo que la recompensa será... alucinante». No podía pensar en otra cosa que en la *alucinante recompensa*. Solo ella podía hacer que noventa y seis horas se convirtieran en eternidad.

## Capítulo 17

### ¿Entonces qué es?

LILIAN

No podía creer que amanecí envuelta en los fuertes brazos de Richard Hernández. Lo que hizo conmigo esa noche me hizo dudar de que en verdad fuera de este mundo. Me hizo y me deshizo como quiso, estuve a su merced y hasta dejó de importarme si me decía que lo nuestro sería solo sexo. Ese tema no lo tocamos, nos olvidamos de todo lo que habíamos hablado y solo nos concentramos en el placer.

Una vez fuera de esa burbuja de pasión y lujuria, a la luz del día, la confusión me abordó. ¿Qué significaban las palabras de Richard? ¿Qué implicaba necesitarme de más de una forma? Debí preguntarle antes de tener sexo con él por horas. Pero es que no podía resistirme, cuando él me tocaba me olvidaba de quién era y de lo que quería.

—Una larga noche, ¿eh!? —preguntó Lissy.

—Sí, fue divertido.

—¿Alguien interesante?

¿Le digo o no le digo? —cavilé—. Todavía las cosas no estaban claras entre Richard y yo, así que decidí omitir la verdad.

—Interesante es una palabra imprecisa para él. Lo describiría como inigualable.

—¡Oh, cielos! ¿Estás enamorada, Lil? —preguntó, emocionada.

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Tu rostro brilla como la luna, Lil.

—No se trata de eso, Lissy. Ahora que ya dejaste el celibato puedo ser más clara. Él es un dios sexual mezclado con un gran...

—¡Cállate, Lil! No necesito saber eso.

—Tú preguntaste.

Dejé a Lissy boquiabierta en medio de la sala y corrí a vestirme. En veinte minutos estaba lista para volar, aunque subir a un avión no me emocionaba tanto como la idea de volver con Rich y perderme debajo del calor su cuerpo, en la intensidad de sus besos, en la pasión de sus caricias... Él tenía razón, serían cuatro días interminables.

Bajé del ascensor y eché a andar en el estacionamiento. Jugueteaba con las llaves, dándole vueltas al aro entre mis dedos, cuando escuché una voz que me estremeció. Quizás no fue tanto la voz sino las palabras.

—Da media vuelta y no grites o disparo —Mis pies se soldaron al suelo y los golpeteos dentro de mi pecho se sentían como dagas filosas.

—No la asustes, idiota —Aquella otra voz me conmocionó. Había algo familiar en la inflexión de sus palabras.

—Natasha, ¿eres tú? —balbuceé. Sentimientos ambiguos me golpeaban como los coletazos de un huracán y lo peor era que no tenía de qué sostenerme.

—Sí —Escuchar su confirmación me diseccionó el corazón, descoció las heridas que me había empeñado en reparar con puntadas de mentiras. Lo hice porque necesitaba sobrevivir, porque no podía vivir esperando que ella tuviera el valor de hacerme frente.

—Mírame, por favor —pidió. Su voz fallaba, como si hablar le lastimara la garganta. Me enojé, mucho. Ella no tenía derecho de llorar. No tenía derecho de sonar vulnerable.

—No sé si pueda —respondí. Quería abrazarla de la misma forma que quería golpearla con los puños cerrados. Tenía miedo de girarme y descubrir que la persona que había amado y extrañado por tanto tiempo ya no formara parte de aquel cuerpo.

El impulso de salir corriendo comenzó a cosquillar en mis pies. Me costaba enfrentar las emociones fuertes, era más fácil huir de la realidad y vivir en la mentira. Por muchos años mi vida se trató de escapar para sobrevivir.

—Lo siento, Lil. He lamentado cada día haberme ido con ese hombre y lo he pagado con creces. No te imaginas lo mucho que me duele que no puedas mirarme. Inténtalo, por favor.

Me giré y la confronté. No porque me lo pidiera, sino porque quería que viera lo que era el verdadero dolor escurriéndose por mis ojos en forma de lágrimas.

Sollocé en las palmas de mis manos al verla. Ya no había rastros de la niña de catorce años que se alejó en una noche de invierno, ahora era una mujer. Una mujer que vestía trajes de marca y llevaba prendas ostentosas. Las pecas que adornaban su rostro porcelana quedaron debajo de capas de aquel maquillaje elaborado. Su cabello cobrizo estaba perfectamente peinado en ondas gruesas, muy al estilo de *Marilyn Monroe*. Y el crayón negro resaltaba sus hermosos iris grises. Papá le decía gatita por eso. Verla a ella era como tener a mi madre delante de mis ojos.

—¿Tú lo sientes? ¿Lo sientes? —le pregunté con dolor. Enfrentarme a ella era como arrojar sal en una herida, me dolía, me lastimaba, me hacía querer gritar como una desquiciada.

—No tuve opción —murmuró, con voz temblorosa.

—¡Si la tuviste, Natasha! La sigues teniendo.

—Tú no entiendes. Tú no sabes nada, Liliboo —insistió, tratando de acercarse a mí.

—No me lames así —repliqué.

—Sé que me odias, sé que no quieres saber de mí, que me desprecias, pero te extraño mucho, Lilian. Te necesito.

—Yo... no te odio, Natasha.

Ella se abalanzó sobre mí y me apretó en un abrazo. Su cuerpo se sacudía fuerte sobre el mío, provocando que los muros que había construido alrededor de mi corazón sucumbieran. La abracé porque eso quería, porque me hacía falta, porque era la única familia de sangre que me quedaba en el mundo; un mundo cruel donde dos niñas fueron lanzadas al olvido y dejadas a la buena de Dios.

—Tenemos que irnos —dijo el sujeto que la acompañaba. No me había fijado mucho en él hasta ese momento. Era alto, corpulento y sombrío. Parecía un cavernícola dispuesto a aplastarle la cabeza a quien se cruzara en su camino.

—Cuando vuelvas te buscaré de nuevo para que hablemos. Hay muchas cosas que tengo que decirte. No le digas a nadie que me viste. A nadie, por favor. Te quiero —Me dio un pequeño abrazo y luego desapareció detrás de los autos que estaban en el estacionamiento.

«Tú no sabes nada...», se repetía en mi cabeza. La sangre se heló en mis venas, repartiendo escalofríos por mi piel. ¿Estaría mi hermana en peligro? ¿Por qué tenía que marcharse? Entre más vueltas le daba al asunto más enferma me sentía.

\*\*\*

Los cuatro días se me hicieron eternos. Hablé con Richard las veces que podía, los cambios horarios eran una locura. Nuestras conversaciones por *Skype* se resumían en una sola palabra: candentes. Había mucho flirteo y seducción, nada de confesiones de amor o sentimientos. Las despedidas terminaban con buenas noches o adiós, básico y sin complicaciones.

Esa tarde volví a casa agotada, deteriorada, vuelta nada... y le agradecí a Dios que Lissy estuviera allí. Tenía un malestar terrible de gripe y ella hacía la mejor sopa del universo.

—Tengo que volar esta noche, Lil. Quisiera quedarme contigo, pero tú sabes como es nuestra vida —lo dijo con tanto pesar que me dieron ganas llorar. Lissy me quería de una forma ilógica, como si le perteneciera a ella mucho más que a mi propia familia.

—Lo sé —contesté, haciendo un puchero—. Me has malcriado demasiado, Lissy.

—De eso no hay duda —reafirmó, mientras llevaba su trasero a su habitación.

Richard estaba en Brasil y no volvía hasta la siguiente noche. Lo que se traducía a tener que esperar veinticuatro horas más para verlo.

«¡Es horrible!» —Me quejé esa noche— Estaba dramatizando. Hay cosas peores en el mundo que extrañar a alguien, cosas como el maltrato infantil y la pobreza extrema. Y, a pesar de eso, lo extrañaba como si mi vida dependiera de él, como si me faltara un órgano vital o la mitad de uno.

—Lissy —susurré cuando salió usando su uniforme.

—¿Sí?

—¿Me pasas un helado del refri?

—¡Oh mi Dios, Lil! Levántate, aún tienes un par de manos y piernas para usar.

—Me vas a dejar sola con esta peste mortal, ¿y te niegas a pasarme mi helado? Eres muy cruel —Con eso logré sacarle una sonrisa y, también, que me trajera el postre al sofá.

—Que conste que será solo esta vez —me advirtió, escondiendo su sonrisa detrás de un gesto fruncido.

Veinte minutos y cinco segundos, seis, siete, ocho... estaba súper-híper-mega-extra aburrida. ¿Qué se suponía que haría sola hasta el día siguiente?

Me resistí por quince largos minutos a la idea de llamar a Rich, pero claudiqué al final.

—Alessandra. ¿Eres tú, bebé? —respondió al tercer tono.

—No me digas bebé, suena a una frase sacada de un libro de romance juvenil.

—¿Qué tiene de malo el romance? —No sabía si era una pregunta capciosa, pero igual respondí.

—En realidad, no lo sé. Solo no me gusta.

—Tu voz es tan extraña. Suenas nasal.

—Tengo un resfriado mortal —dramaticé.

—Es una lástima que esté a miles de kilómetros de ti.

—¡Qué sarcástico eres, Rich! El punto es que, estoy sola en casa, enferma y tan, pero tan aburrida.

—¡Qué pecado! Tú sola allá y yo solo aquí...

—Es una atrocidad —completé.

—¿Qué traes puesto? —Su voz sonó ronca y sensual. Sabía lo que significaba y, aunque no era la primera vez, me seguía apenando.

—Un camisón blanco de seda.

—¡Hermoso! Quiero que te toques, simula que tus manos son las mías, acaríciate lentamente, disfruta cada tramo de tu piel sensual —Contuve un gemido.

Escuchar su voz me alentaba a imaginar cosas muy pecaminosas—. ¿Lo estás haciendo?

—Sí.

—¿Te gusta?

—No es igual, Rich. No eres tú.

—Debes darte tu tiempo, muñeca —Lo seguí intentando, pero ya eso no era suficiente, necesitaba sus manos cálidas y fuertes haciéndose cargo de mí.

—¿No está funcionando todavía? —preguntó. Respondí que no, entonces dijo—: Levántate del sofá y abre la puerta.

—¿Qué?

—Solo hazlo —ordenó. Giré los ojos y caminé dando tumbos hasta la puerta.

—¡Sorpresa! —dijo Rich, con una sonrisa torcida cuando abrí. No podía creer que estuviera ahí.

Cerré mi puño, golpeé su hombro y le dije—: Me engañaste, dijiste que estabas en Brasil.

—Si quieres me voy —Negué con la cabeza, me abalancé sobre él y lo abracé. La conmoción momentánea se había transformado en felicidad, mucha felicidad.

Las manos de Rich esparcieron calor desde mis hombros y fueron bajando sutilmente hasta mi espalda. Me separé de él, lo suficiente para mirar aquellos ojos grises que extrañaba tanto. Sus labios estaban a centímetros de los míos y quería besarlos, por el cielo que sí, pero no podía. Eché el rostro a un lado a tiempo y su boca impactó mi mejilla en lugar de mi boca.

—Lil... ¿Qué va mal? ¿Por qué te apartas? —preguntó con ¿Tristeza? ¿Miedo? No estaba segura. No sabía leer sus gestos.

—¡Uh! Estoy resfriada, Rich. No quiero contagiarte.

—Tú no tienes una idea de lo mucho que deseo besarte y una tonta gripe no me va a detener —Antes de que pudiera protestar, atrajo mi cuerpo hacia el suyo y me besó con ansiedad y deseo.

—Espera... —balbuceé. Necesitaba un momento para tomar un respiro, tenía las fosas nasales constipadas y me faltaba el oxígeno.

Tiré de él y lo metí al apartamento, el pasillo no era una buena opción para las cosas que quería hacerle... y las que quería que él me haría a mí. Rich se quitó aquella chaqueta negra de cuero —que le sentaba tan bien—, la puso en el espaldar del sofá y luego caminó hacia mí con su andar sensual y seductor. Él no tenía que esforzarse para llamar la atención, era dueño de un *sex-appeal* único y sobrenatural que me tomaba entera.

Quería encerrarlo en mi habitación por la eternidad, solo por el egoísmo de que nadie más lo viera, de que ninguna otra deseara tocarlo como yo lo hacía. Jugué con esa idea por un rato, hasta que su voz me sacó de mi ensimismamiento.

—Estás ardiendo.

«¡Oh, cielos ¿Soy tan obvia?», me reprendí.

—Tienes fiebre, Lil —aclaró—. Ven, vamos a tu habitación.

Casi grité: «Sí, vamos a mi habitación. Necesito eso, tus manos en mi piel, tu cuerpo sobre el mío, gritar tu nombre hasta probar la sangre en mi garganta».

»Necesitas descansar —añadió. Mis ilusiones cayeron en picada.

Moví mis pies, dejando que Rich me arrastrara a aquel lugar, al mismo en el que fantaseé tenerlo cautivo solo para mí y nadie más. La realidad era muy diferente, él me estaba llevando para que descansara. Yo estaba enferma y él no iba a hacer ningún otro movimiento que no fuera cuidarme.

—Mi mamá me enseñó a hacer un caldo milagroso. En un santiamén estarás bien.

Reí, divertida. ¿Quién usaba *santiamén* en una oración en este siglo? No quería decepcionarlo al decir que Lissy me había hecho sopa antes de irse, por aquel brillo de ilusión que vi en sus ojos. Rich era lindo, cautivante e indescifrable. Era un complejo enigma que necesitaba resolver.

\*\*\*

No sé cuánto tiempo estuve dormida. Lo último que recordaba era beberme el caldo divino —que hizo mi chef exclusivo— junto con un analgésico y luego de eso no supe de mí. Me sentía mucho mejor, la fiebre había cedido, al igual que la constipación.

Caminé fuera de la habitación para buscarlo, pero me detuve cuando escuché una acalorada conversación que mantenía por teléfono.

—Tienes que arreglarlo, Whitney. No puedo seguir en esta situación, ¿entiendes? —Hizo una pausa, esperando la respuesta en la otra línea y luego volvió a hablar —. Soluciona esto. Nos vemos mañana donde siempre.

Colgó la llamada y, antes de que pudiera verme, volví a la habitación y simulé seguir dormida. Arrastré las lágrimas y los sollozos a un lugar profundo, a uno que visitaría cuando él se fuera.

Sabía quién era él y que lo que pasaba entre nosotros nunca sería para siempre... aunque no me había preparado para un corazón roto. Y, a pesar de eso, decidí que me haría la loca, como si no hubiera escuchado nada, porque en ese momento él estaba ahí, conmigo y nadie me iba a robar eso.

Rich no tardó mucho en entrar a la habitación. Yo seguía tumbada, fingiendo que dormía. Se sentó a mi lado, acarició mi cabello y besó mi mejilla con mimo. El corazón se volvió loco en mi pecho, me iba a delatar el muy condenado. Decidí despertarme antes de que eso pasara.

—Bienvenida, dormilona. ¿Cómo te sientes? —me preguntó. Su mano trazaba un camino en mi antebrazo. Su toque me diluía como azúcar mezclada con agua.

—Muchísimo mejor. Ese caldo en verdad es milagroso —contesté. Él esbozó una sonrisa, que terminó por enamorarme.

—¿Y qué hacías para matar el aburrimiento? No creo que sea agradable estar aquí cuidando a la bella durmiente —intenté.

Tenía la esperanza de que me contara lo que había hablado con la tal Whitney. Esperaba que se tratara de una dulce viejecita a la que le compraba condimentos de vez en cuando. Aunque nadie le gritaría a una dulce viejecita.

—No lamento cuidarte, Lil. Y sí, estoy que me muero del aburrimiento, pero no es por ti, es por la pobre gama de películas que tiene tu amiga. *El diario de Bridge Jones, Pretty Woman y Diario de una Pasión* —enumeró con sus dedos—. ¿Ni siquiera está afiliada a *Netflix*? Es horrible esa chica.

Me reí por el comentario de Rich. Tenía razón, Lissy era una romántica empedernida, muy diferente a él o a mí. La verdad tampoco teníamos mucho tiempo de sentarnos a ver películas en el sofá.

—¿Escuchaste eso? Alguien está entrando. Escóndete.

—¿Qué?

—En el baño. Ve, ahora.

Me puse una bata tipo albornoz encima del camión de seda y salí a la sala. Charles estaba ahí con dos bolsas de provisiones.

—¡Hey, qué sorpresa! —lo saludé.

—Vine a comprobarte, Elizabeth me dijo que estabas muy mal.

—¡Ah! Gracias. Estoy mucho mejor.

—Eso veo —respondió achicando sus ojos—. ¿Te pasa algo?

—¿Algo? No, no. Estoy bien —Quería empujarlo fuera del apartamento antes de que Richard intentara salir, pero no podía hacerlo, sería más sospechoso.

—Puedo quedarme si estás nerviosa.

—No, gracias. No es necesario.

—¿Estás con alguien aquí? —preguntó cuando vio la chaqueta de cuero de Richard, doblada sobre el sofá. Me quería morir de la vergüenza ¿Qué iba a pensar de mí?

—No, ese es un regalo que compré para un amigo. La olvidé en el sofá —dije nerviosa.

—Bueno, si estás bien, entonces me voy —Asentí.

—Gracias por venir, Charles —pronuncié, cuando su mano ya estaba en la manija de la puerta.

—Estas demasiado extraña hoy, Lilian. Mejor duerme y llámame si te sientes mal.

Le dije que no se preocupara, que la sopa de Lissy me había curado. Él sonrió, con un destello en sus ojos. Solo mencionar el nombre de mi amiga lo hacía feliz. Deseaba eso, que Richard me amara como Charles quería a Lissy.

—¿Así que un regalo para un amigo?

—¡Cállate!

—Bueno. Si tanta vergüenza te doy, es mejor que me vaya —dijo molesto.

—No, Richard. No es eso.

—¿Entonces qué es? —Me mordí la lengua para no soltarle la bomba en la cara. No estaba preparada para decirle la verdad y tampoco para que todo terminara.

Di un salto en mi lugar cuando escuché la puerta cerrarse de golpe. Richard se fue sin siquiera decirme adiós.

## Capítulo 18

### ¿La conoces?

LILIAN

No podía dejar que él se fuera sin una explicación. Tenía que arriesgarme a decirselo así quedara como la estúpida que se enamoró de él, a sabiendas de su estilo de vida. Salí del apartamento y corrí para alcanzarlo. Casi caigo de bruces cuando lo vi discutiendo con Natasha. Mi cerebro comenzó a sumar y el resultado era desastroso.

—¿La conoces? —pregunté. Ni siquiera se había dado cuenta que estaba detrás de él.

—¿Tú la conoces? —contraatacó, enfrentándome.

—¡Cielo Santo! Sí. Todos nos conocemos —dijo mi hermana con fastidio.

—¿Qué haces aquí? —gruñó él.

—Lilian es mi hermana —contestó.

Richard lanzó una maldición y algunas palabras más subidas de tono que no repetiré. Mientras lo veía bufando y apretando sus puños, me pregunté ¿Qué carajos pasó entre esos dos? La verdad, no estaba segura de querer saberlo.

—Yo no. Esto no... —comencé a decir, pero no puede hablar más, sentía que todo daba vueltas como si estuviera dentro de un carrusel.

—Lilian ¿Qué tienes? —Richard me envolvió entre sus brazos y se apresuró a llevarme al apartamento. Eso es lo último que recuerdo de ese momento.

\*\*\*

Parpadeé, tratando de adaptarme a la luz de la habitación. No me costó mucho esfuerzo saber donde estaba y no quería estar ahí. Para mí el hospital era un lugar hostil, me recordaba las veces que había fracasado, me arrastraba a lugares oscuros.

Traté de levantarme, pero fue inútil, no podía. Lo seguí intentando porque tenía urgencia de llegar al baño y hacer pis. Me apoyé en el atril, de donde colgaba una bolsa de suero, y me impulsé fuera de la cama. Un sudor frío me recorrió el cuerpo hasta colapsar en mi cabeza, provocando que todo volviera a girar a mi alrededor.

—¡Lilian! —gritó Richard desde la puerta—. Te tengo —Me sostuvo por la cintura con sus fuertes brazos y me llevó de regreso a la cama.

—Quería ir al baño. ¿Puedes llamar a una enfermera para que me ayude?

—No, yo te llevo —respondió. Quería morirme de la vergüenza. Era la segunda vez que arrastraba a Richard a un hospital y que me veía hecha un asco.

—Puedes girarte —le pedí, cuando me senté en el inodoro—. Pero, por favor, no me sueltes.

—No lo haré, Lil. Yo te tengo —Había una pena en sus ojos que me revolvió las vísceras. Me estaba mirando con lástima y eso fue un duro golpe para mi autoestima.

Me apoyé en Richard de vuelta a la cama. Traté con todas mis fuerzas de no mirarlo a los ojos, pero fue él quien buscó mi mirada y no pude rechazarlo. Intuí la pregunta implícita en sus ojos. Él lo sabía y quería que yo lo confirmara.

—Richard yo... No sé cómo decirte esto —balbuceé, apenada. No era fácil hablar de mi problema y menos cuando él me miraba de esa forma tan... triste—. Cuando vives en la calle la comida siempre falta y el hambre te consume. Muchas veces me acostaba sin comer y otras alcanzaba apenas a cenar. Con el tiempo desarrollé un tipo de anorexia, el hambre dejó de ser un problema. Ni siquiera me preocupaba por comer más de dos veces. Eso conllevó a que sufriera de anemia y no es la primera vez que termino en el hospital por eso. Bueno, eso tú lo sabes —dije, con una risa torpe—. Lucho con ello cada día, Rich, y quiero estar bien, lo juro, pero deo de ocuparme y pasan estas cosas y entonces...

—No tienes que excusarte conmigo —Me interrumpió. Por el tono de su voz supe que estaba molesto y quizás con toda razón, pero al menos se lo estaba explicando.

—Lo entiendo, Richard. Esto es demasiado para afrontar. Si quieres irte no intentaré detenerte —Aparté la mirada de él, no quería ver cuando se fuera, cuando dijera que tenía razón.

—Lilian, mírame —Me pidió con voz serena. Volví el rostro hacia él, su gesto me descolocó. Había algo que no se atrevía a decirme. Quizás no quería dejarme mientras estaba en un hospital y yo debía darle un empujón fuera de mi vida.

—No quiero que me tengas lástima, Richard. Es mejor que lo dejes. Yo no puedo darte lo que quieres.

—¿Y qué quiero? —preguntó. Era obvio a qué me refería. No tenía porqué decirselo—. Esto no nos lleva a nada, Lilian. Siempre evadiendo, siempre suponiendo cosas.

—Yo sé quién eres tú, Richard, y sé quién soy yo. Tú eres demasiado perfecto mientras yo soy una pantomima, una mujer vacía y enferma.

—¿Quién dice eso? ¿Quién, Lilian?

—Yo solo lo sé —susurré, fatigada.

Con mi respuesta llegó el silencio, las miradas vagas, las palabras no dichas que flotaban en el aire. No hacía falta que lo dijera, todo se había terminado y ni siquiera había comenzado.

Cada segundo se iba acumulando, como un goteo lento en una tinaja que tardaría en llenarse, pero al hacerlo se desbordaría. Tenía ganas de arañar mi pecho con las uñas y arrancarme el corazón para dejar de sentir dolor, desilusión y tristeza.

—Escucha, Lil... —Comenzó a decir, pero la puerta se abrió y tuvo que tragarse las palabras.

—¿Qué hablamos la última vez, Lilian? —preguntó el doctor Cavil —Fruñí los labios y contuve las lágrimas. No quería hablar de eso delante de Richard, ya era demasiado—. Tienes anemia y eso no se cura solo. Debes comer, tomar tus medicamentos, ir a terapia... Creo que voy a internarte, no puedes hacerlo sola.

—No está sola. Ya no —Intervino Richard, agarrándome fuera de base. ¿Qué se suponía que significaba eso?

—Rich... No tienes que...

—Lo haré, doctor. Yo la cuidaré.

—Bien. La dejaré esta noche en observación. Necesito asegurarme que esté bien antes de que se vaya.

Cuando quedamos solos los dos en la habitación, volvió el silencio, la sensación de inestabilidad y el miedo. No sabía dónde nos dejaba su repentino compromiso de cuidarme.

Richard dio varios pasos atrás, chocó contra la pared, se cruzó de brazos y bajó la mirada a sus pies. Ver aquella postura taciturna me estremeció, transformado mis latidos en puñaladas oxidadas. Busqué algo para decir, una palabra que acabara con la hostilidad... Nada parecía oportuno.

—No siento lástima —pronunció al fin, terminando con aquel silencio que me agobiaba—. Estoy molesto, Lilian. Muy molesto.

—¿Lo estás? —Asintió sin mirarme.

—Raquel tenía quince años cuando murió. Guardó silencio por tanto tiempo. Nadie nunca lo notó hasta que fue tarde. Ella era mi hermana gemela. Sufrió de bulimia y nunca lo vi, Lil. No pude salvarla. Por eso, créeme cuando te digo que no te tengo lástima.

Quedé petrificada, sumamente abrumada por su confesión. No podía imaginar el dolor que sentía en su pecho, lo desvalido y triste que debió sentirse al perder a su gemela.

—Yo... Lo siento —musité, con la voz rota. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y caían como gotas de lluvia en mis manos.

—Lilian, si tú no te propones a cuidarte, si tu vida te importa tan poco, entonces no puedo seguir con lo que sea que esté pasando entre los dos. No estoy dispuesto a perder a nadie más por ninguna maldita cosa como esa —Me lo dijo mirándome a los ojos, con tanta intensidad, que se sentía como fuego ardiente.

—No es que no me importe mi vida, Richard. Yo lo he intentado, pero comienzo a sentirme mejor y lo dejo. Simplemente, no me da hambre. Yo no quiero morirme, ¡entiéndelo! —le grité y comencé a llorar fuerte, con desgarradores sollozos. La comprensión de que él tenía miedo de perderme me abatió. Por primera vez en



mi vida, sentí que un hombre se preocupaba por mí y que tal vez me quería.

—Lil... —susurró apenas. Se acercó a mí y me abrazó fuerte al calor de su cuerpo. Sus manos se paseaban por mi espalda, dándome consuelo. Su voz me arrullaba, diciéndome que todo estaría bien. Y le creí, necesitaba creerle.

\*\*\*

Me desperté en medio de la noche, recostada en el pecho de Richard, sintiendo los latidos de su corazón en mi oído. Presumí que me había quedado dormida sobre él mientras lloraba.

—¿Tienes sed? —preguntó. No sabía que estaba despierto.

—Un poco —Se bajó de la cama y me alcanzó un vaso de agua. Me senté y me bebí el agua.

—Te traeré algo de comer —Asentí.

Había recuperado las fuerzas y pude llegar sola al baño esa vez. Me horroricé al verme en el espejo. Tenía el cabello enredado y los ojos rojos. Parecía una loca. Me peiné el cabello con los dedos y me refresqué el rostro con agua. No hizo mucha diferencia, pero al menos se notaba el intento.

La puerta se abrió justo cuando me cubría las piernas con las sábanas. Lo ojos grises que me miraron no fueron los de Rich, sino los de Natasha.

—Hola, guapa. ¿Estás mejor? —preguntó, con una media sonrisa—. Tu amigo me dio esto para ti —Me entregó una caja blanca con comida, la alcancé y la puse en mi regazo.

—¿De dónde lo conoces? ¿Tú y él se acostaron?

—¡Dios, no! No se trata de eso. Él te lo contará si quiere, Lilian. Aunque preferiría que no le preguntes.

—¿Por qué?

—Hay cosas que es mejor no remover, dejarlas en el pasado —Ya no sabía si hablaba de Richard o de ella.

—¿Por qué te fuiste? Te supliqué, te rogué que no lo hicieras, pero tú... ¡Mierda, Natasha! Viste como me golpearon y no hiciste nada. Me desperté mucho después, helada, a punto de morir.

—¡Dios mío! —chilló, cubriéndose la boca con las manos—. Lo siento tanto, Lilian. Ese hombre... él me dijo que si no lo hacía te iba a matar. Y yo... No te abandoné, Lil.

—¿Por qué no me dijiste?

—Eso no importa ya. Lo importante es que estoy buscando la forma de salir de su red de corrupción. Por eso necesito que confíes en mí y no le digas a nadie más que he venido. Él me vigila y lo menos que necesito es que dé con tu paradero.

—¿Estarás bien?

—Sí, no te preocupes. Necesito que te cuides, no seas una chica estúpida —bromeó.

—Ven aquí, hermanita —le pedí, con los brazos extendidos. Natasha se acercó y nos fundimos en un abrazo lleno de lágrimas de felicidad. Había soñado con ese momento desde el día que se alejó. La odié por tanto tiempo para luego descubrir que lo hizo por mí.

\*\*\*

—¿A dónde me llevas? —le pregunté a Rich mientras conducía su auto.

—A mi apartamento. No vas a quedarte sola y le prometí al doctor que te cuidaría.

—No. Llévame a casa. No quiero ser carga para nadie y mucho menos para ti —le ordené, con los brazos cruzados. Richard detuvo el auto y me miró con tristeza, como si algo dentro de él se estuviera rompiendo.

—Quiero ayudarte, Lil. Necesito hacerlo. ¿Entiendes? Ella... yo sentía que algo pasaba, pero lo ignoré. Me importó más estar de fiesta en fiesta, teniendo sexo... Déjame cuidarte, por favor.

Lo comprendí entonces. Todo el dolor que reflejaban sus ojos era a causa de Raquel. Mi enfermedad le recordaba a ella, lo que pudo hacer y lo que perdió. Estaba cargando con una falta que no le pertenecía.

—No fue tu culpa, Richard. Solo eras un chico y te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para salir de esto. Lo haré por Raquel, lo haré por ti y, sobretodo, lo haré por mí —le dije, sosteniendo sus manos entre las mías. Mis palabras lograron conmoverlo. Vi un destello en sus ojos, lágrimas asomándose en ellos.

—No importa lo que suceda entre nosotros, Lil. Si algún día nos separamos, si nada funciona, prométeme que seguirás luchando. ¿Lo harás? —me pidió, llorando.

—Te lo prometo —contesté. Él acercó sus dedos a mi rostro y me secó las lágrimas, no me había dado cuenta que estaba llorando. Hice lo mismo con él, limpié su llanto con besos suaves en sus mejillas que terminaron en su boca, ese beso simbolizó la promesa que le hacía.

Conocer el lado vulnerable de Richard fue un descubrimiento maravilloso. Le daba a nuestra relación, sin nombre, un grado de intimidad única. Ese día, por primera vez, pensé que había un futuro para los dos.

—Vamos a casa, muñeca —pronunció, con una pequeña sonrisa. Mordí mi labio inferior y sonreí hacia la ventana del auto. Me encantaba cuando me decía muñeca —. Y más te vale que hagas todo lo que te diga.

—¿Y si no lo hago? —lo reté.

—Entonces te castigaré con el látigo del desprecio.

—¡Oh mi Dios! ¿Ahora te crees Christian Grey?

—¿Y quién es ese? —solté una gran carcajada y él me miró de nuevo.

—Uno de mis tantos amantes —Richard abrió sus ojos y casi pierde el control del vehículo... literarios.

—Eso no son juegos, Lil —refunfuñó.

—Era una broma, guapo.

—¿Entonces no tengo que preocuparme por ningún Christian que venga a reclamarte?

—¡Qué más quisiera yo! —bromeé. Él gruñó—. No, Rich. Es de un libro. No existe.

—No me gustan tus bromas. Comerás hígado con cebolla como castigo y no podrás decir que no.

—¡Um! ¡Delicioso!

—¡Oh! Cállate, Lil.

## Capítulo 19

### Mi pasado

#### RICHARD

Llegamos a mi apartamento pasadas las seis de la tarde. Obligué a Lilian a recostarse y me tumbé a su lado, necesitaba dormir al menos dos días para recuperarme del viaje, de Lil en el hospital y de el reencuentro con la reina del narco.

Me pareció extraño que Lil no me preguntara de dónde conocía a su hermana. ¿Natasha le habría contado?, ¿sabía Lil en qué estaba metida ella? Probablemente sí, el nombre de Benito González era muy popular en la ciudad y seguro ella había escuchado algo de eso mientras deambulaba por las calles.

Desearía no haber conocido a ese hombre, llegar a él fue una consecuencia de mis malas decisiones. Cuando perdí a Raquel, me hundí en un abismo, quería ocupar su lugar, ser yo quien muriera. Me metí en el mundo de las peleas clandestinas y ni siquiera me defendía, solo dejaba que me golpearan. Recibir todos esos golpes calmaba mi dolor. Comencé a atacar cuando me di cuenta de que golpear me ayudaba más.

Me convertí en una patada en el culo para mis padres, no sabían qué hacer conmigo, por eso me fui de casa cuando cumplí la mayoría de edad. Seguí con mis estudios en economía y luego hice el curso para piloto. Charles fue mi apoyo, me ayudó a dejar atrás la locura de las peleas y, de cierta forma, me salvó.

Llevaba dos años en *Caribbean Airlines* cuando conocí a Kate. Me enamoré como loco de ella. Miraba por sus ojos, mi vida era ella. Nos casamos y no podía ser más feliz. Mi vida parecía tener sentido. Dos años después, todo desmoronó de nuevo, se volvió sal y agua, se disolvió. La encontré en mi jodida cama, follando con el maldito de su jefe. Y luego descubrí que no era la primera vez ni el primer hombre.

Me dejé caer en un abismo, en un más profundo, cuando acepté la propuesta de Benito de pelear para él en el Círculo de la Muerte del Bronx. No tenía idea en qué diablos me estaba metiendo.

Un mes después, caí más bajo de lo que alguna vez pensé: probé las drogas y me volví un adicto. Adicto de las peleas, a la sangre y al maldito polvo blanco. Gastaba más de lo que ganaba en las peleas. El dinero no era suficiente, le debía a Benito hasta mi sangre.

Estuve un año fuera de control, drogándome, peleando... torturándome. Y lo peor, estaba atrapado. No quería seguir así. Decidí que era hora de dejar toda la tontería de las drogas. Me metí en rehabilitación y, aunque no fue fácil, lo logré. Mi plan era pagarle a Benito y no volver jamás, pero él tenía un plan distinto. No quería dinero, quería mis puños de acero. Me convertí en su esclavo por dos años hasta que pagué mi deuda. Estaba enojado conmigo, pero debía dejarme ir. Él era un desgraciado, pero tenía palabra y siempre cumplía sin importar qué.

Vi a Natasha varias veces junto a Benito en el círculo. Cualquiera que la veía pensaría que no mataría ni una mosca, pero la apariencia dista mucho de la realidad tratándose de ella. Puede romperte todos los dedos de la mano y torturarte hasta que pidas clemencia.

Cuando la vi en el edificio de Lilian quedé pasmado. Era a la última persona que esperaba encontrarme. Y entonces todo empeoró cuando dijo que era su hermana. Estaba enojado, no con ella, sino con el destino o con quien fuera que manejara los hilos de mi vida. Aparte de Charles, Natasha era la única que conocía esa parte de mi vida, una que quería olvidar y no quería compartir con Lilian. Drogas, peleas, sexo... no quería hablarle de eso.

\*\*\*

¿Alguna vez has estado tan cansado que no puedes dormir? Me ha pasado, me sucedió mientras Lilian dormía serenamente a mi lado. La miré por mucho tiempo, preguntándome cómo serían nuestras vidas sin toda la mierda que llevábamos a cuestas. Pero entonces dejé de hacer preguntas y comencé a desear que pudiera, de alguna forma, borrar todo lo malo de su vida, comenzando por mí.

—¿Sigues enojado conmigo? —balbuceó.

No me había dado cuenta que se había despertado y que me miraba. Acaricié su cabello con los dedos y besé el costado de su cabeza antes de responder.

—Realmente no estaba enojado contigo, sino conmigo.

—Richard, deja de culparte por algo de lo que yo soy la única responsable. Ven aquí. Dame un abrazo.

—Es una propuesta muy interesante, pero no es buena idea.

—Me siento sola y tengo frío —dijo, con un mohín.

—¡Me estas matando, mujer! —resoplé. Y, como todo un blandengue, cedí a su petición.

La recosté en el costado izquierdo de mi pecho, justo sobre mi corazón. Esa noche tuve miedo, pánico por lo que comenzaba a sentir por ella. Ninguna mujer me había hecho luchar tanto contra mi instinto de supervivencia. Yo era un león, nadie invadiría mi reino, nadie lo atacaba jamás... era vivir o morir. Era un plan seguro, pero ella me estaba haciendo ceder.

—¿Te das cuenta que llevo más de seis días sin sexo? Eso me hace un santo, Lil.

—Podemos resolver eso —propuso.

—No está noche. Buenas noches, muñeca.

—Buenas noches, Chris... que digo, Rich —bromeó.

—¡Eres incorregible!

\*\*\*

—¡Hasta que decidiste despertar, guapo! —habló Lil, cuando me arrastré hasta la cocina, siguiendo el aroma inigualable del café.

Me relamí los labios cuando la vi parada de puntitas delante de la alacena buscando algo, quizás azúcar. Se había puesto una de mis camisetas y se veía condenadamente sexy. Sus piernas eran un pasadizo secreto a la tierra prometida, pero su trasero era el infierno y yo quería arder en él.

—Sí, búrlate de mí. Te recuerdo que me hiciste pasar un susto de mierda. Pensé que ibas a estirar la pata.

—¡Qué exagerado! Quizás sea la edad, tú sabes —insinuó.

—¿Eso piensas? —protesté. La tomé por las caderas y la empujé contra la pared de la cocina—. La edad te brinda más que años, muñeca. Trae experiencia y yo tengo un diplomado en dar placer.

Su labio inferior tembló, lo atraje hacia mis labios y comencé a quemarme en el fuego de la perdición. La besaba y a la vez acariciaba sus pechos, escurriendo mis dedos por debajo de la camiseta hasta sacarla por encima de su cabeza. Recorrí su torso con mi lengua, trazando un camino que me llevaría a la perfecta “V” de su pelvis, a ese lugar que la haría gritar de placer.

Mordí un costado de sus bragas negras de encaje y la deslicé hasta sus pies. Me arrodillé en el suelo, separé sus piernas y soplé entre sus labios, preparándolos para que le dieran la bienvenida a mis dedos. Lilian estaba muy dispuesta y entonces inicié lo que había titulado: tortura. La tocaba lo suficiente para empujarla al límite y luego me detenía. Sus gemidos de súplica se mezclaban con el sonido de su respiración. Lo había logrado.

—¿Qué dices ahora?

—Eres un dios, Rich. No pares.

La separé de la pared y la doblé sobre la encimera. Sus palmas abiertas sobre el mármol; su rostro y estómago igual. Sus piernas separadas, formando una “V” invertida y su trasero hermoso expuesto para mí. Me bajé los pantalones de chándal, junto con mi ropa interior, y llevé mi miembro hasta el inicio de sus pliegues. Esperé, extasiado por la perfección de aquel momento, y luego me incliné sobre ella. Sus uñas arañaban el mármol mientras yo la embestía sin parar. Era la primera vez en años que tenía sexo sin un condón y no me importó, sentir su piel contra la mía me llevaba al cielo y luego me devolvía a la tierra en picada.

No me detuve hasta que rebasó su límite, hasta que pronunció mi nombre en un alarido de placer.

—Me voy a correr, Lil —le advertí. Necesitaba escuchar que podía.

—Hazlo, Rich. Tomo la píldora —Empujé una vez más y me dejé ir. Me quedé sobre su espalda un par de minutos para disfrutar de su respiración jadeante, del

sudor que corría de su espalda, de su piel contra la mía.

—Ahí tienes una prueba de lo que un hombre de treinta y cinco puede hacer.

—¿Eso es todo? —dijo, con ironía.

—Eres traviesa, Lilian White.

\*\*\*

—¿Tengo que hacerte avioncito, Lil?

—No tengo hambre —refunfuñó.

—No me importa. Cométele —Empujé el plato con *waffles* y miel delante de ella, junto con el jugo de naranja. Ella me miró con los ojos achicados y los labios fruncidos, como si con eso me pudiera asustar—. Hazlo o no habrá sexo sobre la mesa de pool. Lo hablamos en la ducha, ¿recuerdas?

—¡Te odio!

—Mentirosa.

—¿Sabes que no me puedes retener aquí por siempre?

—¿No? ¿Qué haré ahora con los grilletos que ordené en línea? —bromeé—. En dos días debo volar, así que no será para siempre.

—Entonces hay que sacarle provecho, guapo —dijo, seductora.

—Antes come —insistí. Lil rodó los ojos y luego comenzó a comer. Tardó veinte minutos en terminarse casi dos waffles y el vaso de jugo.

Pasamos esos dos días entre la cama, la cocina, el baño y el sofá. Estábamos conociéndonos, de la forma Bíblica. En los momentos de descanso, me hablaba de su familia, sobre todo de Héctor, su papá. Sin duda él las amaba con locura, pero murió en un trágico accidente y desde ahí la vida de las dos dio un giro de ciento ochenta grados. Porque, si al menos su madre no hubiera sido una perra, su vida hubiera sido otra.

—Todavía tienes la opción de renunciar, ¿sabes? —insistió Lil cuando tuve que llevarla a su apartamento.

—No me tientes, Lilian White.

—¿Qué tan cerca estás de acceder?

—Un par de besos más.

—¿Aquí? —Me dio un beso en la boca, suave, sensual y muy pequeño— ¿O quizás aquí? —Besaba el lóbulo de mi oreja. Esos dos días la hicieron una experta en mis puntos débiles. Moría con sus besos y lo hacía de forma voluntaria.

—Mejor no sigas. Nos vemos en tres días, muñeca —Ella se apartó de mí, sonrió y se bajó del auto. Antes de cerrar la puerta dijo:

—Eres muy débil, Rich.

—Contigo sí —admití. Lil se atrapó el labio entre los dientes, cerró la puerta y se alejó, pavoneando su trasero apretado en unos vaqueros que me quitaban el habla.

—Me harás tanta falta, mujer —dije, antes de arrancar el auto.

**Yo:** Ya te extraño. Cuidate, muñeca. Lo digo en serio.

**Lilian:** Te lo prometí, mañana iré a terapia. Y dame un respiro, no seas uno de esos que asfixian a las chicas.

**Yo:** ¿Te cansaste de mí?

**Lilian:** ¿Te recuerdo quién me echó de su casa?

**Yo:** Adiós, muñeca. Tengo un avión que pilotear.

**Lilian:** Cobarde.

\*\*\*

El vuelo de New York a Budapest fue tranquilo y sin eventualidades. Me registré en el hotel y me fui a mi habitación. Me había quitado la chaqueta y la corbata cuando escuché que tocaban la puerta. Me llevé una sorpresa al abrirla... y no de las buenas.

—Hola, capitán. ¿Puedo entrar?

—Hola, Eva. ¿Para qué?

—¿Jugaremos? Puedo jugar. ¿Te acuerdas? —dijo, batiendo las pestañas como loca. Eva era una mujer muy sexy, con un hermoso cabello cenizo claro y ojos grises. Tuve sexo con ella tres veces, una misma noche. Pero solo fue eso: una buena noche de sexo.

—¿Y tú te acuerdas de mi regla?

—Las reglas se hicieron para romperse. Eso escuché —replicó, con una sonrisita torcida.

—Yo no las rompo —siseé

—¿En serio? ¿Sabes qué dicen? Que estás enamorado de alguien.

—¿Quién dice eso? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Todo el mundo, Richard. No vas a los clubes, no flirteas con las azafatas como antes, no me dejas entrar a la habitación... Es eso o que ya no funciona tu aparatito —insinuó.

Tomé a Eva por la cintura, la empujé contra la pared, al lado de la puerta, y cubrí su jodida boca con un beso salvaje y rabioso. Mientras seguía devorándome sus labios, bajé mis manos hasta su trasero y lo apreté contra mi dura polla.

—Claro que funciona, Eva —gruñí, apartándome de ella.

—¿Me vas a dejar así? —riñó.

—Solo quería demostrar un punto. No quiero follar contigo.

—¡Eres un maldito! —gritó, recompuso su falda y se fue, azotando la puerta de la habitación.

—¿Qué carajos! ¿Y si ella tenía razón? ¿Y si estoy enamorado de Lilian White? —me cuestioné esa noche. La sola idea de tener que admitir un sentimiento así me volvió mierda. No podía ser verdad, no quería que lo fuese.

## Capítulo 20

### Púrpura, chocolate y nuez

LILIAN

Al día siguiente de despedirme de Rich, fui al consultorio de Marissa Capellini, la psicóloga que estaba tratando mi condición. Hablé largo y tendido de los traumas de mi infancia y juventud. Ella dijo que el primer paso era reconocerlo y que, mientras estuviera dispuesta a cumplir con el tratamiento, estaría bien.

Mi siguiente cita sería en una semana y dejó abierta la posibilidad de volver si necesitaba hablar o me sentía ansiosa.

Veinte minutos más tarde, estaba estacionando mi auto en el estacionamiento de mi edificio. *Only Girl de Rihanna* seguía sonando en mi cabeza mientras andaba a paso lento hasta el ascensor. De pronto, alguien tiró de mí y me cubrió la boca con las manos. Era un hombre, sin duda, su olor y sus manos fuertes lo delataron. Moví mis piernas frenéticamente, intentando golpearlo, pero además de fuerte el tipo era un gorila gigante.

—Voy a soltarte si prometes que no vas a gritar —susurró en mi oído. Asentí. No gritaría porque había reconocido su voz.

—¡Idiota! ¿Te encanta asustarme o qué?

—Perdón, no era mi intención —respondió, apenado.

—No lo sigas haciendo entonces.

—Escucha, tu hermana tiene una loca idea metida en la cabeza y no quiere escuchar razones. Tienes que hablar con ella.

—No sé a qué te refieres. Iluminame —Sus ojos miraron por encima de mi hombro, asegurándose de que nadie nos viera.

—Ella... quiere entregar a Benito. Es una locura —balbuceó.

—¿Y qué tiene de malo?

—¡No! Tú no entiendes. Si él la descubre, si sospecha de ella, la va a matar, Lilian. Esto no es un juego. La matará.

Él tenía razón, Natasha correría mucho peligro si algo salía mal y no quería perderla. El estómago se me revolvió al entender porqué se estaba arriesgando. Era mi culpa, y le exigí que dejara ese mundo y si algo le pasaba no me lo perdonaría nunca.

Le dije a Fernando —ese era el nombre del gorila— que le dijera a mi hermana que necesitaba verla urgente. Él me dio las gracias, como si el favor se lo hiciera a él, como si Natasha fuera más importante para él que para mí. No quise pecar de imprudente, pero tenía la sospecha de que entre los dos había algo.

Me despedí del gorila y subí al apartamento, estaba vacío. Lissy pasó la noche con Charles —como casi siempre— y salió temprano en un vuelo.

Las horas no parecían avanzar. Hice la colada, vi tres capítulos de *Pretty Little Liars* en Netflix, doblé la ropa, hablé con Rich —fue una charla corta, él estaba por salir y yo tampoco tenía muchas ganas de hablar. Tenía miedo de que intuyera que escondía algo—, y todavía faltaban dos horas para que Natasha llegara. Aproveché ese tiempo para hundirme en las cálidas aguas de la tina. Sales y espuma sumaron la combinación perfecta para calmar los nervios que se retorcían en mi estómago. No tenía muy claro qué le diría a mi hermana y, a la vez, tenía dudas de lo que pudiera descubrir.

Dos horas después, Natasha entraba en el apartamento, con su custodio al lado. Su saludo por poco me tumba al suelo. Chocó contra mí y me apretujó entre sus brazos. Ella era mi hermanita pequeña pero tenía mucha más fuerza que yo.

—¿Qué era tan urgente? —Alterné la mirada entre ella y el gorila. Tenía una sopa de letras en la cabeza y no lograba formar una palabra coherente. Ese miedo de saber y no querer.

—¡Mierda, Fer! Te dije que no la metieras en esto.

—Es que tú no me escuchas, mi amor —Entorné los ojos cuando escuché que él le dijo mi amor. *Dos más dos son cuatro*. No había duda que eran pareja.

—Dímelo, Natasha —Ella negó con la cabeza y suspiró.

—Se supone que nadie debe saberlo, ¿entiendes? Nadie —asentí y caminé hasta el sillón, estaba segura que necesitaría tomar asiento. Los dos me siguieron y se sentaron en el sofá frente a mí.

—El FBI me está reclutando y también a Fernando. Si entregamos a Benito a cambio nos ofrecen inmunidad. Es un buen trato.

—Pero si sale mal...

—No va a salir mal, amor —lo interrumpió mi hermana—. En verdad, lo único que me detiene eres tú.

—¿Yo? ¿Por qué? —repliqué.

—Si Benito descubre que eres mi hermana, si se acuerda de tu existencia, puede ir detrás de ti.

—¿Y tú serás libre?

—Sí y seguiría trabajando para el FBI. Sería un activo beneficioso para ellos.

—¿En qué sentido?

—Lil, ese hombre estuvo entrenándose por años para ser una máquina letal de pelea. No querías enfrentarte a mí ¿me explico?

—¡Wow! ¿Eres como una súper chica ahora?

—Algo así —dijo, elevando los hombros, como si no fuera gran cosa que la hubieran convertido en una máquina de *Kung Fu* o qué se yo. No lo tenía muy claro y, la verdad, no quería saber más. Ya tenía suficiente con saber que trabajaría encubierta para detener a uno de los capos más poderosos del país.

—¿Crees que puedes hacerlo, entregarlo?

—Muy segura.

—Entonces hazlo. Acaba con él, hermana. Yo estaré bien.

—¡Oh Dios, Lilian! Si te pasa algo nunca podré perdonarme.

—Si tú sigues atrapada en ese mundo de mierda entonces la que no podré perdonarme seré yo. Así que adelante, es una orden de hermana mayor.

—No sabes cuánto te he extrañado, Liliboo —sollozó, mientras me abrazaba.

—Yo también, Naty, mucho.

Tuvimos que despedirnos ese día. Según Natasha el proceso de delatar a ese hombre podría tomar meses y hasta años y no podía ponerme en riesgo visitándome con frecuencia. Antes de irse, me dijo que tendría a alguien vigilándome, asegurándose que estuviera a salvo. No quería aceptar pero al final lo hice, para que dejara de dar lata. Y, además, me advirtió que nadie podría saberlo, ni Elizabeth y mucho menos Richard. Hizo énfasis en eso.

\*\*\*

*Corría por la selva con los pies descalzos mientras varios hombres me seguían. No podía ver sus rostros, los tenían ocultos tras unos pasamontañas. No huyas, nena. No te haremos daño, gritaban ellos. Mi corazón estaba por estallar en mi pecho y mis piernas ardían, pero no dejaba de correr. Sin darme cuenta, caí en un hoyo oscuro del que no podía salir, entonces ellos comenzaron a echar tierra sobre mí y comencé a gritar por ayuda, desesperada, ahogado mi aliento con el polvo y la arena.*

—¡Lilian! ¡Lil! —Escuché una voz que me llamaba en la oscuridad. Abrí los ojos y me encontré con el gesto aterrado de Lissy

—Estabas gritando con horror, Lil. ¿Qué fue todo eso?

—Era una pesadilla. Unos hombres querían matarme y yo solo corría y luego caí en un agujero que no tenía final. Era espantoso. Te juro que se sintió real. Hasta me duelen las piernas.

Nunca había soñado algo así. Pensé que era mi subconsciente jugándose una mala pasada con lo de mi hermana y todo el asunto. Pero no podía hablarle de eso a mi amiga.

—Tranquila, Lil. Todo estará bien. Ven, te haré un té.

—Gracias, Lissy, pero sabes que no tolero esas cosas.

Diez minutos más tarde, Lissy me estaba obligando a tomar su mermelada. Sabía espantoso, como a calcetín apesetoso, pero hizo efecto. Me sorprendió.

—Volveré a la cama, Lil. Si me necesitas me pegas un grito. Bueno, mejor no. Solo me buscas.

—Buenas noches, Lissy.

Me recosté en mi cama y traté de dormirme de nuevo, pero la pesadilla seguía fresca en mi memoria como si realmente hubiera pasado.

Una de la mañana y seguía dando vueltas en la cama. Fue entonces cuando escuché la llamada de Rich. Mariposas volaron en mi estómago y se instalaron en mi pecho. Él provocaba eso en mí... y muchas cosas más.

—Esto es una locura, Lil. Extrañarte debería estar vetado en mi vocabulario, pero lo hago. Jodidamente, te extraño —dijo. Tapé mi boca, ahogando un grito. Para mí eso fue casi una declaración y una promesa—. ¿Lil?

—Aquí estoy —pronuncié segura, tratando de no sonar aturdida.

—¿Estabas pensando en mí? —preguntó, con esperanza.

—¿Quieres la verdad? Nunca dejo de hacerlo.

—Te necesito, Lil. Quiero tocarte, besar tus labios, desnudarte y... ¡Dios! Esto es peor que un castigo, es una letanía.

—Pobre nene llorón —me burlé.

—Déjame verte, Lil —Sonreí. *Skype* se había convertido en la aplicación favorita de mi tablet.

Aquella fue la videollamada más excitante y ardiente de mi vida. Lo que él me decía, lo que me pedía que hiciera, lo que él se hacía... todo nos llevó a estallar en placer. El daño colateral fue lo desafortunado, ahora lo extraña más.

Después de despedirnos esa noche, no hubo pesadillas ni hombres persiguiéndome. Dormí como un bebé recién nacido, hasta pasada las diez de la mañana.

Al abrir los ojos, mi estómago gruñó, exigiendo desayuno. Casi me aplaudo a mí misma, era un gran logro tener apetito en la mañana. Fue una lástima que no tuviera con quien celebrar me pequeña victoria; Lissy de nuevo estaba volando y Richard no llegaba hasta el otro día.

Luego del desayuno, recibí un mensaje de la aerolínea con mi nuevo horario. Había pedido permiso de salud por cuatro días y ya era hora de volver. Casi hago plop como *Condorito* cuando vi el calendario. Tenía que salir la mañana siguiente a primera hora y no volvería hasta dentro de tres días. Richard se iba a morir.

Cuando le di la noticia, maldiciones y gruñidos retumbaban en mis oídos. Sabía que no estaba enojado conmigo, él entendía como era mi vida siendo azafata, pero de igual forma le afectó.

Los siguientes días seguimos utilizando *Skype* para mantener una cierta forma de intimidad. Todas las noches se despedía diciendo: «Te extraño, muñeca. Cuidate mucho». Una de esas tantas noches, estuve a punto de decirle la palabra con A, pero me mordí la lengua y solo dije: «*Adiós, guapo*». Confesar aquello solo iba a lograr una cosa: alejarlo. Fui la antítesis del feminismo, machacando con los pies en segundos lo que a muchas mujeres les tomó años, sudor y lágrimas alcanzar, pero no podía hacer nada, Richard Hernández me tenía en sus manos.

A las ocho de la mañana, del día tres, estaba conduciendo mi auto desde el aeropuerto hasta el edificio de Richard. Quería sorprenderlo. Le había mentido diciendo que serían cuatro días y no tres y sabía que él estaría en casa. No era de los que se levantan temprano. Cuando no tenía vuelo se quedaba en cama hasta tarde.

Me había comprado una sexy lencería color púrpura, él lo sugirió hace algún tiempo y quería complacerlo. Le compré además *cupcakes* de chocolate y nuez que estaban para morirse.

—Entrega especial para Richard... —Comencé a decir, cuando la puerta se abrió.

La caja de dulces se desplomó en mis pies y el estómago se me convirtió en plomo. No podía creer que delante de mí había una mujer de cabello negro, labios perfectos y un cuerpo tan divino que parecía imposible. Fue ella quien me abrió. Estaba usando la camisa de Richard, la de su uniforme. Su cabello estaba desordenado y sus labios arrebolados de tanto besar.

—Hola, querida. Él está indispuerto, pero puedes dejar el mensaje conmigo. Por cierto, mucho gusto, soy Kate Díaz —Extendió su mano y yo di dos pasos atrás.

*Kate era el nombre de su ex novia. Eso no podía estar pasándome, renegué.*

—¡Oh mi Dios! Soy una idiota —balbuceé.

Quería correr, huir de aquella absurda situación. La incredulidad es más poderosa que la razón. *Si no lo confirmaba no tenía que ser cierto ¿verdad?* —me planteé de ingenua.

—Cariño, disculpa. ¿Eres la del servicio? Porque si es así necesito que arregles este desastre. Los hombres suelen ser asquerosos.

*Richard era limpio. Richard no necesitaría una chica de servicio* —me repetí hasta el cansancio—. Sin darme cuenta, la voluptuosa morena me había arrastrado dentro del apartamento.

—¿Tú eres Kate? ¿Esa Kate? —pregunté, sin siquiera pensarlo. No tenía planeado hablar, pero mi cerebro no filtró mis palabras.

—No sé cuántas Kate conozca Richard, pero yo soy la única Kate que tiene un documento firmado como su esposa.

—¿Cómo dices!? ¿Su... esposa? ¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios! —grité, no pude evitarlo. Su declaración me había penetrado hasta los huesos y comenzaron a agrietarlos. Un empujón en el lugar correcto y me desmoronaría como una galleta.

—¿No te lo dijo? Lo siento, cariño. Mi esposo suele jugar a ser soltero. A veces hasta las presenta con su familia. ¿Te hizo eso a ti?

Llorar, gritar, maldecir, herir a alguien. Herirlo de verdad. Necesita reaccionar de alguna forma, pero, simplemente, me quedé pasmada en el lugar.

»Dejó que lo hiciera por un tiempo. Soy una mujer flexible, pero ya no más. Nuestro hijo merece un hogar como Dios manda.

*¿Hijo? ¿Dijo hijo? Detengan todo, paren, por favor, terminen con esta pesadilla* —le pedía a nadie en particular en mi cabeza—. Mi pensamiento más lógico fue que se trataba de una pesadilla.

—¡No! —grité—. No puede ser.

—¿Lilian? ¿Kate? ¿Qué diablos haces aquí? —habló Richard detrás de Kate, usando solo bóxer.

No supe si hablaba conmigo o con ella. Lo único que quería era que alguien me sacudiera para despertarme de ese infierno de dolor y decepción.

—No te hagas el idiota, Ricky. Ya ella lo sabe todo.

—¿¡Qué diablos le dijiste!? —preguntó, furioso.

Mis piernas no me obedecían. Quería correr, quería atravesar las paredes, volar o desaparecer... cualquier cosa en lugar de estar ahí.

—La verdad, cariño, que soy tu esposa.

*¡Cállate!* —Gritaba en mi cabeza. No podía soportar que lo siguiera diciendo.

—No la escuches, muñeca. Ella no es nadie. Es menos que nadie —Veía el miedo en sus ojos y escuchaba la angustia en su voz, pero no era suficiente. No era ni remotamente suficiente.

—¿Es cierto, Richard? No me mientas, por favor —dije con una calma repentina. La calma antes de la tormenta.

Él bajó la mirada y lo supe. Los planes, las esperanzas, todos los sueños que comenzaba a dibujar en mi cabeza para los dos, se habían desvanecido.

Uno quiere la verdad, la espera y se dice que podrá soportarla, que no hay nada que temer, pero sin duda no hay nada más devastador y temible que la verdad.

—Sí —confirmó a viva voz.

Yo negaba insistentemente con la cabeza mientras él se acercaba a mí. Y, a medida que él avanzaba, yo retrocedía.

»Lil, estamos separados desde hace años. Tú lo sabes.

—¡Nunca, Richard! ¡Nunca dijiste que era tu jodida esposa!

—¡Oye! —se quejó Kate.

—¡Cállate! —gritó Richard fuerte, tan duro que me dio miedo.

—Eso no cambia nada, Lilian. Yo no la quiero desde hace mucho tiempo.

—¡Oh, sí! Eso lo justifica. Es tu esposa Richard y está embarazada. ¿Eso tampoco importa!? —Grité eso, di media vuelta y salí corriendo. Siempre terminaba

huyendo por su culpa.

—¡Lil! —gritó—. ¡No te vayas, por favor!

## Capítulo 21

### Corazón roto

RICHARD

—El famoso Richard Hernández en persona —se mofó Ariel. Que por cierto no era una chica, sino un idiota al que su madre quiso ponerle ese estúpido nombre de princesa *Disney*.

—¿Dónde dejaste a Sebastián, princesita? —dije, para molestarlo.

—Hombre. Solo estaba bromeando.

—Yo también —respondí sin mirarlo. Como si fuera un masoquista buscando que lo maltratara, se sentó a mi lado.

—Entonces los rumores son ciertos ¿te dejaste engatusar por una mujer? ¿Es linda? ¿Le gusta que la follen duro? Porque podemos compartir —Apreté mis puños y conecté uno directo en su mandíbula.

—¡No vuelvas a hablarme! —Tiré un billete de veinte en la barra para pagar mi cerveza y salí del bar.

No me importaba lo que pensarán de mí, pero meterse con Lil era muy diferente. No permitiría que nadie lo hiciera, nunca.

Volví a mi habitación y tomé una larga ducha para apagar la ira que corría por mis venas. Odiaba a ese hombre. Él siempre me buscaba las cosquillas, pero esa vez rebasó el límite de mi paciencia.

\*\*\*

Llegué a casa, luego de pasar cuatro días de un país a otro, a bordo de un avión. Había deseado que ese día llegara desde que dejé a Lil en el edificio, la extrañaba. El problema era que ya no me entusiasmaba mucho llegar a casa, desde que supe que ella estaría volando a alguna ciudad lejos de New York... y de mí.

Marcaba las horas como un prisionero contando los días para salir en libertad. Mi libertad sería verla a ella. Lilian se estaba convirtiendo en alguien imprescindible para mí. ¿Qué significaba eso? —me preguntaba cada día. Ya sabía la respuesta, pero seguía en negación.

Tiré mi maleta en la sala sin cuidado y fui dejando un desastre de ropa a lo largo del pasillo hasta llegar a mi suave y perfecto colchón, donde planeaba pasar toda la noche. Los ojos se me cerraban solos por el sueño y el cansancio y estuve a punto de dormirme; dos segundos más y lo hubiera logrado, pero a alguien se le ocurrió que era mejor golpear a mi puerta como desquiciado.

—¿Kate? ¿Qué haces aquí? —Mitad grité, mitad gruñí.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi. El suficiente para olvidar su rostro, el color crema de su piel, los labios carnosos y sensuales que tantas veces me dijeron te amo. El suficiente para olvidar como se sentían sus curvas en mis manos y en la forma que su cabello adornaba mi pecho cuando se recostaba sobre mí. Ese cabello negro que era un reflejo del color de su alma.

—Cariño, ¿no te da gusto verme? —preguntó, batiendo las pestañas, intentando ¿qué? Había pasado mucho tiempo para que un par de parpadeos me conquistara.

—La verdad, no. Dime qué quieres.

—¡Ay, Ricky! No me digas que aún me odias.

Odio, repulsión, asco. Esas y unas cuantas cosas más. Kate era el diablo hecho mujer. Era hermosa como un ángel y peligrosa como el infierno. Era como una planta carnívora que te seduce y, cuando te descuidas, te engulle. Llevaba un abrigo rojo de cuero, a juego con el color de sus labios. Rojo sangre, pasión y muerte.

—¿Ya olvidaste como te daba placer? Tú me amabas con devoción. Me veías como una deidad. Tu diosa, Richard. Era tu diosa y quiero serlo de nuevo.

—Sí, lo recuerdo. Pero también recuerdo como le dabas placer a otros, en mi casa, en mi cama. Recuerdo todas las veces que me dijiste que me amabas y era mentira.

—Cariño, yo te amo. Eres mi favorito. Tu defecto es ser egoísta, quererme solo para ti. Nunca te ha gustado compartir, Ricky.

—¿Sabes que es lo único que necesito de ti? Que firmes los jodidos papeles del divorcio que te envió Whitney. Dime, por favor, que para eso viniste, para firmar.

—No vine a eso. Vine a decirte que... quiero un hijo tuyo.

—¡¿Qué?! ¿Estás loca?

—Ricky, por favor. Escúchame —supliqué.

—¡No!

—Me deseas, Richard. Sé que lo haces —pronunció con voz sensual, a medida que se quitaba el abrigo rojo, dejando al descubierto su maldito cuerpo sensual. Esas curvas peligrosas por las que conduje sin precaución. Tuve que repetirme mil veces que ella era el diablo, que ese monumento al erotismo me arrastraría al infierno y me dejaría ahí.

—Vístete y vete de mi vida de una maldita vez.

—Cariño, estoy ovulando y necesito que sea hoy. No te resistas. Haré todo lo que tú quieras, lo que más te gusta.

—No quiero nada contigo, Kate. Se acabó, desde hace mucho, no te deseo ni te amo —Su lengua era la serpiente del Edén y su cuerpo la manzana. Ella era veneno, maldad, ella solo quería usarme y no estaba dispuesto a caer. No de nuevo. No cuando Lilian comenzaba a meterse en mi piel.

—Me vas a pagar este desprecio, Richard. Te lo juro —Sus ojos destilaban veneno. Ella odiaba perder y no aceptaba que a mí me había perdido muchos años atrás.

Después de vestirse, se fue de mi apartamento como alma que lleva el diablo. No entendía por qué quería un hijo mío, tenía un harén de hombres de dónde escoger. Tramaba algo y no tenía idea de qué.

Cuando la conocí, pensé que era dulce e ingenua. Hasta me sentí culpable de llegar a corromper su inocencia. ¿Cómo pude ser tan estúpido? Ella era la clase de mujer por la que cualquier hombre perdía su cabeza, su corazón... hasta su alma.

Tenía treinta años cuando le propuse matrimonio a Kate, no sé en qué diablos estaba pensando. Antes de conocerla, era solo un chico solitario, arrastrando bajo mis pies la pena de perder a mi hermana. Kate sabía muy bien como ganar a su presa con una infalible mezcla de belleza y manipulación. Habíamos salido por dos años y pensé que sería el paso lógico que debíamos tomar. Todos en casa la amaban. Mamá la adoraba y por eso no quise revelar la fealdad de nuestra relación. Ellos asumieron que fui yo el que falló y no lo refuté. Nunca me defendí, porque en cierta forma, me culpaba. Hubo muchas señales, pero las ignoré. Quería tanto que fuera real, que me enneguecía.

Mi experiencia con Kate me cambió, me hizo despreciar el amor, renunciar a él. Las mujeres para mí eran solo un medio para un fin. Solo quería sexo sin complicaciones ni sentimientos. Muchas veces me cuestioné si me había convertido en lo que más odiaba, en la versión masculina de Kate. Pero no era igual, ella engañaba a los hombres, los hacía sentir especiales, únicos para ella. Todo era mentira. A Kate le gustaba sentirse especial, adorada, como si cada hombre del planeta tenía que rendirle honores por ser hermosa. Lo de ella era enfermizo. En cambio yo no engañaba a las mujeres, yo les decía mis intenciones y ellas tomaban la decisión.

Me protegí del amor por mucho tiempo, hasta que llegó Lil. En ese momento no había admitido mis sentimientos, los trataba de ocultar, pero sabía que no quería estar con nadie más que no fuera ella.

Me resistía porque tenía miedo de caer en otra trampa, de que Lilian fuera un engaño como lo fue Kate. Porque no siempre se tropieza con la misma piedra, pero puedes golpearte con su gemela.

\*\*\*

Faltaba un día para que llegara Lil y no tenía muchas opciones más que dormir. En eso estaba cuando me levanté de la cama, sobresaltado. Creí oír voces en el apartamento y una era muy parecida a la de Lilian. Primero pensé que estaba alucinando, pero luego la vi en la sala junto a Kate. No entendía un carajo. ¿Qué hacía usando mi camisa? ¿Qué hacía Kate en mi apartamento?

Todo se salió de control, estaba perdiendo a Lil y no sabía qué hacer. No podía ni pensar. Titubeé un segundo, pero luego corrí fuera del apartamento y

solo alcancé a ver las puertas del ascensor cerrarse, con Lil desplomada en el suelo, llorando. Quería matar a Kate.

Entré de nuevo al apartamento, llamé a Albin, el vigilante del estacionamiento, y le dije que no la dejara salir. Metí mis piernas en unos pantalones y tomé la primera camiseta que encontré en el armario.

—Ricky, ¿a dónde vas? —pregunto Kate, interponiéndose en mi camino. La empujé a un lado y cayó de culo en el suelo

—Vete de mi maldito apartamento. ¡Ahora! —le grité.

Al llegar al sótano, corrí hasta el auto de Lil e intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. Podía escuchar su llanto desde afuera, podía ver como su cuerpo se sacudía... me dolía saber que fui el culpable de su desdicha.

—Muñeca, Kate está mintiendo. Ella y yo no somos nada, te lo juro. Ábreme la puerta, por favor. Déjame explicarte.

—¡Apártate! —grité sin mirarme. El motor de su auto rugió con fuerza, lo había encendido desde el momento que dije muñeca.

—No te vayas así, Lilian. Si te pasa algo... No quiero que te hagas daño.

Ella me miró. Sus ojos diluviaban como si una tormenta arremetiera contra ellos. El dolor en mi pecho se hizo más profundo. Yo tenía la culpa. Yo debí decirle sobre Kate y nada de eso habría pasado.

—¿Crees que tienes moral para decirme eso, Richard? ¿Debo creer que te importa mi bienestar? ¡Estás jodido de la cabeza! —Luego de decir eso, arrancó el auto y se marchó. No pude detenerla. No pude hacer nada.

Volver al apartamento era lo último que quería hacer, pero debía enfrentar a la bestia malviviente de mi esposa. No sé cómo se las arregló para entrar en mi apartamento y por qué le dijo a Lilian que estaba embarazada, porque si lo estaba, no era mío.

—¡Te dije que te largaras de mi apartamento!

—No es tu apartamento, cariño, es nuestro —aseguró con prepotencia.

—Kate, es la última vez que te lo pido. La próxima lo haré con mis propias manos y no creo que sea algo que quieras.

—Sabes, tu madre se sorprendió al principio, pero está más que feliz con la noticia.

—¿De qué noticia hablas, Kate?

—Del bebé, cariño. Ya tu amante te lo dijo.

Mi paciencia tenía un límite muy estrecho y ella lo rebasó. La tomé del brazo y la arrastré fuera de mi apartamento.

—Firma los papeles, Kate o atente a las consecuencias.

—¡Suéltame, Richard! Me estás haciendo daño —gimió. Maltratar a las mujeres no era algo que me disfrutaba, pero ella era menos que una, era un engendro de Satanás—. ¿Qué le dirás a tu madre?

—Toda la verdad, Kate. No me vengas con tus manipulaciones sin sentido —Cerré la puerta y me encerré en mi habitación.

9:10 a.m. Lil, ¿llegaste bien?

9:12 a.m. Lilian, necesito verte.

9:15 a.m. Muñeca, estoy al borde. Respóndeme, por favor.

9:25 a.m. Lilian White, respóndeme o llamaré a Elizabeth.

9:27 a.m. Soy un idiota por mentirte. Solo dime si estás bien.

9:29 ¡Joder! No seas tan terca.

9:30 a.m. Lo siento, Lil. Respóndeme

**Lilian:** Estoy bien. Borra mi número o lo cambiaré.

9:32 a.m. No te molestaré si eso quieres. Cumple con la promesa y cuidate. Espero verte pronto.

Sabía que necesitaba darle su espacio para que se calmara. Pero, ¿por cuánto tiempo? Esa era mi pregunta.

—Richard Tercero, ¿acaso no fue buena la educación que te di? Le hiciste daño de nuevo a Kate, esa chica no merece tu trato. ¿Y qué pasó con Lilian, la engañaste también? —Dejé que mamá me diera una reprimenda antes de decirle la verdad. Me había llamado cinco veces desde que eché a Kate de mi apartamento y no estaba listo para hablar en ese momento.

—Mamá, por favor. Necesito decirte algo, pero tienes que calmarte —Le pedí con el tono más dulce que pude. Ella rechistó, pero me dejó hablar.

Le conté la verdad sobre Kate, como su mente enferma y egoísta había arruinado nuestro matrimonio. Le hablé de los intentos que hice por salvar la relación y le aclaré el hecho de que no me había acostado con ella en años y ese bebé, si es que existía, no podía ser mío. Al finalizar la historia, mamá estaba llorando amargamente.

—Richi, ¿por qué me dejaste creer que era tu culpa? No lo entiendo. Yo no te podía ni mirar y tú solo... —Lloró.

—Mamá, lo siento. No quería que la odiaras. No quería que sufrieras por mí. Me equivoqué.

—¡Oh, mi niño! ¿Puedes perdonarme? Me duele el alma saber que esa mala mujer te hizo daño.

—No hay nada que perdonar, viejita.

—Adiós, cariño. Te amo, Richi —respondió, mientras sorbía por la nariz. Escucharla llorar me mataba, pero era algo que tarde o temprano tenía que pasar.

No pude dormir en toda la noche. El recuerdo de Lil en ese ascensor, en el auto llorando, la forma dura como me miró antes de alejarse... todo me atormentaba.

Fui a buscarla en el edificio al día siguiente. Tenía que asegurarme de que estuviera bien. Me había dejado claro que no quería verme, pero que yo la viera a la distancia no afectaba su petición. Ella tenía razón en estar molesta. Aunque no habíamos definido lo nuestro, ocultar que estaba casado fue un gran error.

Pasé más de dos horas fuera del edificio esperando que saliera. Las posibilidades eran muy pocas, pero valía la pena intentarlo. Quince minutos después, la vi salir por la puerta principal. Se veía bien, al menos físicamente.

*Quédate aquí, Richard. Tu plan era verla, asegurarte que está bien e irte.* Sí, eso me dije en ese momento, pero no fue lo que hice. Salí de mi auto y la intercepté en el camino.

—¡Hola, Rich! ¿Quieres un poco de sexo? ¿Tú esposa no te basta? Quizás podamos ir a tu auto y resolvemos tu urgencia —Hablaba desde la ira, desde el dolor, eso lo sabía. Pero fue duro de escuchar.

—Lilian, por Dios. No es por eso que estoy aquí.

—¿Y por qué más lo harías? —No me dejó responder, siguió hablando —Somos adultos y siempre supimos que era solo sexo. Sigue con tu vida que yo seguiré con la mía como si nada de esto hubiera pasado. No te preocupes por mí. Tú fuiste un momento de debilidad nada más.

Y sin dejarme decir alguna otra palabra, se alejó de mí. No podía creer lo que había pasado. Pensé que me gritaría o que me reclamaría. Esperaba insultos, muchos insultos. Pero no esa actitud, no esa máscara de indiferencia y mucho menos un argumento tan estúpido como “*era solo sexo*”. Los dos sabíamos que era más que eso.

—¡Maldita sea! —grité, en plena calle.

Por eso no quería enamorarme de nuevo. Todo es más fácil cuando los sentimientos no se involucran. No hay promesas, no hay corazones rotos, no hay dolor. Pero, irremediablemente, me enamoré de Lilian White.

No volvimos a hablar desde ese día. La vi varias veces en el aeropuerto y una vez trabajamos juntos en un vuelo. Intenté acercarme, pero si no se alejaba de mí, esquivaba la mirada o simplemente me ignoraba como si le hablara a una pared.

Tres semanas más tarde, estaba sentando en el apartamento de Elizabeth. No buscaba a Lil, y no me molestaba la idea de verla, pero fui por mi amigo. Elizabeth y él habían terminado y Charles estaba hecho mierda, totalmente devastado... peor que yo.

Ella me llamó, me dijo que necesitaba mi ayuda para tratar de solucionarlo y no dudé en ir. Haría lo que fuera por él y, además, ya no soportaba escucharlo llorar en mi sofá.

Lissy me contó su plan, un súper romántico plan, debo decir. Su relación era tan rosa y pastel que provocaba arcadas... y los envidiaba porque se querían, se amaban como locos.

Mi corazón se aceleró y dio tres giros cuando sentí el olor de Lilian llenando todo el lugar. Levanté la mirada y la vi, llevaba minifalda negra, sus piernas bronceadas



me hicieron morir y resucitar y su blusa dorada, con un escote malditamente sexy, hizo que mi pecho se elevara y hundiera varias veces en una respiración desenfadada.

—¡Hey, Richard! —Me saludó, como si nada—. ¡Qué agradable sorpresa! —ironizó. Elizabeth le lanzó una mirada retadora y ella giró los ojos.

—Lissy, voy a salir con Harry. Puede que no vuelva esta noche —insinuó.

*¡No acabas de decir eso!*, quise gritar. En su lugar, apreté los dientes y fruncí el ceño. Esa mujer iba a lograr que me diera un infarto. De ninguna manera iba a permitir que saliera con ese tipo y menos que pasara la noche con él.

—Me voy, Elizabeth. Me llamas cuando tengas la hora y fecha —dije.

Me despedí de las dos, salí del apartamento y esperé a Lilian en el pasillo. Ella tenía que escucharme así tuviera que atarla de pies y manos.

—Tienes que dejar que te explique de una jodida vez —Le exigí, cruzándome en su camino.

—No necesito que me expliques nada. No era tu novia, Richard. Mi único puesto en toda esta historia fue el de amante, otra mujer con la que tuviste sexo.

—¡No, Lil! Yo no te quiero solo por el sexo. Yo...

—Eso no importa ya, Richard. Lo estoy intentando con Harry. Siempre supimos que lo nuestro no iba a funcionar. Déjalo ir ya —Me lo dijo, mirándome a los ojos.

*¿Cómo podía decirme algo así como si no fuera la gran cosa? Me partió el corazón en dos y yo que estuve a punto de admitir que la amaba.*

*Nunca debí enamorarme de ella. ¡Nunca!*

## Capítulo 22

### ¿Quién eres?

LILIAN

Los primeros días lejos de él fueron una tortura. Lloraba hasta quedarme dormida y lo maldecía por eso. Todo era su culpa, hizo que me enamorara de él y luego me rompió el corazón. Los días se fueron transformando en semanas y, aunque el dolor seguía clavado en mi pecho, ya había dejado de llorar. Tenía que seguir adelante con mi vida. Richard no era el único hombre en el mundo y no iba a permitir que fuera el único en mi corazón. Estaba decidida a olvidarlo, pero no estaba preparada todavía.

Una noche, mientras contaba ovejitas para quedarme dormida, recibí un mensaje de Harry. Me invitaba a cenar en un lujoso restaurant de la ciudad. Lo primero que pensé fue en decirle no, porque era muy pronto para mí, pero después dije: ¿Por qué no? Harry era tierno, divertido, respetuoso y muy atractivo. Era el hombre perfecto para alejar a Richard de mi mente y de mi corazón.

Dos noches después de aceptar su invitación, me estaba vistiendo para salir con él. Escogí lo más sexy que tenía en el armario. Esa noche sería el *después de* que estaba esperando. Me miré al espejo y me dije *tú puedes, Lil. Olvidarás a Richard*. Pero no me esperaba que, al salir de la habitación, el hombre en cuestión estuviera sentado en el sofá charlando con Lissy.

Las piernas amenazaron con fallarme cuando sus ojos recorrieron mi cuerpo con deseo y lujuria. Todo en mi interior comenzó a colapsar: mi corazón se detuvo, mis pulmones también y hasta estaba perdiendo la conciencia. Me armé de valor y lo saludé. No iba a quedar en evidencia.

Dije lo de Harry por dos razones: venganza y advertencia. Quería que creyera que lo había superado, que ya no causaba ningún efecto en mí, cuando en realidad deseaba correr a sus brazos, derretirme en ellos, besarlo y decirle que lo amaba desesperadamente. Pero ¿qué lograría con eso?, nada. Solo me humillaría, me denigraría al punto de amante y mi autoestima era muy frágil como para soportar algo así.

Richard salió del apartamento como si le hubieran echado agua hirviendo. *¿En verdad lo había herido con lo de Harry?* Me habría gustado disfrutar de eso, pero no funcionaba así. Hacerlo sufrir me dolía como si lo hiciera conmigo misma. Era algo estúpido, pero así lo sentía.

Cuando salí del apartamento, Rich me estaba esperando junto al ascensor. El colapso de mis órganos reinició al verlo recostado contra la pared. Llevaba vaqueros, *Converse* y camiseta gris plomo. Un aspecto desenfadado, juvenil y sexy. Demasiado sexy. Estuve a segundos de correr y atraparlo entre mi cuerpo y la pared. En mi mente ya lo había hecho, lo estaba besando con pasión y deseo... No lo hice.

Y en lugar de decirle como me hacía sentir, cuanto extrañaba su calor en mi cuerpo o cuanto deseaba besarlo, le dije que tenía una relación con Harry. Lo usé como pretexto y como muro de contención.

Necesitaba asegurarme de que saliera de una buena vez de mi vida. Y, aunque la idea me aterraba, aunque me clavara un puñal en el corazón por hacerlo, tenía que alejarlo. Era lo mejor para mi salud mental y física.

Lo que vi en sus ojos me hizo dar un paso atrás. En los meses que había estado con él nunca vi tanta pena en su mirada. *¿Me había excedido al mentirle? ¿Fui cruel con él?*

—Richard... —pronuncié. ¿Qué iba a decirle? No tenía idea, pero no quería que me odiara.

—Adiós, Lilian —murmuró, dio la vuelta y caminó por el pasillo hasta llegar a la puerta que llevaba a las escaleras de emergencia.

Cerré los ojos y lloré. No esperaba que me doliera tanto su pena. No esperé que mi corazón se rompiera más de lo que ya estaba. Me sequé las lágrimas que rodaron libres por mis mejillas, presioné el botón del ascensor y, cuando las puertas se abrieron, entré en él y dejé que me llevara a la planta baja.

\*\*\*

—¿Te gusta el lugar? Dicen que el postre es divino —dijo Harry con una sonrisa reluciente.

Sus dientes blancos se veían a pesar de la luz tenue del privado que escogió para los dos. Era un lugar elegante, muy elegante y muy costoso. El restaurant quedaba debajo de un hotel. No era boba, sabía porqué había escogido ese lugar precisamente. Pero, para su desgracia, yo no estaba dispuesta a subir al ascensor hasta el piso quince.

No esperé la carta, ni siquiera me bebí la copa de vino que habían servido para mí. Solo me puse en pie, le dije que lo sentía muchísimo y me fui. No era justo que gastara miles de dólares en bebida y comida cuando al final de la noche lo único que obtendría de mí sería una palabra de agradecimiento.

La semana siguiente, en casa todo era rosas y corazones. Charles y Elizabeth habían resuelto su rompimiento y estaba feliz por ellos. Fueron hechos el uno para el otro.

—¡Dios mío! Miren a Gatubela y a Batman —dije, al ver al par disfrazado de aquellos personajes, para la fiesta benéfica de la aerolínea. Cada año hacían una y, por idea de algún estúpido, ese año debíamos ir disfrazados.

—Hola, *my lady* —me saludó Charles, haciendo una reverencia. Me había puesto un disfraz de *María Antonieta*<sup>[2]</sup>, con cabello rubio y antifaz.

—¿Qué disfraz usará Richard? —le preguntó Lissy a su novio.

Escuchar su nombre revolucionó mi estómago. Tenía días sin saber de él y la idea de verlo en la fiesta me ilusionaba de la misma forma que me asustaba. ¿Podría seguir alejándome? ¿Resistiría la tentación? Quizás no.

Esperé ansiosa la respuesta de Charles. Él era su amigo y el único enlace que tenía con Richard. Una fuente de información que no me era muy útil ya que él desconocía que entre su amigo y yo hubo algo.

—No sé si vendrá, mi amor. Su padre seguía delicado la última vez que hablamos.

—¿Qué tiene su padre? —pregunté, sin siquiera pensar.

—¿No te había contado? Hace unos días su padre sufrió un infarto —contestó Lissy. Mi corazón se contrajo con fuerza al escuchar aquello. Imaginé a Richard asustado y triste. Hubiera querido estar con él para apoyarlo.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Estará bien?

—Según los médicos, sí. Está recuperándose —Suspiré aliviada.

A pesar de saber que el padre de Richard estaba enfermo, al llegar a la fiesta, lo busqué entre la multitud de personas disfrazadas. Había de todo, desde piratas hasta animales salvajes.

Dos horas más tarde estaba tan ebria que comencé a ver todo doble. Había mezclado Margaritas, Martinis y Gin-Tonic y necesitaba apartarme un poco del caos y la música.

Me alejé del tumulto de gente y llegué a un pasillo en el que había varias puertas. Esperaba encontrar un baño o una habitación con uno. La primera puerta estaba cerrada, pero la segunda no. Entré y tanteé las paredes por un interruptor, pero nunca lo encontré.

—Baño, no te escondas de mí —balbuceé en mi borrachera.

Una puerta se abrió y se cerró. Un olor a hombre alcanzó mis fosas nasales. Era un perfume divino, cítrico y amaderado. Busqué el cuerpo de aquel hombre y choqué contra su pecho. Sus manos sujetaron a mi cintura y fantaseé con Rich. Deseaba tanto que fuera él.

Su boca besó la mía bruscamente. Rich nunca me besaba así. Todo estaba pasando tan rápido que no sabía si soñaba o estaba despierta. En un segundo estaba de pie y al otro acostada en un suave colchón con el peso del hombre misterioso sobre mí.

Mientras me besaba la línea del escote, pude notar que su rostro estaba totalmente afeitado. No podía ser Richard, porque él usaba una barba incipiente, pero quería creer que sí; necesitaba que fuera él. Traté de tocar su rostro, pero él atrapó mis muñecas, impidiéndolo.

—¿Quién eres? —pregunté. Él no respondió sino que siguió besándome, acariciándome por encima de la ropa. Luego descendió hasta mis pies, subió la falda de mi

vestido, me quitó las bragas y me incitó con sus dedos, haciendo que me arqueara de placer.

Poco después, sentí su miembro duro y poderoso empujando dentro de mí. Me dejé llevar hasta el final en brazos de un extraño sin rostro ni nombre. Era mejor, al día siguiente no habría reproches ni corazones rotos.

## Capítulo 23

### Jodido amor

#### RICHARD

Pensar en ella en brazos de otro hombre me enfermaba. En ese momento pensé que el amor era un asco, que te convierte en nada, en escoria inservible. ¿Para que existe el jodido amor? ¿Para qué sirve? Para un carajo.

Esquivé un golpe a mi derecha, luego otro a mi izquierda. Estar en el ring era adrenalina pura y necesitaba eso. Necesitaba estar ahí para desquitar el dolor, para arrancar la pena y destrozarse a alguien más a punta de golpes.

El *ding* de la campana sonó, anunciando que había vencido al segundo oponente de la noche.

—Vaya, vaya. El hijo pródigo vuelve a casa —dijo una voz que jamás olvidaría.

—No soy tu hijo y mucho menos esta es mi casa —gruñí, sin mirarlo.

—No seas majadero, Richard. Sabes que eres bienvenido siempre.

Me giré y enfrenté al dueño del Círculo, Benito González. Natasha estaba a su lado, siempre fiel al amo y señor de la mafia. No pensé que estuvieran esa noche ahí. Nunca iban los lunes.

—Debut y despedida, Benito —le advertí y me largué de ahí, junto con Charles. Había cometido el error de decirle que iría y él insistió en acompañarme. Quería asegurarse de que estuviera bien y no hiciera alguna estupidez como drogarme o matar a alguien.

—Escucha, hermano. ¿Viste al hombre que se acercó al final? —asintió—. Es muy peligroso. Si alguna vez llega a ti, me dices de inmediato.

—¿Y tú estarás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, sé manejarlo —contesté convencido. Pero en verdad no estaba muy seguro. Fue un error ir ahí y llevar a Charles. Benito González me tenía de nuevo en su radar y eso no era bueno.

Caminamos hasta mi auto y conduje en silencio hasta el apartamento de Charles. Tenía muchas cosas en la cabeza y no podía hablar con mi amigo del asunto.

—¿Me vas a decir por qué estás enojado?

—No. La última vez que hablamos del tema dejaste claro que no podías guardarle secretos a tu novia y no quiero estropearlo ahora que volvieron.

—¿Cómo afectaría lo nuestro tu situación?

—Lo hace, Charles. No te preocupes, estaré bien.

—¿Es por una mujer?

—¿Cuándo no es por una mujer? —respondí. Charles suspiró, se bajó del auto y luego dijo:

—Cuidate, Richard. Hablo en serio.

Iba de camino a casa cuando mi teléfono sonó. Activé el manos libres y respondí.

—Richard... es papá... él —gimoteó Raiza—. Papá acaba de sufrir un infarto, lo están llevando a urgencias.

—¡Dios mío! —Detuve el auto a un lado de la carretera y traté de calmarme, para no asustarla. Debía ser fuerte por ella—. Todo estará bien, Raiza Papá es un roble, saldrá de esto.

—Es verdad. Estará bien.

—Llegaré a Texas en cuanto pueda.

Conduje rebasando la velocidad permitida hasta el apartamento, necesitaba mis documentos de identidad para tomar un vuelo a casa. Marqué a la aerolínea y pedí que apartaran un lugar en el próximo vuelo a Texas. Mi corazón bombeaba con tanta intensidad que dolía como el infierno. Mi papá, el hombre más honorable del mundo, no podía tener un final así. No lo merecía.

El vuelo tomó un poco más de tres horas. Maldije la distancia que me separaba de mi familia varias veces durante ese tiempo.

—Mamá. Estoy aquí —murmuré en sus brazos—. ¿Cómo está el viejo?

—Superó el infarto. Le están haciendo unos últimos exámenes. ¿Qué te pasó en el rostro?

Había olvidado que venía de pelear y tenía un par de golpes en el rostro que me dio el primer contrincante.

—No es nada, mamá. Me caí de bruces en el baño. Estaba un poco ebrio —Mentí. Ella no necesitaba lidiar con mis estupideces.

Pasó una hora hasta que pude ver a papá. Estaba débil, pero seguía con vida. Ese hombre no se dejaría vencer tan fácilmente. Su enorme voluntad era más fuerte que cualquier estúpido infarto.

—Hola, viejo. ¿Qué se siente vencer a la muerte? —bromeé.

—Es poderoso.

—¿Te sigue doliendo?

—Ya no tanto, hijo. Se necesita más que eso para vencerme —Sonreí y asentí. Lo sabía. Estuve con él hasta que la enfermera me echó de la habitación. Al salir, me comuniqué con la aerolínea para tomarme unos días.

Papá volvió a casa un par de días después. Mamá lo cuidaba como un niño pequeño y él estaba comenzando a irritarse. Nunca le había gustado depender de nadie, era testarudo y orgulloso... En eso me parecía a él.

—Tito, ¿dónde está Lili? —preguntó Rebeca, sentada en mi regazo.

—Está en New York, princesa —Hizo un puchero.

—Quiero verla, tito. Ella es muy bonita. ¿Te vas a casar con ella, verdad?

—Rebeca —la retó su madre—, deja tranquilo a tu tío.

La pequeña traviesa me dio un beso y se fue a jugar en su habitación, dejándome solo con su madre. Reconocí la mirada inquisitiva de mi hermana. No me dejaría tranquilo hasta que le hablara de Lilian. Se lo conté antes de que preguntara. Estaba furiosa, quería ir por Kate y arrancarle los ojos. Y también se enojó con Lilian por seguir adelante, pero le dije que no podía culparla, que yo había sido un cobarde por no haber admitido mis sentimientos antes.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—El divorcio está en marcha. Incluso antes de que Kate apareciera había hablado con mi abogada. Debí haberlo hecho años atrás.

—¿Y Lilian? ¿Dejarás las cosas así?

No había nada que hacer, ella dejó claro que estaba con Harry. ¿Qué derecho tenía de estropear su intento de felicidad?

—Eso quedó en el pasado, Raiza. No quiero seguir hablando de esto, me lastima —Mi hermana me dio un abrazo y luego se fue.

Salí a caminar un rato para distraerme de los pensamientos que me empujan hacia Lilian. Era increíble que unos meses antes estuviéramos en Texas, pretendiendo ser algo, y entonces ya ni eso teníamos. No podía sacarla de mi mente ni de mi corazón. A dónde fuera siempre estaba conmigo y estaba seguro que nunca la podría olvidar.

Me senté en el muelle, en el lugar exacto donde estuvimos la primera vez. Ese día supe que sentía cosas por ella, sabía que había sentimientos involucrados, pero seguí fingiendo que no.

El humano es un ser extraño, lleno de dudas e incertidumbres, de miedos y muros. Creamos una falsa realidad y nos aferramos a ella. Había cambiado mi vida de tal forma que me creí lo suficientemente fuerte para no amar de nuevo, para bloquear cualquier intento que mi corazón quisiera permitir. ¿Y de qué me sirvió? De nada. De nuevo estaba vacío y sin la mujer que amaba.

—¿Por qué tan solo, hermano? —me preguntó Ramón.

—Me agrada aquí. ¿Me necesitan en casa?

—No, solo quería hablar contigo un poco. ¿Qué tal tu castaña?

—No es mi castaña. Mejor háblame de ti.

Después de conversar un rato, supe que mi hermanito estaba enamorado. El problema era que la chica tenía un novio, que por cierto era un idiota según me contó.

En ese momento no era el mejor para dar consejos, pero traté de hacerlo lo mejor que pude y él me lo agradeció.

Nos quedamos un rato más en el muelle antes de volver. Aquel lugar me transmitía paz y tranquilidad. Le llamaba un trozo de cielo en la tierra.

—Querido, no puedes comer con sal. Recuerda lo que dijo el médico.

—Un hombre necesita su ración de sal, mujer —se quejó mi padre.

—Viejo. Veo que ya estás recuperado. El mismo cascarrabias de siempre —me mofé.

—No te burles si no quieres comerte mi plato desabrido.

Sacudí la cabeza y me quedé callado. Si algo había en mi familia era la sazón. Su comida debía estar asquerosa si se estaba quejando.

## Capítulo 24

### Resaca

LILIAN

La cabeza me iba a estallar. Arrastré los pies por la habitación con los ojos entre abiertos. Un martilleo constante pululaba en mi cabeza como un castigo a mi torpeza. Juré que nunca más me emborracharía así.

—Elizabeth McColl, mujer bendita de Dios. Hazme uno de tus mejengues sanadores —Le supliqué en la puerta de su habitación, esperando contar con su bondad.

—Eso te ganas por emborracharte —gruñó al abrir la puerta—. Te buscamos por una hora y te encontramos dormida en el suelo de un baño.

—¡Oh mi Dios! ¿Cómo hicieron? —grité, apenada.

—Charles te cargó. Estabas demasiado ebria.

—Lo último que recuerdo fue a Ariel haciendo el ridículo en el karaoke.

—Hubiera querido olvidar eso —dijo Lissy.

—¿Y Richard nunca llegó a la fiesta? —pregunté, mientras sorbía el té de hierbas horrendas que preparó mi dulce amiga.

—Nunca llegué a verlo. Creo que sigue en Texas. ¿Por qué tu repentino interés?

—¿Interés? No, solo es curiosidad —Mi amiga frunció el ceño, como si no estuviera muy convencida, y luego se fue a su habitación.

Los días fueron pasando y se convirtieron en semanas, luego en meses, cada vez era menos doloroso estar lejos de él, pero mis sentimientos seguían intactos. A veces me torturaba mirando las pocas fotos que guardé en mi *Smartphone*, mi favorita era una donde él sonría en la cama de su habitación, luego de hacer el amor... En mi caso, para él seguro fue solo sexo.

Amar a alguien es fácil, lo difícil es dejar de hacerlo. Aunque no lo estaba intentando realmente porque me hacía feliz quererlo, saber que mi corazón le pertenecía a él, y estaba convencida de que nunca más amaría a nadie más de esa forma tan poderosa, absurda y devastadora.

La pequeña esperanza que mantenía en mi corazón, de que sintiera algo remotamente parecido a lo que sentía por él, se esfumó una tarde mientras volaba a Buenos Aires. Caroline, una azafata de la aerolínea, estaba alardeando de su noche de sexo con Richard y hasta se regodeó diciendo que no era la primera vez y que la dejó quedarse toda la noche. Desde ese día dije *basta, tengo que olvidarlo, tengo que seguir adelante*... No sabía cómo.

\*\*\*

Tomé una ducha corta, me puse unos vaqueros, una camiseta y un abrigo tipo gabardina. Abril había comenzado y en New York seguía helando. Metí los pies en unas botas de invierno y salí para el supermercado. Lissy y yo nos turnamos para hacer las compras y ese mes me tocaba a mí. Leí la larga lista que escribió ella y giré los ojos. No me gustaba hacer mercado y la peor parte era meter todo en la alacena y el refrigerador.

Dos horas después de dar vueltas por todo el supermercado, la compra estaba casi completa. Solo me faltaban los tampones y sería libre. Me detuve a pensar cuándo fue la última vez que me vino y me di cuenta de algo espantoso, tenía dos meses sin menstruación.

—¡Oh mi Dios ¡No puede ser! —grité, haciendo que las personas a mi alrededor se quedaran mirándome.

*Mierda. Mierda. Mierda*, dije en cabeza mientras desviaba el carrito de compras al área de farmacia. Tomé cinco pruebas de esas donde haces pis, de distintas marcas, y corrí a pagarlas.

—No estás embarazada, Lilian, no puedes estarlo —Repetí en voz alta durante el trayecto a casa. Pensé que eso podía funcionar, se dice mucho del poder de la mente.

Subí al apartamento, dejé las bolsas con los víveres en la encimera y corrí al baño con las dichosas pruebas. Me senté en el sanitario luego de leer las instrucciones, hice lo que debía y esperé. Nunca creí que sería la clase de mujer que estaría rogando para que solo se marcara una rayita, pero me había convertido en esa mujer.

Veinte minutos más tarde, y con los cinco resultados en las manos, supe que estaba embarazadísima, pero no tenía idea de quién. Habían pasado más de tres meses desde que estuve con Richard y de ahí nada.

Entonces recordé la fiesta. Había estado con un tipo esa noche, con el hombre misterioso sin nombre ni rostro. Me quería morir. Tuve sexo con un desconocido sin protección. Pude haberme infectado de algo sin saberlo y, además, estaba embarazada.

\*\*\*

—Señorita White, puede pasar —Me dijo Susan, la enfermera de Mayela Blanco, mi ginecóloga y la mejor en todo New York.

—Hola, Lilian. Cuéntame.

—Hola, Mayela —Suspiré antes de soltar la bomba—. Estoy embarazada... al menos eso dijeron cinco palitos blancos.

—Te haremos una ecografía para estar seguras. Cámbiate la ropa y ponte una bata.

Cuando estuve lista, me recosté en la camilla y esperé mientras me hacía el estudio. La doctora me preguntó la fecha de mi última menstruación y llenó los datos en la computadora antes de comenzar.

—Aquí está. Tienes ocho semanas de gestación. Todo se ve normal... —No escuché nada más después de eso. No lo necesitaba.

Sentí mi cuerpo pesado, como si hubieran colocado una enorme roca en mi pecho. Estaba embarazada y no tenía idea quién era el padre.

—¿Está bien, Lilian? —me preguntó Mayela.

—¡No lo quiero! ¡No voy a tenerlo! —grité.

—Tranquila. No tomes una decisión ahora, Lilian. Piénsalo mejor y luego hablaremos de opciones.

—¡No! Ya lo decidí. No voy a tener este bebé.

—Hay lugares seguros para practicarse un aborto. Lee estos folletos y elige alguno. No vayas a otro lugar que no sea seguro. ¿Me escuchaste?

—Sí, doctora. Muchas gracias.

Me cambié la ropa y salí del consultorio, abatida. Pensarán que fui una egoísta, una mujer sin corazón por querer deshacerme de mi hijo de esa forma, pero no quería traer al mundo a un hijo si no tenía idea de quién era el padre. ¿Qué le diría? *Soy una ramera que no recuerda con quien se acostó*. Un bebé merecía a alguien mejor que yo, merecía una familia completa y no pedazos de una.

Pensé en la adopción, pero sabía que no iba a funcionar. Si lo tenía lo amaría. No era una maldita sin corazón.

Me quedé sentada en el auto por horas, leyendo los folletos que Mayela me había dado. Había mucha información, decía que a las ocho semanas el feto apenas tenía el tamaño de un frijol.

\*\*\*

—Ya queda poco. En cualquier momento comenzará el proceso. —me dijo la doctora Edwards, quien se encargaría de practicarme el aborto.

—¿Qué quiere decir que en cualquier momento? Solo me colocaron solución intravenosa. Pensé que era diferente.

—La enfermera debió explicarte, el medicamento administrado vía intravenosa provocará que tu útero se contraiga para expulsar el feto.

Rompí a llorar cuando escuché que ese líquido estaba matando a mi hijo. Debí pensarlo mejor como dijo Mayela, pero no esperé, solo conduje a la clínica que elegí de un folleto, entré y solicité un aborto. Cuando lo hice estaba segura que era lo que quería, firmé unos documentos diciendo que era lo que quería, pero en el momento que supe que estaba pasando, entré en pánico.

*¿Qué diablos estaba haciendo? Yo no soy así, no debí venir. Esto está mal, muy mal.*

—¡Sácamelo! ¡Sácamelo, ahora! —grité, desesperada.

—Tranquila, Lilian. Sucederá pronto —respondió la doctora sin inmutarse.

—No al bebé. Detén esto. Quítame esta cosa, no quiero matarlo. No, por favor — Edwards abrió muchos los ojos y negó con la cabeza.

—No hay nada que podamos hacer ahora. Ya está hecho.

Arranqué la aguja de mis venas y busqué mi ropa para irme de ahí. Me dije que estaba a tiempo, que aún no comenzaba y que no iba a dejar que sucediera.

—No te puedes ir así, es peligroso —dijo, tomándome por la muñeca.

—¡Deténgalo, por favor! —grité, cayendo de rodilla a sus pies.

—Lo siento, Lillian.

Me fui de ese lugar, contra la indicación de la doctora. Conduje a casa con mucha dificultad, mis manos temblaban mientras sujetaba el volante. En el camino le decía a mi frijolito que por favor se quedara ahí y que lo sentía mucho. Fui una tonta, estúpida e ignorante al tomar una decisión así sin detenerme a pensar, sin analizar más opciones o hablarlo con alguien.

Cuando llegué al apartamento, encendí mi laptop y tecleé las palabras *evitar un aborto*. Leí muchos artículos y vi imágenes grotescas de los abortos. Lloraba mientras pasaba las páginas, maldecía entre sollozos y también repetía muchas veces *por favor bebé, quédate ahí*.

—¡No por favor! No me dejes —grité, cuando sentí un fuerte dolor en mi vientre. Sabía que el momento estaba llegando.

Me llevé las manos al vientre, como si con ello pudiera hacer algo para mantenerlo dentro de mí, pero era inevitable, estaba sucediendo y no había manera de detenerlo.

Cuando el dolor se hizo insoportable, corrí al baño, me bajé los vaqueros y las bragas y me senté en el sanitario. Estuve ahí por horas, hasta que mis músculos se entumecieron.

No podía creer lo que había hecho. No había perdón para mí. Lo asesiné por cobarde, por no tener el valor de asumir mi responsabilidad, por pensar que tener un hijo sin un padre era lo peor del mundo.

Me levanté del sanitario, me metí en la ducha y estuve debajo del agua helada hasta que no sentía nada, ni mi propia alma. En algún momento salí de ahí, abrí el armario y saqué el vestido acampanado color púrpura que Lissy me regaló en mi último cumpleaños. Era una estupidez elegir ropa para morir, pero pensé que facilitaría las cosas para mi amiga cuando me encontrara. Quizás pasarían días antes de encontrarme, esa noche ella estaba con Charles y muchas veces se quedaba varios días.

Después de vestirme, abrí el cajón donde guardaba las pastillas y me metí una gran cantidad en la boca. Lo hice porque me había convertido en una escoria humana y no merecía vivir. Si mi hijo murió yo también debía hacerlo.

Salí a la sala y me recosté en el sofá para esperar mi muerte. Tenía mi teléfono en la mano. Lo llevé conmigo para escribir solo dos palabras en un mensaje, las únicas que lamenté nunca haberle dicho: Te amo. Le envié el mensaje a Rich y apagué el teléfono.

—Te amo, Richard —susurré, mientras me adormecía.

## Capítulo 25

### Te amo

RICHARD

—¡Oh Dios! —gritaba la morena, frenéticamente, mientras la follaba duro sobre la mesa de pool.

Esperaba que siendo el Richard de antes olvidaría a Lil, pero era peor el remedio que la enfermedad. No podía desligarla de mi mente ni de mi jodido corazón. Siempre estaba presente. Aunque del antiguo Richard no quedaba mucho; porque sí, seguía teniendo sexo con diferentes mujeres, pero ya no les ponía reglas, si querían quedarse acurrucadas en mi pecho toda la noche, las dejaba; si querían que nos viéramos de nuevo lo hacíamos. Ya no hacía falta proteger mi corazón, ya estaba hecho mierda.

Y cuando pensé que no podía dolerme más el corazón, la vi. Caminaba en el aeropuerto con aquel andar sensual que tenía su sello de exclusividad, ese que me volvía loco y me arrebatava todo el oxígeno de los pulmones... La amaba amarga y dolorosamente.

—Hola, muñeca —La saludé desde mi posición, a tres metros de ella. No me escuchó, tampoco esperaba que lo hiciera. Guardar la distancia fue lo más difícil, pero también fue lo más conveniente porque estar cerca de ella sin poder tenerla acabaría con lo poco que quedaba de mí.

—Richard, disculpa la tardanza. Tuve que volver por unos documentos de un caso —se excusó Whitney mientras tomaba asiento frente a mí en el café donde nos reuníamos.

—Si traes buenas noticias no le prestaré atención a tu retraso —Ella me miró, sonrió y dijo:

—Richard Hernández, eres oficialmente un hombre libre.

—¿Qué? Te haré un altar, mujer.

Me levanté de la silla y le di un enorme abrazo. Estaba feliz de ponerle punto final al absurdo que fue mi matrimonio con Kate. Y, además, podía ir con Lilian y decirle que era libre, que no había nada que nos separara. No quería seguir con mis noches de sexo vacío solo por calmar mi ansiedad por ella. Era un absurdo de magnitudes astronómicas.

Salí del café y conduje mi auto a *Upper East Side*. Estaba preparado para decirle a Lil que la amaba y que mi vida sin ella no tenía sentido. Decía un discurso en mi cabeza, lleno de argumentos, recuerdos nuestros y palabras de amor. Todo lo que hiciera falta para recuperarla. Hasta tenía respuestas para sus posibles excusas. Harry por supuesto sería una de ellas, pero sabía que no estaba con él. Charles me lo dijo una tarde mientras jugábamos *Call of Duty*.

Mi corazón se convirtió en un motor de dieciséis pistones, rugiendo en mi pecho, cuando *Vivir mi Vida* de *Marc Antony* sonó en mi *Smartphone*. Era el tono que programé para Lilian. Liberé el bloqueo y leí las dos palabras que me escribió: Te amo.

No lo podía creer. No habíamos hablado en meses y justo ese día me llegaba una confesión por medio de un mensaje de texto. Me sentí feliz y perturbado a la vez. Ella no era así. Ella no hacía esas cosas. ¿Por qué lo haría?

La llamé varias veces y no respondí, su teléfono me enviaba directo al contestador. ¿Y si el mensaje no era para mí y al ver el error apagó su teléfono? Era una posibilidad, pero no dejaría la respuesta al azar. Necesitaba escucharlo de su boca.

\*\*\*

Toqué la puerta del apartamento varias veces sin tener respuesta. Pensé que quizás Lil estaba al otro lado del mundo en algún hotel esperando un próximo vuelo. No podía saberlo sin preguntarle a Elizabeth y si le preguntaba sería muy sospechoso. ¿Qué hacía entonces?

Volví a tocar, grité su nombre y el de Elizabeth... nada. Tiré de la manija de la puerta hacia abajo, esperando que la puerta estuviera sin cerrojo, lo estaba. Entré al apartamento en penumbras, busqué el interruptor y encendí la luz.

—Lil, soy Richard. ¿Estás aquí? —pregunté, mientras caminaba por el apartamento. Seguí avanzando hasta llegar a la sala y entonces la vi en el sofá. Parecía que dormía.

—Lilian, muñeca. Soy yo, Richard —le dije, tomando su mano. No me respondió, no hubo un quejido o algún sonido que me diera a entender que estaba despertando. Recosté mi cabeza sobre su pecho para escuchar su corazón y apenas latía.

—¡Lilian! Despierta, por favor ¡Lilian! —La cargué en mis brazos y un frasco vacío de medicamento rodó por el suelo y se detuvo junto a su teléfono.

El corazón se me detuvo, mi vida se detuvo... Ella me escribió ese mensaje como una despedida. Ella quería morir, pero yo no lo iba a permitir.

Recogí el frasco y el teléfono, los metí en el bolsillo de mi chaqueta y la saqué de ahí. Era la tercera vez que llevaba a Lil inconsciente a un hospital y temía que podía ser la última.

—No me hagas esto, Lil. No me dejes —le rogaba mientras conducía. No quería perderla. No así. No por una maldita sobredosis. La miraba por el retrovisor y recordaba a Raquel en el suelo de su habitación, la veía en una urna... Lloré todo el trayecto hasta el hospital. No era un llanto suave y silencioso, estaba sollozando como un niño perdido. Estaba perdiendo al amor de mi vida.

Detuve el auto frente a urgencias, corrí con ella en mis brazos, grité por ayuda, pedí que la salvaran, que no la dejaran morir.

—Te amo, Lilian. Quiero que lo sepas, mi amor —pronuncié, antes de acostarla en la camilla que habían acercado para ella.

Todo a mi alrededor daba vueltas, las voces se escuchaban como ecos lejanos. No podía percibir nada más que el dolor de mi corazón, que sus latidos desesperados rogando por esperanza.

—Señor, necesitamos saber el nombre de la paciente —Logré escuchar esa vez. Miré a la doctora que tenía delante de mí y comencé a hablar sin parar.

—Lilian White. Ella se tomó unas pastillas, aquí está el frasco. La encontré en el sofá, su corazón latía, lo escuché. Estaba viva.

—Señor...

—¿Está viva, verdad? ¿La traje a tiempo? Dígame que la traje a tiempo. Me escribió te amo, mire. Ella lo escribió a las ocho treinta, solo han pasado quince minutos. Puede que se salve, ¿verdad?

—Señor, cálmese.

—Quizá no las tomó todas. Quizás solo fueron cuatro o...

—Señor, escuche. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para salvarla, pero necesito que se calme y que se siente en la sala de espera. Le informaré en cuanto sepa algo.

—¿La va a salvar? —le pregunté. Ella me miró con condescendencia y luego se fue.

Estuve en sala de espera por cinco minutos y luego salí del hospital. Estar en una silla sentando, esperando que me dijeran ¿qué?, que estaba muerta, que llegué tarde. No podía estar ahí. No quería.

Salí del Hospital *Mount Sinai* y corrí hasta pasar la *Quinta Avenida*. El vaho escapaba por mi boca mientras jadeaba, con las manos apoyadas en mis rodillas. El eco de mi voz resonó entre los árboles de *Museum Mile* cuando grité el enojo y la impotencia fuera de mí. Necesitaba hacerlo o explotaría. Pero gritar no era suficiente, necesitaba a alguien que me dijera que todo estaría bien, necesitaba a mi hermana.

—¿Richard, está todo bien?

—Ella... ¡Oh Dios! Ella intentó suicidarse —gemí.

—¿Estás llorando? Espera, ¿de quién hablas?

—Lilian... Ella... No sé si lo logre. No la quiero perder, hermana. Tengo tanto miedo, tanto.

—No, no la perderás. Sé que no es fácil, sé que tienes miedo, pero tienes que ser fuerte por ella. ¿De acuerdo?

—Es que... Nunca se lo dije, Raiza. ¿Por qué no lo hice antes? Soy un idiota. ¿Y si se muere y nunca lo sabe?



—Lo sabe, Richard. Nosotras siempre sabemos —Nos quedamos en silencio por varios minutos. Raiza sabía que no necesitaba más palabras, solo apoyo y ella me lo estaba dando.

—Tengo que volver. Te llamaré cuando sepa si...

—Me llamarás cuando te digan que está a salvo.

—Te quiero, Raiza. Diles a todos que los quiero, que yo...

—Se lo dirás, hermano. Sé que lo harás.

Regresé al hospital después de despedirme de Raiza. Estaba más calmado, pero el dolor en mi pecho no se había alejado, no lo haría hasta saber que mi muñeca estaba a salvo.

—Señor, lo estuve buscando para decirle que...

—¿La salvaron? Dígame que sí, por favor.

—La lograron estabilizar hace unos minutos, la tendremos en terapia intensiva hasta que despierte y esperamos que...

—¡Oh mi Dios! ¿Ella está viva? ¿Lo está?

—Sí, señor —respondió el médico.

Arrastré mis dedos en mi rostro mientras exhalaba el miedo fuera de mí. Esos treinta minutos fueron los más aterradores de toda mi vida.

\*\*\*

Estuve toda la madrugada en la sala de espera. Según la doctora Avery, ella estaba mejor y la pasarían a primera hora de la mañana a una habitación. Me trató de disuadir para que fuera a casa y volviera temprano pero no accedí. Necesitaba estar ahí.

A las cinco de la mañana le envié un mensaje a Charles, pidiéndole que me cubriera en el vuelo a Madrid. No me pareció extraño que respondiera a esa hora, él era muy madrugador. Le di las gracias por aceptar y no le dije el motivo, quise esperar que Lilian decidiera si contaría lo que pasó o no.

—Señor Hernández, ya puede pasar a verla —Me informó una enfermera. Me había quedado dormido, apoyado contra una pared de la sala de espera.

La seguí al piso de hospitalización, adormilado. Necesitaría al menos veinte horas de sueño para recuperar la mala noche que pasé en ese lugar. Aunque ya debía estar acostumbrado, Lilian tenía como propósito mantenerme al borde un infarto.

Cuando abrí la puerta de la habitación me valió un carajo la mala noche y el casi infarto. Ella estaba ahí y era lo único que realmente me importaba.

—Finge que me amas, Richard. Solo por hoy. No me juzgues, no preguntes, solo abrázame —dijo con dolor.

—Lilian, yo...

—No digas nada, Richard. Solo ven aquí y abrázame.

Mi oración terminaba así: *No necesito fingir, Lil. Te amo con todo mi corazón*. No la completé porque ella no necesitaba oírme decirlo, solo quería que la sostuviera. Me necesitaba a mí.

La acompañé en la cama y la recosté sobre mi pecho. Sentir el calor de su cuerpo sobre el mío y su respiración fuerte y constante alivió mi corazón moribundo. No estaba preparado para perderla y nunca lo estaría.

## Capítulo 26

### No me ames

LILIAN

Dicen que cuando uno muere —o está muriendo— ve una película en la cabeza, un resumen de su vida o algo parecido. Yo no vi nada, solo oscuridad. No había una luz esperándome al final, no había cielo o infierno, solo tinieblas. Sentía que mi cuerpo estaba suspendido como el humo en el aire y quería que la muerte llegara como un huracán y me arrastrara a un lugar de dónde no pudiera volver. Y el huracán llegó, pero no me arrastró, me salvó. Richard Hernández me salvó. Lo supe al despertar. Una de las doctoras que me atendió me dijo que un rubio de ojos grises me trajo y que de no ser por él hubiera muerto.

Recuerdo haber dicho que había matado a mi bebé. Recuerdo gritar que no me ayudaran, que no me salvaran, que no lo merecía. Recuerdo tan vívidamente todo el dolor y la culpa de lo que había hecho.

—¿Puede decirme qué pasó? —me preguntó la psiquiatra del hospital. No recuerdo su nombre. Todo fue muy confuso para mí.

—Maté a mi hijo y luego me intenté suicidar —respondí sin inmutarme. No porque no me doliera, sino porque no merecía ni siquiera desahogar mi pena con lágrimas. Llorar drena y consuela y no merecía consuelo.

—Entiendo. ¿Por qué lo hizo?

—¿Matar a mi hijo o intentar matarme? —espeté.

—Usted dígame.

—No, no diré nada. Solo... inténame en psiquiatría, póngame grilletas y déjeme ahí.

—Usted no está loca, señorita White.

Pense que algo en el mundo estaba mal cuando una psiquiatra decía que intentar suicidarme no era un motivo de locura, sino una consecuencia de la culpa. Me recetó antidepresivos y terapia psicológica. Eso fue todo.

—Mientras estubo inconsciente le practicamos un legrado para terminar el proceso de aborto. La placenta seguía dentro de usted y eso...

—Si no me van a internar, ¿cuándo puedo irme? —La interrumpí.

—En la tarde o quizás mañana. Eso depende de lo que diga el médico tratante.

—Hable con él y dígame que me quiero ir.

—Le diré. ¿Quiere que el señor Hernández pase a verla?

—Él... ¿Richard sigue aquí? —Ella asintió con una sonrisa tímida—. Está bien. Puede decirle que pase.

Cada nervio de mi cuerpo se estremeció al verlo de pie en la habitación. Él era la única persona que necesitaba en ese momento, pero era la última que quería que estuviera ahí. No sabía cómo mirarlo ni qué decirle para justificar la decisión egoísta que había tomado. No pensé en él, ni en Lissy o en Natasha. Solo quería aliviar mi pena sin importarme lo que ellos pudieran sentir.

—No digas nada, Richard. Solo ven aquí y abrázame —Mi petición fue otro egoísmo, un regalo que no merecía.

Sus brazos fueron como una medicina que alejaba el dolor que traspasaba mi cuerpo y penetraba mi alma. Él llenaba partes de mi corazón que creí haber perdido cuando dicté mi sentencia a muerte.

\*\*\*

Acaricié el rostro de Richard mientras dormía. Se veía hermoso, sereno... Deseaba tanto regresar el tiempo, volver al día que lo conocí, enmendar mis errores... nuestros errores.

—Hola, muñeca. Siento haberme dormido —musitó con la voz ronca.

—Quería dormir, Richard. Dormir para siempre.

—¿Por qué, Lil? ¿Por qué hiciste algo así?

—Porque no merezco vivir, Richard. Quizás eso no responda a tu pregunta, pero es lo único que te diré.

—Lilian, no digas eso. Yo te necesito. Yo... no puedo vivir sin ti. —Su confesión me abrumó. Él estaba diciendo que...

—¡No! ¡No digas nada más! —grité, con lágrimas en los ojos. Estaba conmocionada por sus palabras, por lo que significaban.

Sus manos acunaron mi rostro y sus ojos, fuertes como el hierro y a la vez dulces como un panal de miel, me confirmaron lo que su boca había dicho.

—No sé qué te llevó a tomar esa decisión y no te presionaré para que me lo digas, pero tengo que decirte que te metiste en mi corazón sin permiso, te adueñaste de él y luego me lo regresaste en pedazos. Traté de olvidarte, lo intenté por meses, pero no pude, Lil. No pude porque es tuyo, mi corazón es tuyo. Yo te amo y necesito que luches, que lo intentes, que no te rindas, porque si tú no estás, mi vida no tiene sentido.

No podía creer lo que me estaba diciendo. Le creía, pero no entendía por qué tuvo que decirlo justo cuando no lo merecía, cuando lo único que quería era dejar de respirar.

—No, Richard —murmuré—. No puedes amarme. No ahora.

—Lo hago, Lilian. Y ahora más que nunca. ¿Sabes por qué? Porque estuve por perderte y ese dolor, ese maldito dolor me hizo desear estar en tu lugar. ¿Quieres que no te ame? Entonces tendrás que matarme.

—Richard... —gimoteé en su pecho. Bañé su camiseta con mis lágrimas, inundé la habitación con sollozos y me dejé vencer entre sus brazos. Él no podía entender lo hermosas e inoportunas que fueron sus palabras. No sabía que la muerte ya había cubierto mis manos de sangre.

—Te amo, Lilian. Y no puedes pedirme que no lo haga —pronunció, secando mis lágrimas. Acerqué mis labios a los suyos y lo besé, lo hice para calmar su angustia, para resarcir el dolor que le causé, para darle un poco de paz antes de la tormenta.

\*\*\*

—¡Esto no puede ser! —gritó Richard, dando un salto de la cama del hospital. Negaba con la cabeza mientras sostenía su teléfono.

—¿Qué pasa, Richard? ¿Qué estás viendo?

—Él no debía ir ahí. Charles no... —balbuceó, con la voz temblorosa.

—¿¡Me vas a decir o no!? —grité. No me respondió, caminó a la mesita que estaba al lado de la cama, abrió el cajón y sacó el mando del televisor. Miré atónita como cambiaba de canales como un demente. Ver lo nervioso que estaba comenzó a alarmarme. Nunca lo había visto tan asustado. Algo malo estaba pasando.

—¡Oh mi Dios! —dije, cuando Richard se detuvo en un canal de noticias que anunciaba el accidente de *Royal Airlines*. Los latidos de mi corazón se volvieron dolorosos cuando leí el nombre de Charles. Él era el piloto.

Todo se enlazó en mi interior como un cordón de mil dobleces y estallé en llanto, en un doloroso y fuerte llanto.

—Él estará bien, mi amor. No llores —me pidió Richard, abrazándome. La ternura y el amor con el que lo hacía me estremecieron. Él me estaba consolado por lo de Charles, pero no sabía que había más, mucho más por lo que lloraba.

—Tengo que decirle a Lissy. Ella... ¡Dios mío! ¿Cómo se lo digo? —sollocé.

—Estaré aquí, muñeca. Justo aquí —me prometió, sosteniendo mi mano.

Me tardé unos minutos en recomponerme antes de poder llamar a mi amiga. Fue horrible darle esa noticia tan terrible. Quería estar con ella, sosteniendo su mano de la misma forma que Richard lo hacía conmigo.

—Tengo que salir de aquí, Elizabeth me necesita —dije, mientras me quitaba la sábana de encima para bajarme de la cama.

—Lil, no estás en condiciones. Tienes que recuperarte para poder salir y apoyarla.

—Es que ella no tiene a nadie, Rich. Yo soy su familia.

—Lo sé, muñeca. Lo entiendo, pero...

—¡No lo entiendes! Tú tienes familia. Tú no estás solo como nosotras. ¡Estamos solas! —le grité. Golpeaba el pecho de Richard con los puños cerrados y le pedía que me soltara, pero no lo hacía.

Una enfermera entró alarmada a la habitación. Intentó ponerme un calmante, pero Richard no la dejó. Le dijo que él se encargaría de mí. Comencé a rendirme, a ceder en sus brazos y dejé de gritar.

—No estás sola, muñeca. No lo estarás nunca más —Su promesa llegó acompañada de caricias suaves en mi espalda. En sus brazos me sentía a salvo y, a la vez, aterrada. Sabía que lo perdería cuando supiera lo que hice.

Me quedé en el cobijo de sus brazos hasta que mis piernas se cansaron de sostenerme. Richard me ayudó a recostarme de nuevo en la cama y terminé quedándome dormida. Me sentía cansada tanto física como mentalmente.

Cuando desperté de nuevo eran más de las ocho de la noche. Dormí más de lo que hubiera querido. Tenía que estar en otro lugar que no incluía la cama de un hospital.

—Lissy, tengo que ir con ella —murmuré.

—Lo sé, muñeca. Irás con ella cuando te sientas mejor.

—No, Richard. ¡Tengo que ir ya!

Richard no estaba de acuerdo, pensaba que era riesgoso para mí salir del hospital, pero yo quería estar con Elizabeth. Ella me necesitaba y no la dejaría sola.

Me dieron el alta bajo mi responsabilidad. Firmé los documentos, me vestí y salí del hospital. El camino en el auto se tornó pesado e incómodo. Había palabras por decir, asuntos sin resolver, pero no era el momento. No quedaba espacio para nosotros.

Escalofríos me abordaron a medida que avanzaba dentro del apartamento en penumbras. Los recuerdos de lo que ahí había pasado seguían frescos en mi memoria como una pintura recién hecha. El más leve sonido penetraba en mis oídos y me perturbaba: mi respiración pesada, la de Richard, mis pasos, los suyos y, sobre todo, la voz dentro de mi cabeza que gritaba ¡Asesina!

Retuve un gemido entre mis labios apretados. No era momento de flaquear, no era mi momento. Estaba ahí por Lissy y debía ser fuerte por ella.

—Espera aquí —le pedí a Richard entre susurros. Él le dio un leve apretón a mi mano y luego me soltó.

Abrí la puerta de la habitación de Lissy lentamente. La luz tenue que proveía la lámpara de la mesita de noche me dejó verla recostada en la cama, abrazada a una almohada, con los ojos cerrados. Por un momento pensé que estaba dormida, pero luego escuché un gemido.

—Estoy aquí, Lissy —le dije mientras me escurría a su lado. Rodeé su cintura con mi mano y la abracé contra mi pecho. El dolor en mi corazón crecía con cada suspiro que ella emitía, esos que me decían que estuvo llorando por horas.

—Fui a la oficina. El señor Wells me dijo que... —sollozó, sin poder terminar las palabras.

—Lo sé, Lissy. Lo siento tanto. De verdad lo siento —Me quedé ahí el tiempo suficiente para que se quedara dormida. Me levanté de la cama, la arropé con el edredón y luego salí a la sala.

—Si Charles no lo logra... —musité, abatida.

—No pienses así, muñeca. Sé que él volverá. Tiene que volver —Trató de sonar convencido, pero no podía esconder la pena y la culpa de sus ojos. No debía sentirse así. Charles ocupó su lugar en el vuelo para poder quedarse conmigo. La verdadera culpable era yo por mis malas decisiones.

—¿Puedo quedarme contigo? Prometo ser silencioso. Elizabeth no sabrá que estoy aquí —Asentí, porque lo necesitaba más que nunca y sabía que él también a mí.

Entrar a esa habitación era lo menos que quería, pero no tenía opción. No había otro lugar donde pasar la noche. Giré el pomo de la puerta con mano temblorosa. Cada paso que daba me acercaba al infierno que había construido, hacia el fuego ardiente de la culpa y el dolor. Cuando la puerta se cerró, me dejé caer de rodillas en el suelo y cubrí mi llanto con las manos. No podía dejar que Lissy me escuchara. Ella no podía saber lo que había hecho.

Los brazos fuertes de Rich me levantaron del suelo y me llevaron hasta mi cama. Aquel gesto me conmovió de tal forma que me sacó del infierno y me trasladó al cielo... Fue un milagro que no debió llegar a ser. Era demasiado para alguien como yo.

—No puedes amarme, Richard.

—No puedo dejar de hacerlo, Lil. Es inevitable —Confesó con la voz quebrada. Él también estaba llorando.

¿Qué fue lo que hice?, me reproché, al ver la devastación que había dejado a mi paso.

\*\*\*

—Buenos días, muñeca. ¿Qué haces ahí? —Me preguntó, al ver que estaba sentada en el suelo, en una esquina de la habitación—. Ven aquí —ordenó, extendiendo un brazo hacia mí.

Me levanté del suelo y caminé con temor hasta la cama. Rich palmeó el espacio vacío del colchón, invitándome a acompañarlo. Me senté a su lado y empujé el dolor a un costado para regalarle una pequeña sonrisa.

—Gracias por estar aquí, Rich. Valoro mucho tu amistad y sé que Lissy también lo hará.

Él parpadeó varias veces, incrédulo. Mis palabras fueron intencionales, las estuve pensando por tres horas en la esquina de la habitación.

—Creí que había sido muy claro contigo. Esto no se trata amistad sino de amor. Verdadero amor, Lilian. Un amor que quiero compartir contigo. Ámame, por favor —lo pidió con súplica, con dolor, con una profunda tristeza que tackleó mi alma al suelo.

Me levanté de la cama, intentando construir una línea invisible que me alejara de él. No podía tenerlo cerca cuando le dijera lo que había preparado. Inhalé profusamente, llenándome no solo de oxígeno sino también de valor, y entonces dije:

—Escuché cada una de tus palabras, Rich. Las tengo grabadas a fuego en mi pecho y también te amo. Te amo desde antes de saberlo, desde que me subí a esa moto contigo, desde que apartaste mi cabello en el piso de tu baño, desde que le dijiste a tu familia que era tu novia. Te amo incalculable y desmedidamente y, por esa misma razón, no puedo permitir que tú me ames. ¿Sabes por qué? Porque ya no soy la mujer de la que te enamoraste, Richard. Morí ayer. Estoy muerta y no merezco amor.

Sus ojos brillaron en consecuencia y de nuevo la culpa se asentó en mi corazón. Le estaba rompiendo el corazón al único hombre que me había declarado su amor, al único que lo había demostrado... al único que yo amaba.

Richard se levantó de la cama, la rodeó y llegó hasta mí como una brisa fuerte que quiebra lo que encuentra a su paso. Sus manos sostuvieron mi rostro y su cuerpo empujaba el mío contra la pared. Me sentí cautiva y libre a la vez. Supuse que él lucharía, pero no tomé en cuenta lo frágil y vulnerable que me sentiría cuando lo hiciera.

—¿Entonces qué hago con este amor que quema mi pecho, Lil? Porque quiero entregártelo. Es tuyo. Te pertenece a ti. ¿Sabes qué? Te lo doy ahora. Lo pongo en tus manos sin restricciones ni condiciones y si tú no lo tomas yo también moriré.

—No lo hagas más difícil, Richard. Entiéndelo, no puedo estar contigo. No basta el amor. Ya nada es suficiente.

—¿Dices que no?

—Digo que no.

—Te esperaré, muñeca. Toda la vida, una eternidad si es necesario, pero no me rendiré. Nunca me rendiré.

Lo que él decía, la forma como lo hacía, me imposibilitaba decirle que no. Porque su amor era lo que más anhelaba tener y, cuando él estuvo preparado para entregármelo, yo ya no lo esperaba.

—Lil, ¿estás ahí? —preguntó Lissy.

—¡Sí! —grité. Su voz me había tomado por sorpresa—. Ya salgo.

Le dije a Richard que esperara en la habitación, asintió pero la decepción brillaba en sus ojos. Él no entendía mi decisión, pero yo sabía que a la larga lo haría y me daría las gracias.

## Capítulo 27

### Decidí amarte

RICHARD

Habían pasado ocho días desde el accidente aéreo y la culpa tiraba de mi pecho cada vez más fuerte. Yo puse a Charles ahí. Debí ser yo. Elizabeth me lo reprochó, yo me lo reprochaba... Fueron días terribles. Y no solo por Charles, también por Lil. Ella no estaba bien, no era la misma desde el día que intentó suicidarse. Todavía no sabía por qué lo había hecho y eso me atormentaba cada día.

Me costó mucho convencerla para que aceptara algo más que mi amistad. Estaba empeñada en no merecer mi amor y yo le seguía diciendo que no me importaba lo que ella pensara. Le dije que estaba enamorado de ella y que nada lo cambiaría. Le prometí que por muy horroroso y terrible que fuera lo que ocultaba, siempre la amaría.

—No, Richard. Esto no funciona. Es muy grande. No va a entrar —se quejó.

—Si entra, muñeca. Solo es cuestión de paciencia y táctica.

—Richard Tercero, no hay forma de que todas estas cosas entren ahí —riñó de nuevo.

—Lil, si llego a Texas sin el regalo de Rebeca me asesina.

—¿Le tienes miedo a una niña? —se burló.

—Eh, sí. Tú deberías tenerle miedo.

Finalmente logré meter la enorme casa de *Barbie* en el maletero del auto y estuvimos listos para salir. La aerolínea nos había dado unos días por el asunto del accidente. Elizabeth se fue a Lisboa para buscar a Charles y nosotros salíamos a Texas para hablar con Vivian, la madre de Charles, quien había interpuesto una prohibición para que la compañía mantuviera a Elizabeth al margen de la información. No entendía por qué lo hacía y necesitaba resolverlo.

El viaje a Texas en auto tomaría más de un día, pero necesitaba algo que nos volviera a conectar. El secreto de Lilian nos separaba cada vez más, ella había cambiado. Ya no sonreía de forma genuina, esa hermosa sonrisa que iniciaba, reflejándose en sus ojos, y finalizaba en su boca. Apenas me dejaba besarla y todas nuestras charlas giraban alrededor de Elizabeth y el accidente de Charles. No es que no me importara mi amigo, sino que me preocupaba por ella y quería que confiara en mí.

Antes de esa noche, pensaba que Lil era fuerte, segura, alegre, pero la verdad es que era frágil y vulnerable. Ella estaba enfrentado su dolor y el de Elizabeth y no sabía cuánto más podía soportar. Pasé noches en vela pensando en ella. Imaginar que intentara algo así de nuevo me comía vivo.

—*Bien... tu amor me hace bien, tu amor me desarma* —Cantaba, alternando la mirada entre Lil y la carretera. No me importaba lo desafinado que sonara, solo quería hacerla sonreír y lo estaba logrando.

—Rich, creo que te equivocaste de profesión —Seguí cantando, le dediqué la canción completa sin importarme que se burlara de mí. Eso era lo que quería, que recuperara su risa, su alegría chispeante y contagiosa.

Llevábamos cuatro horas de camino cuando una de las llantas del auto se pinchó. Rodé un poco más de un kilometro y estacioné el auto en una gasolinera.

—Espera aquí, la cambiaré rápido.

—¡Ay no, Rich! Necesito estirar las piernas y también comprar algo para el camino. ¿Por qué no compraste snacks o bebidas? Eres malo planeando viajes en carretera. Muy malo.

—Ve, muñeca. No tardes.

—Necesito dinero, Rich. No puedo pagar con mis encantos —bromeó. Aunque para mí no era juego, ella podía lograr mucho con sus encantos.

—¿Qué haces? —le pregunté, cuando vi que se quitaba la sudadera.

—¿Qué crees? Aquí hace como mil grados. Tengo calor —La miré serio y ella sacudió la cabeza a los lados. No me gustaba la idea de ella caminando por ahí, usando ese diminuto top y menos cuando en la estación había más de diez tipos haciendo fila para recargar gasolina, eso sin contar a los trabajadores del lugar.

»Ya vuelvo, gruñón —Me dio un beso de pico y se bajó del auto. No le quité un ojo de encima hasta que cruzó la puerta de la tienda.

Me bajé del auto, abrí el maletero y saqué las herramientas para cambiar la llanta, en eso debía concentrarme, pero no dejaba de mirar el reloj en mi muñeca. Desmonté la llanta mala, puse la de repuesto, enrosqué las tuercas y Lil todavía no aparecía.

Cinco minutos, era el tiempo que esperaría antes de buscarla. Me recosté contra el auto, sin quitar la vista de la puerta de la tienda. Ella apareció, antes de que el tiempo acabara, con dos grandes bolsas de papel. Los idiotas que estaban en la estación se quedaron mirándola embobados. *¿Acaso nunca habían visto a una mujer?*

—Entra al auto mientras guardo las herramientas.

—Ouch, pero que geniecito el que tienes.

—Esos hombres te están mirando, Lil.

—Pueden mirar lo que quieran, pero tú me tienes. Yo soy solo tuya —La palabra *tuya* vibró en mis oídos y me tomó entero. Necesitaba tanto hacerle el amor. No pensaba en otra cosa que no fuera eso.

Lil dejó las bolsas sobre el capó del auto, se acercó a mí y me empujó contra el auto. Su boca se plantó en la mía con pasión y deseo. La apreté contra mi cuerpo, sujetándola por la cintura, y le correspondí aquel beso con la misma pasión y entrega, sin importar dónde estábamos o quien nos podía ver.

—¡Vayan a un hotel! —grité algún idiota desde la fila de autos.

—Ve adentro, muñeca. Te seguiré en un par de minutos.

Volví al auto y seguimos el viaje rumbo a Texas. Pensé que después de aquel maravilloso beso algo cambiaría entre los dos, pero la seguía sintiendo a kilómetros, a pesar de tenerla a centímetros de mí. Y no sabía cómo comportarme con ella. Necesitaba que mi cabeza trabajara como un reloj suizo e hiciera engranar las piezas que quedaron desordenadas entre nosotros o me volvería loco.

Entonces ella vino a mí, se deslizó en el asiento y apoyó su cabeza en mi hombro. Fue como si leyera mi mente y notara mi necesidad por algún contacto que llenara el vacío que crecía en mí como un hoyo negro. Casi grité de la emoción, no miento. Me sentí eufórico y feliz... y apenas me estaba tocando.

Mi mano derecha abandonó el mando y buscó la suya. Sus dedos encajaron en la perfección entre los míos y el reloj suizo comenzó a funcionar. Me sentí completo.

Estuvimos así por un enorme tramo. La idea de tocar más que su mano se intensificaba cada vez más, en conjunción con mi deseo. Mi imaginación volaba, pensaba en ella desnuda, en mi boca recorriendo su perla de piel, en sus manos tocándome...

—Rich —pronunció, casi jadeante. Aquella inflexión en su voz me puso tanto que por poco acabé en mis pantalones—. Tengo que hacer pis.

¡*Eres un idiota!*, grité en mi cabeza. Había asumido que diría que me detuviera y le hiciera el amor, que me necesitaba de la misma forma que yo a ella, pero ni de coña pensé en que quería ir al baño.

—Hay un pequeño hotel por aquí cerca. Podemos llegar ahí si quieres.

—Sí, me encantaría hacerlo —Su respuesta me alentó de nuevo. Nadie diría “me encantaría hacerlo” refiriéndose a orinar. Ella estaba insinuando algo más y estaba deseando llegar al bendito hotel y descubrir qué era.

Diez kilómetros después, estaba estacionando el auto frente al hotel. Entramos, pedimos una suite y subimos al ascensor, que nos llevó al piso ocho. Lil estaba encantada con la habitación, dijo que era una bocanada de aire fresco. Lo de viajar en auto no era lo suyo. Sonreí al verla sonreír. Hacerla feliz retroalimentaba mi corazón.

—Qué alivio, mi vejiga iba a estallar —dijo, al salir del baño.

—¿Quieres que pida algo? ¿Tienes hambre?

—Sí, muchísima. Mi estómago está gritando fuerte ¿lo escuchas?

—No, muñeca, pero me alegra que sea así.

—Si quieres tomas una ducha mientras pido algo para comer —sugirió Lil. Asentí, en verdad necesitaba una ducha bien fría. Después de todo hacer *pis* significaba eso. No había un mensaje escondido para descifrar.

Me quedé como tonto mirándola mientras hablaba con servicio a la habitación. Lil no tenía idea de todos los sentimientos que despertaba en mí solo por ser ella. Verla me debilitaba. Ella era *kriptonita* y yo *Superman*.

En algún momento dejé de mirarla y me metí en el baño. La ropa terminó tirada en el suelo sin cuidado, estaba urgido por llegar a la ducha y resolver el problema que surgió en mi entrepierna.

Mi corazón se trasladó a mi garganta cuando escuché la puerta del baño abriéndose. Por un momento pensé que todo era resultado de mi imaginación, pero luego Lil deslizó a un lado la puertecilla de cristal que separa la ducha del baño y me hizo compañía.

Calenté su cuerpo desnudo con mis ojos. La miré por lo que parecieron mil años. Quería empujarla contra los azulejos y devorar su piel con besos ardientes. Quería hacerle el amor hasta morir si era preciso, pero no hice nada, me quedé quieto y esperé por ella. No haría nada que ella no me pidiera.

Una carga sustanciosa de electricidad se esparció por todo mi cuerpo cuando su boca tocó mi pecho. De ahí en más no hubo más espera y cautela, la besé y la acaricié como había deseado. Su cuerpo dejó de ser un templo sagrado y se convirtió en todo lo que necesitaba. Ella era todo.

—Te amo tanto, Lil —pronuncié, desde el fondo de mi alma. Nunca había sentido nada igual por nadie, ni siquiera por Kate. Mis sentimientos por ella ocupaban todo mi ser y saberlo me conmocionaba a tal punto que me parecía irreal.

—Y yo a ti, Richard Hernández. Eres el primer hombre que amo y el último que amaré —dijo, con un dejo de dolor.

Lo nuestro ya no era más sexo y placer, Lil y yo estábamos entregado nuestros corazones. Fue un momento aterrador, debo admitir, porque sentía que seguíamos pendiendo de un hilo.

—Déjame amarte, Rich —murmuró, mientras dibujaba un sendero de besos desde mi pecho hasta alcanzar mi pelvis, donde el calor de su boca inundó mi sexo por primera vez.

Lo que hacía con su boca se sentía como una colisión de meteoritos estrellándose en mí, me devastaba y me maravillaba en las mismas proporciones.

—Lil —le advertí. Estaba muy cerca de correrme en su boca. Ella no se detuvo, me empujó más cerca del abismo y caí.

—Es todo lo que puedo darte ahora, Rich —susurró en el suelo, donde seguía arrodillada. Tiré de ella hacia arriba y la abracé con ternura.

—Un beso, una sonrisa, una caricia... Nada es poco para mí, Lil. Amo todo lo que puedas darme y también lo que no. Te amo a ti, muñeca, y con eso me basta y me sobra.

Estábamos sentados en la cama —después de la mejor ducha de la historia de las duchas—, esperando la comida. No nos vestimos, nos quedamos envueltos en las toallas del hotel.

—Pedí hamburguesas con papas fritas. Resulta que es lo único en el menú a esta hora —dijo, con una sonrisa.

—Mientras sigas deseando comer, no me importa lo que pidas.

—¡Comida! —gritó cuando llamaron a la puerta. Sonreí de oreja a oreja cuando vi lo entusiasmada que estaba. Parecía que al fin la estaba recuperando.

—Iré yo, muñeca.

Le di propina al hombre de servicio y me encargué de empujar el carrito dentro de la suite. Lil se apresuró a destapar la bandeja y sacó su hamburguesa. En verdad estaba muy hambrienta. Por un momento pensé que se comería mi cena.

Nos tumbamos en la cama luego de comer. Necesitaba dormir para seguir el viaje temprano en la mañana. Aunque dormir, cuando tenía a Lil recostada en mi pecho, sería una misión casi imposible.

—Rich, ¿estás despierto?

—Sí, muñeca.

—¿Me esperarás?

—No entiendo.

—Quiero decir, ¿esperarás por mí? Porque sé que no es fácil, no soy la misma de antes y quizás tarde mucho en recuperarme. Y tú eres... Tienes necesidades, Richard, y yo no estoy preparada para más.

—Mi vida es tuya, Lil —Resumí para no agobiarla con cada pensamiento de amor que llegaba a mi cabeza. Me había convertido en un sensiblero romántico, ¿quién lo iba a creer?

\*\*\*

—Lilian White, muñeca hermosa, amor de mi vida, bienvenida una vez más a Texas —Anuncié cuando vi el letrero—. Esta es la verdadera bienvenida que mereces, mi amor. Sin fingir, sin mentiras.

—Oh, mi amor, creo que soy la novia que más apesta en el mundo entero. Tengo un cero en la boleta cuando se trata de romance —dijo, apenada.

—Dilo de nuevo —le pedí.

—¿Apesto como novia?

—No esa parte, el inicio. ¿Cómo me llamaste?

—¿Mi amor? —Asentí. Su rostro se iluminó con una hermosa sonrisa y entonces lo repitió—. Mi amor ¡Mi amor! ¡Te amo, Richard Hernández! —gritó con emoción, sacando la cabeza por la ventanilla.

Besé el dorso de su mano y luego sonreí, tanto que me dolía el rostro. Lilian era una loca, mi loca personal.

—¡Lili! —gritó la pequeña Rebeca corriendo hacia ella, quien ágilmente la elevó del suelo y la abrazó.

—*Cuando hay santos nuevos los viejos no hacen milagros* —bromeé. Rebeca siempre corría hacia mí cuando llegaba y Lilian estaba ocupando mi lugar. No me molestó, solo quisé que pensarán que sí.

Dejé la broma a un lado cuando vi que Lil estaba conteniendo las lágrimas. No sabía si estaba conmovida por ver a Rebeca o si se trataba de algo más.

—Tito, tenía mucho tiempo sin ver a Lili. No seas celoso —dijo mi sobrina con una sonrisita. La tomé en mis brazos y la llené de cientos de besitos, acompañados de algunas cosquillas que la hicieron chillar divertida.

Luego de saludar a todos, subimos a la habitación para dejar las maletas y refrescarnos un poco. El viaje fue bastante largo y cansado para los dos.

—Muñeca, ¿estás bien? —le pregunté, buscando sus ojos. Ella me miró y luego dijo:

—Sí, solo me emocioné al ver a Rebeca. Ella es tan dulce —musitó, con una pequeña sonrisa. La abracé a mi pecho y entonces se derrumbó a llorar. Su cuerpo se sacudía con fuerza sobre mí, transmitiéndome su angustia.

—¿Qué pasa, muñeca? Dímelo, por favor.

Necesitaba que me contara lo que estaba pasando. Me sentía tan impotente al no entender porqué lloraba así.

*No debí traerla aquí, aún no estaba preparada. ¡Soy un idiota!*, me lamenté.

—¡No puedo! Perdóname, Rich —Se separó de mí y corrió fuera de la habitación sin cerrar la puerta. La seguí lo más rápido que pude, pero ella parecía volar.

—¡Lilian! ¡Espera, muñeca!

Ella no se detuvo hasta llegar al muelle del lago. Se arrodilló en la madera y luego gritó con dolor. El eco de su voz se repitió hasta perderse en el aire. Me incliné detrás de ella y la abracé, esperando aliviar su pena. Me quedé ahí, junto a ella, escuchando como su llanto se convertía en gemidos y sus gemidos en suspiros. No hablé, no hice preguntas, no quería agobiarla, solo contenerla y ser quien ella necesitaba.

—Tú eres demasiado para mí, Rich... No creo que pueda funcionar.

—¿Tú no lo entiendes, verdad? ¿No sabes lo que significas para mí? Me incorporé del suelo, trayéndola conmigo. Busqué sus ojos, la miré y dije:

»Decidí amarte sin importar qué. Si tengo que agotar todos los recursos para aliviar tu pena, lo haré, pero no te dejaré. ¿Entiendes? Nunca.

—Richard... No soy la misma y creo que nunca más lo seré —Apartó la mirada.

—La mujer que amo está frente a mí, Lil. Eres tú. Si necesitas llorar, hazlo. Si necesitas gritar, grita. Pero no me pidas que te deje porque no lo haré. Sus ojos se alzaron buscando los míos y pronunció un agonizante *te amo*.

## Capítulo 28

### Perder para ganar

LILIAN

Richard me llevó a la pequeña cabaña del lago después de mi recaída en el muelle. Tener a esa chiquilla en mis brazos me hizo comprender lo que había perdido. ¿Sería niño o niña?, ¿tendría mi cabello o mis ojos? Me agobié con miles de preguntas y perdí el control. Él seguía diciendo que me amaba, pero, ¿me seguiría amando cuando lo supiera? Él no se imagina la horrible persona que era y me daba terror que sus ojos un día me miraran con desprecio.

—¿Crees que Charles está bien? —murmuré, en el pecho de mi increíble novio.

—Necesito pensar que sí, Lil. No podría afrontar otra cosa y creo que Elizabeth mucho menos —Se sinceró. Estar en su posición era terrible.

—La vida es muy injusta. Personas como Lissy y Charles no deberían pasar por estas cosas. Si hubieras sido tú... yo no sé... Me moriría, Rich —Ahogué el llanto porque no quería llorar más.

—Estoy aquí, mi amor. Y Charles volverá, estoy seguro.

Me recosté en su pecho y me concentré en el sonido constante de los latidos de su corazón; era lo único que me mantenían alejada del dolor. Estar a su lado era un aliciente poderoso que me hacía sentir segura.

\*\*\*

El cantar de los pájaros, a modo de orquesta, me despertó. Estar en ese lugar era como un sueño, como un pedazo de cielo custodiado por un hermoso ángel. Mi ángel.

—¿Le gusta lo que ve, señorita White? —Lo miré y sonreí. Sus pantaloncillos colgaban de sus caderas, al borde de la perfecta V de su pelvis. Y sí, me gustaba lo que veía. Tanto que calentó partes de mí que estaban clausuradas hasta nuevo aviso.

—Mucho, capitán Hernández.

—Cuando me digas de nuevo capitán, asegúrate de que estés lista para mí, muñeca —murmuró, con el deseo ardiendo en sus ojos grises.

—*Ahoy*[3] —bromeé.

—Bueno, no soy capitán de ese tipo, pero puedo navegarte si deseas —añadió, azaroso.

—Umm. Creo que no —contesté.

—Iré a buscar algo de comer en casa y volveré.

—Espérame, iré contigo. No puedo esconderme todo el día aquí.

Me asé en el baño, usando mis dedos como cepillo de dientes, y luego acompañé a Richard a la casa. Su familia estaba sentada en el comedor, con un gran desayuno servido en la mesa. Me gustaba estar ahí, extrañaba aquel ambiente familiar y acogedor.

Luego de desayunar, la madre de Richard me invitó a la sala para mostrarme el álbum familiar.

—¡Uh! Pero mira qué lindo, Rich. Aquí estabas disfrazado de conejito. Te veías adorable —me mofé, a mis anchas.

—Mamá, ¿por qué disfrutas avergonzándome? Esconderé ese álbum tres metros bajo tierra.

—Ni se te ocurra, Richi o haré lo mismo con la vieja moto del garaje —le advirtió.

—Con hermosa no te metas —replicó él. Me partí de risa al escuchar el nombre de su moto.

—¿Hermosa? ¿Llamaste Hermosa a tu moto? —Volví a reír, eso fue mejor que el disfraz de conejito.

—El ama a esa *bicha* más que a nadie —Agregó su madre con un guiño.

—No importa, cielo. Si tú quieres a tu Hermosa, yo también la querré —susurré en su oído de forma sensual e intencional.

—Joder —murmuró, alentado—. Me estás matando, Lil. Matando.

—Y no has visto el bikini que traje para el lago —añadí.

—Mamá, voy al lago con Lil —Anunció arrastrándome fuera de la sala. Me ruboricé, apenada. Había excitado a Richard delante de su madre.

Al llegar arriba, cerré la puerta de golpe y, sin titubear, me empujé contra la pared para besarme con ardiente deseo. Su dura excitación se presionó en mi pelvis, desencadenando un estallido de hormonas en mi sexo. Lo quería ahí y no sabía cuánto tiempo más me podría resistir. Mi ginecóloga me advirtió que debía esperar al menos veinte días para tener relaciones sexuales, pero eso era algo que no le podía decir a él... no sin contarle toda la historia.

—Rich... —murmuré como advertencia. Lentamente se apartó de mí y se metió a tomar una ducha, una muy helada. Me deslicé hasta el suelo, mis piernas no daban para caminar. Y seguía allí cuando él salió del baño.

¿*Santa madre bendita!* La lengua se me atascó en el paladar, impidiéndome articular palabra, cuando vi su torso desnudo y húmedo. Richard era una tentación que me haría pecar con gusto.

—Lil, ¿por qué no te has cambiado? —Sonrió, sin darse cuenta de lo ardiente que lucía ante mis ojos.

—Este... yo... pensé que no... —tartamudeé

—Muñeca, olvida lo que pasó. Anda, ponte ese bikini, muero por verlo en ti —Me levanté del suelo, pasé por su lado y me dio un cachete en el trasero —. Eso por burlarte de mi *hermosa*.

Cuando bajamos, todos habían decidido que era buena idea ir al lago y estaban listos para ir acompañarnos. La pequeña Rebeca tomó mi mano durante el corto camino y aprovechó para contarme las travesuras que hacía. No dejó de hablar ni un segundo.

—¡Rebeca! —protestó Raiza —, no agobies a Lilian.

—No me molesta —admití, con una sonrisa.

—¿Lili, eres mi tita? —Sus ojos grises se fundieron en los míos, arrojando calor a mi corazón.

—Sí, princesa. Soy tu tita —respondí, conteniendo las lágrimas.

Estar con la familia de Richard era esperanzador. Siempre anhelé algo parecido cuando era pequeña. Uno de los recuerdos más felices que conservaba de mi infancia fue ir de campamento con papá y Natasha. Mamá no quiso ir porque decía que eso era para tontos. Jamás pensé que unos días más tarde perdería a papá para siempre.

Rebeca soltó mi mano y corrió al agua cuando llegamos al lago. La miré con añoranza mientras jugaba con su mamá. Rich se acercó a mí, me abrazó por la cintura y me preguntó si estaba bien. Le respondí que sí y era verdad, solo estaba un poco nostálgica.

—Déjame ver el dichoso bikini que compraste para mí —ronroneó. Me quitó los pantalones cortos y la camiseta holgada y me dejó ver.

—¡Santa mierda, Richi! Tu novia es un ángel de *Victoria Secret* —gritó Rey desde el muelle.

—¡Cállate, idiota! —le gritó Rich.

—Amor, él está bromeando.

—No, Lil. Tú no tienes idea de lo morbosos que es mi hermanito. Nos meteremos al agua y no saldremos hasta que se haya ido —aseguró, con la mandíbula tensa.

Besé sus labios para calmar sus estúpidos celos y luego nos ocultamos entre el agua, para que su hermano no me viera más. Jugamos un rato con Rebeca con una pelota playera que había traído, hasta que se cansó. Rey y Ramón fueron los primeros en irse, su madre los mandó a comprar carne para un asado. Después Raiza dijo que Rebeca se podía resfriar y se la llevó a casa, su madre la secundó y solo quedamos Richard y yo.

No tardamos mucho en sacarle provecho a la soledad. Los besos y caricias se convirtieron en un juego peligroso que debía detener. Lo deseaba, y mucho, pero no podía sucumbir.

—¡Tito! —chilló Rebeca. Empujé a Richard lejos de mí como autoreflejo. Fue un alivio que no pudiera ver lo que nuestras manos juguetonas hacían debajo

del agua.

—Rebeca, ¿qué haces aquí!? —le gritó, disgustado.

—Mi abuelita dijo que la comida estaba lista y vine a buscarlos —Luego de responder, se fue corriendo, a punto de llorar.

—Fuiste muy duro —le reclamé—. Iré por ella.

—No quise... ¡grr! —gruñó y se llevó las manos a la cabeza—. Déjame a mí, muñeca.

—No creo que sea buena idea —Señalé hacia su entrepierna y él asintió.

Rebeca estaba sentada en un escalón de la cabaña, hipando por el llanto, cuando la encontré. Me senté a su lado y le dije que su tío estaba asustado de que estuviera sola cerca del agua, que eso era un peligro. Ella sonrió levemente y me preguntó si su tito no la quería más, cosa que me conmovió.

—Claro que te quiere, princesa. Nunca dejará de hacerlo —Me arrodillé frente a ella y sequé sus lágrimas—. Ven, vamos a buscarlo. Te está esperando.

La dulce niña sonrió y tomó mi mano como acostumbraba. Richard estaba esperándonos de pie junto a un árbol y extendió los brazos para que Rebeca corriera hacia él.

—Lo siento, princesa. Tú no hiciste nada malo —La abrazó con ternura y me guiñó un ojo como agradecimiento. Imaginar un hijo nuestro en sus brazos me aceleró el corazón. ¿Lo vería de la misma forma? Sabía que sí, que lo amaría con su vida.

\*\*\*

Los días pasaron y era hora de volver a casa. Nos despedimos con la promesa de regresar pronto. Aunque no teníamos la certeza de cuándo. El viaje de regreso fue como miel sobre waffles y tocino crujiente, perfecto. Pero la realidad era muy distinta, Richard no encontró a Vivian, Charles seguía desaparecido y teníamos que hacer de tripas corazón para volver al trabajo.

El apartamento sin mi amiga se sentía incompleto. Y, aunque la llamaba casi a diario, la extrañaba mucho. Mi novio —adoraba llamarlo así—, insistía en que me fuera con él a su apartamento, que ahí estaríamos mejor, pero no quería volver ahí. La escena de Kate semidesnuda en la sala era algo que no quería recordar constantemente al estar ahí.

—¿Así qué no piensas volver a mi apartamento? Lo venderé entonces —Afirmó, con rudeza.

—No te enojas, amor. Es que... No sé si pueda volver.

Su gesto de enojo cambió por una sonrisa y luego dijo:

—Lo sé, por eso te traje esto —Me entregó un sobre amarillo en las manos.

—¿Qué es?

—Míralo por ti misma —Deslicé mis dedos dentro y saqué unos documentos legales. Leí con detenimiento el primero, era una sentencia de divorcio. Richard y Kate ya no estaban casados.

—¡Oh mi Dios, Rich! —grité—. ¿Cuándo sucedió?

—Lo supe esa noche. Ya sabes, cuando tú... —asentí.

—Lo siento, Rich.

—Hey, no te disculpes, ya pasó. Mira el otro documento.

Lo leí y quedé pasmada. Era demasiado. No podía aceptarlo.

—Rich, vamos demasiado rápido. Esto no va a pasar.

—¿Por qué? No es tan descabellado que vivamos juntos.

—Creo que debemos dar un paso atrás. No estoy lista para esto y no es justo que tengas que esperar por mí. Tengo que poner distancia entre nosotros, Richard. Es lo mejor.

Estar con él era maravilloso, pero necesitaba un espacio para curarme, para superar lo que había hecho y con él alrededor, haciendo planes, comprado apartamentos, invitándome a vivir con él, se me hacía muy difícil.

—No, no quiero que me dejes, Lil. Olvida el apartamento, olvida lo que dice ahí —suplicó, debilitando mis planes.

—No es por ti, Rich, es por mí. Necesito alejarme, te prometo que no será mucho tiempo y cuando vuelva las cosas mejorarán.

—¿Me estás tomando el pelo? Utilizaste el clásico “no es por ti, es por mí” ¡Esto es increíble! —Tiró de sus cabellos mientras maldecía entre dientes—. Ya no sé que más hacer para demostrarte cuanto te quiero, Lil. He sido paciente, hasta condescendiente, y tú decides dejarme. No lo entiendo.

Me sentía la peor persona del mundo. Él tenía razón, pero yo no podía más. Todas las noches lloraba por lo que hice y algo en mí se moría cada vez. Necesitaba ese tiempo y si él me quería como decía lo tenía que entender.

—No dudo de tu amor, pero entiéndelo, estoy rota. Rota, Richard. Y no es algo que pueda superar con besos y abrazos —dije con intención.

Le sostuve la mirada todo el tiempo, para que no dudara de lo que le decía, pero le estaba mintiendo, él era la única persona que me mantenía en pie. Sus besos, sus abrazos, eran medicina y paz, pero no era justo que solo tuviera una parte de mí, cuando merecía todo.

Vi el dolor construirse en sus ojos y me sentí muy mal. No era mi intención hacerle daño. Todo lo contrario, quería ser mejor para él.

—¿Eso es lo que quieres?

—Es lo que necesito, Rich —Asintió varias veces, dio media vuelta y se fue.

—¿Qué está mal conmigo? —grité. Él solo quería amarme y yo lo ponía entre la espada y la pared. *Tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe.*



## Capítulo 29

### Bésame, mujer

RICHARD

Salí del apartamento con lágrimas en los ojos. Ella pudo pensar que estaba enojado, pero en realidad me sentía inútil, inservible. Quería sanarla, hacerle olvidar su pena, pero en lugar de ello, le causaba más daño.

Me deslicé contra la pared del pasillo y lloré como un pendejo. Había puesto todas mis ilusiones en nuestra nueva vida y en el apartamento que compré para los dos. Era perfecto, tenía tres habitaciones, una gran tina en el baño principal, un armario amplio para la ropa de Lil, una maravillosa vista del *Central Park* y una cocina hermosa en la que soñé cocinar para ella.

—¡Oh mi Dios, Richard! Perdóname, amor —dijo Lil, al abrir la puerta. Se hincó de rodillas delante de mí, puso sus dedos en mi mentón y me instó para que la mirase.

—No llores, por favor. Soy una imbécil, una estúpida.

—No tienes que decir nada —Siseé. No querría su lástima.

—Rich, no quiero que te vayas así. Entiende, no te estoy dejando. Lo de antes fue una estupidez, tus besos son una verdadera medicina, tú eres un milagro, Rich. Un verdadero milagro.

—Entonces no te vayas, Lil. No te alejes.

—Necesito hacerlo y quiero que esperes por mí. Si me amas Rich, y sé que lo haces, me podrás esperar. Solo dame ese tiempo.

—¿Me llamarás cada día?

—Sí —aseguró con una risita nerviosa—. Lo de hace un rato fue pura mierda ¿sabes? y necesito curarme de eso.

—No le digas a nadie que lloré y menos a Rey

—Tonto. ¿Aún sigue en pie lo del apartamento?

—Lo compré para los dos, muñeca.

—No estoy diciendo que nos mudemos ahora, pero aún nos queda esta noche y podemos ir...

—Cierra la boca y bésame, mujer —le ordené.

Nos besamos en el pasillo como dos poseídos por *Cupido*. Lil me dio luz verde diciendo: «seré suya esta noche, Capitán» y mi excitación dijo presente de forma instantánea. Ella no tenía idea de cuánto la necesitaba.

La cargué en brazos y la llevé hasta su habitación. El pijama que tenía puesto no se acercaba a la palabra sexy, pero no me importaba lo que llevara puesto, me interesaba más quitárselo.

Besé sus tobillos y recorrí su piel como suavidad y sutileza. Quería demostrarle la diferencia entre follar y hacer el amor y no encontré mejor forma que esa. Con cada beso le susurraba una frase «Eres dulce», «No estás rota», «Eres mi perdición» y «Te amo», al llegar a sus labios.

No pude describir con palabras lo que sentí cuando la amé esa noche. Dejó grabado *un para siempre* en mi pecho, que nada ni nadie podrá borrar.

\*\*\*

—¿Me llamarás todos los días sin importar la hora?

—Todos los días a cualquier hora, mi amor —prometí, conteniendo la risa.

—¿Tendrás sexo conmigo aquí como despedida?

—Rich, estamos en un *Starbucks*.

—Uno que tiene un baño.

—¡Estás loco! No tendré sexo en un baño público —Su rostro se enrojeció como un tomate y contuve la risa. No tenía intenciones de tener sexo en un sucio baño público... el auto era una mejor opción.

—Bueno, un hombre puede soñar.

La dejé en el aeropuerto sin obtener nada de sexo. Y mierda, supliqué como un cachorrito, pero ella estaba en sus días y bueno, un hombre tiene que comprender a su chica.

En las semanas previas a ese día, Charles había aparecido, sin memoria, pero luego la recuperó y Stefany —una loca que estaba obsesionada con él—, casi mata a Elizabeth. También surgió lo del embarazo de Lissy... en fin, con tanto rollo Lilian había pospuesto su viaje. Pensé que ya no lo haría, pero ella aseguró que lo seguía necesitando.

Nuestros amigos seguían sin saber de lo nuestro. Lilian intentó tener esa conversación con Lissy varias veces, pero siempre surgía algo, así que desistió y decidimos que podíamos seguir así por un tiempo; al menos hasta que se mudara conmigo.

Los siguientes días hablábamos lo más que seguido que podíamos. Lilian tenía un horario complicado —en la sucursal de *Royal Airlines* en Francia—que, por mala suerte, chocaba con el mío.

Aproveché esas semanas para decorar nuestro apartamento, tomando en cuenta las “sugerencias” de Lil —Léase el sarcasmo incluido—. Ella escogió el color de las paredes, cortinas, muebles, sofás... todo en realidad.

—¡Esa zorra de Lilian! Jennifer me contó que la vio en Francia entrado a la habitación de Max. Estuvo horas ahí —Esa era la conversación que tenían dos azafatas en la cocina del avión.

Estaba enojado, rojo de ira. Aunque no podía creer en cuchilleos de azafata. Pero ¿y si era verdad? Bueno, de ser así, Max sería hombre muerto.

—Dejen de chismear y hagan su trabajo —ordené, haciendo que el par diera un respingo.

\*\*\*

—Hola, amor ¿En qué parte del mundo estás hoy?

—Hola, muñeca, recién llegué a New York. ¿Y tú? —¿*Divirtiéndote en Francia con Max?*, completé en mi cabeza.

—En alguna parte de Europa. Te quería pedir un enorme favor... —Estaba esperando “pacientemente” que me contara por sí sola que hacía con el perverso de Max—. Lissy está en casa de Charles desde hace días y necesito un documento del apartamento, ¿puedes buscarlo mañana y enviármelo por fax? Hay una llave debajo de la alfombra que puedes usar.

—Si muñeca, lo haré. ¿Alguna novedad para contar?

—Si te lo digo no te vayas a reír y tampoco se lo puedes contar a nadie. Prométele.

—Soy una tumba, suéltalo.

—Max y Ariel son novios —murmuré, como si alguien pudiera escucharla.

—¡Joder! ¡Mierda! ¿Me estás jodiendo?

—¡No! Los vi en Francia teniendo una discusión y tuve que “intervenir”. Max me contó todo y... ¡Cielos! lloró como un bebido.

—¿Max y Ariel? —Comencé a reír como un demente.

—Rich... lo prometiste —Era verdad, pero no podía evitarlo.

Le conté lo celoso que estaba cuando escuché lo que decían las chicas, aclaré que no pensaba que lo hubiera hecho —bueno sí, quizás lo creí un poco— y los dos reímos al final.

—Hola, Capitán Hernández —Me saludó Lil, cuando abrí la puerta del apartamento de Elizabeth. Estaba usando un sexy traje de azafata, uno de esos con los que todos tienen fantasías eróticas. Tenía casi un mes sin verla y no me hubiera importado verla con un saco de carbón.

—¡Me engañaste como a un niño! —Medio grité, medio reí. La alcancé y giré con ella en mis brazos al menos tres veces. La extrañaba tanto que los días se estaban convirtiendo en años. No quería que nunca más se fuera de mí.

—Amor, necesito respirar... —No me había dado cuenta que la abrazaba como *Elvira* a aquellos pobres animalitos. Sí, veía los *Tiny Toon*, lo dije... no me importa.

—No te vuelvas a ir nunca, Lil. Promételo.

—La única forma de que lo haga es que me lo pidas tú.

—Si es así entonces no tengo de qué preocuparme.

Besé sus labios y rasgué la tela de su sexy traje. Estaba desesperado por amarla, mi miembro agonizaba desde que se fue.

—¡Rich, por favor! —rogó mientras la incitaba con mis dedos. Sus dulces gemidos eran música para mis oídos. No hay una cosa más perfecta e inigualable que hacerle el amor a esa única persona que convulsiona todo tu mundo.

—Me tienes colgando en tus manos, muñeca. No me sueltes nunca, por favor.

—Nunca, Rich.

## Capítulo 30

### Confesión

#### LILIAN SEIS MESES DESPUÉS

En los últimos meses Lissy se casó con Charles y se mudaron a una casa a las afueras de la ciudad. Ocultarle nuestra relación no fue difícil, estaban tan enamorados que no veían más allá de sus narices. Richard no entendía por qué no se lo terminaba de decir, pero me gustaba eso de pretender, lo había tomado como un juego.

La loca de mi amiga me quiso regalar su apartamento, pero me negué, aunque ella seguía pensando que sí lo había aceptado. La verdad me la pasaba más en el de Richard que en el “mío”.

Lo que más me gustaba del apartamento de Richard —nuestro apartamento, como decía él— era el espacioso armario que tenía, el sueño de cualquier mujer; cabían ciento de zapatos, bolsos, carteras, ropa... hasta podías dormir ahí.

—¿Cuántas horas más faltan para que estés lista, Lilian?

—Una chica tiene que darse su tiempo para verse hermosa.

—Muñeca, si un día te ves más bella te encierro en una torre con un dragón de custodio.

—¡Qué dulce! Eres un bombón envuelto en caramelo.

—¡Puaj!, ¿quién es Richard y que hicieron con él?

Me partí de risa con aquel comentario. Algunas azafatas lo catalogaban como un pedazo de mierda sin corazón, pero no sabían que para mí era una manzana acaramelada. Todo un amor.

—Lilian, muñeca. Me estoy quedando dormido

—¡Ya salgo! —grité. Me reí por lo bajo, a sabiendas de lo que iba a pasar.

—¡No! ¡Mierda, muñeca! Ni de broma vas a ir al club con esa falda. ¿Quieres que termine por matar a todos los tipos del lugar?

—¡Rich! No es tan corta.

—Mis bolas son más largas que esa falda. ¡Quítatela y quémal!

Después de discutir un rato, me quité la dichosa falda y salimos al club. Rich no se veía nada feliz. No pensé que se enojaría tanto por una estúpida falda.

—Rich, amor. ¿Vas a seguir enojado conmigo?

—No estoy enojado.

—Richard Tercero, deja tu mala leche y sonríe que en unos días me iré con Lissy y quizás cuándo podamos salir de nuevo.

—Lil. Tú no entiendes como me hierve la sangre cuando los hombres te miran. Los quiero matar a todos.

—Que me miren y se mueran de envidia. Mi alma, mi cuerpo y mi corazón son solo suyos, capitán Hernández —Mordí mi labio inferior de forma seductora y esperé. Richard detuvo el auto en el estacionamiento y me miró como un depredador a su presa. Se sentía el fuego descender en aquel lugar.

Sus grandes manos me tomaron por la cintura y me sentaron a horcajadas sobre él. Su magnífica virilidad rozó mi punto sensible. Y sus ojos grises, los que tanto amaba y me llevaban a las nubes, me miraron con deseo y necesidad.

—Yo también soy suyo, señorita White. Solo suyo.

Y en ese lugar, en el reducido espacio de su auto, Rich me tomó como cada vez que quería, como yo siempre quería, con locura, amor y ardiente deseo. Subí a la luna y volví a aterrizar en la tierra. No había mayor felicidad para mí que saber que era solo mío.

Entramos al club latino *Sabor* y quedé alucinada. Era un lugar fantástico y los bailes eran ardientes, muy ardientes.

El calor comenzaba a encenderme, y no solo por las margaritas que me había bebido, sino porque mi novio estaba dibujando círculos invisibles en mi muslo. Movimientos que quería trasladar a un lugar más urgente por atención.

—Esa es la nuestra, muñeca —dijo, se levantó de la silla y extendió su mano, invitándome a bailar.

—No sé bailar así, Rich —No quería hacer el ridículo, pero me levanté y tomé su mano.

—¡Chist! Estás con el experto.

*Yo te miro, se me corta la respiración  
Cuando tu me miras se me sube el corazón  
(Me palpita lento el corazón)  
Y en silencio tu mirada dice mil palabras  
La noche en la que te suplico que no salga el sol*

No podía dejar de sonreír mientras bailaba. Estaba alucinada al seguirle el ritmo a mi novio, era como un dios en la pista. Sus movimientos calientes y embriagadores me aceleraban el corazón. Y tenerlo cerca, respirar su perfume, ver su hermosa sonrisa, era como caer en un paraíso terrenal del que no quería salir.

—Te quiero, Rich —susurré suavemente en su oído. Él me miró con un brillo especial en sus ojos, me pegó más a su cuerpo y me mató con un beso en la boca que se sentía en todo mi cuerpo.

\*\*\*

—¡No! Por favor, Rich. ¡No! —gritaba, cuando vi sus manos en forma de garras, listas para atacarme a cosquillas. Volvíamos del *Baby Shower* de Charlotte —la bebé de Lissy— y él quería cobrarse lo que le había hecho pasar.

—Es tu castigo, muñeca. Te lo mereces.

—No, mejor mátame —supliqué. Odiaba las cosquillas.

—Tengo que vengarme de alguna forma, Lil. Y ya sé qué cómo.

Mordí mi dedo pulgar, tratando de pensar qué clase de tortura había planeado para mí. Richard caminó hasta el armario, volvió con una corbata en las manos y vendó mis ojos.

—Túmbate en la cama —me ordenó, lo hice—. No puedes tocarme y no puedes hablar. Ni siquiera un gemido. Si lo haces te haré cosquillas.

Aluciné con su propuesta. Me encantaba y aterraba de la misma forma. No era algo que hubiéramos hecho alguna vez y sabía que sería difícil contenerme cuando él me tocara.

Rich me desvistió con sigilo, asegurándose de acariciarme y besarme cada tanto. Ya me estaba conteniendo y ni siquiera había comenzado.

—Eres hermosa, Lil. Tan hermosa —moduló, cuando me tuvo desnuda sobre la cama.

—¡Rich! —grité, cuando su lengua embistió entre mis pliegues sin ningún tacto y sus dedos incitaban el punto más sensible de mi sexo.

—Chist, muñeca. Apenas comienzo —se jactó el muy cretino. Su deliciosa tortura parecía nunca acabar, pero no me estaba quejando.

Ocupé mis manos con la almohada que cubría mi boca, cuando en verdad lo que quería era acariciarlo, sentirlo, enredar mis dedos en su cabello y tirar de él. Un primer espasmo me abordó y luego otro. Lo resistí, me tragué los gemidos y jadeos, pero él no había terminado.

Seguía luchando por no sucumbir, dejando que cobrara su castigo, pero me rendí en el momento que su miembro viril arremetió contra mi sexo con profundidad e intención. Clavé mis uñas en su espalda y me dejé llevar por el placer. Él no dijo nada, no me impidió tocarlo o gritar su nombre. Se rindió junto a mí.

\*\*\*

—¿En verdad tienes que irte, Lil?

—Sí, Charles tendrá su último vuelo mañana y no quiere dejar sola a Lissy. ¿Quién mejor que yo para estar con ella?

—Me deberás entonces unos cuantos besos cuando vuelvas aquí. Y, por favor, termina con esta farsa. Habla con ella de una vez por todas.

—Sí, ya lo había decidido.

—¡Aleluya! ¡Los ángeles dijeron Amén! —cantó como un clérigo.

—¡Qué exagerado, Dios mío!

—¿Te parece? Este secreto lleva casi dos años, muñeca. No exagero.

Charles me recibió en su casa y me ayudó a instalar en la habitación de huéspedes. Lissy estaba invernando. Que digo durmiendo, y no quise despertarla. Me tumbé en la cama y le escribí un email a mi guapo novio.

**De:** Lilian White

**Asunto:** Te extraño

Señor, Hernández. En vista de mi leve ausencia, déjeme decirle que su recompensa llegará envuelta en papel de regalo.

**Pd:** Te quiero

**De:** Richard

**Asunto:** Intromisión

Señorita, White. Deje una ventana abierta y me colaré por ella.

**Pd:** Te quiero más.

—Lilian ¿Cuándo llegaste?

—¡Oh Dios! Que susto me diste. Llegué hace un rato, pero no quería molestarte— Ni cuenta me di que Lissy había abierto la puerta.

—Es terrible, Lil. Parezco un oso invernando. Duermo a toda hora —Ven, yo también lo dije, ella invernaba.

—¿Tienes hambre? Te traje una hamburguesa de esas que tanto te gustan —susurré, para que el quisquilloso de Charles no escuchara.

—¡Dios mío! Te amo más ahora, Lil. Tenía ganas de comer una desde hace tiempo, pero Charles no me deja porque dice que es una bomba de tiempo envuelta en pan blanco.

Saque “las bombas” y nos las comimos como animales hambrientos. Mi apetito era voraz, no quedaban señales de esa estúpida enfermedad que me llevó varias veces a urgencias. Gané un par de kilos, pero no me vinieron nada mal.

Estábamos sentadas en la cama, una al lado de la otra, cuando decidí que era el momento de hablar.

—Lissy, tengo que decirte algo. No sé cómo empezar, pero necesito que me escuches y, por favor, no me odies. Te juro que yo me odio lo suficiente por las dos.

—Lil, no podría odiarte. La única forma es que me digas que estás enamorada de Charles y no creo que se trate de eso.

—Esto es más grave de lo que piensas. Tengo mucho tiempo esperando para decirlo, pero con todo lo que ha pasado...

—Lo sé, Lilian. Eres mi hermana y te quiero. Nada de lo que digas cambiará eso —Me conmovió cuando me dijo *hermana*. Yo también la quería igual. Tenía a Natasha —con quien no había hablado en meses, por todo el asunto del FBI—, pero Lissy era especial porque ella me había acogido como su hermana. No por sangre u obligación, sino por elección.

—La noche previa al accidente de Charles... yo —Tragué un gran nudo en mi garganta y continúe—. Sufrí un aborto.

—¡Lilian! —Ella se cubrió la boca con ambas manos, horrorizada. Sin saber ni la mitad de lo que había pasado.

—Un aborto provocado, Lissy —Aclaré. Yo era un manojo de nervios, no podía controlar el temblor de mis manos y labios. Estaba a punto de llorar y ella también y era lo último que quería.

»Quise detener lo que había iniciado en la clínica de abortos y volví a casa. Una hora más tarde, las contracciones se hicieron presentes y lo perdí. Me quería morir, Lissy. La culpa de lo que había hecho fue... Intenté suicidarme.

—¡No, Lilian! ¿Qué hiciste? —preguntó, con un sollozo.

—No quería seguir viviendo. Yo lo maté. Yo maté a mi hijo, Lissy.

No había vuelta atrás, las dos estábamos llorando como magdalenas para ese momento. Fue liberador decirselo a alguien que no fuera un psicólogo o un terapeuta de los que visité en Europa.

—No quería decirte nada. No a ti. Sé cuanto has sufrido por la pérdida de Oliver y yo... No sabía cómo hacerlo. Soy una persona horrible, Lissy. Horrible.

Con su enorme panza de ocho meses, mi amiga, mi hermana de vida, me abrazó contra su pecho con amor y bondad. Pensé muchas veces en su reacción y siempre lo imaginé así. Lissy era como un ángel caído del cielo.

—No eres una persona horrible, Lilian. Las personas malas no se arrepienten, no sufren por los errores que comenten y tampoco creo que lloren como tú lo estás haciendo. Sé lo que es perder un hijo y es algo que nunca podrás olvidar, pero aprenderás a vivir con ello.

—Richard fue al apartamento, me llevó a urgencias y me salvó. De no ser por él...

—¿Tú le dijiste a él lo que ibas a hacer?

—En cierta forma le di un aviso. Le escribí un mensaje diciéndole que lo amaba y él...

—¡Oh mi Dios! ¿Me estás tomando el pelo? ¿Lo amas? ¿Por qué no sabía eso? —preguntó, gritando y riendo. Era una cosa loca.

—La historia es muy larga para contar. No te lo había dicho porque no era algo seguro al principio y luego pasaron todas estas cosas y bueno, seguimos ocultándolo.

—¿Y él era el padre? Digo, porque si tenían algo en ese momento quiere decir que él era el padre.

—No lo era. El padre era algún tipo con el que me acosté en la gala benéfica. Richard y yo estábamos separados entonces.

—¿Y él sabe lo del bebé?

—¡No! No quiero que lo sepa. No quiero que me odie.

—No creo que te odie, Lil. Pero tarde o temprano sé lo tendrás que decir. Viste lo que pasó conmigo y Charles, todo casi termina por no querer abrirme con él. La sinceridad es importante en una relación. Tienes que decirselo.

—Lo sé, Lissy. Cuando esté lista, lo haré. Pero ahora no puedo.

—Ahora entiendes porqué Richard le pidió a Charles que lo supliera. Él pasó la noche en el hospital conmigo y por mi culpa él casi muere.

—¡Es increíble, Lil! He sido una pésima amiga. Has tenido que afrontar la pérdida, el dolor y la culpa durante todo este tiempo y yo no me di cuenta.

—Tú no puedes ser real, Elizabeth. ¿Cómo puedes preocuparte por mí? Sufriste por semanas las consecuencias de mis decisiones y aun así te compadeces de mi dolor.

—El pasado no se puede cambiar, Lilian. Y los errores no se borran, se aprende de ellos. Estás viva y tienes miles de oportunidades para decidir mejor, para ser mejor. Y, por favor, no me ocultes esas cosas. Quiero que cuentes conmigo como yo cuento contigo ¿sí? —Asentí y abracé a mi amiga de nuevo. Contarle la verdad fue como quitarme un gran peso de encima.

## Capítulo 31

### Destruído en segundos

**RICHARD**  
**VÍS PERA DE NAVIDAD 2015**

Estar con Lilian era como practicar un deporte extremo en el que sorteaba curvas peligrosas, altos y bajos, risas y lágrimas... pero al fin todo parecía encajar. Nuestros amigos sabían de lo nuestro, Lil se mudó conmigo... éramos felices.

—Te extrañaré mucho, Rich —Sabía de lo que hablaba. Estar a su lado me llevaba a tocar el cielo y cuando nos separábamos ardía en el infierno. Estaba completamente sometido y rendido a sus pies y odiaba extrañarla.

—Estaré aquí antes de año nuevo, lo prometo. Aunque la propuesta sigue abierta, ven conmigo a Texas.

—Amor... no me tientes. Sabes que quedé con Natasha. Es nuestra primera navidad juntas después de diez años. Quédate tú —Mi muñeca consentida hizo un mohín con su labio inferior y casi me tenía.

—Sabes que me muero por hacerlo, pero tengo que ir. Así que, déjame ir y no hagas más pucheros porque no lo podré resistir —Le advertí. Lil envolvió las piernas alrededor de mi cintura para darme un beso de despedida, un caliente beso de despedida.

—Me estás matando mujer. ¡Matando!

—Es solo un incentivo para que vuelvas pronto. Lo quiero, capitán Hernández.

—¡Al carajo! —Tumbé a Lil en el sofá, saqué sus pantalones de chándal, le quité las bragas y me dediqué a incitar su sexo con mis dedos y lengua. Cuando la tenía como quería, bajé la bragueta de mis vaqueros, liberé mi miembro empalmado y lo introduje lentamente en la calidez de su sexo.

—¡Rich! —jadeó mientras la embestía con fuerza e intención.

Nuestros gemidos llenaron el silencio que reinaba en el apartamento, cuando alcanzamos la cima del cielo.

—Me tiene a su merced, señorita White —le dije, mirando sus hermosos ojos almendrados.

—Te quiero, Richard Tercero Hernández. Vete ahora antes de que te amarre a la cama —propuso.

—¡Mierda! Si sigues hablando así perderé el vuelo.

—¡Vete ya o lo haré!

\*\*\*

La navidad en casa fue increíble. Mamá llenó la mesa de deliciosos platillos, postres, ponches... fue una comilona donde no faltaron las bromas y anécdotas.

—¿Qué piensas, vieja, le va a gustar? —le pregunté, mostrándole el anillo que había comprado para Lil. Mi plan era pedirle matrimonio después de año nuevo. Quería pasar el resto de mi vida con Lil, la dueña de mis sueños y mi corazón. Sí, lo sé, me convertí en una versión ridícula de Charles. Aunque nadie superará su zalamería, él es único.

—Tito, quiero ver a Lili —Rebeca hizo un puchero igual al de Lil y se me derritió el corazón.

—Yo también, princesa, pero no pudo venir. Pronto la traeré ¿sí?

—Me lo prometes con el dedito —Levantó su dedo meñique y me lo quedó viendo como tarado.

—¿Con el meñique?

—Así, tito —envolvió su dedo con el mío y lo apretó un poco.

—Te lo prometo con el meñique, bebé.

—¡Tito!, no soy una bebé. Mi mamá quiere un bebé con mi papi. ¿Cómo se hacen los bebés?

—¡Raiza, tu hija hizo “la pregunta”! —grité, para que asumiera ella el rollo.

Cinco días eternos más tarde, viajaba en un avión rumbo a New York. No veía la hora de llegar a casa y comerme a besos a mi muñeca.

—Capitán Hernández, un gusto verlo fuera del horario laboral —susurró de forma sensual Daphne, otra de las tantas azafatas que me follé en el pasado.

—Sí, un gusto. Con permiso, tomaré asiento.

—¿Cuál es el apuro, bombón? Podemos recordar los viejos tiempos. Aún falta un poco para el despegue.

—Lo siento, dulzura, pero este cuerpo ya no me pertenece y no me apetece ensuciarlo para su dueña con una cogida de tres minutos —El rostro de Daphne pasó de rosa a pálido cuando dije aquello. Sonó feo, pero era la verdad.

**Lilian:** Te espero en casa de Lissy. No llegues tarde.

**Yo:** No veo la hora de verte, muñeca.

Llamé a la puerta de Charles y Elizabeth tres horas antes de lo previsto, necesitaba ver a mi mujer o me volvería loco. Saludé a mis amigos y secuestré a mi Lil escaleras arriba. Y ya se imaginarán lo que pasó en aquella habitación, fue *el reencuentro*.

—Charlotte, que adorable te ves. Es una pena que tu papi arruine la foto.

—¡Oye! —reclamó mi amigo.

—Bueno, bueno, todos digan whisky —pidió la fotografía que contrató Elizabeth.

Charles y yo disfrutamos tomándonos fotos con Charlotte mientras Lilian y Elizabeth terminaban de “arreglarse”. Sostener a la preciosa y sonriente bebé me hizo desear tener mis propios hijos, pero primero tenía que lograr que Lil aceptara ser mi esposa, lo demás vendría después.

Finalmente, nuestras flamantes chicas hicieron acto de aparición. Mi muñeca lucía hermosa en aquel vestido azul eléctrico que se ceñía a su cuerpo como si hubiera sido hecho a su medida. En la pierna derecha tenía una abertura sexy, que terminaba a la mitad de su muslo. Y sus pechos resaltaban en aquel escote en forma de corazón. Recogió su cabello en un moño alto, que dejaba su hermoso cuello expuesto para mí. De verdad, él me pedía a gritos que lo besara. La idea de construir esa torre para encerrarla parecía menos descabellada viéndola así.

—Richard, aquí hay menores de edad —bromeó Charles cuando besé a Lil sin tapujos.

—¡Qué te den, idiota! —repliqué.

La cuenta regresiva que despediría el año viejo inició. Con las doce campanadas dejábamos atrás el dolor y miraríamos al frente, para construir un futuro junto a ella.

—Te amo, muñeca —susurré en su oído, mientras la sostenía por la cintura.

—Nunca dejes de hacerlo, por favor.

—Muñeca...

—También te amo, Richard.

Nuestros labios se juntaron en un beso suave y lleno de promesas. Me contuve solo porque teníamos testigos, pero quería besarla tan desenfadadamente que fuera necesario escribir una historia entera solo para describirlo.

Después de los abrazos de feliz año, nos fuimos de nuevo escaleras arriba. Estaba deseoso de quitarle el vestido y poseerla de más de una forma. Entramos a una habitación a oscuras y ninguno se preocupó por encender la luz, estábamos más concentrados en acariciarnos, besarnos y quitarnos la ropa.

—Esto me recuerda a aquella noche —dije, entre respiraciones.

—¿Cuál noche, Rich?

—No sé si lo recuerdas, pero yo no lo he podido olvidar. Usabas una peluca rubia y un vestido...

—¡Richard —Gritó y se apartó de mí.

—¿Qué pasa, Lil? —Busqué a tientas el interruptor y encendí la luz. Lilian estaba doblada sobre su estómago, llorando fuerte y repitiendo: No. No puede ser ¡No!

—Cálmate, Lilian, me estás asustando —le pedí, arrodillándome a su lado.

—¡Yo lo maté, Richard! ¡Maté a nuestro hijo!

—¿De qué demonios hablas, Lil? ¡¿Qué hijo?!

—Esa noche yo... quedé embarazada y... ¡Dios mío, Richard! Yo lo maté.

—¡No lo entiendo, Lil! ¿Cuándo pasó eso?

—Fue ese día. Cuando me encontraste casi muerta había...

—¡No, Lilian! ¿Por qué lo hiciste? —El corazón me latía tan fuerte que lo sentía en todo mi cuerpo. No podía lo podía creer. *¿Por qué esperó hasta ese momento para decirlo?*

—Perdóname, Por favor. Te juro que yo...

—¡Cállate! No me digas nada más. Desde hoy tú estás muerta para mí, Lilian White. ¡Muerta!

En mi corazón no había espacio para nada más que el dolor. Ella me confesó que mató a mi hijo y yo vi todo rojo, perdí el control y no medí mis palabras.

—¡Por favor, escúchame! —suplicó, arrodillada delante de mí.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Lissy, abriendo la puerta.

—¡Me acabas de matar, Lilian! Lamento tanto amarte —dije, antes de alejarme de ella.

Salí de la habitación con el corazón mutilado, como si hubieran sacado toda la sangre de mi sistema y me dejaran vacío. Nunca pensé en Lilian como en un huracán que arrasaría con mi vida, pero en ese momento sentí que me había robado todo, que perdí mi tiempo con ella, que todo lo que sentí, que todo lo que viví a su lado, fue una mentira.

—¡Richard, espera por favor! —gritó Elizabeth desde la entrada de su casa.

—Déjame solo —contesté, mientras abría la puerta de mi auto.

—No te puedes ir de esa forma. Tienes que escucharla.

—Bájate, por favor —le pedí, cuando tomó el puesto de copiloto.

—No te dejaré solo. No así.

—Entonces te vas conmigo —Arranqué el auto, derrapando en la calle sin importarme mi seguridad o la de alguien más. Nada me importaba ya.

—Richard, ella...

—No la nombres. No digas nada, Elizabeth —le ordené.

No sé cuánto tiempo después detuve el auto en una licorería y compré una caja entera de ron barato. Mi plan era emborracharme hasta que aquel cuerpo sin corazón ni alma se desvaneciera.

Me había tomado cinco tragos para cuando llegué a casa. El dolor no había cesado y eso solo quería decir que necesitaba más alcohol en mi sistema, mucho más.

—Lo vas a lamentar si no vuelves ahora mismo por ella —dijo Lissy, sentada a mi lado en el sofá.

—¿Por quién?

—¡Richard! —gritó con sus ojos cargados de lágrimas. Odié hacerle daño, ella había sufrido suficiente, pero no podía complacerla. No con eso.

—Toma mi auto, Elizabeth. Vuelve con tu familia.

—¡Richard, escúchame! Ella no sabía que tú eras el padre, la encontramos dormida en un baño. ¡Un baño! Estaba demasiado borracha y tú la dejaste ahí. ¡Es tu culpa también!

—Eso no justifica que matara a mi hijo, Elizabeth.

—Tú la encontraste casi muerta en el sofá. ¿Y sabes por qué?, porque no podía vivir sabiendo lo que había hecho. Quiso evitarlo, trató de detenerlo, pero era tarde.

—¿Cómo no supo que era yo?

—¿Le hablaste alguna vez? ¿Le dijiste que eras tú? —Negué con la cabeza—. ¡Ella pensaba que estabas en Texas! Tu padre había sufrido un infarto y tú...

—¡Maldita sea! —Tiré la botella contra la pared y los vidrios repicaron en distintas direcciones. Quería romper todo, hasta mi propio cuerpo—. Nunca hablé. Ella preguntó quién era y callé. La extrañaba tanto y estaba tan dolido con ella por lo de Harry que entonces...

—Nunca estuvo con él —reveló Elizabeth.

—¡Dios mío!, soy un desgraciado. Ella no dejaba de llorar. Lloró por meses y yo... Llévame con ella, por favor.

Tenía que arreglar la mierda que le había lanzado y pedirle perdón. Rompí todas las promesas que le había hecho, le dije que sería su apoyo y terminé destrozándola. Le dije que nunca la dejaría de amar sin importar qué y le grité que estaba muerta. ¡Fui un maldito!

\*\*\*

—¡Joder, Charles! ¿Dime dónde está?

—No lo sé, Richard. Te lo juro, no tengo idea. Ella se fue después de ti y no dijo a dónde. Lo siento, hermano.

—¡No! Necesito encontrarla —grité, desesperado.

Lené el buzón de voz de su teléfono, fui a su apartamento, recorrí las calles de New York y no encontré rastros de ella por ninguna parte. Miles de escenarios cruzaron por mi mente y todos eran espantosos. Si ella había tratado de acabar con su vida cuando no sabía que era mi hijo, no podía imaginar lo que haría entonces.

Lilian se esfumó de mi vida sin dejar rastro. Su ausencia me destruyó, acabó con mi vida... lo merecía. Perderla sería mi castigo y sufrir mi condenada.

## Capítulo 32

### Causa y efecto

LILIAN

Ver sus ojos cargados de ira y desprecio contra mí era lo que más temía y se hizo realidad. Cada palabra dolió como si clavara una banderilla en mi costado, hiriéndome, no físicamente, sino en el alma, en ese lugar donde las lesiones no se curan con medicina.

Richard salió esa noche sin mirar atrás y yo decidí hacer lo mismo. Él me quería muerta, pues nunca más me vería. Ese era mi plan cuando tomé el avión a Francia, con un único equipaje, mi bolso de mano. Ni siquiera me despedí de Lissy. Debía ser así.

Sé que fue un impacto demasiado grande enterarse que provoqué la muerte de nuestro hijo, hasta yo sentí que el mundo se cayó a pedazos sobre mí cuando lo supe, pero nunca olvidaré sus palabras. «Para mí moriste esta noche, Lilian White».

Él no me quiso escuchar, se cegó por completo y me fragmentó el corazón en miles de pedazos. Decidí irme esa noche sin esperar que me pidiera perdón. Quería odiarlo con todas mis fuerzas, quería borrarlo de mi mente y de mi corazón, pero ninguno de los dos entraba en razón.

Lissy me mantuvo al tanto de todo. Me dijo que él me buscó por todas partes y que su estado era deplorable, que dejó de volar, que dejó de vivir. Me dolía, claro que me dolía saber que sufría, pero él se lo buscó. Él marcó un antes y un después en nuestra supuesta “historia de amor”, porque dudé que me estuviera amando cuando me gritó que estaba muerta sin importarle que le rogara de rodillas que me perdonara.

—¿Estás segura de esto?

—Sí, Philippe. Mételo todo de una vez... lo quiero dentro.

—No seas golosa, Lily.

—Necesito todo ese chocolate, Philippe. Moriría sin él.

—Rodarás con todo ese chocolate.

—¡Philippe! —Me quejé, ¿cómo se atrevió a decirme gorda?

\*\*\*

Al poner un pie en New York, comencé a sentirme enferma. ¿Caería rendida a sus pies cuando lo viera? ¡No!, no podía dejar que eso pasara. Me tocaba interpretar el papel más difícil de todos, pretender odiar al único hombre que había amado. Al mismo que prometió nunca dejarme. Al mismo que destruyó mis sueños.

Llegar al apartamento de Elizabeth me erizó la piel sin motivo aparente. ¿A quién engaño?, el motivo era él y todas las veces que nos amamos con pasión y entrega en cada espacio de aquel lugar.

Obligué a mi mente a pensar en otra cosa y me encerré en la habitación para elegir el atuendo adecuado. Me puse un vestido rosa, lo suficientemente corto para mostrar mis piernas esbeltas y con escote en el busto para mostrar mis pechos llenos. Elegí unos zapatos negros de cuña y me dejé el cabello suelto.

—Tú... Lily... Eres toda una bomba —balbuceó Philippe, sonrojado, mirándome de arriba abajo con sus hermosos ojos celestes.

—Si estás balbuceando entonces logré lo que quería. Ese hombre se morirá cuando me vea.

—Eres malvada. No quisiera deberte nada —Se burló.

—Mira y aprende, querido —Él negó con la cabeza, con una sonrisa pícaro en sus sexys labios.

Media hora más tarde, viajaba en el ascensor que me llevaría al piso seis, donde vivía Richard. Las piernas me temblaban como un cervatillo recién nacido. No quería verlo, pero era la única forma.

*No quieres verlo, ¿a quién engañas?*, refutó una voz acusadora en mi cabeza.

Odiaba la idea de desear verlo. Odiaba extrañarlo y haber llorado dos meses por el cretino que me destruyó el corazón... quien seguramente lo haría de nuevo si lo dejaba.

—¿Estas lista? —preguntó Philly.

—No— respondí—. Pero debo aparentar que lo estoy.

Estuve de pie delante de su puerta al menos diez minutos antes de atreverme a tocar el timbre y, cuando lo hice, mi corazón comenzó a retumbar en mi pecho con tal fiebre que temí sufrir un paro cardíaco.

*Respira. Estás lista. Estás lista, Lilian White. ¿Lo estoy? No, no lo estoy. Mejor le escribo una carta, un email o qué sé yo*, pensé entonces y me giré para salir corriendo como solía hacer cuando algo me abrumaba. Pero entonces la puerta se abrió y la emoción empujó al miedo a un acantilado. Él estaba ahí. El hombre al que amaba estaba justo delante de mí con la mirada pletórica de amor y duda.

—¡Lilian! Dios mío, eres tú. Muñeca, perdóname —me pidió de rodillas en el suelo, abrazándome las piernas con tanta fuerza que por poco me parte en dos.

Debí empujarlo, gritarle, decirle cuanto lo odiaba... aunque no fuera verdad. Porque sí, él merecía mi desprecio, pero lo seguía queriendo como una estúpida.

*Tú puedes, Lilian*, me di porras. Si no lo hacía yo, ¿quién sí?

—No me toque, señor Hernández —le dije, calmadamente.

—No te soltaré hasta que me perdones, Lil —Estaba tomando todo el control que me quedaba para fingir y no derretirme sobre él como mantequilla sobre pan caliente.

—Los muertos no perdonan. ¿O se le olvida que me condenó a la muerte? ¿Qué rompió todas sus promesas y me arrancó el corazón del pecho?

—Lilian, mi amor. Perdóname, te lo ruego. Fui un estúpido, un maldito que no midió sus jodidos actos. Tú más que nadie sabe que te quiero —dijo, aún abrazando mis piernas.

—¡Suélteme! ¡Suélteme ahora, Richard! —grité con desesperación. Mi súplica lo debilitó, me soltó y se puso en pie. Sus ojos grises irradiaban dolor y conmoción, pero no podía permitir que me siguiera tocando. No podía ni escucharlo.

—No me pida más perdón, señor Hernández. No vine a eso.

Le sostuve la mirada y mantuve el mentón elevado, con prepotencia. Me fue muy difícil ignorar su aspecto hosco y descuidado. Su barba era tan espesa que parecía un indigente, había perdido al menos diez kilos y su rostro demacrado me hizo saber que no dormía bien. Me dolió mucho verlo así. Yo lo amaba y no me era indiferente su pena, pero mi corazón no podía perdonarlo.

No seré una hipócrita, le debía una disculpa por arrebatarle la oportunidad de conocer a su hijo, pero él vio mi tristeza, mi dolor, consoló mi llanto y me prometió que *por muy horroroso y terrible que fuera lo que ocultaba, siempre me amaría*. Pero, cuando lo supo, me sentenció al exilio.

—Lilian, no me hables de usted. No me trates así, muñeca —me pidió, acercándose lo suficiente para lograr que mis piernas se debilitaran. Su presencia, su aliento, sus hermosos ojos... todo seguía cautivándome como siempre—. Sé que me quieres, Lil. Lo veo en tus ojos, lo siento cuando te toco. Déjame demostrarte cuanto lo siento, mi amor. Por favor.

—¡Basta! —grité para que se detuviera. Si seguía suplicando de esa forma no iba a poder seguir adelante, caería a sus pies y no quería—. Solo vine por una cosa, Richard. Solo vine a decirte que pasó de nuevo, que tu jodido pito está empeñado en hacerme hijos. Estoy embarazada —dijo al fin.

Si antes parecía un hombre de la calle, luego de decir aquello se convirtió en fantasma. Traté de descifrar sus gestos, pero no tenía idea si hablaría alguna vez.

Me crucé de brazos, esperando que dijera por lo menos una sílaba. Y, cuando las palabras faltaron, las acciones hablaron. Richard me tomó por la cintura, me pegó a su cuerpo y me besó con hambre, ansiedad y anhelo. Fue un beso de esos que te roban el aliento. Fue el mejor beso de mi vida.

—Suelta a mi mujer, cretino —gritó Philly. Y por Dios y mi madre que se me había olvidado que estaba ahí. Richard me soltó, lo miró a él y luego a mí.

—¿Qué mierda dijiste? —preguntó, alterado. Richard se transformó en un toro enojado y Philly era su capote[4].

—Sí, mi mujer —confirmó él.

*Ay, diosito. Lo va a matar.*

—Lil —susurró, mirándome. Me lo estaba preguntando.

—Eso no es tu problema. Solo vine a decirte que eres el padre y, lamentablemente, tienes derecho. ¡Ah!, un pequeño detalle que se me olvidaba, son dos —dije y le di la espalda para huir. Necesitaba correr antes de romper en llanto. Estaba a punto y no quería que él lo viera.

—¡Lilian! —Me llamó, seguí caminando—. ¡Lilian, no te vayas!

—No me sigas o me iré de nuevo y esta vez para siempre —le advertí.

Él se quedó de pie, sin moverse. Sus ojos entornados y sus hombros caídos, en señal de derrota, me conmovieron de tal forma que estuve a punto de ceder. Le di la espalda de nuevo, subí al ascensor y, cuando las puertas se cerraron, liberé el llanto. Philly me abrazó para consolarme, me decía que todo estaría bien, que no estaba sola y agradecí tenerlo conmigo.

\*\*\*

—¡Qué hermosa estás, mi loca! —gritó Lissy y corrió abrazarme. Estuvimos un rato así, pegadas como siamesas, hasta que vi a la pequeña Charlotte en brazos de su papá.

—¡Qué linda y grande está la princesa de tía Lilian! Ven conmigo, dulzura —Charles me la entregó y la llené de miles de besos. Estaba para comérsela enterita.

Philly se aclaró la garganta y fue cuando recordé que lo había llevado conmigo. Siempre me olvidaba del pobre.

—Lissy, Charles, les presento a Phillippe. Pueden decirle Philly si quieren. Él es... —Las palabras se atascaron en mi garganta y él completó la frase diciendo:

—Su esposo.

—¿¡Tu qué!?! —gritaron los dos en coro.



## Capítulo 33

### Tú te lo buscaste

**RICHARD**

01 de enero de 2015

**Estatus:** Jodido

**Causa:** Mi maldita boca

**Consecuencia:** Me vale mierda la vida.

**Cura:** El perdón de mi muñeca

¿Han estado en duelo alguna vez? Seguramente sí. Saben cómo se siente, cuánto duele y lo mucho que deseas cambiar los hechos. Tu cabeza se llena de ¿y si? Pero no existe eso de viajar en el tiempo. No se puede cambiar lo que hiciste. Si la jodiste, la jodiste; cargas con las consecuencias. ¿Saben que es lo gracioso? Que nada de eso habría pasado si no hubiera roto mi única regla: no repetir. Pero no, tenía que seguir buscándola, tenía que enamorarme de ella. ¿Para qué sirve el amor?, para joderte. No te enamores, no lo hagas, porque esa es la única forma que evitas que te rompan el corazón.

—¡Richard, suelta ya esa botella! —ordenó Charles por tercera vez, pero de nuevo lo ignoré—. Richard, ¿quieres que llame a tu madre?

*Que llame al mismísimo Dios, pero no dejaré de beber.*

—¿Esto es tu culpa? —le grité.

—¿Mi culpa?

—Sí, tuya. Por alardear de tu felicidad, por hacerme querer lo mismo para mí. Le había comprado un anillo, mira —Saqué el anillo del bolsillo de mi pantalón y se lo mostré.

—Ella volverá, tienes que darle tiempo —Me dijo para tranquilizarme, pero ni que jurara sobre la Biblia le creería. Sabía que lo había arruinado y que nunca más la vería.

\*\*\*

01 de febrero de 2015.

**Estatus:** Más jodido.

**Causa:** La misma.

**Consecuencia:** Me vale más mierda la vida.

**Cura:** Escuchar la voz de mi muñeca.

**Noticias de mi cura:** 0.

—Te vas a levantar de esa cama de una vez, Richard. Por las buenas te lo digo —me amenazó Raiza por segunda vez desde que se apareció en nuestro apartamento el día anterior.

—Vete, te lo digo por las buenas —La imité.

—¡Richard! Levanta tu trasero de esa cama de una vez. No puedes seguir así. ¿Quieres que a papá le dé otro infarto?

—¡No! Quiero que me dé a mí.

—Estúpidos hombres. ¿Por qué se comportan como niñitos malcriados cuando meten la pata? Levántate y deja de lamentarte de una vez. Nadie depende de ninguna persona para vivir.

—No la necesito para vivir. Ella es mi vida. ¿No lo entiendes?

—¡Oh mi Dios! No puedo contigo —Se rindió, dejándome solo al fin.

\*\*\*

06 de marzo de 2015.

**Estatus:** Peor que ayer, pero mejor que mañana.

**Causa:** La misma

**Consecuencia:** ¿Cuál vida?

**Cura:** Ya lo saben.

**Noticias de mi cura:** Nulas.

Me obligué a levantarme de la cama y me di una ducha, la primera en semanas. Apestaba tanto que ni yo mismo lo soportaba. No podía seguir viviendo de esa forma. Aunque, ¿cuál vida? Eso no era vivir, era agonizar.

Golpeé la pared del baño con el puño cerrado y maldije. *De haber hablado, de haber dicho esa noche que era yo, nada de eso habría pasado. ¿Por qué me callé?*, me cuestioné esa mañana.

Salí del baño, me puse unos pantalones de chándal y, por primera vez en meses, me acosté en nuestra cama. No la había querido usar porque era mi altar, el lugar donde esperaba hacerle el amor toda mi vida. Me acosté del lado de la cama que olía a ella, donde Lil dormía. Cerré los ojos y la imaginé besándome, rozando su cuerpo sobre mi miembro viril, gimiendo con aquella voz ronca que me volvía loco. El sueño idílico se esfumó cuando el sonido del timbre del apartamento rompió el silencio.

—¿Por qué? —grité. Me levanté de la cama y caminé hasta la puerta principal, preparado para gritarle a alguien, que seguramente sería Charles o Raiza. Pero no eran ellos sino Lilian. *¿En verdad era ella?* Parpadeé varias veces, asegurándome que no se trataba de una visión. Después pensé *¿Y qué si lo es?, vivirá el sueño.*

Me abalancé sobre ella y le rogué que me perdonara. Tocarla fue llegar a tierra luego navegar por años sin una brújula. Sabía que le pedía mucho, que no sería fácil perdonarme luego de ser tan duro con ella, pero tenía que comprender que me lanzó una bomba que explotó en mi cara. ¿Como quería que reaccionara? No pensé en ella, me olvidé de sus lágrimas, de sus pesadillas, del dolor que escondían sus ojos... Debí relacionarlo, pero me tomó por sorpresa y soy humano, no soy perfecto. Me equivocué, los dos lo hicimos, pero sabía que podíamos superarlo, juntos.

Yo insistía, le seguía pidiendo perdón, pero ella no fue a buscarme para escuchar lo que tenía para decir. Ella estaba ahí para decirme —por cortesía— que estaba embarazada.

Me valió mierda el papel de bruja despiadada que estaba interpretando, la tomé por la cintura y la besé. No me importaba si me odiaba o si se negaba a perdonarme, en ese momento me hizo el bastardo más feliz del mundo.

—Suelta a mi mujer, cretino —gritó un jodido hombre con acento francés que salió de la nada. Lo quería matar, juro que sí. Cuando le pregunté qué mierda dijo, el castaño desgarrado e insignificante lo confirmó. Me olvidé de la mierda andante que estaba frente de mí y la miré a ella, buscando una respuesta.

—Eso no es tu problema. Solo vine a decirte que eres el padre y, lamentablemente, tienes derecho. ¡Ah!, un pequeño detalle que se me olvidaba, son dos.

*¿Cómo? ¿Dos qué? ¿Bebés?*

Me quedé de pie en el pasillo mucho después de que las puertas del ascensor se cerraron. No la seguí porque su amenaza no era infundada, ella se iría sin duda y no podía arriesgarme a perderla.

Cuando salí de mi conmoción, entré al apartamento y azoté la puerta con la fuerza de mil infiernos. Ya había trazado un plan en mi cabeza: matar al estúpido aquel

y luego llevarme a Lillian así fuera a la fuerza. *¿Quién se creía él para llamarla “mi mujer”?* Ella era demasiado mujer para él... era demasiado mujer hasta para mí. *¿Y qué pensaba ella, qué me iba a quedar al margen?* No, tomaría las riendas. Ella podía odiarme todo lo que le diera la gana, pero mientras llevara a mis hijos en su vientre haría todo lo que yo dijera.

\*\*\*

—¿Dónde está? —demandé cuando Charles abrió la puerta de su casa. La busqué primero en el apartamento del *Upper East Side* y, como nadie abrió, la opción obvia era la casa de Elizabeth.

—Richard, por favor. No cometas una estupidez. ¿Quieres que huya de nuevo?

—¡Mierda, no! Tú sabes que no.

—Lo mejor es que te vayas. No es el mejor momento...

—¿Me estás echando de tu jodida casa, Charles?

—Hermano, no quiero que desates el infierno. Lillian está aquí con su esposo y...

—¿Qué mierda dijiste? ¿¡Con su qué!? —grité.

No esperé su respuesta y me metí en la casa, gritando su nombre. Ella podía correr, pero no esconderse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con los ojos exorbitados.

—¿Me puedes decir por qué Charles dice que ese pedazo de palo que tienes al lado es tu...? ¡Mierda, Lil! No puedo decirlo.

—Esposo —completó el francés.

—¡Cállate! No digas esa jodida palabra y suelta a mi mujer ahora mismo —Le exigí. La estaba sujetando por la cintura.

—Lily, dile a ese ogro quién soy yo —le exigí, como si tuviera derecho.

—Richard... yo. Él... Phillipe es mi esposo desde hace un mes.

*¡No! ¡No! ¡No! Tiene que haber una cámara escondida. Esto es una broma. Es eso.*

—Pégame, Charles. Pégame fuerte para saber si no estoy soñando —le pedí a mi amigo. Un golpe, una puñalada, algo que me despertara de la pesadilla.

—¿Qué te pegue? No haré eso —Se negó.

—Yo te puedo pegar si quieres —se ofreció Lillian.

Entrecerré los ojos y respondí en mi mente: *No, muñeca. Tú no me vas a pegar. Tú te vas conmigo.* Caminé hasta ella, la cargué en mi hombro como el hombre de las cavernas y la llevé escaleras arriba.

—Suéltala —gritó el payaso que decía ser su esposo.

—Atrévete a quitármela, Philipo —Lo reté. Él no se movió—. Eso pensé.

Lillian me golpeaba con los puños cerrados en la espalda y sacudía las piernas, intentando que la soltara. Pero tenía que hacer mucho más que eso si quería liberarse de mí. Subí las escaleras con ella encima y la encerré en la habitación de huéspedes. De idiota había ido a buscarla en mi *Ducati* y no me arriesgaría a llevármela en la moto.

—Energúmeno, salvaje... pedazo de basura. ¡Déjame salir! —gritaba, mientras me daba golpes en el pecho.

—Grita todo lo que quieras, pero no te irás hasta que me digas por qué en la vida te casaste con aquel idiota.

—Primero, él no es un idiota. Segundo, ya te dije que no es tu problema.

—Lo es, porque llevas en el vientre a mis hijos. ¡Míos!, no de él. Dime la verdad, Lil. ¿Todo esto es un teatro? ¿Quieres vengarte de mí?

—No es mentira, Richard. Me casé con él —aseguró, mirándome a los ojos.

—Bien, entonces dime si tu esposo te hace el amor como yo. Si ese imbécil sabe cuál es tu punto más débil, el lugar que tanto te vuelve loca. Dime si ese pedazo de hombre te enciende como una hoguera solo con un susurro. Dime si a él se le acelera el corazón como un motor de seis cilindros cuando te tiene cerca. Dime si él te ama tanto como yo —Para cuando dejé de hablar, la tenía contra la pared. Deseaba tanto hacerle el amor y hacerle sentir cuanto la había extrañado.

—S-suéltame —balbuceó, con la voz entrecortada.

—No quiero y sé que tú tampoco. Apuesto todo el dinero del mundo que ya estás húmeda para mí —le susurré al oído. Lillian asintió, se humedeció los labios y luego dijo:

—Tú te lo buscaste.

## Capítulo 34

### ¿Con qué excusa?

LILIAN

Húmeda, necesitada, caliente... las hormonas me estaban pidiendo sexo a gritos desde hacía un tiempo, pero no iba a ceder. No admitiría que quería entregarme a él hasta gritar extasiada.

Cuando me tuvo contra la pared, levanté mi rodilla y lo golpeé directo en las pelotas. Richard cayó arrodillado en el suelo, con las manos en la entrepierna, y salió corriendo.

—Nos vamos, cariño —le dije a Philly, como si nada pasara.

—Cuando tú quieras, Lily.

Me despedí rápidamente de Charles y Lissy, esperando que Richard siguiera doblado en el suelo el tiempo suficiente para escapar. No quería más espectáculos por ese día. Además, necesitaba con urgencia resolver el sofocón de calor que se apoderó de mí cuando Richard me atrapó entre su cuerpo y la pared.

—¿Lo hice bien, Lily?

—Eres un cobarde. Tenías que luchar por mí, cariño —bromeé, muerta de la risa.

—¿Pero tú viste a Richard? Me puede matar con un solo dedo —dijo, con los ojos entornados.

—Ay, Phillippe. No puedo contigo —me burlé.

Conduje el resto del camino en silencio, recordando lo cerca que estuvieron los perfectos labios de Rich de los míos; como el calor de su cuerpo provocó espasmos involuntarios en mi entrepierna... ¡Uh! Tengo mucho calor.

—¿Calor? Está helando, Lily —saltó a decir Philly.

*Ups. Dije eso en voz alta. No ese calor, cariño, le hubiera dicho, pero no había ese nivel de confianza entre los dos.*

—Puedes tomar la habitación de la izquierda, era la de Lissy. En la puerta del refrigerador hay números de comida rápida por si quieres pedir algo —le dije, cuando llegamos al apartamento.

—Duerme, Lily. Comeré cuando tú comas.

—Quizás pasen horas, cariño.

—Ni que lo digas, lo sé. Duermes como morsa.

—¡Oye!

\*\*\*

—¡Abre la puerta, Lilian!

—¿Se volvió loco? Son las dos de la mañana. No le voy a abrir, que tumba la puerta si quiere —desdeñé, tumbada en la cama.

—¡Vete, Richard! —le grité desde detrás de la puerta. Con sus gritos insistentes me obligó a salir de la cama. Pensé que se cansaría rápido, pero no dejó de gritar mi nombre durante diez largos minutos.

—¡No! —respondió el muy idiota.

—Vete o llamo a la policía —lo amenacé, pero la verdad quería abrirle y arrancarle la ropa sin demora.

—¿Con qué excusa?

—Que despertaste a una mujer embarazada.

—Lo siento. Solo quiero hablar con mis hijos —dijo y el corazón se me puso chiquitito. *Estúpido Richard sentimental.*

—Son muy pequeños para escucharte, Rich.

—¿De cuánto estás? —Cuando lo preguntó, ya estaba llorando como una niña.

—Dieciséis semanas —Hablé con dificultad, haciendo un esfuerzo para que no notara que estaba llorando.

—Lil, te amo —Sofocué el llanto con la mano. Escuchar la nostalgia en su voz me estremeció.

—Y yo a ti —susurré en respuesta, pero él no llegó a escucharme.

*¿Estaré exagerando con todo esto? No. Él sabía cuánto sufrí todo ese tiempo y aun así me hirió. Rendirme no es una opción,* argumenté en mi cabeza.

—Vuelve mañana, Rich. Estaré aquí —Le prometí, pegada a la puerta de madera, conteniendo el deseo de abrirla, abrazarlo y refugiarme en él, que era mi paz en medio de la tormenta. Lo fue hasta aquella noche.

—Hasta mañana, muñeca —pronunció con pena.

Después de eso no pude dormir en toda la noche, no encontraba cómo. Mi cabeza era un lío, por un lado me decía que podía perdonarlo, que valía la pena luchar; y por el otro pensaba que nos habíamos lastimado demasiado y que esas heridas nos perseguirían toda la vida.

Eran las siete de la mañana cuando el olor a huevo y tocino me atrajeron a la cocina. Salí de mi habitación, usando un pijama de algodón, y me encontré con Philly preparando el desayuno.

—Buenos días, Lily. ¿Tienes hambre? —Asentí, con una media sonrisa.

—Hola, Liliboo —Di un salto atrás cuando escuché la voz de Natasha. Ni cuenta me había dado que estaba ahí.

—¿Qué haces aquí? —grité.

—Yo también me alegro de verte, hermana —bromeó.

—No se asusta a una mujer embarazada, Naty.

—¿Qué? Espera. ¿Tú estás...? No lo puedo creer. ¿Me estás mintiendo?

—Dieciséis semanas, *baby*. Vas a ser tía.

—¡Oh mi Dios! ¡Si! —grité y dio saltos hasta alcanzarme en un abrazo—. ¡Felicidades!

»Ahora cuéntame, ¿por qué carajos te casaste sin avisarme? ¡Estás loca! —Miré a Philly, él articuló *lo siento*. Ese par se puso al día mientras yo dormía.

—Cálmate, Naty, que te dará un infarto. Siéntate y te cuento —La guié hasta el sofá y nos sentamos juntas—. Philly, cariño, sirvele un café bien cargado a mi hermanita.

—Mejor búscame un *Tylenol*[5], tu esposa me está matando los nervios.

—¿Qué exagerada! No es para tanto.

—¿No es para tanto? Me ausento un tiempo y tú te vas a Francia, vuelves casada y embarazada —Se acercó un poco a mí, miró a Philly con una sonrisa falsa y luego cuchicheó—: ¿Qué pasó con Richard? —Estaba gozando de lo lindo a costa de Naty, pero ya era hora de aclarar las cosas.

—Eso es otra historia. Con respecto Philly, él es mi... —No pude decirlo y de nuevo él me salvó.

—Su amante de alquiler.

—¿Qué carajos, Lil! ¿Contrataste a un prostituto? —gritó, dando un salto del sofá—. Disculpa si te ofendo— dijo, mirando a Philly, quien parecía que se iba a orinar de la risa.

—Me gusta más la palabra amante —aclaró él.

—Lo que sea. ¿Por qué hiciste algo así, Lilian?

—La verdad... No lo sé. Creo que... Es la única forma de estar lejos de Richard.

—¿Estás segura? Porque a menos que te encierres en una habitación de pánico con tu “esposo”, no podrás alejarte de Richard. —aseguró, señalando mi vientre. De alguna forma concluyó que él era quien me había embarazado.

—Quizás tengas razón, pero en su momento me pareció buena idea. Así que... tengo que continuar con esto. ¿No crees?

—No. Eres una mujer adulta, no una niña jugando a la casita. Tienes que aclarar esto.

—Ya veré. Mejor cuéntame cómo va tu misión secreta.

Ella miró hacia Philly y luego volvió la mirada hacia mí. Entendí que no podía hablar frente a él. La invité, sutilmente a mi habitación, entramos, me senté en la cama y ella me acompañó.

—¿Qué pasa?

—No sé ni cómo comenzar —suspiró fuerte y luego habló—. Sé que por muchos años pensaste que era amante de ese hombre, pero nunca fue así, él nunca me tocó de esa forma.

—¡Qué! Todos decían que tú eras su mujer... ¿Cómo es que...?

—No, nunca pasó nada entre nosotros. ¿Sabes por qué? —Negué con la cabeza—. Porque Benito González es... mi verdadero padre —murmuró con la voz entrecortada.

—¡No! Eso no puede ser. ¡Es mentira! —grité. Naty me abrazó con fuerza, tratando de consolarme, cuando era yo quien debía apoyarla.

—Cuanto quisiera que fuese mentira, Lilian. Y eso no es todo —La miré a los ojos, no me gustó lo que vi. Algo muy malo me iba a decir—. Nuestro padre, él... No fue un accidente, Lil. Benito lo mató.

El corazón me dio un tumbó fuerte en el pecho en consecuencia. No entendía el porqué ese demonio nos arrebató a nuestro amoroso padre. Quería buscarlo y arrancarle el corazón con mis manos.

—¿Cómo lo sabes?

—Escuché una conversación con uno de sus lacayos. Usó la historia de papá para asustarlo. Dio detalles, dijo como había planeado todo y entonces lo supe, hablaba de él. Lo enfrenté y fue cuando me dijo que era mi padre biológico, que lo había hecho para acercarse a mí, que Héctor me protegía y le impedía llegar a mí.

—Escucha, Naty. Diga lo que diga ese hombre, tú no eres nada de él. ¿Entiendes? No es tu padre —Ella asintió varias veces, mientras se secaba las lágrimas de sus mejillas. Fue un momento duro para las dos, pero nos teníamos una a la otra.

—Quiero que caiga, Lil. Quiero verlo preso y no descansaré hasta lograrlo. Lo haré por nuestro padre, por todos los hombres y mujeres que ha lastimado.

—Cuidate mucho, Natasha. Por favor.

—Lo haré, Liliboo. Cuidate tú también y a ese pequeño.

—Son dos —aclaré.

—¡No! Tú sí que le pusiste empeño, Lilian —bromeó.

Me despedí de mi hermana, luego de tomar el desayuno juntas, y me fui a tumbar en la cama. Estaba deprimida y cansada. El embarazo me mantenía soñolienta.

\*\*\*

Levanté la cabeza del colchón cuando escuché su voz, estaba gritando como un endemoniado en la sala. Me incorporé de la cama lo más rápido que pude y salí a su encuentro.

Cuando abrí la puerta de mi habitación vi a Richard en la sala, junto a dos enormes maletas de viaje. Un dolor me punzó las entrañas y deseé arrojarme a sus brazos para besarlo hasta desmayarme.

—¡Quitate de en medio, payaso de circo! —le gritó a Philly.

—Lily, este sujeto amenazó con golpearme si no lo dejaba entrar. Si quieres lo puedo sacar, tesoro —dijo, pero tenía ojos los entornados. Él sabía que no podía con él.

Richard soltó un gruñido y Philly dio dos pasos hacia mí, por poco se hizo en los pantalones el pobre.

—Déjalo, cariño, quedé en recibirlo hoy. ¿No te molesta? —le pregunté, con un mohín, fingiendo ser la esposa comprensiva y amorosa.

—Me molesta, pero no tenemos opción —contestó él. Casi que lo felicité por su respuesta.

—Ya, dejen el teatro. Sé que él no es tu esposo. Debiste contratar a un actor, este no sabe ni dónde está parado.

—Si eso te deja dormir por las noches, piensa lo que quieras, Rich —Miré de nuevo las maletas y luego a él—. ¿A dónde vas? Si se puede saber.

—Me mudo.

—¡Qué buena noticia! ¿Compraste un boleto a Madagascar?

—No, muñeca. Me mudo aquí, contigo y mis hijos.

¡Qué!

## Capítulo 35

### ¿Quién manda aquí?

RICHARD

—Como lo oyes, muñeca. Si ese pelele vive aquí, con mis hijos, pues yo tengo más derecho —Le hablé sin titubear. Lilian abrió la boca y la cerró varias veces. Al parecer no consiguió nada para decir.

El esposo falso mantuvo silencio y lo vi temblar varias veces. ¿Acaso creía ella que me comería ese cuento? Me agarró fuera de guardia cuando inventó esa historia, porque estaba muy conmovido por verla, pero no iba seguirle el juego. Los pantalones los tenía yo, y bien puestos.

—¡Estás loco! —gritó, después de mucho rebuscar en su cabeza.

—¿Y apenas te das cuenta? Imagino que tomaron la habitación de Lissy, me quedaré en la tuya —dije y di dos pasos para ir allá, pero ella se interpuso.

»¿Quieres un beso?, porque si no es así es mejor que me dejes pasar —le dije para molestarla. Yo también sabía jugar y me gustaba ganar. Creo que después de todo era lo que le daba sazón a nuestra vida, pretender.

—¡No!, tú te vas ahora mismo.

—Me voy si él se va.

—¿A dónde se va a ir? Es mi esposo, ¡entiéndelo!

—Muéstrame las pruebas.

Ella miró al francés y confirmé mis suposiciones, era mentira. ¿Para qué seguía fingiendo? Lil se giró y agarró al flacucho por el cuello para besarlo y no lo iba a permitir, se estaba pasando de la raya.

—Un beso no es una prueba, muñeca. Quiero el documento, ese papel donde los dos firmaron con sus nombres —Le expliqué en detalle para que no tuviera dudas.

—¡Ah! Eso... es que —balbuceó y miró al suelo—... Se quedaron en Francia.

—¡Qué pena! Entonces, ¿cuál de las dos habitaciones? Creo que iré a la tuya, para recordar viejos tiempos —Presumí—. ¿Me quieres acompañar, muñeca?

—¡Grr! Eres un patán. Deja de jugar y lárgate de una vez, Richard Tercero —ordenó, señalando hacia la puerta.

—Dije que no —concluí y me metí a su habitación.

Revisé la habitación y no había rastro del “esposo” por ninguna parte, lo que confirmó mis sospechas. Salí de la habitación y vi a Lil sentada en el sofá con los brazos cruzados, derrotada por perder la batalla... pero la guerra no había terminado.

—Quítate —le ordené al farsante que estaba sentado a su lado.

—¿Por qué? —Se atrevió a preguntar.

—Porque lo digo yo, engendro —Él se apartó de un salto, no podía conmigo aunque lo intentara.

—Tú te quedas —le exigí a Lil cuando le vi intención de levantarse. Ahí mandaba yo, nadie más.

Me arrodillé en el suelo, frente a ella, puse mis manos en su cintura, sobre la fina tela de algodón que apenas le cubría el vientre, y susurré bajito—: Hola bebés, soy papá. No sé si su mami les habló de mí, pero quiero decirles que los amo desde el momento que supe de su existencia. Nunca los dejaré —Besé el vientre de Lilian, en el que empezaba a notarse el embarazo.

Levanté la mirada, hacia sus hermosos ojos miel humedecidos por las lágrimas y le dije—: Muñeca, sé que cometí un terrible error, que tú también fallaste, pero somos humanos, nos equivocamos y lo haremos muchas veces más.

»Hemos pasado por tantas cosas, más de las que cualquier pareja viviría, y nada ha cambiado, te sigo amando y sé que tú igual a mí. No dejemos que los errores nos alejen, no dejemos que nuestros hijos vivan condenados a una guerra porque no supimos perdonar y pedir perdón. Lil, por favor, deja de pretender.

Ella me miró sin parpadear ni una sola vez y comencé a temblar de miedo. Si me decía que no, todo había terminado.

—¿Por qué me amas? ¿Por qué lo haces a pesar de que...?

—Olvidemos el pasado, muñeca. Eres el único amor de mi vida y no te quiero perder.

—Perdónalo, mujer —murmuró Philly, sollozando. No volteé a confirmar, pero estaba moqueando como una nena. Ese se bañaba en tacones.

—¿Nunca me reprocharás por lo que hice? —balbuceó, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Nunca lo haré, Lil. ¿Me perdonas? —le pedí de rodillas.

—Solo si tú me perdonas a mí, amor —musitó.

Me levanté del suelo y la besé con una necesidad devastadora. Quería sentirla y confirmar que en verdad estaba sucediendo. El francés interrumpió nuestro arrebato al carraspear su garganta. Me saqué la billetera de los vaqueros y se la arrojé en las manos.

—Toma lo que quieres y vete a un hotel. Mañana volverás por tus cosas, Philly.

—Lo siento —le dijo Lil, ladeando la cabeza.

—No hay porqué disculparse, Lily —contestó y cerró la puerta al salir.

—Entonces, muñeca. ¿Me echaste mucho de menos? —susurré, cerca del lóbulo de su oreja.

—Mucho, capitán —dijo en respuesta y un amigo ahí abajo se tensó en segundos.

—Espera un momento —le pedí, cuando comencé a desabrocharme los vaqueros.

—Rich, ¿cuál es el juego?

—Espera —Gesticulé con la palma abierta hacia delante—, tengo que llamar a alguien.

—¿Ahora? —preguntó, con un mohín. Asenti.

—Hola, Raiza. Estoy aquí con Lil a punto de tener sexo y me preguntaba, ¿qué tan duro podemos hacerlo?... Por eso del embarazo.

—¡Richard! —Se quejó Lil, pero no tenía de qué avergonzarse, era una pregunta válida.

—¿Cuándo me ibas a decir que Lilian está embarazada?

—Raiza.

—¿De cuántas semanas está?

—Raiza, escucha.

—¿Ya te perdonó? Claro, si van a tener sexo quiere decir que...

—¡Cállate! Te lo diré más tarde. Ahora dime ¿podemos tener sexo o no?

—¡Estás loco!, pero bueno, pueden hacerlo pero no se pongan creativos, ella encima, si está de muchas semanas. ¡Dios mío!, no puedo creer que estemos hablando de esto.

—Gracias, te amo hermana —Le colgué el teléfono, me llevé a Lil a su habitación, la recosté con cuidado en la cama y le quité el pijama entre besos y caricias. Dudaba en momentos que fuera real, que en verdad mi muñeca estuviera ahí, debajo de mí, completamente desnuda.

—¡Te amo, muñeca! —grité, antes de seguir besándola.

—Te amo, mi loco —pronunció, sonriendo maravillosamente para mí y por mí.

La llené de besos, iniciando en sus hermosos pies, subiendo hasta su sexo humedecido. Mi mujer arqueó la espalda, a medida que la adoraba con vehemencia, y

gimió muchas veces con aquella voz ronca que me empujaba al borde. Necesitaba sentirla, hundir mi miembro en ella, hacerla mía. Me acosté en la cama boca arriba y luego ella se subió sobre mí, uniendo su calidez estrecha sobre mi virilidad. Subía y bajaba a un ritmo lento, profundo y agonizante. Me estaba matando con aquel movimiento que simulaba una danza *hawaiana*. Empujé mis caderas hacia arriba, buscando más, pidiendo más, y entonces me deje ir dentro de ella. Lilian no paró, siguió moviéndose hasta rozar su propio Nirvana.

Esa noche le pedí que volviera conmigo a nuestro apartamento, al fin de cuentas, lo compré para los dos. No tenía mucho que llevarse de ahí, así que nos fuimos al día siguiente, después que el esposo falso retirara su equipaje.

—Todavía no puedo creer que tus maletas estaban vacías. De verdad te creí cuando dijiste que vivirías allá —habló, mientras yo conducía a nuestro apartamento.

—Un plan perfectamente ejecutado —Me alabé.

—¡Fanfarrón! —Gritó, sonriendo—. Amor, mira, una pizzería. Llévame que estoy hambrienta.

—Esas son buenas noticias. Ya no tendré que obligarte a comer, muñeca —le dije, mientras le acariciaba su muslo descubierto. Tenía un vestido color vino de algodón que me regalaba una linda vista de sus piernas y me encantaba disfrutar de ellas.

Nos bajamos del auto y entramos tomados de la mano a la pizzería *Franchesco's*, donde el olor a orégano y salsa de tomate nos recibió. Lil ordenó una pizza de anchoas y yo me incliné por la tradicional. Miré embobado a la mujer que amaba mientras se comía una pizza mediana ella sola. Sin duda tenía mucha hambre.

—¿Qué tal un helado? —pidió, mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

—Lo que quieras, muñeca —Llamé al mesonero y ordenó un *Banana Split* para ella.

—¿Compartimos? —le pregunté, me fulminó con la mirada y lo entendí, yo no entraba en esos planes.

—Tendré que comprar otro refrigerador —dije, para fastidiarla.

—¡Oh mi Dios! ¿Parezco una muerta de hambre? —Se contrarió, cubriéndose la boca con las manos.

—Algo así —sonreí. Le limpié un poco de helado que le quedó en la comisura de los labios con mi dedo pulgar y me incliné hacia adelante para besarla—. Pero sabes que adoro verte comer.

Llegamos al medio día a casa y al fin pude respirar tranquilo. Ella estaba conmigo, tendríamos dos hijos, solo me falta una cosa para completar nuestra felicidad y ya estaba preparado para dar ese paso.

\*\*\*

Estábamos sentados en la sala de espera del consultorio, donde Lil se haría la primera ecografía, conmigo presente. Sostuve su mano mientras esperábamos, quería que supiera que estaba con ella y que no tenía que tener miedo.

—Señora White, puede pasar —Dio aviso la enfermera y entramos. Lil se recostó en la camilla y sonrió torpemente. Poco después, entró su doctora, Mayela Blanco, y se sentó en una silla a su lado.

—¿De cuántas semanas estás?

—Diecisiete —respondí. Lil sonrió y me acarició la mano con el pulgar.

—Bien. Haremos una ecografía. ¿Están listos?

—Sí —respondimos todos como un coro. Y dije *todos* porque estaban mamá, Raiza, Lissy, Lil y yo. Un gran público para un maravilloso espectáculo.

La doctora pasó el aparato por el vientre incipiente de Lil y un latido comenzó a escucharse en el consultorio. Sonreí como nunca, igual que Lil, aunque ella también estaba llorando.

—Como ven, este bebé está muy bien formado. Aquí tiene las manitas, las piernas. Es bastante inquieto —bromeó Mayela—, y es un varón.

—¡Sí! —aplaudí. Lil sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír. Habíamos hablado y ella quería dos nenas, pero quizás tuviésemos suerte y serían niño y niña.

La doctora se detuvo por más tiempo en mi segundo hijo o hija y no decía nada. Pasó el aparato muchas veces por el lugar, pero el bebé no parecía moverse.

## Capítulo 36

### ¡Es mentira!

LILIAN

Muchas cosas se cruzaron por mi mente en aquella sala de espera. No sabía por qué estaba tan preocupada, pero no podía evitarlo. La última vez que estuve en un hospital fue cuando cometí la estupidez más grande de mi vida y tenía miedo que algo fuera mal, que en verdad existiese eso que llaman Karma.

Rich me tomó de la mano con la intención de calmarme, me relajé, pero duró muy poco. Justo cuando la enfermera anunció que podíamos entrar, los nervios regresaron.

Cuando el sonido de los latidos resonó en el consultorio, una sensación de ahogo colapsó mi pecho. Era hermoso, pero me traía recuerdos tristes.

—Es un niño —habló Mayela y sonreí al ver a Richard celebrarlo. Amaba a ese hombre con locura. Miré de nuevo a la pantalla y la sonrisa se me desdibujó cuando escuché a la doctora decir:

—Lo siento. Era otro niño, pero está muerto.

—¡No! ¡Es mentira! Mi hijo solo está dormido. Puede ser eso, ¿verdad, doctora? Inténtelo de nuevo, él está durmiendo, ya verá. Dile, amor. Dile que está dormido.

—Muñeca —susurró Richard—, todo estará bien —Me sostuvo contra su pecho para contenerme, pero yo lo único que necesitaba era escuchar los latidos de mi bebé.

Lissy se acercó y me miró compasiva. Sabía que ella entendía lo que se siente en el pecho en esos momentos—: Lo siento tanto, Lil.

Cerré los ojos, intentando despertar de aquella pesadilla, pero no funcionó. El dolor seguía punzando mi pecho constantemente. Tenía miedo de preguntar qué implicaba la muerte de uno de mis hijos, qué pasaría con el otro.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Rich, como si leyera mi mente. No quería escuchar la respuesta. Me levanté de la camilla y corrí fuera de la habitación, tratando de salir del hospital por algo de oxígeno. Sentía que moría ahí dentro. Me apoyé en un pilar de concreto y lloré en silencio, con el corazón latiéndome tan rápido que me lastimada el pecho.

—Muñeca —habló Rich detrás de mí y me eché en su pecho a sollozar—. Volvamos dentro, Lil. Tenemos que enfrentarlo ahora. Lo haremos juntos, mi amor —Asentí y caminé apoyada en él hasta el consultorio.

La doctora nos explicó que, por tratarse de un embarazo de gemelos en bolsas separadas, podía seguir el curso del embarazo y que programaría chequeos constantes para verificar la salud del bebé con vida. Otra opción era la extracción del feto, pero sería más riesgoso y solo se practicaba cuando eran más de tres bebés.

—¿Estás segura que es lo mejor? —indagué.

—No hay de qué preocuparse, Lilian. He tratado varios casos similares y todo ha resultado bien. Lo más importante es que estés tranquila y que te cuides mucho.

Salimos del consultorio y me mantuve en silencio todo el trayecto. No podía estar tranquila con uno de mis hijos sin vida en mi vientre. Lissy nos invitó a su casa y accedí solo porque quería ver a Charlotte y distraerme un poco.

—¡Lili! —gritó Rebeca cuando me vio. La abracé y besé la coronilla de su cabeza varias veces, la echaba de menos.

—Hola, preciosa. No sabía que estabas aquí.

—Sí, mi mami me trajo. Como no fuiste a verme como prometiste... —habló, sacando su labio inferior—. ¿Mi tito y tú van a tener dos bebés? —preguntó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Rebeca ¿y para tu tito no hay abrazo? —se quejó, para desviar la pregunta, pero era mejor decirselo de una vez.

—No, princesa. Solo será uno, un varón —dije, con una media sonrisa.

Rich y Charles salieron fuera para hacer un asado y yo me quedé dentro con Lissy, Raiza y mi suegra.

—Lil, tú sabes todo lo que pasé con Charlotte y mírala, está aquí con nosotros. Así que borra esa tristeza de tu rostro y sonríe porque dentro de ti crece un niño sano y hermoso —aseguró mi amiga y me quedé embobada mirando Charlotte, mientras jugaba con Rebeca en el suelo. La nena ya tenía seis meses y era perfecta. Sonreí y acaricié mi vientre, saludando a mi pequeño milagrito.

\*\*\*

Con Rich de vuelta a la aerolínea me la pasaba mucho tiempo sola. Iba a casa de Lissy o ella venía al apartamento, pero extrañaba subirme a un avión a diario y visitar distintos países en el proceso.

Caminé por la alfombra gris, que instalamos a lo largo de toda la sala, hasta un poco antes de llegar a la cocina, y me detuve frente a la ventana. Desde ahí tenía una vista hermosa del atardecer, era la primera vez en días que el sol se ocultaba en el horizonte, dejando un resplandor tibio a través del cristal. Me toqué el vientre abultado, estaba entrando en la semana veinticinco, y le hablé a mi bebé, que por cierto aún no tenía nombre—: Papi vendrá pronto. ¿Qué le haremos de cenar?

La puerta de entrada hizo *click* y sonreí como tonta, mi amor había llegado a casa. Tenía dos días sin verlo, por el horrible horario que le tocó en la aerolínea para recompensar el tiempo que estuvo fuera de servicio, y estaba loca por comérmelo a besos.

—Muñeca, me hiciste tanta falta —murmuró y me abalancé sobre él. Rodeé su cuello con mis manos y le besé los labios con furor y excitación, no lo habíamos hecho en... tres semanas. Estaba tan caliente que podían freír un huevo sobre mí.

—Lil, no sabes las ganas que te tengo —habló, con la voz ronca mientras sus manos me quitaban con sigilo la camisola de seda que traía puesta, la pateé fuera cuando se deslizó en mis tobillos. Mis manos hicieron su propio trabajo y le quité el uniforme de piloto, ese de color azul que se ajustaba a sus anchos hombros y que le sacaba unos cuantos suspiros a muchas mujeres.

Ya habíamos llegado a la habitación para cuando estuvo desnudo, lo tumbé en la cama y repartí besos húmedos desde su abdomen hasta esa magnífica boca carnosa.

—Eres tan bello, amor —jadeé.

—Y tú mi muñeca, la mujer más hermosa del mundo —murmuró en respuesta.

Bajé hasta su sexo y lo adoré con mi boca. Disfrutaba tanto escuchar sus gemidos, tenerlo a mi voluntad. Me detuve antes de que se corriera y hundí mi sexo en su envergadura. Rich me acariciaba los senos, mientras yo subía y bajaba con lentitud, no queriendo acelerar por precaución.

—¡Muñeca! —balbuceó mientras yo seguía con el mismo ritmo lento y agonizante. Los dos aceleramos un poco, cediendo al éxtasis del momento, y caí en su pecho, segundos después, con la respiración acelerada y el corazón rebozando de felicidad.

Richard me acariciaba la espalda con sus dedos, demarcando una línea imaginaria en mi piel. Estaba muy cómoda y feliz en su pecho.

—Lil, ¿estás despierta? —preguntó, respondí *ujum*. No quería abrir los ojos sino seguir ahí, en mi lugar favorito en el mundo—. Tengo hambre.

—No preparé nada. Llama y pide una pizza —susurré, aún con los ojos cerrados.

—No, vamos a un restaurant. Levántate y ponte algo lindo, me dará una ducha.

—¿Puedo ir contigo? —pregunté, sacando mi labio inferior.

—Mejor no, terminaríamos haciendo el amor de nuevo y llegaríamos tarde —Me quedé acostada mientras lo veía caminar desnudo al baño. Contuve un gemido cuando vi su musculoso trasero tensarse a medida que daba un paso. Mi hombre era todo un adonis.

»Sé que me estás mirando, Lil —Reí. No sabía cómo lo hacía, pero él siempre sentía mi mirada penetrante, así estuviera de espaldas.

Nuestro apartamento tenía tres habitaciones con un baño cada una, así que me di una ducha, sola, en la habitación que sería la de nuestro bebé. En ese punto no podía seguir diciéndole solo bebé, necesitaba un nombre.

Caminé al vestidor y me quedé de pie por mucho tiempo sin saber qué elegir, tanto que Richard apareció. Él estaba casi vestido y yo seguía en mi toalla tipo albornoz.

—Llegaremos tarde, muñeca —me apresuró.

—Para ti es fácil, solo escoges una camisa y un pantalón y ya, pero yo ¿qué se supone que me ponga? ¿Qué tan lujoso es el restaurant?

—Déjame probar —dijo y movió algunos vestidos del perchero—. ¿Qué tal este? —Sacó uno en dos tonos, blanco hasta la línea del busto, y rosa pálido en la falda. La parte superior tenía un escote de corazón y por encima una blonda blanca con mangas que llegaba un poco después del codo. El largo de la falda no superaba las rodillas. Era perfecto.

—¡Wow! ¿Cuándo lo trajiste?

—Hace varios días lo compré. ¿Te gusta?

—¡Lo adoro! —grité, emocionada. Le quité el vestido de las manos y me lo puse, era perfecto. Traté de maquillarme lo más rápido que pude, pero la coqueta que habita en mí necesitaba salir perfecta. Me puse colorete en las mejillas, labial coral en la boca, sombra blanca tornasolada en los párpados y un poco de rímel en las pestañas. Luego, deslicé mis pies dentro de unos Jimmy Choo plateados y estaba lista.

—¡Cielos! —Silbó mi capitán. Él estaba de pie en el umbral de nuestra habitación, usando una camisa blanca con finas líneas color crema, con el primer botón abierto. Su pantalón era en un tono marrón chocolate y, desde mi lugar, percibí el olor cítrico de su perfume, por poco le pedía que nos quedáramos en casa.

Tomé la cartera de sobre plateada, junto con mi abrigo, y salimos del apartamento rumbo al ascensor. Un cosquilleo tensó mi estómago al recordar nuestra primera vez dentro de un aparato similar. Fue la primera vez para mí en uno, él no lo sabía.

El bebé me dio una fuerte patada y me quejé, provocando que Rich diera un salto—: ¿Estás bien? ¿Tienes una contracción?

—No, amor. Solo fue una patada. Este niño está jugando un partido aquí dentro —murmuré. Rich puso las manos en mi vientre y sonrió al sentir de lo que hablaba.

—Sí mamá está feliz, Aarón también lo está. ¿Verdad, campeón?

—¿Cómo le dijiste?

—¡Mierda! Se me escapó, Lil. Estuve investigando durante el viaje y me gustó el nombre. Significa luz y él lo es, muñeca. Iluminó nuestras vidas.

Me sequé un par de lagrimillas que se asomaron en mis ojos y asentí—: Me encanta Aarón, pero ni se te ocurra ponerle Aarón Cuarto, sería terrible —bromeé y él se rió.

—No me atrevería, muñeca —murmuró y tenía intención de besarme pero lo detuve.

—No me beses. Mis hormonas están descontroladas y te haría el amor aquí mismo —le advertí.

—Estaba pensando lo mismo —La campanita del ascensor nos sacó de nuestro idilio y bajamos del aparato.

—¿Tu auto no está en el sótano?

—¿Quién dijo que íbamos en mi auto, muñeca?

—¡Oh! —exclamé. Salimos fuera y no podía creer que una limusina blanca nos esperaba. Rich me sorprendió y mucho.



**Capítulo 37**  
**¿Alguna vez tomarás**  
**algo en serio?**

**RICHARD**

Lil estaba emocionada por ir a cenar fuera y más cuando vio la limusina. Todo parecía ir bien, pero los nervios comenzaron a asaltarme. La última vez que planeé algo parecido todo se fue a la mierda. El chófer arrancó la limusina y recosté a mi muñeca sobre mi pecho. El corazón me latía desbocado, tan acelerado que pudo hacer una carrera de una hora por sí solo si hubiera querido.

—Amor, ¿estás bien?

—¡Sí! —respondí con un grito—. Lo siento, solo estoy algo ansioso. Tenía tiempo queriendo hacer algo así contigo, muñeca.

—Me hace muy feliz. ¿Sabía, capitán Hernández?

—Mi amor, no me digas capitán. No ahora —Ella sonrió con picardía. Lo hizo a propósito.

Llegamos al Restaurant *Eleven Madison Park*, el mejor de toda la ciudad, y entré con mi muñeca del brazo. Seguimos al *maitre* hasta nuestra mesa, aparté la silla de Lil para que se sentara y luego ocupé mi propia silla. Era un lugar hermosísimo estilo *vintage*, con enormes vitrales horizontales, uno cada dos metros.

—¿Qué van a pedir? —preguntó el *maitre*, respondí que la especialidad de la casa. El Chef Humm era uno de los mejores que había conocido. El plato, pulpo frito con chorizo acompañado de cebollas caramelizadas, sabayón de esturión ahumado con aceite de cebollín y servido en cáscara de huevo, puerro rostizado y tinta de calamar. No suena muy bien, pero sabe delicioso y esperaba que a Lil le gustara.

Luego que el *maitre* se fue, me concentré en ella, en la mujer que amaba y a la que quería tener a mi lado el resto de mi vida. Lil me estaba mirando con adoración y deseo.

—Eres demasiado perfecto, Rich. ¿Cómo podré superar todo esto? —se lamentó, bajando la mirada.

—Ya lo hiciste, muñeca. Solo con existir me superas en cualquier cosa —declaré como un preámbulo de lo que vendría. Ella suspiró y se recostó al respaldo de la silla, suavizando su vientre con la mano, de seguro Aarón tenía armada una fiesta dentro.

La comida no tardó en llegar y disfruté del primer bocado, al igual que Lil, quien no dejaba de hacer pequeños gemidos que me la comenzaban a poner dura.

*Contrólate amigo, que la fiesta no es aquí.*

Ambos dejamos los platos limpios y nos preparamos para el postre. La carta tenía una imagen con cada una de las opciones y dejé que Lil lo eligiera. Tardó un poco pero al final optó por el de leche con miel, que es como una montaña de nieve de la que brota el néctar de abeja. Probé solo un poco, lo demás se lo devoró mi mujer, ella solita.

Bajé las manos a mis muslos y me las sequé con los pantalones, estaba muy nervioso por la segunda parte de la cena. Le hice una señal al *maitre* y se acercó con la caja. Lil levantó la mirada y sonrió como tanto adoraba que lo hiciera.

—¿Esto es para mí? —asentí.

Tomó la caja con ambas manos —era grande, de unos cuarenta centímetros cuadrados— y la abrió. Un globo celeste salió flotando con una cajita terciopelo colgando al final. El globo tenía una pregunta escrita en letras blancas sobre él: «Mami, ¿te casarías con mi papá?». Lil se llevó ambas manos a la boca y gritó «¡Sí!».

Me levanté de la silla para abrir la pequeña cajita roja, que guardaba el anillo de piedra rosa que compré para ella unos meses antes. Me puse de rodillas delante de ella y tomé su mano para deslizar el círculo plateado en su dedo anular. Me levanté del suelo y la besé con pasión, feliz de saber que al fin sería mi esposa, como había planeado en año viejo.

\*\*\*

—¿Por qué siempre envían al hermano malo a buscarme?

—Cállate, idiota. ¿Estás segura que te quieres casar con él, Lilian? —le preguntó Rey a mi prometida.

—Sí, lo estoy —respondió con una enorme sonrisa.

—No sabes en lo que te estás metiendo —murmuró. Golpeé su nuca con la mano abierta.

—¡Eh! Tú comenzaste —gruñó.

—¿Alguna vez dejaran de pelear como dos niños? —habló Charles en el asiento de atrás.

—¡No! —gritamos los dos.

Volvimos a Texas una semana después de la propuesta para celebrar una pequeña boda en la casa del lago, donde la quiso mi muñeca. Cuando llegamos a casa lo primero que hice fue abrazar a mi vieja, estaba como siempre en la cocina metida en sus deberes. Extrañaba mucho el olor de su comida.

—¿A qué se debe tanto amor, Richi? —murmuró, mientras la abrazaba.

—Me hiciste falta, viejita.

—¿Y qué para tu viejo? —refunfuñó papá detrás.

—Para los dos hay, no se peleen por mí —bromeé. Abracé a papá y luego volví a la sala, donde estaban los demás.

—¡Bodoque! —gritó Raiza. Giré los ojos.

—¿No te cansas de meterte conmigo, hermanita?

—No.

—¿Y Lil? —pregunté, al ver que no estaba ahí.

—Subió a darse una ducha, dijo que se estaba derritiendo —respondió Lissy.

—Ah, lo siento. Ustedes también querrán refrescarse.

Los llevé a la habitación y luego me metí a la mía. Mi futura esposa estaba en la ducha como dijo Lissy. Me quité la ropa para hacerle compañía, no perdería la oportunidad. Abrí la puerta de vidrio, que separaba la ducha del baño, y ella sonrió con picardía.

—¿Recuerdas cuando pretendíamos ser novios y entraste al baño? —Asentí—. Quería que te unieras a mí en la ducha, pero no lo hiciste.

—No sabes lo cerca que estuve de hacerlo, pero ¿sabes qué? Estoy aquí dispuesto a cumplir con tu fantasía.

Deslicé mis manos por su piel y la llené de besos. La recorrí toda, hasta terminar de rodillas en el suelo para amarla con mi boca. Ella gimíó con cada movimiento certero de mi lengua y se cubrió la boca al final para no gritar y darles la noticia a todos en casa que había llegado al clímax.

\*\*\*

—¡Oh, cariño! ¡Qué guapo estás! De verdad quería que lo hicieras funcionar con Lilian. Supe que estaban fingiendo la primera vez que la trajiste, pero me hice la tonta y ahora mira, en pocos minutos se darán el sí.

—¿Lo sabías?

—¿Acaso crees que mamá parió boba?

—Ay, viejita. No sabes lo que tuve que pasar con esa mujer, pero ha valido la pena cada segundo.

Bajé las escaleras y seguí el camino de piedra que siempre me llevaba hasta el lago. Esa noche estaba alumbrado con antorchas, dispuestas una a cada metro de la otra.

Rebeca corrió hacia mí con los brazos extendidos, la cargué, dándole vueltas en el aire. Lucía hermosa con su vestido rosa y con la linda corona de flores que adornaba su cabello.

—Tía Lili está muy bella, tito —dijo con una sonrisa. Le besé la mejilla y la bajé al suelo.

—¿Qué te tomó tanto tiempo, hermano? —Escuché decir detrás de mí, era Charles.

—No todos pedimos matrimonio el primer día de conocer a la chica —bromeé.

—*Touché*. ¿Estás nervioso?

—No, estoy que me hago en los pantalones. ¿Por qué carajos me siento así?

—Porque la amas, hermano. Porque no puedes esperar a que ella diga sí y darle ese beso que marcará el inicio de su vida juntos.

—¡Mierda! Había olvidado lo ñoño que eres, Charles.

—¡Idiota! ¿Alguna vez tomarás algo en serio?

—Ya lo hice y su nombre tiene seis letras —Él sonrió y se fue a sentar junto a su esposa.

Caminé por el pasillo, que quedó entre la fila de sillas que dispusieron frente a la cabaña. En el pórtico, improvisamos un pequeño altar donde el pastor oficiaría la ceremonia. Estaba impaciente por ver a mi muñeca. *¿Qué le tomaba tanto tiempo?*, me pregunté.

Estaba tan ansioso que por poco iba a buscarla.

Cuando la marcha nupcial inició, el corazón me dio un salto.

Levanté la mirada y vi a Lil con mi padre, trayéndola del brazo.

Sonreí y no aparté la mirada de ella ni un instante. El vestido que escogió era ligero, estilo griego, dejando uno de sus hombros descubierto y tenía una cinta dorada debajo busto. Su vientre abultado era el mejor accesorio que llevaba.

Parecía todo un ángel, mi ángel.

Mi padre me la entregó y murmuró: «cuidala o te la verás conmigo», comentario que me sacó una sonrisa.

Lil se acercó a mi oído para susurrarme: «Estamos a bordo, capitán Hernández». Sonreí más de lo que ya lo hacía, sabía que le gustaría que usara mi traje de piloto para nuestra boda.

Luego de un pequeño discurso por parte del ministro, llegaron los votos matrimoniales.

—Cuando te conocí pensé la necesito en mi cama toda la noche, lo admito. Pero luego me fui enamorando de ti sin poder evitarlo. Tenerte frente a mí, aquí, con nuestro hijo en tu vientre, es más de lo que hubiese soñado. Tú llenas cada espacio de mi vida con tu amor y sin ti la vida pierde sentido. Por eso hoy, prometo amarte y cuidarte cada segundo como si fuese mi último día. No soy perfecto, pero tú me haces intentarlo —Deslicé el anillo por su dedo anular y la miré a los ojos, estaba llorando.

—Rich, eres y serás siempre mi gran amor. Sé que cometimos errores, que nos herimos muchas veces, pero lo importante es que, a pesar de todo, nos queremos y no hay nada más grande en el mundo que el poder del amor. Tampoco soy perfecta, pero en la imperfección de cada uno, logramos complementarnos. Te amo.

Mi castaña hermosa me puso el anillo y no me resistí, la besé sin esperar que el ministro diera la orden. Todos aplaudieron y continué besándola mucho después que las palmas cesaron.

—Te amo tanto, Rich. Nunca te alejes de mí —me pidió, mientras la abrazaba.

—Nunca podría hacerlo, mi muñeca hermosa —La volví a besar y no seguí porque un pesado, llamado Reinaldo Hernández, gritó a todo pulmón: «¡Váyanse a un hotel!».

La fiesta dio inicio y, como era de esperarse, fue toda una celebración con sabor a Puerto Rico, que incluyó salsa de la buena y la maravillosa comida de mi madre.

## Capítulo 38

### ¿En qué estaba pensando?

RICHARD

Volvimos a New York un par de días después. Lil insistió en que debíamos comprar la cuna y todas esas cosas que se meten en una habitación de bebé.

Miré el reloj por tercera vez en los últimos veinte minutos, mientras la esperaba en el auto, y no había señal de la panzona. Me bajé del auto un poco molesto por su demora e intenté cruzar la calle, pero no di dos pasos al frente cuando la vi salir. Me saludó con la mano y sonreí, dejando a un lado mi minuto de rabia.

Lil comenzó a caminar, pero un tipo, en una *Harley Davidson* negra, la interceptó. Corrí lo más rápido que pude y le grité que se alejara de ella. Cuando estuve cerca, él sacó un arma y la apuntó a la cabeza de Lil.

—¡Maldito! —grité.

No pude ver su rostro por el casco integral de vidrios oscuros que traía puesto.

El tipo sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta de cuero y lo tiró en el suelo, a mis pies. Abracé a Lilian contra mi pecho para calmarla cuando el tipo se fue. No supe qué mierda quería, pero ya lo iba a averiguar y lo pagaría caro.

—¿Estás bien, mi amor?

—¿Quién era ese tipo? ¿Qué quería, Rich?

—No lo sé, Lil. ¿Estás bien? —Asintió—. ¿Y mi pequeño Aarón?

—Está bien, un poco inquieto, pero es mejor saber que está activo —murmuró, turnando la mirada entre mis ojos y la calle.

—Vamos dentro —le pedí.

—No, saldremos como habíamos planeado. Mañana te irás por varios días y después no habrá tiempo —Accedí solo porque necesitábamos la distracción.

Mientras conducía al almacén, mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Ya se me había cruzado una idea de quién estaba detrás de todo eso y la sospecha me ponía enfermo.

No abrí el sobre para no inquietar a Lilian, pero sabía que ahí estaba la respuesta.

Lil no dejaba de mordisquear su dedo pulgar. Le tomé la mano para que se quedase tranquila. Suspiró varias veces, paseando su mano derecha de arriba abajo por su vientre. En diez semanas más, Aarón estaría en nuestros brazos. La doctora tenía como fecha tentativa del veinticinco al treinta de junio.

Bajamos del auto cuando llegamos al *World Baby Store* y saqué mi *Smartphone* para tomarle unas fotos a mi muñeca, con los árboles adornados de rosa en el fondo. La primavera había llegado unas semanas atrás, alejando el frío intenso de la ciudad.

—Sonríe, muñeca —le pedí. Le tomé varias fotografías, se veía hermosa. Detuve a un chico que pasaba por ahí para que nos tomara una instantánea a los dos juntos. Rodeé la cintura de mi esposa con mi brazo izquierdo y la mano derecha la puse en su barriga, ahí donde aguardaba el regalo más grande de nuestras vidas.

—¡Qué dulce eres, mi amor! —susurró y me dio un beso suave en los labios.

Entramos al almacén e inicié la locura. Yo veía todas las cunas iguales pero a ella nada parecía convencerle, así que llamé a la artillería pesada.

—Lissy ¡Por amor a Dios! ¡Ayúdame! —gesticulé al teléfono, por poco me hincó de rodillas.

—¡Payaso! —masculló Lil, arrugando la nariz. Le di un beso, me gustaba verla enojada—. Ven, elijamos algo más sencillo como la ropa mientras llega la experta —espeté y la seguí, negando con la cabeza a los lados. Lissy llegó en media hora con Charlotte en brazos.

—A ver. ¿Cuál es la urgencia? —preguntó y me dio a su bebé para que la sostuviera. La nena me agarró la nariz y comenzó a sonreír.

—¿Quién es la nena más bonita del mundo? ¿Quién? —le hablé, con tono de bebé y Lil se rió a carcajadas. Me gustaba escucharla reír por lo que fuera, así se estuviera burlando de mí.

Dejé al par de mujeres eligiendo un montón de ropa, mantitas, cuna, cochecito, porta bebés, teteros... y me llevé a la princesita de Charles a dar un paseo. Algunas mujeres se me quedaron mirando y una que otra se acercó a “saludar a la bebé”, pero era evidente que ella no era la única razón.

Me alejé de aquella situación y nos sentamos en el área de comida del lugar. Charlotte se comportó muy bien, no lloró ni una vez. Muy distinto a lo que hacía Rebeca a su edad, era demasiado inquieta... y lo seguía siendo.

La senté en mi regazo, mientras sacaba el sobre que escondí en el bolsillo trasero de mis vaqueros, para leer la nota.

«Vuelve al círculo o perderás a tu pequeña familia».

Lo que sospeché, Benito González estaba detrás de todo. Arrugué el papel y lo tiré al tacho de basura más cercano. ¿Qué iba a hacer? No tenía ninguna idea, pero de lo que estaba seguro era que ese desgraciado no se acercaría a mi familia, primero lo mataba.

\*\*\*

Esa noche no pude conciliar el sueño. ¿Cumpliría Benito con su amenaza? De eso no tenía duda, lo que necesitaba resolver era lo que iba a hacer yo.

Me di una ducha temprano en la mañana, me puse el uniforme y salí a la cocina. Lil estaba recostada sobre la encimera, con la cabeza reposando en sus brazos. Ella insistía en levantarse para prepararme el desayuno y siempre termina así, dormida en cualquier parte.

—Muñeca —susurré, tocándole la mejilla con los dedos. Levantó la cabeza y le aparté el cabello que tenía pegado al rostro—. Te llevaré con Lissy, no quiero dejarte sola después de lo de ayer.

—¿Es grave? —preguntó, elevando las cejas.

—No lo sé, Lil. No quiero que estés sola. Ya hablé con ellos y están de acuerdo. Solo serán un par de días —le prometí. Esperaba que no me tomara más de dos días resolver aquel asunto.

Llegamos muy temprano a casa de Charles. Debí decirle la verdad a mi esposa, pero no quería preocuparla. Instalé a Lil en la habitación de huéspedes y luego le dije—: Amor, sabes que ustedes son lo más grande que tengo y que haría lo que sea para mantenerlos a salvo. Nunca olvides que te amo, muñeca —Acuné su rostro con mis manos y la besé.

—Richard —tartamudeó cuando puse la mano en el pomo de la puerta—. Te amo. Nos vemos en dos días.

—Sí, muñeca —respondí, con una sonrisa.

Bajé las escaleras y me encontré a Charles con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Sospechaba algo.

—¿En qué estás metido?

—¿De qué hablas?

—Sé que no tienes ningún vuelo, Richard. Hablé con el señor Wells ayer.

—¿Por qué carajo me estás investigando?

—Elizabeth me contó lo que pasó y, después que llamaste para que Lilian se quedara, supe que algo no iba bien.

¿Qué podía decirle? No quería preocuparlo y sabía que si le contaba no me dejaría hacer lo que había planeado.

—No es nada malo, hermano. Es que quiero darle a Lil la sorpresa de la habitación de Aarón. Tú sabes cómo es ella de intensa —sonreí, para hacer más creíble la mentira.

Regresé a nuestro apartamento para cambiarme y hablar un par de minutos con la decoradora de lo que quería para la habitación de Aarón.

Me puse un par de vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero, tomé las llaves de mi Ducati y bajé en el ascensor hasta el sótano. Le di gas a mi moto y, en quince minutos, estaba frente a un edificio abandonado de dos pisos. Tenía las paredes rotas y pintadas con graffitis, algunos viejos y otros recientes.

Conduje hasta la parte trasera del edificio y estacioné la moto junto a un viejo jeep amarillo. Metí las llaves en el bolsillo externo de mi chaqueta y caminé hasta la puerta de hierro oxidada de cinco centímetros de espesor que resguardaba la entrada. Le di dos toques, luego cuatro, dos más y otro al final. Una pequeña rendija se abrió y vi los ojos negros de Bob, el custodio del círculo.

—¿Qué quieres?

—Vine a pelear —respondí, con un gruñido.

Bob desbloqueó la puerta y me dejó entrar. Lo miré por encima del hombro, me quité la chaqueta y dejé que Greg, el segundo al mando, me revisara en busca de micrófonos o algún tipo de arma.

—Está limpio.

Caminé por el mismo pasillo en penumbras que visité durante tantos años, bajé las escaleras y llegué al sótano. Alcé la vista y vi a Benito al fondo, fumando un puro. El viejo era un barrigón con dentadura amarillenta y bigote. El pelo, teñido de negro, lo usaba hacia atrás engominado con gelatina.

—Veo que recibiste el mensaje —habló en español. Asentí—. ¿Tenemos un trato?

—No hasta que sepa qué incluye —espeté.

—Veo que tienes agallas, Richard —Dio unos pasos al frente —acompañado de sus dos fieles guardaespaldas, Fernando y Jeff. Un par de basuras humanas de la peor calaña— y hundió su dedo índice en mi pecho

»Tú peleas y mantienes a Lilian a salvo. Simple.

Gruñí y empuñé las manos cuando dijo su nombre.

—¿Para qué me necesitas? ¿No te basta con Lucifer?

—Murió. Además, tú me dejas mejores dividendos —Un escalofrío subió por mi columna y di un paso atrás. Me di cuenta muy tarde que no debí ir allá.

—¿Por cuánto tiempo quieres que haga esto?

—Hasta que me dé la gana, Ricky.

—Olvidalo —Resoplé y di la vuelta, para salir del infierno.

—Détente, Richard —Habló Jeff, lo supe por su acento Mexicano. No necesité voltear para saber que me estaba apuntando con un arma.

—No saldrás de aquí si no es con una bala en la cabeza —Me advirtió Benito.

Caminé detrás de Fernando hasta los vestidores y no tuve otra opción que ponerme los pantaloncillos para *pelear* y *ganar*, fueron las condiciones del cretino de González para mantener a salvo a Lil. Pero su palabra no era garantía, él podía ir por ella sin importar que yo estuviera ahí. *¿En qué estaba pensando al venir?* Firmé mi sentencia a muerte y quizás la de mi familia.

## Capítulo 39

### 02 de Junio

LILIAN

La despedida de Richard me dejó un mal sabor en la boca. Quizás estaba siendo paranoica, pero la sensación de miedo se instaló en mi pecho desde que cruzó la puerta.

Bajé las escaleras y caminé hasta la cocina, donde estaba Lissy dándole una papilla a Charlotte. No quería angustiarla con mis absurdos miedos, pero necesitaba hablar con alguien o iba a explotar.

—¿No te parece exagerada la actitud de Richard?

—Charles mencionó lo mismo. ¿Qué crees que suceda?

—No lo sé, Lissy, pero tengo una angustia clavada en el alma. Presiento que algo malo va a pasar.

—¿Por qué no lo llamas? Quizás eso te dé tranquilidad.

—Está volando a Londres y no hay forma de hablar con él ahora.

¡Estúpidas reglas de vuelo!

\*\*\*

Estaba en la habitación, caminando de un lado al otro, con el teléfono en la oreja, mientras llamaba a Richard, pero no respondía. Su vuelo debió llegar hacía horas y él siempre me llamaba cuando aterrizaba.

Di un salto cuando mi teléfono sonó, pero no era el tono de mi esposo sino el de Natasha. La emoción de ver su nombre en la pantalla duró hasta que respondí, ella estaba llorando y eso solo significaba malas noticias.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¡Oh mi Dios, Lil! Mataron a Neal. Está muerto —sollozó.

—¡No! ¿Qué pasó?

—Es que él... Era un oficial encubierto del FBI —balbuceó—. Fue ese desgraciado de Benito. Él lo mató.

—¡Oh mi Dios! No puede ser. ¿Por qué? —Tenía tiempo sin saber de Neal y escuchar que había muerto me dolió en el alma. Él siempre estuvo con nosotras, fue como un hermano para las dos.

—Lo descubrió y ahora está muerto. Pero me las va a pagar, Lil, te lo juro. Mataré a Benito.

—¡No digas eso! —grité—. No hagas ninguna estupidez. Richard también está desaparecido y ya tengo suficiente con eso.

—¿Desaparecido? ¿Desde cuándo?

Mientras le contaba lo que había pasado, y de la extraña despedida de Richard, ella maldijo por lo bajo.

—Benito está detrás de todo esto, Lil, y si Richard fue con él, corre peligro. Iré a buscarlo.

—¿Por qué iría con él?

—Tranquila, Lilian. Lo encontraré

—¡Natasha! ¿Estás ahí? ¡Natasha! —grité. Lissy apareció en la habitación poco después que finalizara la llamada.

—¿Estás bien?

—Richard... él... ¡Dios mío! Está en peligro. No sé de qué forma está involucrado con Benito González, pero mi hermana dice que debe estar con él. No lo entiendo.

—Lilian, tienes que calmarte por tu bebé —Asentí.

—¡Lo sabía! —dijo Charles. No me di cuenta que estaba detrás de Lissy, con Charlotte en los brazos.

—¿Qué sabías? Dímelo, por el amor de Dios. Estoy desesperada.

—No sé si te lo conté, pero él, hace muchos años, peleaba para ese hombre en un lugar clandestino. Ahora entiendo porqué estaba tan nervioso. ¿Pero por qué iría con él?

—¿Y si ese hombre lo mata como a Neal? ¡No! Tengo que buscarlo. Llévame ahí, Charles. ¡Por favor! —le supliqué. Un fuerte dolor penetró mis entrañas, sentía que mi pelvis se contraía con fuerza. Me llevé las manos al vientre y gemí.

—Respira, Lil. Tienes que controlarte, todo eso afecta al bebé.

—No puedo. Si algo le pasa a Richard, me muero. No quiero perderlo y o... No puedo... per-derlo.

—¡Lilian!

\*\*\*

Me desperté en la camilla de un hospital. Miré a la derecha y vi a Lissy sentada, leyendo un libro. No tenía idea de cuánto tiempo estuve dormida. Me toqué el vientre al sentir una patadita de Aarón. Sonreí al saber que seguía conmigo, que todo estaba bien. Pero luego mi gesto cambió, recordé a Richard, la llamada de Natasha... todo vino a mí como un alud y me robó el aliento.

—Elizabeth —la llamé, con la voz ronca.

—¡Gracias a Dios! ¿Te sientes bien?

—¿Richard? —murmuré.

—Nada aún, pero él estará bien. Tranquila, ¿sí? Mira que el doctor te tuvo que poner un calmante porque estabas en shock.

Traté de ser positiva, pero la situación me sobrepasaba. No podía estar tranquila hasta tenerlo frente a mí. Lo buscaría y o misma de ser posible.

—Quiero ir a casa, Lissy —le pedí, mientras me sentaba en la cama.

—No, te quedarás en observación esta noche. Tenías contracciones y el médico no se quiere arriesgar.

—Dile a Charles que lo busque. Dile que lo ayude, Lissy —le rogué.

—No sabe dónde buscarlo, Lil. Charles puso la denuncia y tenemos que esperar que ellos hagan su trabajo. No hay más nada que hacer.

No podía esperar, no quería hacerlo. Tenía una pena clavada en mi pecho que no me dejaba respirar. Lo necesitaba conmigo.

Mi amiga movió cielo y tierra para encontrar a Charles. ¿No debería yo hacer lo mismo? Era lo que más deseaba, pero no podía poner en riesgo a mi bebé.

A la mañana siguiente, me dieron el alta, pero con la advertencia de que guardara reposo. Estuve un par de días más en casa de Lissy, pero luego regresé a nuestro apartamento, necesitaba estar cerca de todo lo que me recordaba a él: su perfume, su uniforme de capitán en la percha, los besos que me dio sobre nuestro colchón, las veces que cocinó para mí... Cada espacio estaba lleno de él.

Cuando abrí la puerta de la habitación de Aarón, los ojos se me llenaron de lágrimas, era perfecta. Estaba decorada en tono celeste, blanco y gris. Una cuna blanca estaba ubicada al fondo, con una enorme jirafa de peluche al lado derecho y, a la izquierda, una mecedora de madera. Las letras de su nombre pintadas en la pared como una obra de arte, dentro de los vagones de un tren de vapor; de cada uno sobresalía una figura: cebra, mono, león, tigre y un elefante.

Me senté en uno de los dos sillones blancos, ubicados en medio de la habitación, y me acaricié el vientre.

—Papi volverá pronto, mi vida. Sé que no nos dejará solos, lo prometió —murmuré, entre hipos.

Me levanté del sofá cuando escuché el timbre. Caminé lo más rápido que mi enorme panza me dejaba y abrí la puerta.

—¡Lili! —me saludó Rebeca. Detrás de ella vi a Raiza y a Darío.

—Gracias por venir tan rápido —musité, mientras abrazaba a la nena—. Princesa, ¿quieres ver televisión en mi habitación? —Ella asintió y se fue corriendo.

—Creo que me volveré loca si él no aparece. Tengo una opresión en el pecho que no cesa con nada. Lo necesito aquí... Los dos lo necesitamos —hablé, llorando, ahogada, sin aliento.

—Lilian, mi hermano volverá, lo sé —Lo dijo tan segura que me calmó... un poquito.

Conforme pasaban los días, mi pena era mayor. Ya solo faltaban cinco semanas para que nuestro hijo naciera y quería que él estuviera presente cuando sucediera.

*¿Estará a salvo? ¿Volveré a verlo algún día?* Cada día me hacía las mismas preguntas. Estar en la cama sin él era una tortura y muchas noches no podía dormir.

Para empeorar las cosas, tampoco tenía noticias de Natasha.

Odiaba a Benito González con toda el alma por haberme alejado de las personas que más había amado en el mundo.

—Bien, Lilian. Tu bebé está muy sano y activo. Cualquier eventualidad tienes mi número. Te recetaré unos calmantes para la ansiedad y programaremos la próxima cita para la semana que viene.

Le di las gracias a Mayela —mi doctora— y salí con Lissy. De ahí fuimos a la estación policial, donde me habían citado a las ocho de la mañana.

Justo al entrar a la estación, mis manos comenzaron a temblar y mi corazón, ese latía enardecido. Estaba demasiado asustada. Lissy notó mi nerviosismo, sujetó mi mano y dijo que todo estaría bien. Tenerla conmigo era un gran alivio.

Me hicieron pasar a la oficina del capitán Adams —quien llevaba el caso de Richard— y nos sentamos en las dos sillas frente a su escritorio. Me había estudiado cada espacio de esa oficina a lo largo de las últimas semanas. El capitán tenía múltiples condecoraciones colgadas en las paredes por sus años de servicio, pero la única cosa que no podía dejar de mirar era esa foto donde salía con su esposa y sus dos hijos. *¿Tendría yo alguna vez una igual con Richard?*

—Buenos días —nos saludó Adams, mientras rodeó el escritorio para sentarse.

—Buenos días —respondí por cortesía, pero no serían buenos hasta que Rich volviera a mí a salvo. Él me miró de una forma extraña, como si estuviera buscando las palabras correctas en su cabeza.

—Hable, por favor —le pedí con ruego.

—Anoche dimos con el paradero de Benito, pero al parecer sabía que iríamos. Pensamos que alguno de los policías del caso está implicado.

—¡Oh mi Dios! ¿Y mi esposo?

—De verdad lamento mucho decirle esto... El lugar estaba incendiado y encontramos cinco cadáveres calcinados en el sótano. Una mujer y cuatro hombres. Lo siento... su esposo era uno de ellos.

—¡No! ¡Mentira! Mi esposo está bien. Déjeme verlo. Quiero verlo. No me puede decir que murió. ¡No, por favor! —grité y sin darme cuenta estaba a su lado, empujando su uniforme con mis manos.

—Señora, debe calmarse. El cuerpo quedó irreconocible, pero encontramos su anillo de bodas. Es él.

—¡No! ¡Mentiroso! ¡Mentiroso! —Seguí gritando y golpeando su pecho con los puños cerrados—. ¿Por qué no lo salvaron? ¿Por qué?

—Hicimos lo posible...

—¡No hicieron nada! ¿Dónde está mi hermana, murió también?

—La mujer fue identificada como una señora mayor, así que no es su hermana, debe seguir con Benito.

—Inútil. ¡Todos son una cuerda de inútiles!

—Lilian, cariño —habló Lissy detrás de mí—. Ven conmigo —me separó del capitán y me eché a llorar en su pecho, con el dolor más profundo que había sentido alguna vez. Me estaba desgarrando la vida a pedazos, me comía viva.

»Lil, lo siento tanto.

—No me des el jodido pésame. Richard está vivo, Lissy. ¡Está vivo! —Una fuerte contracción sacudió mi vientre, acompañada de una profusa humedad en mi entrepierna.

—¡Lilian! ¡Oh mi Dios! Hay que llevarla al hospital —le dijo al capitán Adams.

—La llevaré —Se ofreció él.

—No se acerque. Tardó demasiado y ahora mi esposo... ¡Usted lo dejó morir!

\*\*\*

—Respira como lo hacía yo con Charlotte. ¿Lo recuerdas? —asentí, recostada al respaldo del asiento. Al final tuve que acceder a subirme en la patrulla, pero la conducía otro oficial.

Traté de respirar como me decía Lissy, pero eso no me ayudaba con el dolor que más me pesaba, el de mi corazón. Aarón iba a nacer y Rich no estaría para verlo.

No era justo.

Al llegar a urgencias, me llevaron en una silla de ruedas hasta la sala de parto. No podía dejar de llorar, no podía creer que el nacimiento de nuestro hijo estuviera empañado con tanta tristeza.

—¿Tiene mucho dolor? —preguntó una enfermera.

—Inmenso —musité.

—La doctora vendrá en unos minutos —pronunció, con condescendencia en su mirada.

No había una parte de mi cuerpo que no doliera y no había medicina o calmante que se llevara mi pena. No dejaba de imaginar a mi Richard quemándose en carne viva en ese lugar. La imagen era horrorosa y devastadora.

Cerré los ojos y le pedí a Dios que fuera mentira, que estuviera con vida, que llegara a mí y sostuviera mi mano mientras nuestro hijo nacía.

Dos horas de trabajo de parto más tarde, nació Aarón Richard Hernández, el dos de junio fue el mejor y peor día de mi vida.

Tenerlo en mis brazos fue maravilloso y ver sus ojos grises —idénticos a los de su papá— me llenó de alegría y esperanza. Toqué su hermoso cabello cenizo, su nariz ancha —como la de mi papá—, conté sus deditos, me enamoré de él. Fue la primera vez que sonreí en semanas.

La familia de Rich llegó a la ciudad al día siguiente, y no solo por el nacimiento de Aarón, sino para sepultar el cuerpo de mi esposo.

No lo aceptaba.

Lo seguía esperando cada día y cada noche... sentía que él estaba vivo en algún lugar.

No fui al cementerio, me negué a hacerlo.

Preferí seguir soñando que sus hermosos ojos grises seguían abiertos en algún lugar antes que ver bajar una maldita urna tres metros bajo tierra, donde sabía que no estaba él.

## Capítulo 40

### Di mamá

#### 8 MESES DESPUÉS

Encendí la video cámara, como cada día, para grabarle un mensaje a Richard, quería que lo viera cuando volviera. Lissy decía que no era bueno que me hiciera ilusiones, pero había algo en mí que gritaba ¡sigue esperándolo!

Lo amaba tanto que no concebía un mundo sin él.

—Hola, amor. Aquí estamos de nuevo Aarón y yo. Ya tiene ocho meses. Saluda a papá, amor —Movi su manita delante de la cámara y él sonrió—. Como ves, es todo un galán, igual que tú. Y bastante inquieto, además. Creo que en eso también salió a ti porque yo era todo un angelito, según decía mi papá.

»Te extraño tanto, mi capitán. No hay nada más que deseé en el mundo que tenerte en mis brazos. Te amamos. Nunca lo olvides, amor —dije al final y las lágrimas no faltaron.

Apagué la cámara y metí a mi bebé en su cochecito. Me senté en el sofá y ahogué el llanto en uno de los cojines, no quería que Aarón me escuchara.

Nunca pensé que amar dolería tanto. Cuando amas a alguien, le entregas una parte de tu propia vida y, cuando la pierdes, esa parte se va con ella. Es una sensación de vacío que, aunque intentes llenarla, nada lo hará.

Ese día dije basta, me rendí, empujé la ilusión y la esperanza al fondo de mi alma. Sabía que él no volvería y tenía que aceptarlo. Fue duro, me costó meses de lágrimas y dolor.

Lo nuestro comenzó como un juego. Pretendíamos, nos ocultábamos detrás de nuestros propios muros para protegernos del dolor. Así inició para ambos y así seguiría para mí, pretendería que mi vida era vida sin él, que no lo añoraría cada día.

Fingiría que nada en mí había muerto junto con él.

\*\*\*

—Ma-má. Di mamá, amor —le pedí de nuevo a Aarón, ya tenía nueve meses y no había dicho su primera palabra. Charlotte habló a los seis, pero Lissy aseguraba que las niñas son más avanzadas que los niños.

Me di por vencida, caminé hasta el refrigerador y saqué el jugo de manzana que le preparé para la merienda. Aarón sonrió y extendió los brazos, queriendo alcanzar su vasito de dinosaurio; adoraba la hora de la merienda.

Después de darle el jugo, lo metí a la tina para darle un baño y jugamos un rato con su patito de hule. Mi bebé chapoteaba en el agua y hacía esos ruiditos lindos que me llenaban el corazón de alegría. Su risa, la más hermosa de la historia de las risas.

Al salir del baño, le di el pecho por una hora, hasta que se quedó dormido. Lo acosté en su cunita y salí de la habitación para darme mi propio baño.

Me miré al espejo y me espanté al ver aquellas ojeras oscuras y el cabello apelmazado. Mi figura ya no era esbelta después del nacimiento de Aarón, tenía un par de rollitos que necesitarían una buena dieta y mucho ejercicio. No le había dado mucha importancia, pero me iba a tocar ya que en dos meses volvería a la aerolínea.

Me metí en la tina para darme un baño de sales, no sin antes encender el trasmisor que me mantenía al tanto de lo que hacía mi bebé.

Cerré los ojos y mi único pensamiento era él, mi amor. Lloré en la soledad de mi baño, desahogando con las lágrimas un poco de la pena que seguía embargando mi alma.

Los pequeños gemidos de Aarón me sacaron de mi sitio oscuro, terminando con mi baño. Me envolví en mi bata y fui a verlo. Lo encontré sonriéndole a los animalitos de granja que daban vueltas en un móvil, sobre la cuna.

—¿Cómo está el bebé más bello del mundo? —hablé, mientras le besaba la pancita descubierta. Él se rió, iluminando mi corazón.

Volví a mi habitación y me puse unos vaqueros, una camiseta y un par de *Converse*, estaba lista para llevar a Aarón el parque. Había que aprovechar el adelanto de la primavera.

Vestí a mi bebé con vaqueros y una camiseta azul. Lo metí en su cochecito, junto a su oso de felpa favorito, y salí del apartamento. Mientras viajamos en el ascensor, escuché a mi hijo balbucear algo. Lo miré y esperé.

—Pa-pa —volvió a decir y el corazón se me detuvo.

—¡Mi amor! ¿Hablaste? —grité y lo cargué en brazos para comérmelo a besos. Sonreí, con lágrimas en los ojos, feliz de que su primera palabra fuera papá. Siempre le mostraba fotos de Richard y en cada video le decía saluda a papá.

Salí del ascensor con Aarón de un brazo y empujando el coche con el que me quedaba libre.

—Dilo de nuevo, amor. Di papá. Pa-pá —insistí, mientras lo metía de nuevo en el cochecito.

—Muñeca —susurró la voz que tantas veces había escuchado en mis sueños. Me giré como un torpedo, desesperada por confirmar que no estaba alucinando, y entonces lo vi.

—¡Richard! ¡Oh mi Dios! —grité y corrí a sus brazos. Lo abracé, lo besé... lo toqué entero para saber que era real.

»¿En verdad estás aquí? —pregunté, acunando su rostro—. ¿Estás vivo? —Él me tomó por la cintura y besó las lágrimas que habían rodado por mis mejillas.

—Estoy aquí, mi amor. Estoy aquí —murmuró. Lo abracé de nuevo, sin querer despegarme de él.

»Muñeca, perdóname por haberme ido. Fui un estúpido, pero ya terminó.

—Natasha. ¿Dónde está ella? ¿Está bien?

—Está a salvo, muñeca. No llores más, mi amor —me pidió, secándome las lágrimas.

Aarón hizo un quejido y Richard miró atrás, donde estaba nuestro hijo. El rostro de Richard se iluminó y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

—Él es Aarón Richard, nuestro hijo —le dije mientras lo cargaba en sus brazos.

Mi terroncito sonrió y le tocó el rostro a su papá. Él nunca se dejaba sostener por extraños, lloraba y pataleaba, pero con Richard no fue así, él sabía que era su papá.

—Perdóname, Aarón. Fui un tonto, hijo. Pero estoy aquí y nunca más me apartaré de tu lado —Mi esposo le acarició el rostro con lentitud, como si capturara su imagen con los dedos.

Fue un momento mágico y perfecto.

\*\*\*

—Amor... lo siento... —empezó a decir, pero no dejó que lo hiciera. En ese momento no quería razones ni explicaciones.

Lo comencé a desvestir —para meterlo en el baño que le había preparado— iniciando por la camiseta negra vieja y desgastada que llevaba. Me cubrí la boca cuando vi su torso marcado con cientos de cardenales en distintos tonos.

—¡Oh, Richard! —gemí.

—Estoy bien, Lil —dijo para calmarme, pero la imagen de él siendo golpeado me horrorizaba. Me abrazó y lloré en su pecho sin poder controlarlo. ¿Por qué le hicieron eso? ¿Cuánto dolor tuvo que soportar?

»Lil, mírame a los ojos —me pidió, lo hice—. No importa lo que pasó, solo importa que estoy aquí, que te amo y que todo el dolor se esfumó desde que te tuve de nuevo en mis brazos.

—Te amo tanto, mi capitán —musité. Él sonrió.

—Me hiciste tanta falta.

—Y tú a mí, mi amor. Cada segundo de mi vida.

Besé sus labios y luego terminé de deshacerme de su ropa sucia, que terminó en el suelo junto con la mía. Nos hundimos juntos en el agua tibia, tomé una esponja y esparcí gel jabonoso de olor a flores en ella, la pasé por el torso de Rich, por su espalda, por sus muslos... limpié todo su cuerpo, tratando de borrar con ello las horas de tortura que debió pasar en aquel lugar.

—Te amo tanto, muñeca —Solté la esponja y lo besé. La barba que llevaba me raspaba el rostro y amaba que lo hiciera. La sensación me hacía sentir viva, me recordaba que lo tenía de vuelta conmigo.

Sus manos me acariciaron la espalda y las mías sus brazos. Cuando sentí su excitación cobrar vida debajo de mí, me hundí con desesperación a lo largo de su miembro macizo. Estábamos haciendo un reguero en el baño, pero no me importó.

Nada de lo que pudiera decir en aquel momento sería suficiente para describir lo que sentía en mi pecho... en todo mí ser.

Quizás la palabra más acertada sería viva, porque recuperé ese pedazo de mí que faltaba. Esa parte que moraba en él, mi amor, mi fuerza... el hombre que jamás dejaré de amar.



## Epílogo

### RICHARD SEIS AÑOS DESPUÉS.

—Creo que ya tenemos todo lo que hace falta.

Cerré el maletero de la camioneta cuando el equipaje estuvo dentro. Cada año, en el verano, hacíamos un viaje en familia y cuando digo familia es toda, incluyendo a Charles y a Elizabeth. Ese año iríamos a mi tierra, Puerto Rico.

Troté hasta la entrada y grité que saldríamos en cinco minutos. Nos mudamos a Texas seis años atrás; Lil quiso que fuese así, dijo que lo mejor era estar cerca de la familia y me gustó la idea. Aunque, hice hincapié que guardáramos cierta distancia, con dos hectáreas sería suficiente, no quería tenerlos de vecinos.

—Mamá dice que no está lista porque hay un código rojo que deben atender —me dijo Aarón, mirando su videojuego.

Mi hijo es un tanto inquieto, pero muy inteligente. Desde que lo vi por primera vez mi corazón creció unos centímetros más. Lo amo con mi vida. Aunque a veces tengo que ser duro con él, es parte de ser padre.

Subí las escaleras, a ver qué significa ese código rojo. Podía ser algo simple como que no conseguía una blusa o algo grave como que se le partió una uña, ¿quién podía saber?

—Muñeca, llegaremos tarde sino salimos... —Comencé a hablar pero me detuve cuando la vi en la cama con lo que parecía un arsenal de *Test de Embarazos*, dispuestos uno al lado del otro. Habíamos intentado tener otro hijo desde que Aarón cumplió dos años pero nada que pasaba. Algo irónico ¿no? Cuando no lo intentamos, quedó embarazada dos veces.

—Lo logramos, amor. Todos salen positivos —balbuceó y ya estaba en la cama cuando dijo *todos*. Besé su vientre y sonreí como un pendejo. Tener la oportunidad de ver nacer a un hijo nuestro y cargarlo en brazos desde el primer día me emocionaba.

—Te amo, mi muñeca hermosa y no me cansaré de decirlo.

—Lo sé, capitán —susurró y sus palabras hicieron magia en mi sexo. *Creo que Aarón no nos extrañará por un par de minutos o quizás diez*, pensé y le saqué provecho.

\*\*\*

—¡Viejo! —gritó Rey cuando me bajé de la camioneta. El muy cretino se burlaba de mí a cada rato porque tenía cuarenta y cuatro, pero le podía dar una paliza cuando quisiera.

—Hola, imbécil. ¿Alguna buena noticia para dar?

—Sip, oficialmente estoy comprometido.

—Pobre chica, no sabe en lo que se ha metido —Sacudí la cabeza a los lados y él me dio un puñetazo en el estómago.

»¡Felicidades, Rey! —Abracé a mi hermano y mi chica se unió a la fiesta.

—Enhorabuena, ratón —le dijo Lil. Le puso ese apodo hacía un par de años porque le hizo una broma con un queso. No sé muy bien de qué se trató y preferí no saber.

Bajé las maletas y nos registramos en hotel *Gran Meliá*, en *Coco Beach, Río Grande*; quedaba justo al frente de las hermosas playas de mi tierra. Tenía muchas ganas de traer a mi familia a conocer Puerto Rico.

—¡Eh! Ramón, me debes uno de los grandes —grité. Él arrugó la nariz y frunció el ceño. Habíamos apostado que Rey se comprometería ese año, él decía que nunca lo haría.

Llegué a la playa, con mi muñeca del brazo, y todos se giraron a vernos. *¿Qué? ¿Tenemos monos en la cara?*

—Richi, mi amor. Felicidades —Corrió mi mamá a abrazarme. Mi esposita no resistió y anunció el embarazo. A esa hora quizás ya estaba en todas las redes sociales.

—¿De qué me perdí? —preguntó el ratón.

—Tendremos un bebé —Anuncié.

—¿Qué? —gritó Aarón.

*¡Uh! No le habíamos dado la noticia a él.*

—Viejo, no pensé que aún pudieras. ¡Es un milagro! —dijo Rey, batiendo las manos en el aire.

—Ahora sí te mato —grité y comencé a perseguirlo por la playa. Rey corría rápido, pero lo iba a alcanzar y le haría tragarse sus palabras.

—¡Richard, no! Estaba bromeando. Suéltame, hermano. ¡No!

—¡Oh, sí! Lo haré —Me regodeé. Lo tiré al agua y esperé que saliera para decirle:

»Para que veas lo que un *viejo* puede hacer.

—¡Idiota! —gritó. Bárbara, su novia, chocó los cinco conmigo y luego le dijo: «Lo siento, bebé, pero tú te lo buscaste».

Me quedé maravillado mirando a mi hermosa familia. Mamá y papá estaban tomando los cocteles de piña que tanto le gustaban y conversaban sonrientes con la mujer de mi vida.

Lissy y Charles anunciaron que se meterían al agua con sus dos hijos, Charlotte y Noah. Ellos eran de la familia, nuestros hermanos del alma.

Natasha también se unió a la fiesta con su esposo el gorila. Tienen que verlo, parece Hulk. Aún no tenían hijos porque estaban comprometidos con su carrera en el FBI.

Ramón estaba jugando con su esposa Miranda. Se habían casado el año anterior. Ella es una hermosa castaña de ojos verdes y la chica más dulce que había conocido en mi vida.

Raiza al fin tuvo otro hijo, un niño al que llamó Mateo. Para esa fecha ya tenía cuatro años y mi princesa Rebeca casi doce. Estaba armando un castillo de arena en la orilla de la playa con sus hijos y mi cuñado Darío.

Rey invitó a Aarón a meterse al agua con él, Bárbara, Ramón y Miranda. Mi hijo soltó su videojuego y se les unió. Verlos a todos me llenaba de felicidad.

La familia es un regalo que hay que apreciar y disfrutar.

—¿Puedo robarme a mi esposa unos minutos? —le pregunté a mis padres.

—Es tuya, Richi —contestó mamá. Extendí la mano hacia ella y la ayudé a levantarse de la silla playera.

—¿Me echaba de menos, capitán? —ronroneó en mi oído.

—Muñeca... No hagas que te lleve a la habitación y te demuestre cuánto.

—¿Y qué te lo impide? —sugirió.

La cargué en mis brazos y ella chilló, apenada.

*Mató al tigre y luego le tenía miedo al cuero.*

Huimos de la reunión familiar como dos quinceañeros.

La edad solo son números, nada de eso importa cuando amas de verdad.

—Te amo infinitamente, Lilian White —le dije, mientras la tumbaba en la cama.

—Y yo a ti, mi Richard Tercero. Te amo con la inmensidad del océano y la plenitud del universo. Eres quien completa mi alma —aseguró, mirándome a los ojos y acariciando mis mejillas.

La besé con pasión, entregándole siempre una parte de mi corazón. La amo cada día más y nunca dejaré de agradecerle a Dios por tenerla... porque nos

pertenece el uno al otro.

Muchas veces me pregunté qué hice para merecer tanto, pero un día lo entendí. No hay nada que pueda hacer ningún ser humano que lo haga digno de la felicidad o el amor. Ella simplemente está ahí, esperando que la tomes, que aceptes el regalo que te dio el creador. Solo tú puedes decidir si tu vida será dichosa o infeliz. Y con toda seguridad les diré que decidí que la mía sería muy feliz. Siempre lo será mientras tenga a mi familia.

Si no eres feliz, puedes pretenderlo al menos. Quién quita y termine casado con la mujer —o el hombre— de tu vida.

FIN

## Capítulo extra Saliendo del infierno

Estaba acostado, con las manos debajo de la cabeza, en un asqueroso colchón polvoriento con los resortes vencidos.

Me concentré en la luz incandescente que colgaba del techo, tratando de olvidar el olor a humedad y el frío, que habían sido mi compañía durante nueve largos meses.

Cada pensamiento de mis días y mis noches estaban con ella... con los dos. Anhelaba tenerlos a mi lado, borrar el tiempo que nos mantuvo alejados y nunca más apartarme de su lado. Su amor era lo único que me daba fuerzas para continuar.

Dos golpes impactaron la puerta de hierro, que me mantenía encerrado en aquella mazmorra. Me levanté de la cama de un salto, con las manos empuñadas para estar alerta. Muchas veces el desgraciado de Benito mandaba a sus matones a golpearme para que, según él, aprendiera la lección por haber intentado escapar varias veces.

Había visto a Natasha muchas noches, al lado de Benito, cuando salía a pelear, pero no había podido acercarme a ella más de dos metros. Él la mantenía muy protegida.

Por la distancia que recorrimos cuando salimos de New York, imaginaba que estábamos lejos. No sabía muy bien dónde porque me vendaron los ojos.

La puerta se abrió y empujaron dentro a un moreno. Sus manos estaban atadas con un tirraje apretado. El hombre se tambaleó y lo sostuve antes de que cayera al suelo. Cuando Fernando cerró la puerta, ayudé al sujeto a sentarse sobre la cama.

—Vine a ayudarte —susurró él.

«¿Qué significa que me ayudará? ¿Y si es una trampa? No podía confiar en nadie.

Me asomé por la rendija, que daba al pasillo, y vi que estaba despejado. Me acerqué de nuevo al moreno y le pregunté qué carajos significa eso. Me dijo que era un oficial encubierto del FBI, que mi esposa estaba a salvo y constantemente vigilada.

Supe por él que Aarón había nacido el dos de junio. Me senté en la cama y lloré por haberme perdido ese momento. ¿Se parecerá a mí o a ella? ¿Habrá dicho ya su primera palabra? Maldije a Benito por haberme privado de ellos, por no estar para mi familia cuando más me necesitaron.

Él siguió hablando y me dijo que Lil pensaba que estaba muerto. Quería gritar, quería arrancar la puerta y matar a Benito con mis manos. No podía dejar de pensar en lo que Lil estaba pasando sin mí y lo que había sufrido.

—¿Quién le dijo algo así?

—Al parecer tu mujer puso una denuncia y algunos policías eran esbirros de Benito, así que él decidió darte por muerto para que no te buscasen más. Él provocó un incendio, le pagó a los forenses para que cambiaran el informe y usaron tu anillo como prueba.

Por eso me lo quitaron aquella vez, pensé.

—¿Por qué no me vinieron a buscar antes?

—Hemos investigado a Benito desde hace muchos años y con la ayuda de tu cuñada me infiltraron. Sabíamos que estabas aquí, pero estábamos ideando un plan seguro para sacarte a salvo. Ha sido difícil llegar a él.

—¡Joder! ¿Por qué no le dijeron a Lil? Ella no merece creer que morí —Apreté los puños, queriendo tener frente al desgraciado de Benito para matarlo a golpes como merecía.

—No puede saberlo, es un caso clasificado —Me faltó poco para estamparle su clasificado por la cara.

—Ella es mi esposa y tuvo a mi hijo ¿cómo hace que yo sea un asunto clasificado para ella?

—Oye, yo solo soy el mensajero. Teníamos otro oficial encubierto, pero Benito lo descubrió y lo mató —hablaba de Neal, lo vi un par de veces—. Se le hizo muy difícil infiltrarme a mí. Ahora escucha, mañana te sacaré de aquí, pero tienes que hacer todo lo que te diga.

—¿Cómo confío en ti? ¿Cómo sé que no mientes?

—Soy tu mejor opción, Richard.

Isai, el supuesto agente del FBI, me explicó su plan. No estaba muy convencido, pero correría el riesgo, él tenía razón, era mi mejor opción y quizás la única.

\*\*\*

—Me dijeron que querías verme, Ricky —Habló el viejo de la mafia en la oficina improvisada que tenía en el edificio. Natasha estaba de pie, a su lado.

—Sí, pero tienes que sacar a tus perros falderos —le exigí.

—Ellos pueden escuchar —aseguró.

—Si eso quieres. Creo que no les importará saber cuál es el eslabón más débil de tu cadena —Se rió, burlándose de mí—. ¿Crees que no lo sé?

—Fernando, Jeff —Ordenó. Los dos salieron de la oficina de inmediato. Me acerqué a la mesa y apoyé las palmas abiertas sobre la vieja madera de cedro de su escritorio.

—Secuestraste a tu propia hija para hacerla pasar por tu mujer. Quieres que herede tu trono y siga con tu legado. Ella es tu debilidad y también será tu perdición. ¿Crees que te puede querer después de haber matado al hombre que la crió como un verdadero padre? Lo dudo mucho.

Él entornó los ojos, no podía creer que supiera todo eso.

—Manos arriba —Le ordenó Natasha, apuntando su cabeza con un revólver.

—No saldrás de aquí con vida, Ricky —fanfarroneó él.

—¡Cállate! —le gritó ella.

Minutos después, salíamos de la oficina. Sus perros falderos se abrieron paso, obedeciendo a su amo.

—No intenten nada o lo mato —Les advirtió Natasha a todos. Eran más de veinte hombres armados, pero ella no titubeó—. Suelten las armas. ¡Ahora!

Los sujetos las amontonaron en un rincón y seguimos avanzando hasta la salida. En la puerta nos esperaban Bob y Greg, intentaron detenernos, pero ella le disparó a los dos, haciéndolos caer al suelo.

—Tu turno, papá —siseó, empujándolo a un lado. Preparó el revólver, haciendo girar el tambor. Al tirar del gatillo sería todo para él. Benito la miró a los ojos y sonrió, malicioso.

—No lo hagas, Natasha. ¿No ves que está disfrutando esto? Te estás convirtiendo en lo que él quiere —le dije, para tratar de convencerla.

—Te odio tanto, Benito. Pero Richard tiene razón, yo no soy como tú. Camina —le ordenó, apuntándolo.

Abrí la puerta principal y salimos del edificio. Fuera nos esperaba la policía de New Jersey y agentes del FBI. No estábamos tan lejos de New York como pensaba.

Nos llevaron a Natasha y a mí a una estación de policía para hacernos las preguntas de rigor, pero lo único que deseaba era volver a casa con mi familia, conocer a mi hijo y darle todo mi amor. Esperaba que pudieran perdonarme por tomar la peor decisión de mi vida.

No sabía lo que le diría a Lil cuando la viera, lo que sí tenía claro era lo que haría: abrazarla hasta llenar el vacío que invadió mi pecho desde que me encerraron en aquel infierno.

## *Agradecimientos*

A Dios mi creador y mi fortaleza durante cada etapa de mi vida.

A mis padres y hermanos por creer en mí, por empujarme adelante cuando creo que no puedo más. Los amo.

A mis amigas virtuales quienes espero conocer un día cara a cara. Las quiero.

A mis lectoras cero, quienes son también mis amigas. Iris Urdaneta, Rossi Urdaneta, Elsa Cabrera, Loli Deen, Isabel Sierra, Roxy González y Betsy Bustos.

Gracias por apoyarme desinteresadamente, las quiero.

A todos los grupos de lecturas que me dan la oportunidad de promocionar mis historias. Divinas Lectoras, Zorras Literarias, La Caja de los Libros, El Rinconcito de Minny, Libros y Autoras, Almas novel... y muchas más.

A mis compañeras autoras, por el apoyo durante el proceso de escritura y promoción. Siempre estaré agradecida y, sobretodo, feliz por la forma en que nos apoyamos unas con otras. En especial a las del club de lectura Todo Tiene Romance. Es un honor formar parte de tan hermoso grupo, rodeada de excelentes escritoras y amigas.

A ti por darle una oportunidad a Lilian y a Richard de contarte su historia. Esto es para ustedes, son quienes me impulsan a seguir soñando despierta.

## ***Sobre la Autora***

Flor María Urdaneta Durán vive en Venezuela, su país de nacimiento. Es egresada de la Universidad del Zulia de la carrera Comunicación Social y se dedica a la fotografía profesional. Su historia como escritora comenzó en julio de 2015 en el maravilloso mundo de Wattpad. Es una lectora adicta y fan de Colleen Hoover.

Un día se le ocurrió la loca idea de que podía escribir y así lo hizo con el apoyo de su familia.

Pretendamos es su sexto libro auto publicado y es parte de una serie titulada Flying With Love.

Flor divide su día entre la escritura, el trabajo, atender a su familia y escribirse con sus locas amigas de *WhatsApp*. Está felizmente casada y tiene un hijo llamado Efraín.

## *Libros de la Autora*

### *Serie Flying With Love*

#1 Di que sí  
#2 Pretendamos

### **Saga Cruel Amor**

#1 Cruel y Divino Amor  
#2 Llámame Idiota  
#3 Lexie  
#4 Less  
#5 No Debí Quererte (próximamente 2016).

*Página Web:* <http://florurdaneta87.wix.com/fmud>

## **Redes sociales**

Facebook: <https://www.facebook.com/flormurdaneta/>

Grupo: <https://www.facebook.com/groups/sagacruel/?fref=ts>

**Twitter:** @florurdaneta87

**Instagram:** @Flormurdaneta

---

[1] Látigo de cadenas que termina en bolas metálica con pinchos.

[2] Fue una archiduquesa de Austria y reina consorte de Francia y de Navarra.

[3] Expresión que se gritan los marineros

[4] Es un instrumento para torear, de tela, con forma de capa en color rojo.

[5] Paracetamol. Un analgésico.